



Marian Viladrich

*Dentro  
de tu  
silencio*

Selecta 

# Dentro de tu silencio

SERIE

The Wave 2

*Marian Viladrich*

*Selecta*

*OceanofPDF.com*

*A Mía y a Natalia, que me han acompañado en este trayecto  
y han impedido que me baje del tren en marcha más de una vez.*

*OceanofPDF.com*

*Después del silencio, aquello que más se aproxima a la expresión de lo inefable es la música.*

Aldous Huxley

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Primera parte

*When you feel my heat  
Look into my eyes  
It's where my demons hide  
It's where my demons hide  
Don't get too close  
It's dark inside  
It's where my demons hide  
It's where my demons hide*

*Demons, Imagine Dragons*

## Capítulo 1

Si cerraba los ojos, aún podía escuchar los aplausos. Los silbidos. Los gritos. Cientos de voces coreaban sus nombres, cantaban los estribillos de sus canciones, suplicaban por un tema más.

Si cerraba los ojos, aún estaba sobre el escenario, la música hormigueaba en sus dedos, las manos volaban sobre el teclado. La voz áspera de Miles desgarraba el aire y Aaron hacía retumbar el suelo con su poderosa batería.

Sí, si cerraba los ojos, podía sentir la euforia, el calor, la magia. Era de nuevo James Hathaway, teclista de The Wave, el grupo de rock que revolucionó el mundo.

Abrió los ojos.

Aquello había sucedido en otra vida, antes de que el suelo se abriera y cayeran en un espiral de autodestrucción de la que nadie pudo salvarlos. Los aplausos se habían apagado años atrás y la música que sonaba en aquel momento no era una canción de The Wave, sino el sonido frío y sintético de un tema de pop electrónico en una discoteca de moda de Nueva York. La voz de la cantante, teñida de *autotune*, tenía algo de robótico. «Música muerta», pensó con tristeza mientras clavaba la vista en el vaso vacío que sostenía entre los dedos. No estaba borracho y nunca le había gustado beber por las razones equivocadas. James conocía sus límites, aunque esa noche estaba dispuesto a saltárselos. Se volvió hacia el camarero y pidió otra copa.



—¿Un mal día? —preguntó con cierta simpatía el tipo mientras ponía los hielos en el vaso.

James se encogió de hombros. Cuatro malos años, en realidad, aunque no iba a reconocerlo ante un desconocido.

Notó la vibración del móvil y sacó el teléfono del bolsillo con desgana. Gerry, otra vez. Tenía al menos diez llamadas perdidas de su agente. Desconectó el teléfono sin ningún remordimiento. No pensaba hablar con él, porque esa noche odiaba un poco a Gerry Fisher. No era justo, pero no podía evitarlo.

Él había estado junto a ellos desde el principio, desde que eran unos chicos de veintiún años llenos de sueños y talento que querían comerse el mundo. ¿Habían pasado tan solo siete años? ¿Siete años desde que entraron en su despacho para firmar el contrato que cambiaría sus vidas? James sacudió la cabeza. No quería pensar en aquella época, cuando eran solo tres jóvenes ansiosos y arrogantes, llenos de música, que se creían preparados para una batalla que acabarían perdiendo.

El camarero deslizó la copa frente a él. James dejó un billete sobre el mostrador y se dio la vuelta sin esperar el cambio. Necesitaba alejarse de la barra para evitar recrearse en un pasado que prefería olvidar, sobre todo la terrorífica imagen del cadáver de uno de sus mejores amigos tendido en el suelo de una lujosa habitación de hotel. No quería volver allí. En su cabeza, había visitado aquella habitación de Sídney demasiadas veces en los últimos años. Solo quería olvidar, aunque fuese durante unas horas. Se introdujo entre los cuerpos que se movían frenéticos al son de aquella música sin alma. Una turba sudorosa se balanceaba exaltada con un pésimo sentido del ritmo. Dio un trago a la copa y el áspero sabor del whisky arañó su garganta. Una chica rubia se acercó a él. Sonreía y sus ojos estaban cargados de promesas inequívocas.

—¿Estás solo? —preguntó al tiempo que se inclinaba para mostrar su generoso escote.

En otro momento (en su otra vida), habría aceptado sin dudar aquella propuesta. Habría rodeado la cintura femenina con su brazo y habrían bailado unas cuantas canciones. Él habría coqueteado un poco, la habría hecho reír con su humor ligero y luego habría sugerido que se trasladaran a un lugar más tranquilo.

Pero ya no era aquel chico despreocupado y esa noche no buscaba compañía, así que negó con la cabeza y se alejó de la rubia.

Ráfagas luminosas verdes y rosas cruzaban la oscuridad de la sala. La masa de cuerpos pareció estrecharse sobre él. No paraban de moverse. Quiso ser como ellos y sacudirse bajo el eco de aquel ritmo repetitivo, de aquellos sintetizadores vacíos, de aquellos sonidos sin sangre que no dolían por dentro, pero era James Hathaway y necesitaba calidez, pasión, sufrimiento, amor... La música tenía que hacer sentir, vibrar, desgarrar. La música tenía que estar viva.

Observó confuso a su alrededor: los cuerpos que se mecían unos contra otros, las sonrisas vacías, los rostros sudorosos. Se llevó de nuevo la copa a los labios y solo encontró los restos de un hielo a medio derretir. Todavía no estaba borracho, aunque una agradable neblina envolvía su cabeza, llevándose los recuerdos, y comprendió que era el momento de parar. Había ciertas líneas que no estaba dispuesto a cruzar.

Debería volver a casa, meterse en la cama, mal dormir algunas horas y prepararse para llamar a Gerry y buscar a Miles. Al día siguiente no los odiaría, a pesar de que ambos le hubieran arrebatado las últimas esperanzas que le quedaban.

Se abrió paso entre los cuerpos amontonados. Una chica dejó caer los párpados para mirarlo a través de las pestañas brillantes de purpurina, alguien trató de cogerlo por la cintura. Molesto, avanzó un poco más. Necesitaba salir de allí, alejarse de todos, estar solo. Se había equivocado al entrar en la discoteca tras abandonar furioso el despacho de Gerry.

—Red Moon Records quiere grabar con vosotros —había explicado el



agente de The Wave unas horas antes en su oficina. Miles había torcido el gesto ante la noticia, pero el corazón de James había dado un brinco. Un brote de esperanza aleteó en su interior.

Gerry no añadió que llevaba meses de duras negociaciones con el sello discográfico para conseguir aquella oportunidad; no hacía falta. Los dos integrantes de la banda eran conscientes de que la industria de la música no quería saber nada de ellos. Los habían ignorado, como si nunca hubieran existido, como si The Wave no hubiera roto todos los récords de ventas ni ellos hubieran sido adorados por cientos de miles de fans en todo el mundo.

Habían caído en el olvido.

Cuando todo se hundió tras la muerte de Aaron, las discográficas les dieron la espalda, los viejos amigos se evaporaron en el aire y los admiradores buscaron otros ídolos. Solo Gerry permaneció junto a ellos, decidido a darles el tiempo necesario para recuperarse antes de volver a la carga. Y ahí estaba, por fin, la oportunidad soñada, la posibilidad de rescatar al grupo, de volver a pisar un escenario, de recuperar una parte de sí mismos que quedó atrapada en un hotel de Sídney, junto al cadáver de Aaron.

Era el momento exacto, con Miles recuperado, sobrio y estable. No había nada que impidiera su vuelta. The Wave tenía una oportunidad, así lo había dicho Gerry, con los ojos brillantes de satisfacción.

Un golpe en el brazo lo devolvió al presente. Su mente salió del despacho de Gerry y se encontró de nuevo en medio de la turba sudorosa. Sonó una nueva canción y estuvo a punto de reír por la ironía. *Waves*, de Luna Shadows, hizo retumbar el aire, lo llenó de vibraciones acústicas que hablaban sobre aferrarse a los sueños.

Y entonces la vio. Estaba en una esquina de la pista, junto a los descomunales altavoces. Bailaba perdida en su mundo, como si estuviera sumergida en una espiral sonora. Su cuerpo parecía haberse fundido con los sonidos. James se quedó clavado en el sitio mientras contemplaba a aquella

bailarina solitaria que parecía estar hecha de música.

El cabello ondulado, corto y salvaje, caía sobre sus mejillas, tapando su cara, pero no necesitaba saber si era más o menos bonita, si tenía la nariz grande o los ojos claros. Solo necesitaba sentir la música a través de ella.

Se acercó despacio, como si temiera asustarla. Tal vez no era real, sino producto de sus propias ansias de volver a sentir la música, de volver a sentirse vivo.

Ella llevaba un vestido negro, nada llamativo, que habría lucido mejor con unos tacones de vértigo en vez de las sencillas bailarinas que calzaba. Su aspecto la hacía pasar inadvertida entre las otras chicas, pero James no podía apartar la vista de ella.

La bailarina solitaria dio una vuelta, y casi pudo admirar su perfil, a pesar de que el pelo aún ocultaba la mayor parte de su rostro. Ella parecía formar parte de la melodía. La envidió por un instante, porque la música era el único hogar cálido que había conocido y lo había perdido tiempo atrás.

Se quedó a unos pasos de ella. Notaba un curioso hormigueo en los dedos. Quería tocarla, bailar con ella. ¿La asustaría? ¿Rompería el hechizo? Por suerte, no necesitó tomar ninguna decisión, porque ella se giró, se apartó los cortos mechones del rostro y lo vislumbró entre la masa de gente. Ladeó un poco la cabeza, como un pájaro curioso; parecía confusa, aunque le sostuvo la mirada sin dejar de moverse. James consideró que era una buena señal y avanzó despacio entre los cuerpos que se agitaban.

Cuando llegó a su lado, los brazos, las piernas, las caderas de ambos empezaron a acompañarse de forma sincronizada, como si un hilo rítmico invisible los anudara el uno al otro. James era incapaz de apartar la mirada de su rostro, por fin al descubierto. Tenía una barbilla voluntariosa, la boca grande y unos bonitos ojos castaños.

La música pareció cambiar, se volvió más eléctrica, y, pese a que siempre detestó aquellos sonidos, junto a aquella chica los percibía más vivos que nunca. Se adentraron bajo su piel. Los sentía en todo su cuerpo, retumbaban

en sus venas, en la boca del estómago, en la planta de los pies.

Su compañera de baile se acercó un poco más y, con cuidado, él deslizó la mano por su cintura. El mundo se desvaneció ante el contacto de su cuerpo. Ella era cálida y suave. Más cálida y suave de lo que ninguna otra chica le había parecido antes. Le habría gustado preguntarle su nombre, saber qué hacía sola en aquella discoteca, darle las gracias por devolverle la música con su baile. Ignoraba cuánto tiempo duraría aquella sensación o si, al separarse de ella, se le escurriría entre los dedos.

La espalda femenina chocó con un muro y ambos se detuvieron. Se habían movido hacia el fondo de la sala sin darse cuenta.

La pared temblaba con las vibraciones del sonido, como si la música estuviera en todas partes, envolviéndolos en un abrazo sonoro que no dejaba espacio a nada más. Ella tenía los labios entreabiertos, sin nada de maquillaje, y posó las manos sobre los hombros de James. La leve caricia envió un escalofrío por toda su columna. Habían dejado de bailar y ambos parecían un poco perplejos.

Quería besarla, descubrió sorprendido. Quería besar a aquella extraña con la que no había intercambiado una sola palabra.

No debería, por supuesto. Esa chica le había hecho un precioso regalo y él no iba a aprovecharse. Un buen hombre se presentaría, la invitaría a una copa y charlarían un rato. Le gustaría saber cosas de ella; tal vez podría contarle por qué estaba tan aturdido aquella noche. ¿Le importaría a aquella desconocida que su mejor amigo, su compañero de aventuras, había asegurado unas horas antes que no quería seguir adelante con el grupo? ¿Podría decirle que la persona en la que más confiaba había destruido sus sueños y lo había dejado solo, mirando al vacío, con una vida que no sabía recomponer?

—¿Quieres tomar una copa? —le preguntó al oído. Un mechón de su cabello le hizo cosquillas en la mejilla.

Ella no contestó. Él no podía ver su rostro, aunque sintió cada partícula

de su cuerpo y aspiró con deleite el olor a flores silvestres de su pelo.

Repitió la pregunta y ella siguió sin responder, así que, con reticencia, se separó para estudiar su rostro. Tenía los párpados entornados y las mejillas sonrojadas. James reconoció los signos de su excitación y algo dentro de él ronroneó satisfecho. Supo que le permitiría besarla, que incluso podría llevarla a un rincón más oscuro y deslizar la mano bajo su ropa. El pensamiento lo mareó un poco. No había salido aquella noche con la intención de echar un polvo, pero en ese instante, con esa chica guapa y dispuesta pegada a su piel, con el cuerpo lleno de sonidos y de ritmos y ese olor fresco y dulce que los envolvía, se olvidó de todos los fantasmas que escondía bajo su fachada de chico alegre y extrovertido; se olvidó del espléndido pasado, del amigo perdido, de los años de duelo; se olvidó de los sueños que acababan de morir, aplastados por la mano de la única persona en la que confiaba.

No importaba nada. Solo aquella chica sin nombre en una discoteca oscura, envuelta por una música que odiaba, pero que lo estaba devolviendo a la vida.

—Me llamo James —dijo.

La chica miró su boca con intensidad, como si no pudiera apartar la vista de sus labios.

—Soy Evie —se presentó con la voz ronca de alguien que sufriera una ligera afonía.

## Capítulo 2

Aquella mañana había visto amanecer en Bridgewater. Se había sentado con su padre en el porche para contemplar los primeros rayos de sol mientras compartían un café, se despidió del familiar paisaje de Vermont y, doce horas después, Evie Turner se encontraba en una discoteca de moda en Nueva York bailando con el chico más guapo que jamás había conocido. Nunca habría imaginado que la jornada acabaría de esa forma.

«En realidad, la noche aún no ha terminado», se dijo, perdida en el azul hipnótico de su mirada.

Ese chico la desconcertaba. Se había acercado como si un imán lo atrajera, como si en medio de la masa de gente solo fuera capaz de verla a ella. Sus ojos brillaban con un hambre que Evie no había conocido nunca y que no tenía que ver con el sexo. Había en él una necesidad descarnada, casi dolorosa, que pudo sentir en la forma en que se aferró a su cintura, como si ella fuera una tabla de salvación en medio del océano.

No estaba acostumbrada a ser necesitada por nadie con tanta intensidad. Era Evie Turner y la gente solía pensar en ella como alguien que siempre necesitaría ayuda. Por eso se encontraba en Nueva York, a doscientas cincuenta millas de Bridgewater, porque iba a demostrar que podía valerse por sí misma. Porque iba a demostrar que podía vivir como cualquier chica de veintidós años. Con la misma independencia. Con la misma autonomía.

Con las mismas opciones. Con las mismas oportunidades.

De momento, no parecía un sueño inalcanzable. Había abrazado a sus padres, recogido sus maletas y subido a un autobús para viajar sola por primera vez.

Pasó la mayor parte del viaje mirando por la ventanilla y escribiendo mensajes a Shui Mei, su mejor amiga, que procuraba distraerla con comentarios sobre su nueva serie favorita. Al llegar a la terminal de autobuses de Port Authority, su prima Caroline la esperaba junto a la dársena con los brazos abiertos. Llevaba el pelo teñido en un atrevido color verde y lucía un nuevo aro en la aleta izquierda de su nariz.

A pesar del contacto frecuente a través del móvil, hacía dos años que no se veían en persona. La Universidad de Columbia mantenía a su prima demasiado ocupada como para visitar Vermont.

—«Vamos a casa. El apartamento es pequeño, pero resultará suficiente para nosotras —informó Carol en lengua de signos—. ¿Qué tal si te instalas y luego nos ponemos al día?».

Evie negó con la cabeza. No había hecho doscientas cincuenta millas para encerrarse en otra casa.

—Quiero ver Nueva York.

—«¿Ahora? Debes estar cansada por el viaje. Puedes hacer turismo mañana».

—No quiero hacer turismo: quiero ver Nueva York. Cualquier cosa de Nueva York.

Y allí estaban: en una discoteca, viendo lo que Nueva York tenía para ofrecer un jueves por la noche, después de dejar las maletas en el pequeño apartamento de su prima.

—«¿Seguro que quieres hacer esto?» —signó Caroline con expresión dubitativa cuando llegaron al local en el que había quedado con sus amigos de la facultad. Evie se limitó a empujarla con suavidad para que entrara de una vez.

Durante el trayecto al apartamento (en un taxi que les costó casi cuarenta dólares), había observado impresionada los altos edificios, las calles llenas de gente y la rapidez con la que parecía moverse todo. Nueva York era tal como la había visto en las películas.

Sin embargo, nada la impactó tanto como la discoteca. La oscuridad, las luces de colores, la masa de cuerpos sudorosos en la pista de baile... Era la primera vez que entraba en una discoteca y le pareció un mundo extraño con reglas propias que nunca llegaría a entender del todo.

Los amigos de Caroline se encontraban en un reservado. Pidió una copa de la misma bebida que tomó su prima y la probó con cuidado. Había bebido alcohol antes, por supuesto. En el internado, Michael Evans a menudo escondía cervezas calientes en su habitación. Su sabor no era agradable, aunque jamás se quejó nadie. Era una forma tan buena como cualquier otra para que los chicos de la escuela Haverhill se sintieran normales. Como cualquier adolescente de cualquier instituto.

Se sentó con su prima y sus amigos durante un buen rato, pero no intentó seguir la conversación. No podía leer sus labios en la oscuridad de la sala y se negó a que su prima tradujera a lengua de signos, así que se concentró en estudiar el entorno. Le fascinó la forma en que vestían los neoyorkinos (en su pueblo nadie llevaba ese tipo de ropas), las copas que bebían, la manera en que se movían sus cuerpos al hablar o al bailar.

De repente, la invadió una euforia desconocida. En Bridgewater se habían quedado la rabia, la tristeza, los miedos. No había espacio para ellos en Nueva York, en ese horizonte luminoso lleno de posibilidades que se abría ante ella.

Había dejado de ser una espectadora de su propia vida.

Tocó el hombro de Caroline, que estaba enfrascada en una conversación con una de sus amigas, una chica guapísima, muy morena, con grandes ojos oscuros y pelo largo y brillante.

—Voy a bailar —anunció.



Su prima arqueó las cejas, incapaz de ocultar su incredulidad.

—¿Vas a...?

—A bailar.

—¿Cómo vas...? —Carol se calló al descubrir la mueca burlona de Evie y asintió despacio—. Voy contigo.

—No, quédate aquí, con tus amigos. Lo estás pasando bien y yo no necesito una niñera.

Caroline regresó a la lengua de signos. Sabía que a su prima le costaba leer los labios en ambientes oscuros.

—«Tu madre me mata si te pasa algo».

—«No he venido aquí para que me sigas a todas partes —respondió Evie utilizando también las manos—. Voy a ponerme junto a aquellos altavoces. Podrás verme todo el rato, pero me vas a dejar hacer esto por mi cuenta. Eres mi nueva compañera de piso, no mi guardiana, ¿de acuerdo?».

Su prima la estudió antes de aceptar con un gesto de cabeza.

Evie se mantuvo a la vista y Carol la vigiló estupefacta durante unos minutos. Nunca la había visto bailar. Era más fácil de lo que parecía: solo tenía que seguir las vibraciones que recorrían su cuerpo. Se zambulló en la música y se olvidó de la existencia de Caroline, de sus amigos de la facultad y de toda la gente que bailaba en la pista.

Solo estaba ella en el planeta, envuelta en ritmos que golpeaban su estómago.

Bailó perdida en su mundo hasta que el chico más guapo que hubiera visto jamás se arrastró hacia ella con la desesperación aleteando en el rostro.

Parecía un dios nórdico, un dios moderno con el pelo rubio recogido en un pequeño y descuidado moño del que escapaban algunos mechones. Nunca había conocido a un hombre que se hiciera moños ni que vistiera pantalones rojos. Tampoco era habitual que en Vermont los chicos llevaran gruesos anillos o se delinearan los ojos con lápiz negro. Las líneas oscuras

acentuaban el azul de sus iris, en cuya claridad danzaban demonios inalcanzables.

Le gustó su extravagancia, pero, sobre todo, sintió un tipo de conexión inaudita. El chico se coló en su burbuja desde el momento en que la miró con expresión hambrienta y atravesó la pista para acercarse a ella. Cuando llegó a su altura, ambos cuerpos se movieron al unísono, como si se hubieran reconocido como iguales entre todos los cuerpos del mundo, anudados por las vibraciones rítmicas que los rodeaban.

Después, con cierta vacilación, él posó una mano en su cintura. El corazón de Evie golpeó con fuerza su caja torácica, como si quisiera escapar de su prisión. Estaban cada vez más cerca y el rostro masculino se había oscurecido. Se aferró a sus hombros, invadida por una extraña debilidad, y agradeció que su espalda encontrara el inesperado apoyo de una pared.

Los párpados le pesaban y apenas logró mantener dos rendijas abiertas, lo suficiente para apreciar las emociones que relampagueaban en los ojos azules: el deseo, la soledad, las dudas... Evie casi tuvo que empujar las palabras fuera de su garganta para decirle su nombre cuando él se presentó.

—¿Quieres tomar una copa? —preguntó James. El chico vocalizaba correctamente y, pese a las malas condiciones, logró entenderle.

Ella negó con la cabeza. No quería otra copa, ni siquiera quería seguir bailando. Tampoco quería hablar. Con la falta de luz, le costaba leer los labios. Solo captaría palabras sueltas y su cerebro tendría que rellenar los espacios en blanco. Demasiado esfuerzo que rompería el encanto de esa noche.

Continuaban aferrados el uno al otro, incapaces de soltarse. Despacio, Evie posó una mano a la altura del corazón de James. Notó que también latía enloquecido. Tiró de él con suavidad y su cuerpo, fuerte y sudoroso, cayó hasta casi aplastarla.

Una llamarada de deseo la recorrió entera y, sin pensar, se puso de

puntillas y lo besó.

El dios nórdico tenía los labios suaves. Los acarició con lentitud, invitándolo a que le devolviera el beso. Sabía un poco a bourbon dulce, con toques de vainilla y caramelo. Resultaba embriagador. Él se quedó paralizado, como si su caricia hubiera sido el ataque inesperado de un ejército enemigo, pero el estupor le duró apenas unos segundos. De pronto, pareció despertar, la abrazó y empezó a besarla con el hambre de un animal famélico que por fin ha cazado una presa.

No supo cuánto tiempo permanecieron así, devorándose enloquecidos, sin que el aire pudiera colarse entre sus cuerpos. Sentía cada centímetro de James, cada hueso, cada músculo, incluso las venas y las arterias palpitando dentro de él. La agarró del pelo con tanta fuerza que creyó que le arrancaría un puñado de rizos. No le importaba. Podía dejarla calva si quería. Evie solo deseaba más de él: más besos, más caricias voraces, todo el peso de su cuerpo sobre ella hasta que solo fueran uno.

Las manos de James se deslizaron por su espalda con largas y agónicas caricias que hicieron que su sangre corriera más rápido en sus venas. Se detuvo en sus caderas y las apretó, enviando una orden silenciosa que ella obedeció de inmediato. Separó un poco las piernas y él empezó a subir la falda del vestido. Sus dedos rozaban la piel desnuda de sus muslos, haciendo arder su piel.

Entonces dejó de tocarla.

Aturdida, entreabrió los ojos. La desesperación había desaparecido del semblante de James, sustituida por el ardor. El pecho masculino subía y bajaba agitado y, tras una larga inspiración, la agarró de los hombros, como si quisiera asegurarse de que sus cuerpos mantenían una distancia adecuada.

—Tenemos que parar. Si seguimos así, vamos a acabar haciéndolo contra esta pared y me dará igual que nos vea medio Nueva York —aseguró. O eso fue lo que interpretó Evie, porque James aún jadeaba demasiado rápido y no logró leer bien sus labios.

—¿No hay por aquí algún lugar donde podamos estar a solas? —sugirió. Se sentía temeraria aquella noche.

Él, más calmado, aflojó su agarre. Soltó uno de sus hombros y acarició despacio su labio inferior. Tenía las manos grandes, los dedos largos y las uñas muy cortas pintadas de negro.

—¿Estás segura?

Evie asintió sin dudarlo. Deseaba a ese chico desconocido; a ese chico guapo, extravagante y que parecía algo perdido, con el que había compartido una extraña conexión. Pero, sobre todo, deseaba estar con él porque la hacía sentir normal. No había compasión ni rechazo en James, y eso le gustaba. No era Evie Turner, no era diferente del resto de chicas de su edad; él nunca tendría que saber que ella no era igual que la mayoría y jamás vería su expresión teñirse de pena o desprecio.

Él aún pareció dudar. Al fin tomó su mano y la arrastró lejos de la pista, más allá de la barra, de los reservados y de las colas para los baños, hasta un pasillo escondido y oscuro. Por la seguridad de sus movimientos, intuyó que no era la primera vez que llevaba a una chica a aquel corredor apartado.

Su espalda golpeó contra una pared al tiempo que las manos ansiosas de James se colaban bajo su falda para agarrarle las caderas con fuerza. La impulsó hacia arriba y Evie rodeó su cintura con las piernas. Él apretó su abultada erección contra ella, balanceándose con avidez, y clavó los dedos en la piel que aferraba. Le pareció tan excitante ser deseada con esa abrumadora intensidad que no le importó si le dejaba alguna marca.

En la oscuridad del pasillo no veía su rostro ni distinguía el movimiento de sus labios. Tan solo vislumbraba el destello del pequeño aro de plata en su oreja y el magnético brillo azul de sus ojos, que desaparecieron en cuanto la boca de él se posó sobre su cuello. Sintió la humedad de sus besos y la caricia afilada de sus dientes. Cerró los párpados, entregándose.

Él podría devorarla y a ella no le importaría.

Se aferró a sus hombros, desesperada; luego recorrió avariciosa su nuca

con las manos hasta enredar los dedos en el suave cabello rubio. Tiró de él, deshaciendo un poco el moño masculino, hasta que logró que James alzara la cabeza para besarlo. Ella también quería engullirlo. No dejaría ni un pedazo de él. Nadie sabría nunca qué habría sido de aquel dios nórdico que entró una vez en una discoteca, porque iba a consumirlo por completo.

Lo notó resoplar, palparla a través de las ropas, desesperado por apartar las telas que la cubrían. Evie dejó sus labios y salpicó de besos su cuello. Percibió la vibración de su garganta. James estaba diciendo algo y ella nunca sabría qué palabras escapaban de su boca, pero no le importó. Nada importaba ya, solo su cuerpo duro y firme apretado contra el de ella, el sabor salado de su piel, el calor que desprendían juntos.

Dejó caer las piernas hasta pisar de nuevo tierra firme. Sus manos viajaron a los pantalones de James, tironearon frenéticas de la cremallera y se colaron bajo los calzoncillos para acariciarlo con rudeza. Las tornas habían cambiado y Evie era el animal salvaje, voraz e insaciable.

Guió una de las manos de James bajo su ropa interior para indicarle dónde tenía que acariciarla y volvió a besarlo hasta que los movimientos cada vez más rápidos de sus largos dedos la hicieron romper el beso.

Apoyó la cabeza en el muro, cerró los ojos y, sin dejar de tocarlo, permitió que el placer la envolviera. La pared vibraba siguiendo el ritmo de la música y el movimiento frenético de sus manos y de sus caderas hasta que ambas cadencias se fusionaron en una sola y todo —la música, el sexo, el cuerpo de James y el suyo— estalló en una única onda sonora que pareció arrasar el mundo.

Y, por un instante, Evie creyó recuperar algo que había perdido mucho tiempo atrás.

## *E*vie, 10 años

El último sonido que escuchó en su vida Evie Turner fue la voz desgarrada de su madre. Llevaba varios días sin ir a clase, con fiebre alta y todos los síntomas de una gripe, cansada, irritable y con dolor de cabeza. De pronto, empezaron las náuseas y los vómitos y su estado general empeoró.

—Esta fiebre no me gusta, Frank —afirmó Leah Turner mientras tomaba una vez más la temperatura a su hija. Su marido, que acababa de llegar tras una larga jornada de trabajo al frente de la única ferretería del pueblo, se acercó con paso tranquilo a la cama de su pequeña.

—¿No le baja? —preguntó antes de acariciar su frente húmeda de sudor. Evie sintió el tacto áspero de su mano, tan ruda que parecía arañarle la piel. Sus párpados, pesados como si fueran de plomo, empezaron a caer. Estaba exhausta, aunque llevaba días sin salir de la cama—. Podemos acercarnos al hospital. ¿Has llamado al doctor Tarleton?

—Hablé con él esta mañana. Tenía que atender una urgencia en Barnard y dijo que, si Evie empeoraba, la lleváramos al hospital de Windsor.

Era una de las desventajas de vivir en Bridgewater, un pequeño pueblo de Vermont con poco más de novecientos habitantes. El médico local atendía pacientes en varias poblaciones y el hospital más cercano se encontraba a veinticinco millas.

Frank Turner volvió a acariciar la frente de su hija y después pasó su tosca palma por los rizos empapados. La niña apenas notó el contacto, invadida de nuevo por aquel extraño letargo.

—Prepárala. Voy a sacar el coche del garaje y la llevaremos al hospital —dijo su padre. Su voz sonaba lejana, como si viniera de otro mundo, y ella tenía tanto sueño... Solo quería dormir.

—Vamos, cariño, pesas ya demasiado y no puedo llevarte —suplicó su madre. Tiró de ella, tratando de incorporarla. Evie se sacudió el sopor e intentó levantarse, pero apenas tenía fuerzas.

—No puedo —protestó con voz lastimera—. Déjame...

—No, cielo. Tenemos que ir al hospital. Necesitas que te vea un médico —insistió Leah, obligando a su hija a enderezar la espalda y sacar las piernas de la cama para ponerle las zapatillas—. ¿Estás bien? ¿Quieres vomitar otra vez? —preguntó cuando por fin consiguió que se pusiera en pie.

Evie quiso negarse, pero no tenía fuerzas para hablar. Temblaba por la fiebre y solo quería volver a meterse en la cama, cerrar los ojos y dormir. Podría dormir para siempre.

Caminaron despacio hasta las escaleras. Su madre la sujetaba por los hombros y la ayudaba a avanzar. Cada paso le suponía un esfuerzo demasiado grande, como si cargara el peso del mundo sobre sus espaldas, como si sus extremidades no le pertenecieran y estuviera obligándolas a adaptarse a su cuerpo. Entonces todo se volvió un poco borroso y sus miembros se convirtieron en gelatina. Quiso avisar a su madre, decirle que pasaba algo malo, que parecía que el suelo se estaba abriendo bajo sus pies y que la tierra iba a devorarla, pero la oscuridad se la tragó antes de que pudiera pronunciar una sola palabra.

—¡Está volviendo en sí, Frank!

Aturdida, escuchó una voz familiar que sonaba como enlatada. Tenía mucho calor y empezó a removerse. Algo la apretaba con fuerza y tardó unos segundos en comprender que eran los brazos de su madre. Estaba en el coche, sentada sobre su regazo, y la aferraba con cierta desesperación, como si temiera que fuera a escaparse. A través de la bruma, vislumbró su rostro desencajado.

—¿Estás bien, Evie? ¿Puedes oírme? —Le palpaba las mejillas con manos nerviosas. Se encontraba junto a ella, aunque sus palabras volvían a sonar lejanas.

—¿Ha despertado? —La voz tensa de su padre llegó como un murmullo desde el asiento delantero del coche.

—Tengo sed, mamá... Y sueño... —musitó. Notó el cuello rígido y fue incapaz de mover la cabeza, así que se recostó como pudo contra el pecho de su madre. Escuchó el latido frenético de su corazón durante unos segundos, antes de que el mundo se oscureciera de nuevo.

—Vas a ponerte bien, Evie. ¿Me oyes? Vamos a llegar al hospital y los médicos te van a curar y te pondrás buena. No te va a pasar nada —sollozó su madre desde la lejanía. Su voz desgarrada atravesó las brumas que la rodeaban. Las palabras de Leah se abrían paso entre la oscuridad, como si con ellas pudiera aferrar a la vida a su única hija, como si pudiera detener aquella negrura que amenazaba con llevársela para siempre—. ¿Me oyes, cariño? ¡Evie! ¡Evie! No te duermas, por favor. ¡Frank, date prisa! ¡Tenemos que llegar al hospital! Te vas a poner bien, cariño, no te va a pasar nada...

Cuando despertó, estaba tumbada sobre una cama de hospital y la rodeaba un pesado silencio. Observó aturdida a su alrededor y descubrió los monitores que registraban su pulso cardíaco, los tubos conectados a sus venas para proporcionarle suero y medicamentos y, por último, junto a la cama, vislumbró a su madre, que dormía en una butaca de aspecto incómodo. Tenía las ropas arrugadas y el pelo revuelto y algo graso, como si no se lo hubiera lavado en varios días. Su rostro reflejaba tanta tensión que la asustó.

—Mamá —llamó, pero de su garganta no salió ningún sonido.

Lo intentó de nuevo, asustada. Abrió la boca y llamó a su madre.



No sucedió nada.

Pensó que había perdido la voz. Aterrada, trató de salir de la cama y el movimiento despabiló a su madre, que parpadeó confusa antes de comprender que Evie había despertado. Se abalanzó sobre ella y le dijo algo. Pudo ver el movimiento de sus labios, aunque no la oyó. Lloró asustada. Su madre la acarició y la besó. ¿Qué estaba pasando? ¿No podía hablar, no podía oír? No entendía nada.

Dos enfermeras entraron en la habitación. Movieron los labios, pero de sus bocas no salía sonido alguno. Gritó. Al menos, creyó haber gritado, porque todo lo que sintió fue el opresivo silencio que la acompañaría el resto de su vida; aquel silencio que se había tragado todos los sonidos del mundo, incluido el de su propia voz.

## Capítulo 3

Como de costumbre, había soñado con sonidos que no escuchaba desde hacía más de una década. Sonidos de un mundo que ya no era el suyo y que trataba de recuperar de forma desesperada. Los buscaba en su memoria, los sentía a través de vibraciones y trataba de atraparlos de manera obsesiva en sus dibujos. A veces, lograba rozarlos en sueños y luego se despertaba inquieta y triste, más consciente que nunca de su ausencia.

Sin embargo, aquella mañana algo era diferente. Para empezar, la ventana se encontraba en el lado incorrecto de la habitación. Abrumada por los restos de un sueño que se negaba a soltarla, se removió inquieta. El colchón era distinto, incluso el tacto de las sábanas resultaba más áspero.

Descubrió una grieta en la pared y solo entonces se dio cuenta de que no estaba en Bridgewater, sino en algún rincón perdido de Brooklyn. Las imágenes del día anterior acudieron atropelladas a su mente: la despedida de sus padres, el largo viaje en el autobús, el reencuentro con Caroline, la discoteca, los ojos de James, sus manos, su boca... Una sensación placentera se adueñó de su vientre. Se cubrió la cabeza con las sábanas y rio. Ella era distinta en Nueva York. No se sentía triste ni sola ni enfadada.

Una nueva Evie para una nueva vida.

Presas de la euforia, se sacudió la duermeyela. Su maleta abierta descansaba en el suelo de la pequeña habitación, impidiendo el paso, y

recordó que la bolsa de viaje, la cámara Nikon que le regaló su padre cuando comenzó las clases de fotografía en la universidad y la mochila con sus útiles para pintar se habían quedado en el salón. La austeridad del cuarto no la molestó, aunque durante un segundo añoró el amplio dormitorio en la casa de sus padres, el banco junto a la ventana, las cortinas azules, las estanterías repletas de novelas de fantasía y las paredes que ella misma había decorado con grandes dibujos de árboles oscuros y amenazantes cuyas ramas se extendían, retorcidas y afiladas, como si quisieran atraparla.

Pero ya no era esa Evie, recordó. Iba a llenar su nueva habitación de colores cálidos y mullidos cojines. Tal vez incluso pintaría un mural alegre en una de las paredes.

Estaba dispuesta a ser feliz en Nueva York.

Se levantó de un salto y se dirigió al dormitorio de Carol. El apartamento era diminuto, con pocos muebles y ventanas mal aisladas. Las paredes pedían a gritos una mano de pintura. Tal vez a su prima no le importaría que las convirtiera en lienzos. Sentía debilidad por las paredes desnudas y algo dentro de su pecho se expandió al pensar en todas las posibilidades que ofrecían los muros de su nuevo hogar.

Sentada en su escritorio, Caroline estudiaba unos apuntes con expresión concentrada. Bajo la luz de la mañana, sus atrevidos mechones verdes, cortados de manera desigual, refulgían con fuerza. Le gustaría dibujarla así, seria y extravagante al mismo tiempo.

Se dio cuenta entonces de su extrema delgadez, las profundas ojeras y las líneas de tensión junto a la comisura de la boca. La euforia de su llegada le había impedido apreciar todos los cambios que se habían producido en el aspecto de su prima más allá del tinte de pelo y el nuevo aro de la nariz.

Carol escribió algo en el margen de la página y cerró el bolígrafo. Se volvió hacia ella y empezó a mover las manos.

—«¿Has descansado?».

—«Sí, he dormido bien».

—«Genial. Hay café en la cocina y una caja de Lucky Charms».

—¿Lucky Charms? ¿Qué tienes? ¿Siete años? —se burló Evie dejando de signar.

Caroline contuvo la respuesta que palpitó en la punta de su lengua. La semana anterior había tenido que elegir entre hacer la compra o pagar doscientos dólares por un libro que no encontró en ninguna biblioteca, así que llevaba una semana sobreviviendo a base de cereales, café soluble y latas de sopa. El bono del almuerzo de la universidad le proporcionaba la única comida completa del día y la noche anterior había podido llevar a Evie a la discoteca solo gracias a los pases gratuitos que había conseguido su amiga Shanaya.

Por supuesto, jamás se lo contaría a Evie. Debía cuidar de ella, y su orgullo ya había sufrido bastante desde que cobró el cheque de sus tíos que le permitió pagar el alquiler del mes.

—«¿Crees que tengo tiempo para comprar o cocinar? No sabes cómo es la vida de una estudiante de Medicina. A veces creo que no volveré a dormir en lo que me queda de vida» —signó. La mentira, disfrazada con otra verdad, se deslizó entre sus dedos con sorprendente facilidad.

—Eso quiere decir que tendré que ocuparme de la cocina —respondió Evie contenta. Le gustaba cocinar porque entraban en juego todos sus sentidos útiles: la vista, el tacto, el gusto y el olfato; no necesitaba el oído.

—«¿Vas a contarme ahora dónde te metiste anoche? Desapareciste durante mucho rato» —la interrumpió Caroline.

Evie se encogió de hombros y una nueva ráfaga de imágenes la asaltó de golpe: la mano de James deslizándose por su cintura, el roce de su mejilla, su aliento cálido resbalando por su cuello mientras pronunciaba palabras que ella nunca podría oír.

—«Solo estuve bailando» —contestó con signos.

Sostuvo la mirada de su prima, ambas enzarzadas en una silenciosa

batalla de voluntades, mentiras y medias verdades que no auguraba un inicio feliz de la convivencia.

Evie necesitaba marcar los límites: no había escapado de los brazos sobreprotectores de sus padres para caer en los de su prima. Se había mudado a Nueva York para ser libre, independiente, autónoma. Era consciente de las barreras que le imponía su sordera, pero no iba a permitir que la cubrieran otra vez con una campana de cristal.

—«Hoy necesito estudiar y esta tarde tengo laboratorio. Mañana te enseñaré el barrio y luego podemos ir de compras. Seguro que necesitas unas cuantas cosas». —Carol aceptó que no le daría explicaciones y una agradable sensación de alivio se asentó en el estómago de Evie. Su familia tendría que acostumbrarse: ella iba a construirse una vida propia.

—Me daré una ducha y bajaré a comprar comida.

—«No puedes bajar sola. No conoces el barrio».

—Tú me dirás dónde está la tienda, y tengo Google Maps en el móvil. No me perderé.

—«Esto no es Bridgewater, cariño. Nueva York es una ciudad enorme que no conoces. Aquí pasan cosas, ¿sabes? No puedes salir sola y...».

—No he venido aquí para que te conviertas en mi madre, Carol. Si esto te supone un problema y vas a estar asustada cada vez que haga algo, me buscaré otro sitio para vivir.

—«Eres mi responsabilidad».

—No. Soy tu compañera de piso, nada más.

Caroline apretó los labios y Evie cambió a la lengua de signos: no le gustaba emplear la voz cuando las emociones se apoderaban de ella.

—«Sé que quieres cuidarme y que mi madre te habrá dado un millón de indicaciones para protegerme de todos los riesgos imaginables, pero esto no va a funcionar así. No he salido de una jaula para caer en otra. Necesito explorar mis propios límites o de lo contrario me ahogaré».

Media hora después, Evie atravesó el portal y sintió que Nueva York le

abría los brazos para acogerla en sus calles caóticas. La noche anterior apenas se había fijado en la zona, pero a la luz del día fue como una explosión. Había gente por todas partes, le llegaban olores de mil cocinas distintas y carteles de colores escritos en todas las lenguas. Restaurantes chinos, griegos, rusos e italianos se mezclaban con tiendas de lo más variopinto. Quiso reír y saltar, incapaz de reconocerse en aquel sentimiento de júbilo.

No advirtió los edificios destartalados cubiertos de pintadas obscenas, los agujeros en las calles ni las bolsas de basura que se acumulaban en las esquinas.

Sacó el móvil y tomó varias fotos, pareciendo exactamente lo que era: una chica de campo impresionada por la gran ciudad. Le envió las imágenes a Shui Mei.

Se dirigió con paso tranquilo hacia el supermercado que le había indicado su prima. No tenía nada que ver con la tienda de los Olson. Tampoco los precios, observó consternada mientras calculaba cuánto durarían sus ahorros en Nueva York. Sus padres habían insistido en ayudarla un tiempo, pero no le gustaba la idea de continuar dependiendo de ellos. Tendría que encontrar pronto un trabajo.

Con las bolsas llenas, regresó al apartamento y preparó un buen desayuno.

—«Tiene muy buena pinta» —indicó Caroline por señas tras llamar su atención con un par de toques en el hombro.

Su prima contempló anhelante los platos que se amontonaban en la pequeña barra de la cocina: fruta troceada, huevos *benedictine*, jamón ahumado, tostadas... Cada una se concentró en su plato, porque la comunicación con Evie no resultaba fácil durante las comidas. Cuando terminaron, Carol le habló de su experiencia en Columbia.

—«Tengo tanto que estudiar que apenas me doy cuenta de lo que pasa a mi alrededor. Me temo que no te haré demasiado caso, aunque vivamos

juntas».

—No te preocupes por eso. Ya te he dicho que no tienes que cuidar de mí. Pienso encontrar un trabajo.

—«Hablando de eso... —Caroline sacó una tarjeta de su bolsillo—. He recogido información sobre una asociación de sordos. Tal vez puedan ayudarte a conseguir empleo o darte algún tipo de orientación. Nueva York no es una ciudad fácil».

Evie no contestó de inmediato. Se quedó mirando la tarjeta que le tendía, como si fuera una serpiente. ¿Qué podía decirle? Su prima lo había hecho con la mejor voluntad, pero ella no iba a recurrir a ninguna asociación. Sabía que, si tenía la oportunidad, se encerraría de nuevo en la comunidad sorda, donde se sentiría a salvo y se mantendría lejos del resto del mundo.

Se metería de nuevo voluntariamente en la jaula de oro, tal como había hecho cada vez que intentó vivir en el mundo exterior y acabó decepcionada.

Estaba decidida a conquistar su independencia.

—Gracias —contestó tomando la tarjeta, a sabiendas de que no debía emprender batallas innecesarias. La guardó en el bolsillo, sin intención de utilizarla.

—«Estupendo. Seguro que podrán ayudarte a empezar. —Carol sonrió aliviada—. Tengo que ir a la facultad. ¿Querrás salir esta noche? Los viernes suelo reunirme con mi grupo de estudio, aunque puedo saltármelo si te apetece que hagamos algo juntas».

—No, está bien. Creo que voy a dedicar la tarde a deshacer el equipaje.

Cuando su prima se marchó, encontró en su móvil tres mensajes de su madre, que se apresuró a responder para que no se pusiera nerviosa. También Shui Mei había contestado a sus fotos con varios emoticonos.

Estuvo tentada a contarle su aventura nocturna, hablarle de James y la extraña electricidad que había sentido con aquel chico desconocido, pero no lo hizo. Parecía demasiado íntimo compartir aquella experiencia con nadie,

ni siquiera con su mejor amiga. Como si de algún modo estuviera traicionando a James. No importaba, claro, porque no volvería a verlo; sería imposible que lo encontrara en una ciudad de más de ocho millones de habitantes. Había sido una noche mágica y le bastaba con eso.

Sería un precioso recuerdo que atesorar el resto de su vida.

*OceanofPDF.com*



## Capítulo 4

Con una sonrisa presumida, James se inclinó sobre el piano para ejecutar un trino veloz. Se incorporó un poco, permitiendo que sus dedos se deslizaran calmados durante unos cuantos compases, y luego los lanzó en una intrépida carrera que convirtió sus manos en una imagen borrosa sobre las teclas blancas y negras. Movi6 la cabeza siguiendo el ritmo, divertido. Así era 6l cuando tocaba: exagerado y llamativo. Daba igual qu6 tipo de m6sica estuviera interpretando, ya fuera una partitura de Liszt para virtuosos o las oscuras canciones de The Wave. Le encantaba haber reencontrado su pasi6n por la m6sica.

Se regode6 en su propia habilidad durante el tramo final y alz6 las manos en se6al de victoria tras pulsar el 6ltimo acorde, como un deportista que celebrara un tanto. Pocos pianistas lograban tocar *La campanella*, de Franz Liszt, con su impecable t6cnica.

—Estás de muy buen humor —sise6 Miles desde el sof6.

—Yo suelo estar de buen humor.

—No en los 6ltimos tiempos... Hacía a6os que no tocabas así.

James se gir6 sin levantarse de la banqueta del piano y se situ6 frente a su mejor amigo. Tirado sobre el sof6, este lo estudiaba con gesto adusto. Sus ojos verdes estaban empa6ados de cierta oscuridad interior que a menudo devoraba por completo al cantante de The Wave. Antes de S6dney, cuando

el grupo se encontraba en la cima del éxito, Miles alternaba sus momentos bajos con otros de alegría desenfrenada en los que nunca parecía tener bastante de nada: chicas, alcohol, drogas... También James se dejó arrastrar por la imparable espiral del éxito, aunque él siempre tuvo un punto de contención del que carecía su mejor amigo.

Sin embargo, desde que encontraron el cuerpo de Aaron en aquella habitación de hotel, Miles no había salido a flote. La oscuridad y sus adicciones lo habían devorado y ni siquiera sus dos estancias en una clínica de desintoxicación habían logrado sacarlo del estado depresivo en el que parecía sumido.

James había vivido su propio duelo, más tranquilo, pero no por ello menos doloroso. El teclista de The Wave prefería dejar los excesos para el escenario.

—¿Por qué me has hecho venir? —preguntó Miles con tono áspero.

James ahogó un suspiro. Llevaba toda la semana tratando de sacarlo de casa. El nuevo Miles se resistía a abandonar su cueva de ermitaño y a James le asustaba que volviera a caer en picado.

—Deberíamos hablar sobre el grupo.

—Ya no hay grupo.

—The Wave puede volver. Tenemos una oportunidad. —Se inclinó y apoyó los codos en las rodillas—. Gerry ha conseguido ese contrato con Red Moon Records y no debemos desaprovecharlo. Sé que es una discográfica pequeña y que estamos habituados a trabajar con compañías más grandes, pero es la única que ha confiado en nosotros en todo este tiempo y no me importa empezar desde cero.

—The Wave está acabado. Se terminó en Sídney y debes asumirlo de una puta vez —musitó el cantante con la voz rota.

—Han pasado casi cuatro años. Debemos seguir adelante. Por nosotros y también por Aaron. ¿No te das cuenta? Hemos sobrevivido. Nuestro amigo murió... —Le costó decirlo, como si tuviera arena en la garganta y

necesitara empujar las palabras para que salieran. Carraspeó antes de seguir —. Nos hundimos, nos cerraron todas las puertas y seguimos cayendo, pero ahora somos más fuertes y tenemos una nueva oportunidad. ¿No deberíamos aprovecharla?

—No.

La voz de su amigo, tajante, rotunda, hizo vibrar el aire de la habitación. James parpadeó confuso.

—¿No? ¿No qué, Miles?

—No habrá nuevo disco, no habrá más The Wave. Se ha acabado. Creo que quedó claro el otro día en el despacho de Gerry. Incluso él lo aceptó al final.

Los dos amigos se enfrentaron en un duelo de miradas desafiantes. A James le costaba llegar al nuevo Miles, a ese ser tenebroso y huraño en el que se había convertido. Entre ellos se habían levantado muros impenetrables que los separaban cada vez más. ¡Qué difícil resultaba verse a través de las piedras que ambos habían amontonado para refugiarse del mundo! Esas murallas los alejaban. Necesitaban derribarlas, volver a ser los de antes, recuperarse el uno al otro.

No podrían salir adelante de ninguna otra forma.

—Tú y yo solo sabemos hacer música. Nada más. —James se encogió de hombros—. Siempre ha sido nuestro motor y no puedes luchar contra eso. Vamos a volver a tocar. Puede que no hoy ni mañana, pero al final tú también querrás regresar a los escenarios. Es el lugar al que pertenecemos.

—No pienso tener esta conversación una y otra vez.

—No hemos tenido ninguna conversación. Te he llamado a diario durante una semana y no te has dignado a cogerme el teléfono.

—Creí que acabarías entendiendo la indirecta y dejarías de insistir.

—Solo quería hablar contigo.

Miles entrecerró los ojos y se acarició la barbilla, cubierta por su habitual barba de dos días.

—No es cierto. Querías vigilarme, tal como haces desde que volví de la clínica de Iowa. Como puedes ver, sigo sobrio.

—No hago eso. No te vigilo —mintió James, porque no podía reconocer que vivía con el temor permanente a perder al único amigo verdadero que le quedaba.

Nunca olvidaría todas las veces que tuvo que cargar con su cuerpo exangüe ni cuando lo veló junto a la cama de un hospital, creyendo que Miles correría la misma suerte de Aaron y que también se lo llevaría una sobredosis. Tenía grabada a fuego la última caída. Lo cuidó durante días de fiebre, temblores y vómitos antes de que aceptara ingresar de nuevo en la clínica.

James se puso en pie y se alejó del piano, a pesar de que las teclas parecían llamarlo con voz dulce y tentadora.

El miedo lo carcomía después de haber recogido una y otra vez a su mejor amigo del pozo al que le gustaba arrojarse.

Trató de apartar los oscuros recuerdos que amenazaban con consumirlo. Caminó con largas zancadas hasta la ventana y observó los rascacielos de Manhattan. Le parecieron fríos e imponentes, intimidantes. A veces amaba Nueva York. La mayoría de las veces odiaba aquella ciudad.

—Me vigilas todo el tiempo. ¿Piensas que no me doy cuenta? —Miles rompió el silencio con su voz grave, teñida de enfado—. Crees que ocurrirá como las otras veces, pero no va a suceder. Han pasado casi dos años y estoy tomando las medidas necesarias.

—¿Eso implica dejar caer al grupo? ¿Esperas que mantenerte alejado evitará que vuelvas a consumir?

—¡No dejo caer al grupo! Esto no trata de mis problemas con las drogas o el alcohol. The Wave se derrumbó hace mucho. Nadie nos quiere ahora y no tenemos nada que ofrecer. ¡No tenemos música! Yo no la tengo y tú tampoco. La perdimos.

—Vuelvo a sentirla —reconoció James manteniendo aún la mirada fija

en el exterior. Miles se puso en pie y caminó hacia él. La sombría figura se colocó a su lado. De reojo, lo vio sacar la cajetilla de tabaco del bolsillo trasero de sus vaqueros—. No fumes en mi casa. Ya sabes que no me gusta.

Miles resopló, pero guardó el paquete de cigarrillos.

—¿Vuelves a sentir la música? ¿Por eso estás tocando de nuevo el piano?

James se frotó la nuca. No quería hablar de Evie. Estaba bastante seguro de que nadie entendería que, en su momento más bajo, cuando por fin aceptó rendirse, una bailarina solitaria le había devuelto la música y las ganas de luchar.

—¿Por eso has vuelto a tocar el piano? ¿Porque sientes de nuevo la música? —repitió Miles con un susurro seco—. ¿Cómo has conseguido que vuelva?

Pudo palpar la angustia en su voz, pero no iba a hablarle de Evie. Nunca le había preocupado comentar sus conquistas con su mejor amigo. En sus años más locos incluso habían estado alguna vez con la misma chica. Sin embargo, lo sucedido con ella parecía demasiado íntimo. Temía exponerlo a la luz, que Miles lo confundiera con cualquiera de sus otros enamoramientos y lo rebajara a algo insustancial, a una sórdida aventura de una noche en la oscuridad de una discoteca.

—Es solo que he recordado lo que la música me hace sentir y no quiero dejarlo escapar —reconoció—. Por eso creo que deberíamos intentarlo de nuevo.

Miles resopló y se alejó de la ventana.

Ignorando la nube negra que parecía envolver a su amigo, James se volvió hacia su magnífico Steinway, que lo reclamaba con la misma hambre que años atrás. Estuvo tentado a tocar una de las canciones de The Wave, pero intuyó que Miles explotaría si lo presionaba demasiado.

En su lugar, deslizó los dedos por el teclado y pulsó los primeros compases de *Demons*, de Imagine Dragons. Tarareó las primeras notas de la canción. Hacía tiempo que no cantaba. En los inicios de The Wave, ambos

se alternaban en el micrófono hasta que Gerry los convenció para que Miles se ocupara en exclusiva de la parte vocal. Su voz ronca, oscura y conmovedora resultaba más original que el tono cálido del teclista.

A James nunca le importó cederle el puesto. Siempre puso The Wave por encima de todo, incluso de sus ambiciones personales.

Y estaba dispuesto a hacerlo de nuevo, pensó mientras sus dedos se deslizaban sobre las teclas.

Aunque esta vez lo harían mejor.

Se sumergió en la melodía oscura, intensa y, pese a todo, esperanzadora. La imagen de Evie bailando destelló en algún lugar de su memoria. Revivió la forma en que su cuerpo seguía los ritmos que marcaba la música y los que marcaban las manos de James.

En los últimos años se había sentido muerto por dentro, como si su interior hubiera estado funcionando con la sordina puesta. Una parte de él se quedó atrapada en aquella habitación de Sídney, junto al cuerpo inerte de Aaron. Desde entonces, se había sumido en un mundo de sonidos fríos.

Evie, con un único baile, lo había sacado del fango en el que se estaba hundiendo.

Resultaba absurdo, por supuesto. Cualquier persona sensata le diría que algo no funcionaba bien dentro de él, pero James había asumido tiempo atrás sus propias rarezas.

El deseo había despertado más tarde, como consecuencia de su cercanía, de aquellos ojos castaños en los que latía algo oscuro y secreto y que, al mismo tiempo, parecían capaces de atisbar cada uno de los demonios que habitaban en el interior de James, bien escondidos bajo sonrisas brillantes y despreocupadas.

Luego ella había desaparecido mientras él se adecentaba en los aseos y, pese a que la buscó por todas partes, no logró encontrarla. Así que regresó a su piso, se sentó al piano y tocó como llevaba años sin hacerlo.

Se reencontró en el teclado y, por primera vez en mucho tiempo, pudo

respirar.

La música había vuelto a cobrar sentido, y todo lo que merecía la pena se encontraba dentro de las teclas blancas y negras que se deslizaban bajo sus dedos creando universos sonoros llenos de vida, de pasión, de dolor.

Había vuelto a casa.

Tal vez era mejor que ella hubiera desaparecido. Había vivido con Evie un instante fugaz e irreal robado en medio de la noche. Ella ni siquiera parecía haber reconocido a la antigua estrella de rock.

La sangre martilleó en sus venas y ya no supo si era a causa de los recuerdos de Evie o de la sugestiva melodía que se adentraba bajo su piel, como una siniestra advertencia que navegaba entre la luz y la oscuridad liberando todos los demonios que trataba de esconder en su interior.

Embebido en la música, ni siquiera escuchó el portazo que dio Miles al marcharse.

## *E*vie, 11 años

A veces intentaba reproducir los sonidos dentro de su cabeza. Contempló la lluvia a través de la ventana de su dormitorio y trató de recordar cómo repicaban las gotas al golpear contra el cristal. Hacía tan solo un año era un sonido familiar, pero el silencio había acabado por devorarlo.

Al principio, los sonidos seguían en su interior. No los oía, aunque los recordaba con dolorosa claridad: la voz de su madre, las pisadas rápidas de su padre, el crujido de las maderas del porche, una melodía que bailó en clase de ballet, su propia risa...

Volvió a mirar a través de la ventana. El viento agitaba las ramas del manzano y las gotas de lluvia se deslizaban silenciosas por el cristal, muy despacio, dejando pequeños caminos de agua a su paso. Era un hermoso espectáculo.

Todo parecía gris aquella tarde. La lluvia había apagado el paisaje multicolor del otoño de Vermont y los rojos, naranjas y amarillos vibrantes, que atraían a turistas de todo el país, habían perdido su brillo. En realidad, el mundo entero resultaba menos colorido que un año atrás.

Cada vez le costaba más recuperar los sonidos. Estaban desapareciendo de su memoria. Se evaporaban poco a poco, convertidos en un eco lejano, y un día no quedaría rastro de ellos. A veces pensaba que sería mejor así, que dolería menos no tener su recuerdo; sin embargo, sabía que en cuanto olvidara el último sonido se quedaría irremediabilmente sola con su silencio.

Una conocida angustia empezó a crecer en la boca de su estómago. Se removió inquieta sobre el asiento y trató de respirar hondo, tal como le había indicado la psicóloga que la trataba desde hacía un mes, cuando sus padres por fin se reconocieron incapaces para lidiar con los ataques de



pánico de su hija sorda.

Evie se concentró en su respiración. Intentaba controlar la bola oscura que amenazaba con ascender por su esófago, así que se obligó a recordar que se encontraba en su rincón favorito: el banco junto a la ventana de su dormitorio. Era su lugar seguro.

Intentó seguir las indicaciones de la doctora Anderson: cerrar los ojos, inspirar, espirar, relajar los músculos... No sirvió de nada. La sensación de angustia creció, decidida a devorarla.

Apoyó la frente en la ventana y notó la vibración del cristal, sacudido por el viento. Las vibraciones, que sentía con distintos grados de intensidad, eran sus nuevos sonidos y no le gustaban. No lograba identificarlos.

Cogió su cuaderno de dibujar, se acomodó los cojines en los que apoyaba la espalda y, con manos temblorosas, empezó a copiar la parte del jardín que veía través de la ventana: el manzano inclinado, las hojas azotadas por el viento y la lluvia afilada.

Movió el lápiz con gestos nerviosos. Todo era demasiado grande, demasiado oscuro. El querido árbol bajo el que leía en verano se inclinaba amenazador, extendiendo sus ramas como garras espeluznantes, y las gotas de lluvia asemejaban cuchillos cayendo sobre la hierba. Casi podía escuchar el dibujo, como si atrapara en él los sonidos: el bramido del viento, el golpeteo furioso del agua, las hojas agitándose en un baile frenético. Sí, casi oía los colores en el papel, pero en el último momento los sonidos se escapaban. Nunca se dejaban alcanzar.

Angustiada, soltó el cuaderno. La bola oscura de su interior le oprimía la garganta, deseosa de salir. No volvería a escuchar una tormenta. Jamás. La rabia explotó dentro de Evie, envolviéndola con su oscuridad. El reflejo del cristal le devolvió la imagen de su rostro congestionado.

Se levantó con brusquedad. Tenía que salir de allí.

Apenas fue consciente de abandonar su dormitorio y bajar los escalones de dos en dos. Necesitaba sentir la lluvia sobre su piel para cerciorarse de su

existencia. Todo parecía irreal en aquel silencio opresivo que la rodeaba noche y día.

Nada más saltar del porche, el agua cayó sobre ella con violencia.

Echó a correr. Sus padres se alarmarían cuando se dieran cuenta de que se había marchado sin avisar. Imaginó a su madre gritando su nombre desde el porche y apenas pudo recordar su tono de voz. A veces, lo reproducía en su cabeza y sonaba diferente en cada ocasión, más grave o más agudo, según su propio estado de ánimo. ¿Habría algo más doloroso que olvidar la voz de su madre?, pensó aterrada mientras seguía hundiéndose en su propio desconsuelo.

Dejó que la velocidad y la lluvia se llevaran la angustia. Cuando se detuvo, le ardían los pulmones y respiraba con rápidas bocanadas. La rabia había desaparecido.

Parpadeó nerviosa y miró a su alrededor. La calle estaba vacía. Tal vez los vecinos —los mismos que la miraban compasivos y distantes, sin saber cómo tratar a la nueva Evie— habían visto desde sus ventanas a la chica sorda que corría enloquecida bajo la lluvia.

Sintió frío. Reconoció el cartel del Sunrise Café y, tras un leve titubeo, empujó la pesada puerta de madera. La envolvió un agradable aroma a bizcocho recién horneado y el calor penetró en sus huesos, pero sus dientes seguían entrechocando.

Se abrazó la cintura y miró a su alrededor. No había clientes, solo estaba la dueña del café, que se encontraba junto al mostrador. Isobel Partridge era una mujer extravagante que rondaba los cuarenta años. Solía llevar sus rizos cobrizos recogidos con horquillas de flores y mariposas, y personalizaba sus ropas con cuentas de colores, botones de formas raras y primorosos bordados.

La señora Partridge se inclinó hacia la niña y habló. Evie miró confusa su boca. No había vuelto al colegio desde su enfermedad y su madre se había hecho cargo de su educación en casa. Estaba aprendiendo a leer los labios y

algo de lengua de signos con una profesora de Rutland, aunque de momento no era demasiado buena con ninguna de las dos técnicas.

La dueña del café se rindió al fin. Hizo un gesto para que la esperara, la dejó a solas y reapareció al cabo de unos minutos con una toalla y un grueso jersey con una bandada de pájaros bordados en el lado izquierdo. La niña se secó con la toalla, se quitó la sudadera empapada y se puso el jersey. Al instante, se sintió mejor.

Isobel le tendió un cuaderno donde había escrito unas palabras con una pulcra letra redondeada. Aunque apenas tenía contacto con sus vecinos, ni siquiera con sus antiguos amigos, todo el mundo en Bridgewater conocía la situación de Evie Turner.

Quítate las zapatillas y los calcetines. Los pondré a secar dentro y te traeré unos secos. Luego, puedes sentarte en una de las mesas.

Obedeció las instrucciones y, tras descalzarse, tomó asiento junto a la vieja estufa de hierro que caldeaba el local. Un agradable calorcillo se coló bajo su piel y se relajó.

Estaba agotada.

Como por arte de magia, apareció ante ella una humeante taza de chocolate caliente y un plato con bizcocho de naranja. Agradecida, alzó la vista y tropezó con los ojos traviesos de la señora Partridge, tal vez la única persona adulta de todo Bridgewater que no la miraba con lástima.

Isobel le tendió un par de calcetines secos y el cuaderno.

Tómate el chocolate con calma. He llamado a tus padres para decirles que estás aquí y que te acompañaré a casa dentro de un rato.

Evie asintió agradecida mientras se ponía los calcetines decorados con libélulas azules. Sorbió el delicioso chocolate y, al bajar la taza, descubrió que Isobel había dejado un libro sobre la mesa. Era un ejemplar de *Harry Potter y la piedra filosofal*. Había visto la película un par de años atrás y no

le había interesado demasiado. Sin embargo, un breve recuerdo brotó de su interior. Unas notas, el principio de una melodía que acompañaba el vuelo de una lechuza blanca. Un pequeño fragmento, lleno de magia, que se le escurría entre los dedos, que no lograba atrapar en su cabeza hambrienta de sonidos.

Frustrada, cerró los párpados. Estaba demasiado cansada para dejarse llevar de nuevo por la rabia.

Abrió el libro y buscó el primer capítulo. Se titulaba «El niño que sobrevivió», y algo reconfortante se deslizó dentro de ella. A los once años, Evie ya sabía un par de cosas sobre niños que sobrevivían.

Dio un nuevo sorbo al chocolate y se sumergió en un universo mágico en el que un niño diferente lograba vencer a sus demonios y encontrar su lugar en el mundo.

## Capítulo 5

Nueva York estaba llena de oportunidades. Podría ser cualquier cosa. Podría hacer cualquier cosa. Evie soñaba con dedicarse al arte, pero, de momento, le bastaba con encontrar un empleo que le permitiera hacerse cargo de sus gastos. Durante su primera semana en la ciudad, se aplicó en mirar ofertas de trabajo y enviar solicitudes. Había recibido como respuesta algunos correos electrónicos amables en los que prometían estudiar su candidatura. Esperaba que sus ganas de trabajar suplieran su escasa experiencia laboral ayudando en la ferretería de su padre o su errática formación artística en la universidad local.

Mientras, aprovechaba el tiempo libre para conocer Nueva York. A Caroline no le hacía gracia que se moviera sola de un lado a otro. El primer día que quiso viajar en metro, su prima estuvo a punto de sufrir un síncope.

—¡El metro! ¡Quieres ir sola en metro!

—Por supuesto que voy a ir en metro. ¿De qué otra forma voy a desplazarme de un sitio a otro?

—No puedes... —titubeó Caroline, pero se calló al ver la mirada indignada de Evie. La expresión «no puedes» había quedado desterrada para siempre de sus conversaciones.

—«Todo el mundo se mueve en metro en esta ciudad y los ahorros me durarán un suspiro si me desplazo en taxi a todas partes. Aprenderé a usar el

transporte público. No puede ser tan difícil» —signó Evie.

Cuando las emociones se apoderaban de ella, no le gustaba hablar sin escucharse, sin saber si su tono de voz era demasiado alto o si pronunciaba correctamente las palabras. Los signos se convertían entonces en un refugio, así que recurría a las manos cuando necesitaba sentirse segura. Y aquellos días, en una ciudad enorme y desconocida, no se sentía tan segura como aparentaba. El metro la asustaba. No lo reconocería, claro; si demostraba un ápice de miedo, si se dejaba vencer antes de intentarlo, entonces volvería al caparazón en el que se había escondido durante la última década. La Evie de Nueva York era alegre, valiente y decidida; era la misma chica que se subía sobre los esquís para deslizarse por las pendientes más difíciles de las montañas nevadas de Vermont. La Evie que sobrevivía. No aquella otra chica oscura, enfadada, cobarde y triste que se dejaba vencer por unas gotas de lluvia.

—«Tal vez sea mejor que te muevas por el barrio estos días y el fin de semana te acompañaré al centro para que visites todos los museos que quieras».

Caroline no parecía dispuesta a soltar las riendas.

—Voy a ir hoy a Manhattan —aseguró Evie regresando a la lengua oral solo para demostrar que podía alejarse de sus refugios.

—«Está bien... Pero te vienes conmigo a la universidad para que pueda enseñarte a moverte en metro».

Evie aceptó el trato y, media hora después, ambas salieron del apartamento.

El primer viaje en metro resultó una experiencia abrumadora y Evie agradeció la insistencia de su prima en acompañarla. La gente, los trenes, las confusas líneas, los túneles: todo resultó ser demasiado para ella y trató de exorcizar sus temores sacando unas cuantas fotos con el móvil, que envió a Shui Mei. Eran imágenes borrosas y desenfocadas, algo oscuras, debido a la iluminación de los andenes y los vagones, pero que reflejaban

bien su estado de ánimo.

La respuesta no tardó en llegar.

**Shui Mei**

¿Estás bien? ¿No es demasiado?

**Evie**

Hoy sí. Hoy es demasiado.

No podía engañar a su mejor amiga, con la que había compartido habitación durante los años que ambas estudiaron en Haverhill. Se conocían demasiado bien.

Varios mensajes tranquilizadores llegaron desde Vermont. Shui Mei era experta en devolverle la calma y, cuando una hora después alcanzaron su destino, Evie había recuperado el valor.

Le gustó la facultad de Caroline, un impresionante edificio de largos pasillos que poco tenía que ver con la humilde universidad local en la que ella estudió, aunque, en realidad, había tomado la mayoría de las clases en línea.

Su prima le enseñó la biblioteca y el salón de actos; luego se dirigieron a la cafetería, donde pidieron un par de refrescos. Algunos estudiantes las miraron con curiosidad cuando las vieron hablar con las manos.

—«Tengo clase dentro de un rato. Puedes aprovechar para dar una vuelta por el vecindario. Si no te importa caminar unas cuantas manzanas, puedes visitar la Sociedad Hispánica. Yo no he estado, pero estoy segura de que a ti te gustará».

—Me encantaría —aseguró. Tenía muchas ganas de visitar algún museo de la ciudad y se moría por ver la colección de arte español.

Un hombre alto, con gafas de montura metálica y aire grave se detuvo ante su mesa. Evie calculó que sería unos pocos años mayor que Caroline y que rondaría los veintisiete, tal vez veintiocho años. Llevaba traje con corbata y, aunque no parecía un profesor, su apariencia contrastaba con la

relajada vestimenta del resto de los estudiantes y, sobre todo, con el llamativo aspecto de su prima. No había visto en la facultad de Medicina otras chicas con el pelo verde y un aro en la nariz que vistieran con vaqueros rasgados y camisetas tan amplias que su delgado cuerpo nadaba bajo las telas.

Carol se removió en su asiento tras saludar al recién llegado. A Evie le habría gustado situarse en una mejor posición para leer los labios de ambos y entender la extraña tensión que palpaba entre ellos. Avergonzada, apartó la vista, permitiéndoles cierta privacidad. Se concentró en su refresco hasta que su prima le dio un ligero golpe en la mano para llamar su atención.

—«Evie, este es Drew... Andrew Wigmore —signó al tiempo que repetía las palabras en voz alta, en consideración a su compañero—. Es médico residente en el Presbyterian, que es uno de los hospitales afiliados a la facultad. Muchos estudiantes hacemos allí nuestras prácticas y, después, la residencia» —explicó para que su prima entendiera la relación entre ambas instituciones.

Las gafas de Drew habían resbalado unos milímetros por el puente de la nariz y él las volvió a colocar en su lugar.

—Encantado de conocerte —saludó. Se situó de frente y vocalizó con cuidado. Caroline le había dado instrucciones para que se comunicara con ella. Aun así, su prima signó al mismo tiempo sus palabras—. No quería interrumpiros. Solo he venido para invitaros a una fiesta la semana que viene en casa de mis padres. Espero que podáis venir las dos. —La miró largamente hasta que Evie asintió despacio para demostrarle que lo había comprendido.

Quiso decirle que no era necesario que contara con ella, pero él se despidió con un gesto seco tras lanzar una larga mirada a los cabellos verdes de su prima.

—«No sé por qué nos ha invitado —explicó Carol con expresión consternada—. Este trimestre estoy haciendo de pasante en una



investigación de Pediatría en el Presbyterian y trabajo con él, que hace la residencia en ese departamento. Es un tipo rico del Upper East Side y su padre es un cardiólogo muy conocido. No nos llevamos demasiado bien. Es bastante serio y estirado, y creo que mi aspecto lo pone nervioso».

—«No entiendo nada. Si no os lleváis bien, entonces ¿por qué nos ha invitado?».

Caroline se encogió de hombros.

—«Sabe que soy una gran admiradora del trabajo de la doctora Blackwell y ella ha confirmado su asistencia. Supongo que quiere ser amable por alguna razón».

—«¿Es una fiesta de médicos? Yo no pinto nada ahí» —protestó Evie, que empezó a inquietarse ante la idea de asistir a una fiesta con un montón de desconocidos con los que no podría comunicarse.

—«No es de médicos. Es una fiesta de ricos a la que asistirán algunos médicos. De todas formas, no podremos ir. No tenemos ropa adecuada para un evento de esa categoría».

Carol vaciló. No entendía por qué Drew se había molestado en invitarla a la fiesta de sus padres. Tal vez era una disculpa por la pequeña discusión que habían mantenido la semana anterior acerca de los primeros resultados de la investigación. Reconoció que había sido bastante amable por su parte extender la invitación a su prima.

—«¿Quieres ir?» —preguntó Evie.

—«Sería una gran oportunidad, pero...».

Caroline no logró ocultar su disgusto. No tenía ropa apropiada, aunque le avergonzaba reconocerlo delante de su prima. Evie había vivido siempre en una cómoda burbuja. Los Turner no eran ricos, desde luego, pero tenían una bonita casa con jardín e incluso podían permitirse mantener a su hija durante un tiempo en una ciudad tan cara como Nueva York. Por el contrario, la madre de Caroline siempre había tenido dos trabajos con los que a duras penas llegaba a fin de mes, y ella estaba sacando sus estudios

universitarios gracias a becas, créditos bancarios y pequeños trabajos temporales cada vez más difíciles de conciliar con su exigente plan de estudios.

—«Creo que es mejor que no vayamos. No pintamos nada allí. ¿Te imaginas, una chica rara de Idaho y otra sorda en una fiesta del Upper East Side?». —Carol volvió a ocultarse bajo el disfraz de la indiferencia, como si de esa manera pudiera disimular su falta de recursos para que nadie descubriera (y menos aún su madre o sus tíos) los malabares que tenía que hacer para sobrevivir desde que había llegado a Nueva York.

Ignorando las tribulaciones de su prima, Evie dudó mientras daba un sorbo a su café. No se le daban bien las multitudes, aunque parecía una gran oportunidad para Caroline y ella había dejado Vermont para afrontar nuevos retos.

—Iremos —decidió.

—Evie... —protestó Carol.

Discutieron un poco hasta que las interrumpió una amiga de Caroline. Se llamaba Shanaya Kumar y Evie la recordó de la noche en la discoteca. Le habría gustado pintar a esa chica de grandes ojos oscuros, cejas gruesas y el pelo liso y brillante. Irradiaba una personalidad fuerte, de esas mujeres que no se dejarían pisotear por nadie.

Carol le explicó el problema a Shanaya y su amiga se rio divertida antes de asegurar que ella se ocuparía de todo. Luego arrastró a Caroline a clase, así que Evie se dirigió hacia la sede de la Sociedad Hispánica. Durante el camino, se preguntó inquieta si debería rechazar la invitación. ¿Sería capaz de afrontar esa nueva prueba sin sufrir uno de sus antiguos ataques de pánico? Hacía años que desaparecieron, pero no necesitaba que su vieja personalidad resurgiera en Nueva York.

Las dudas se disolvieron al llegar al museo. Accedió a un magnífico patio español de aire renacentista y recorrió las salas para disfrutar de la obra de grandes pintores españoles, como Velázquez, Goya y Zurbarán, que solo

había visto en los libros. Y, ante un cuadro de Sorolla lleno de luz, mientras contemplaba los cuerpos bronceados y húmedos de los bañistas, quiso llorar. Casi podía escuchar la escena: el rumor de las olas, las risas de los niños, el chillido de las gaviotas... Pensó que sería maravilloso capturar el sonido del mar en una imagen, atraparlo para que nunca pudiera escapar.

En la última década había aprendido a escuchar el mundo de nuevas formas y seguía buscando, incansable, otras maneras de alcanzar los sonidos.

## Capítulo 6

James se aflojó un poco la corbata y examinó su aspecto en el espejo con marco dorado mientras tarareaba *Moonlight in Vermont*, en la versión de Frank Sinatra. Todo el conjunto estaba perfectamente estudiado: el moño rubio, las gruesas líneas negras que subrayaban sus ojos, el toque de rímel, los anillos y el pendiente de la oreja. El traje hecho a medida acentuaba su cuerpo esbelto y atlético, y ni siquiera la dejadez del cuello abierto de la camisa y la corbata aflojada le restaban elegancia, aunque estaba seguro de que sus padres no opinarían igual. Sonrió satisfecho a su imagen.

—Siempre sabes cómo llamar la atención. —La voz profunda de Drew Wigmore lo hizo volverse hacia su antiguo compañero de colegio.

—Ya sabes que es mi especialidad. Es la única forma en la que soportaré asistir a esta fiesta.

—No sé por qué has venido si tanto odias esto. Mi madre habría entendido que rechazaras la invitación.

—Nunca haría eso. Creo que tus padres son las únicas personas de nuestro círculo que me caen bien. Y a ti te debo mucho.

Drew hizo un gesto con la mano, como si todo lo que hizo en el pasado no tuviera importancia, pero James no lo olvidaría nunca. Estaba atado a Andrew Newell Wigmore por una lealtad sin límites, que lo obligaba incluso a asistir a una de aquellas fiestas que tanto aborrecía. Y, sin

embargo, no podía considerarlo un amigo; no tenían ese tipo de confianza.

—Tus padres están aquí —indicó el que fuera su capitán en el equipo escolar de *lacrosse*.

—Lo sé.

Se encogió de hombros, como si no importara, aunque la presencia del matrimonio Hathaway era la verdadera razón por la que había puesto especial cuidado en exagerar su aspecto. Desde que alcanzó la adolescencia, jamás perdía la oportunidad de molestar a sus padres.

—¿Y Miles? —preguntó Drew mientras se colocaba bien las gafas—. ¿No va a venir? Lo invité también. Hace tiempo que no lo veo.

El teclista de The Wave negó con la cabeza. Estuvo tentado a contarle a Drew su preocupación por ese Miles hosco y huraño que se había encerrado en sí mismo y al que vigilaba como un halcón, dispuesto a cuidarlo, aunque él no quisiera, porque temía que recayera de nuevo en sus viejos hábitos. Le aterrorizaba pensar en un mundo sin Miles Baker, algo que ya había estado a punto de suceder en dos ocasiones.

Sin embargo, calló, porque nunca hablaba con nadie de los demonios que se agitaban en su interior.

Drew le palmeó la espalda.

—Vamos. Mi madre querrá saludar a la única estrella de rock que le gusta.

Ambos entraron en un salón atestado de caras familiares. James alzó la barbilla, exhibió su perfecta sonrisa, heredera de toda una saga de políticos, y dejó que los elegantes invitados de los Wigmore estudiaran con ojo crítico a la oveja negra de la élite neoyorkina. Nadie se atrevería a criticarlo en voz alta. A fin de cuentas, era el hijo del poderoso senador Hathaway y miembro de una de las familias más antiguas de la ciudad. Por supuesto, la mayoría se había regocijado cuando la estrella del rock se precipitó en una imparable caída libre: un merecido castigo por haber osado a romper las reglas, por haberse atrevido a ser diferente y aspirar a sus propios sueños,

en vez de seguir el camino que otros habían diseñado para él.

Sus padres se encontraban en el otro extremo del salón. El ambicioso senador y su elegante esposa. Ambos fingieron no percatarse de la llegada de su primogénito, pero el gesto adusto de Richard Hathaway le indicó que era consciente de su presencia. Su madre, mejor actriz que cualquier oscarizada estrella de Hollywood, consiguió mantener el semblante impasible.

James reconoció el hormigueo en sus dedos. Su instinto le impelía a buscar un piano y refugiarse en él. Las teclas le ofrecían un lugar seguro donde exorcizar viejos fantasmas y recuperar la calma.

Ignorando sus impulsos, se adentró en la sala con desenvoltura. Tomó una copa de champán de una bandeja y, al instante, se vio rodeado de chicas.

Drew masculó algo antes de dejarlo con su corte de admiradoras, a las que hizo reír con una o dos bromas. Al cabo de un rato pudo alejarse y saludar a sus anfitriones. El doctor Wigmore le presentó a algunos de sus colegas, y luego conversó con la madre de su amigo. Ann Wigmore, apasionada compradora de arte, le habló del maravilloso Kandinsky que había adquirido en la última subasta.

—Está en la biblioteca. No te vayas sin echarle un vistazo.

—Desde luego —acordó James mientras daba un último trago a su copa. Necesitaba algo más fuerte que aquel brebaje con burbujas doradas.

—Ann, dile al chico Hathaway que toque algo ya que está aquí —interrumpió una voz cascada y áspera. La venerable Elizabeth van Hollen, dueña de la mayor fortuna de Upper East Side, había sido durante décadas la dama de hierro de la alta sociedad neoyorkina y le gustaba hacer ostentación de su poder en cualquier situación.

—No sé si a James le apetecerá... —titubeó la madre de Drew.

—¡Tonterías! Le encanta tocar en público, ¿verdad, muchacho? Tenemos que celebrar mi reciente donación al hospital de tu marido, querida. Creo

que un concierto de piano será una forma excelente de conmemorar los nuevos equipos para su departamento.

Los ojillos grises de la anciana brillaron con astucia.

—No tengo ningún inconveniente en animar un poco la fiesta —intervino James con una expresión maliciosa que obligó a la anciana a soltar una carcajada.

—Pero toca algo de lo que aprendiste en Juilliard, chico. Nada de esa atrocidad con la que te hiciste famoso —ordenó la feroz dragona de Park Avenue.

James enarcó las cejas. No le importaba evitar que la madre de Drew pasara un mal rato, pero no estaba dispuesto a dejarse avasallar por nadie, ni siquiera por la distinguida señora Van Hollen. La influyente anciana no tenía poder alguno sobre él.

—Algo de Juilliard será —comentó con su tono más inocente mientras las primeras notas de la *Suite para piano* de Arnold Schönberg empezaban a sonar en su cabeza. Tuvo que ahogar una carcajada al imaginar la cara de pasmo de su conservadora audiencia. Ninguno de ellos apreciaría la belleza de las disonancias creadas por el padre del dodecafonismo ni encontrarían sentido a las estridencias de sus partituras.

Sin embargo, no logró engañar a la astuta anciana.

—Hummm... Tal vez no sea tan buena idea que toques el piano, después de todo —masculló—. Hoy parece que tiene ganas de jugar, señor Hathaway, y tenemos diferentes ideas de la diversión.

—Es bastante probable —reconoció él, sintiendo que, de alguna manera, había vuelto a ganar una batalla. Schönberg seguía haciendo diabluras en su cabeza, pero había aprendido a disfrazar su locura bajo sonrisas deliciosas—. Avíseme si cambia de opinión, señora Wigmore. Creo que mientras tanto iré a admirar su nuevo Kandinsky.

Dejó la copa sobre la repisa de la chimenea y, antes de escabullirse a la biblioteca, se comió un hojaldre relleno de puerro confitado y gambas. Su

madre se interpuso en su camino.

—Siempre disfrazado, ¿verdad, James? —susurró Christine Hathaway—. ¿No puedes hacer el esfuerzo de parecer una persona normal?

Él soltó una carcajada. Los expresivos acordes de Schönberg subían y bajaban dentro de su cabeza.

—No creo que a estas alturas nadie espere de mí demasiada normalidad —reconoció, escondiendo sus heridas bajo un tono burlón.

—Supongo que habrás sido amable con la señora Van Hollen. Hizo una generosa contribución a la última campaña de tu padre.

—Yo siempre soy amable —contestó sin ironía—. Al menos, puedes concederme eso.

—Es lo único que puedo concederte, es cierto. ¿Has hablado con tu hermano últimamente? —James no contestó. Su madre sabía que Ashton y él mantenían una relación distante. El piano de su cabeza se deslizó hacia zonas graves y algo oscuras—. El semestre pasado tuvo unas calificaciones excelentes en Harvard. Es uno de los mejores estudiantes de la Escuela de Leyes y está haciendo amistades muy interesantes. Tu padre le augura un gran futuro político.

La crítica velada se encontraba bajo aquel aparente orgullo maternal. Él sabía que cada alabanza a Ashton ocultaba toda la decepción que había supuesto él, el hijo extraño que solo vivía para la música, que tenía amigos inadecuados, que se vestía de forma extravagante y se había negado a seguir los pasos de su padre y de su abuelo. Las estridencias de Schönberg sonaron con más fuerza, haciendo saltar por los aires todas las reglas de la tonalidad. Sí, había sido el único Hathaway que había renunciado a su plaza en Harvard. No importaba que hubiera sido admitido en Juilliard, el conservatorio más prestigioso del país, ni que hubiera alcanzado la fama y la gloria con su propio esfuerzo, sin hacer uso de su apellido ni de sus conexiones. Solo importaba que había roto las normas.

Cuando *The Wave* cayó al abismo, los primeros en alegrarse no fueron



los grupos rivales ni la prensa sedienta de sangre. Fueron sus propios padres.

—La señora Van Hollen ha insistido en que toque el piano. Puede que dé un pequeño concierto dentro de un rato. Te recomiendo que no te lo pierdas. Evitaré toda normalidad —aseguró antes de alejarse de su madre con paso elástico, como si aquel hiriente intercambio de frases no importara.

Como si las heridas que tenía dentro, debajo de su encantadora sonrisa, no dolieran.

Su padre lo observaba desde el otro extremo de la sala y no se sintió con fuerzas para asistir a otro combate, así que se escabulló entre los invitados. Las palmas de las manos le picaban y supo que solo las teclas lograrían aplacarlo. Necesitaba un piano en el que volcar su desesperación.

Divisó a Drew en un rincón, inclinado sobre una chica de pelo verde. Parpadeó confuso ante la extravagante invitada que, al igual que él, no encajaba en aquella sala. Llevaba un aro en la nariz y su vestido también era de color verde. Parecía un duende travieso que se hubiera colado en una fiesta de princesas.

Le resultó agradable descubrir a uno de los suyos en aquel ambiente asfixiante. Estaba acostumbrado a chicas con ese aspecto, ya que era el habitual entre las seguidoras de The Wave. Por un momento, su cabeza volvió a cualquiera de los cientos de escenarios a los que se había subido, a los fans enloquecidos que aullaban sus nombres, a las *groupies* que se colaban en sus camerinos, a las largas giras y a los amigos con los que había compartido la mejor época de su vida.

Molesto, desechó sus recuerdos; aquella noche no estaba dispuesto a recibir visitas de sus fantasmas.

Necesitaba distraerse y, si no encontraba el refugio de un piano, la chica del pelo verde parecía una buena opción.

Algo en la postura de su amigo llamó su atención. El siempre serio Drew Wigmore había doblado su elevada estatura para inclinarse sobre su

interlocutora, bastante más menuda, y sus ojos tenían un brillo inusual mientras conversaba con el duendecillo verde, que parecía bastante enfadado. Drew se acercó un poco más y algo parecido a una sonrisa asomó en la esquina de su boca.

James tuvo que ahogar una carcajada eufórica ante el insólito descubrimiento: al serio doctor Wigmore le gustaba aquella chica rara. Y le gustaba mucho, pensó al comprobar el ardor de su mirada y el fingido modo casual con el que colocó la mano en la espalda femenina mientras la guiaba por la sala.

Rio por lo bajo al imaginar los aullidos de rabia de todas las ricas herederas que habían puesto sus ojos sobre el apuesto y formal médico. Parecía que James no era el único al que le gustaba romper las reglas. Definitivamente, aquella era una noche Schönberg, decidió. Satisfecho por haber recuperado el buen humor, salió por una de las puertas laterales.

En el pasillo, se cruzó con una camarera que llevaba una bandeja con unos cuantos de los deliciosos hojaldres que había comido antes. Se la quitó con su expresión más encantadora, al tiempo que le guiñaba un ojo. La mujer se sonrojó como una quinceañera y tartamudeó un poco antes de regresar a la cocina. James se deslizó por el corredor. Aquella fiesta acababa de mejorar: se retiraría a la biblioteca, admiraría el Kandinsky y, una vez que vaciara la bandeja, se escabulliría por la puerta de servicio.

La biblioteca de los Wigmore era el lugar más cálido y confortable de la casa, con sus estanterías de madera maciza y sus cómodos sillones de lectura. El escondite perfecto. Sin embargo, no era el único que había buscado refugio en esa estancia. De espaldas a él, una mujer contemplaba el cuadro tan absorta que no se dio cuenta de su llegada. Carraspeó un poco antes de emitir un saludo.

La joven, embelesada con la pintura, ni se inmutó.

Depositó la bandeja sobre una mesa auxiliar y se acercó a la chica. Tenía el pelo castaño oscuro, ondulado y algo salvaje, por encima de los hombros.

Llevaba un vestido rojo, con una falda de vuelo que terminaba por debajo de las rodillas, cuyo corte recordaba el estilo de los años cincuenta. Percibió un aroma a flores silvestres que le resultó familiar.

Dio un paso más y pudo contemplar su perfil.

En una ciudad de ocho millones de personas resultaba inaudito reencontrarse con la chica que había conocido en una discoteca dos semanas atrás. La misma chica que le había devuelto la música y a la que había acariciado en un pasillo oscuro.

Esa misma chica de la que se había negado a hablar con su mejor amigo y con la que había soñado todas las noches durante los últimos quince días.

Quiso decir su nombre, que ella volviera su rostro, pero ambos permanecieron en silencio. Tenía los labios pintados del mismo rojo que su vestido y no apartó la vista del lienzo a pesar de su cercanía. James tomó aire y se obligó a dejar de mirarla. Se concentró en el nuevo cuadro de los Wigmore, apenas consciente del latido frenético de su corazón y el hormigueo en sus dedos.

El piano de su cabeza pareció enloquecer y los estridentes sonidos encajaron a la perfección con la explosión de formas y colores del lienzo.

Había encontrado a Evie.

Y de nuevo estaba envuelta en música.

## Capítulo 7

**D**urante unos segundos, Evie dejó de respirar. Las lágrimas se acumularon en sus ojos y se vio obligada a parpadear para detener su avance. Estaba ahí, por fin, al alcance de su mano, y no había nada más maravilloso en el mundo.

La música.

¿Cuánto tiempo llevaba sin escucharla? Había aprendido nuevas formas de sentirla, no le había quedado otro remedio. Había aprendido a escucharla con la piel y con el resto del cuerpo. La sentía a través de vibraciones, interiorizándola de una forma que las personas oyentes jamás podrían entender.

Sin embargo, no era suficiente. Lo comprendió delante de aquel cuadro, una explosión de formas y colores que no necesitaban explicación alguna, porque ella podía oír los sonidos que contenían los trazos. Quiso llorar porque un pintor ruso había logrado atrapar una melodía caótica en un lienzo para que una chica sorda pudiera escucharla un siglo después en una mansión del Upper East Side durante una fiesta a la que no tendría que haber asistido.

Agradeció que, mientras Caroline charlaba con algunos invitados, Drew se hubiera dado cuenta de que se sentía abrumada. Había demasiada gente en la sala, las bocas se movían sin cesar y ella no podía comunicarse con

nadie. Tras hacerle compañía silenciosa durante un rato, Drew le ofreció ver el Kandinsky que había comprado su madre. La guio hasta la biblioteca y tuvo la gentileza de dejarla a solas. Evie no supo cuánto tiempo permaneció admirando la pintura, sumergida en la vorágine de las pinceladas, escuchando una melodía que no existía más que en su cabeza.

De repente, se dio cuenta de que no estaba sola. Inquieta, miró de reojo a su inesperado acompañante, aunque solo alcanzó a distinguir una chaqueta negra. El cuerpo masculino (porque, definitivamente, se trataba de un hombre) expedía cierta tensión. Tragó saliva, nerviosa. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? ¿Le habría hablado? A menudo detectaba la llegada de la gente por las vibraciones del suelo, pero las gruesas alfombras de la solemne biblioteca le habían impedido percibirlos.

Ladeó la cabeza despacio y parpadeó varias veces, creyendo que su mente le estaba jugando una mala pasada.

Se separó un poco para verlo mejor y asegurarse de que era él. No había duda: reconocería en cualquier lugar aquel rostro perfecto, el cabello rubio recogido en un moño, las largas pestañas oscuras salpicadas de rímel, el hoyuelo de la barbilla, el cuello esbelto que ella había cubierto de besos hacía tan solo dos semanas.

—James —musitó.

Él se volvió y curvó un poco los labios. Parecía inseguro.

—Hola, Evie.

Ninguno de los dos se atrevió a decir nada durante un rato. Se quedaron el uno frente al otro, examinándose con cautela y un poco maravillados por el inesperado reencuentro. Le sentaba bien el traje, incluso con el aire desenfadado de su corbata aflojada y el botón del cuello sin abrochar. Esta vez no llevaba anillos, pero sí un pequeño pendiente del que colgaba una pluma negra de metal.

No se parecía al chico desesperado que la había abrazado en la discoteca. El dolor se había evaporado de sus pupilas y se preguntó cuál era la versión

real de James.

Él tragó saliva y ella siguió el movimiento de su garganta. Ambos se mostraban reacios a romper el hechizo que los envolvía.

Evie sabía que dos personas normales entablarían de inmediato una conversación tediosa. Habrían exclamado: «¡Qué casualidad encontrarte aquí!», y luego habrían dado las explicaciones oportunas para que el otro entendiera por qué el destino los había reunido en aquella mansión de Madison Avenue, en aquella biblioteca, frente a aquel cuadro.

Una persona normal y con menos heridas habría comentado que era sorda, para que él lo tuviera en cuenta. Le indicaría que, si no conocía la lengua de signos (algo bastante probable), tendrían que buscar formas alternativas para comunicarse.

—Hay música en este cuadro —dijo en vez de todas las sensatas frases que se habían acumulado en su cabeza, permitiendo que la chica rara que habitaba en su interior tomara el control.

—Música de Schönberg —afirmó él con expresión de absoluto convencimiento.

Evie ladeó un poco la cabeza, como hacía siempre de manera inconsciente cuando no entendía algo. James había pronunciado una palabra que fue incapaz de leer en sus labios.

Se giró un poco para tener una mejor visión de su boca.

—Verás, yo... —Quiso confesar su condición, pero él la interrumpió.

—Es el músico que rompió todas las reglas.

—Eso me gusta —respondió satisfecha porque en esa ocasión había conseguido leer con claridad sus palabras.

Él esbozó una sonrisa brillante, que pareció iluminar toda la estancia, y empezó a hablar con entusiasmo. Frustrada, negó con la cabeza, porque apenas logró entender algunas palabras de su discurso.

La lectura labial resultaba más compleja de lo que creían las personas oyentes. Se perdía demasiada información. Algunos fonemas resultaban

parecidos en su pronunciación y se confundían con facilidad; otros pasaban desapercibidos porque no formaban una imagen clara en los labios... Era bastante complicado, a pesar de que ella poseía un buen dominio de la técnica, tal vez porque no había nacido sorda y eso le permitía reconocer un mayor número de palabras. Sus profesores de Haverhill habían insistido para que no perdiera la base oral que tanto le costaba adquirir a muchos de sus compañeros.

Sí, también en Haverhill, el único lugar del mundo en el que se había sentido aceptada, había sido la chica diferente. Estaba harta de ser distinta.

—No has entendido nada, ¿verdad? —preguntó James.

Evie se sobresaltó, creyendo que él se había dado cuenta de su sordera.

—La verdad es que...

—No te disculpes —la interrumpió—. Estoy acostumbrado a que nadie me entienda cuando hablo de música.

Había llegado el momento de romper la burbuja y decirle la verdad. O tal vez despedirse sin confesar su sordera. No soportaría que la mirara con lástima o que la tratara como si fuera diferente. Y él lo haría, como todas las demás personas oyentes, como sus padres, sus vecinos, sus viejos amigos, sus compañeros de la universidad, sus profesores... Incluso su prima la trataba de manera distinta, como si estuviera hecha de un cristal frágil que se quebraría con el más leve roce.

—Creo que tengo que irme —aseguró con desgana.

—¿Vas a desaparecer otra vez?

El semblante de James se tiñó de decepción.

La culpa aleteó en su estómago, porque la noche de la discoteca había huido de él para no tener que enfrentarlo y estaba a punto de hacer lo mismo. Volvía a ser la Evie cobarde que huía de los problemas en vez de encararlos, pero ella se había trasladado a Nueva York para ser más valiente y no podía traicionarse de aquella manera.

—Tal vez pueda quedarme unos minutos.

—Bien. —Sonrió satisfecho, recuperando el buen humor, como si el momento anterior no hubiera existido—. ¿Tienes hambre?

Hizo un gesto para que lo acompañara y se dirigió a una de las mesas, donde recogió con soltura una bandeja con apetitosos hojaldres. La presentó ante ella con una graciosa reverencia y a Evie se le escapó una risita. Le gustaba la diversión maliciosa que brillaba en sus ojos, como si estuviera a punto de hacer una travesura.

Él puso la bandeja en el suelo y la invitó a que se sentara sobre la alfombra. Se volvió hacia las estanterías, rebuscó en un armario y volvió con dos vasos y una botella. Se acomodó a su lado y sirvió el licor.

—El doctor Wigmore siempre guarda algo de brandy en la biblioteca —explicó mientras le ofrecía un vaso con gesto pícaro—. No es mi bebida favorita, pero creo que este cuadro y este reencuentro se merecen una copa.

Evie titubeó durante un par de segundos. Nunca había probado ese licor. Con cautela, dio un sorbo. Era intenso, áspero y pareció arañarle la garganta. Tosió un poco, aunque un calorcillo agradable recorrió su cuerpo. Él hizo una mueca burlona y mordió con deleite un hojaldre. Contempló hipnotizada los dientes de James y recordó que dos semanas atrás se habían clavado en la base de su cuello. Un estremecimiento la atravesó entera y se apresuró a ocultar su zozobra dando un nuevo trago a su copa. La aspereza del alcohol le provocó otro ataque de tos.

—Eh, tranquila —dijo James quitándole el vaso—. No tan rápido. Creo que es mejor que comas algo primero.

Le hizo caso. Cogió un hojaldre de la bandeja y lo devoró en apenas unos segundos. Estaba hambrienta. Ambos dieron buena cuenta de la comida y la bebida en un cómodo silencio. James la escudriñaba como si ella fuera un misterio que necesitara resolver. Quiso decirle que no lo intentara, que ella era una experta en esconderse del mundo, que todo lo que veía era mentira y no le permitiría nunca acercarse demasiado.

Abrumada, se volvió hacia el cuadro y examinó de nuevo el Kandinsky,



aunque ya no le resultaba tan interesante como media hora antes. La llegada de James lo había cambiado todo.

Se dio cuenta entonces de que ninguno de los dos había hecho alusión a su anterior encuentro ni a ningún otro aspecto de sus vidas, como si el mundo se redujera a aquella biblioteca, a aquel instante, en el que solo era una chica sorda y mentirosa, sentada en el suelo junto a un dios nórdico, mientras comían hojaldres, bebían brandy y admiraban un cuadro que sonaba en sus cabezas. No pudo evitar reírse al darse cuenta de lo extraño de la situación. Tal vez el alcohol se le había subido un poco.

James enarcó las cejas.

—Todo esto es muy raro —explicó haciendo un gesto con la mano que los abarcaba a ambos.

—Es porque esta es una noche Schönberg —afirmó él con expresión de absoluto convencimiento y ella volvió a concentrarse en sus labios, aunque cada vez le resultaba más difícil entenderle. Tal vez por el alcohol, tal vez porque la distraían el perfecto trazo de su boca y el recuerdo de los besos que habían compartido en la discoteca. Solo conseguía captar palabras sueltas—. Es una noche para romper las reglas.

—¿Qué?

Se inclinó sobre ella con una expresión juguetona. El azul de sus ojos se oscureció y su mirada pareció concentrarse en los labios de Evie.

—¿Te gustaría romper las reglas conmigo? —preguntó. Algo peligroso y seductor destelló en su rostro.

Evie tragó saliva. El aire parecía haberse cargado de electricidad.

—Soy sorda, James —confesó de golpe, aturdida por la hipnótica mirada, por la sensación de culpa que no la abandonaba y por la repentina e inconsciente necesidad de marcar las distancias con aquel hombre irresistible que la hechizaba sin remedio.

—¿Cómo has dicho? —preguntó él aún sonriendo, como si no hubiera entendido sus palabras.

—Soy sorda —repitió—. No puedo oír.

Él parpadeó varias veces y se puso en pie.

—Eso es imposible.

Parecía tan desconcertado que quiso alargar la mano y acariciar su mejilla; sin embargo, se contuvo y permaneció en silencio, dejando que él asumiera la verdad que acababa de arrojarle.

James se volvió con brusquedad hacia el Kandinsky y clavó la mirada en el cuadro. Dijo algo, pero no podía leer sus labios en aquella posición. Se incorporó y tiró de su manga, para indicarle que se girara. Necesitaba ver su rostro.

—Tienes que hablarme de frente —indicó.

—No es verdad... —La confusión se había adueñado de su semblante y Evie tuvo que hacer un mayor esfuerzo para entender sus balbuceos—. Tú y yo... Tú escuchas la música y hemos hablado y bailado... No es... ¿Llevas audífonos, un implante?

—No oigo nada. Leo los labios y así puedo seguir algunas conversaciones, aunque no es fácil. Solo entiendo una parte.

—Pero la música... La otra noche tú bailabas... Desprendes música, estás envuelta en ella... ¿Cómo...?

—Siento las vibraciones; no necesito los oídos. Es otra forma de escuchar música.

James negó con la cabeza, todavía más confuso.

—Lees los labios —murmuró y luego se rio, aunque una mueca amarga acompañó su carcajada—. Por eso me mirabas la boca todo el rato... Me estabas volviendo loco. Creí que querías besarme.

Se pasó la mano por el rostro, como si tratara de borrar su incredulidad.

—James, yo...

—Me has mentado.

—No, no te he mentado. No te lo he contado, que es diferente.

Él tomó aire y dijo algo, pero Evie no lo entendió y tuvo que pedirle que

lo repitiera.

—Dijiste que podías escuchar ese cuadro —enunció de nuevo, al tiempo que señalaba el Kandinsky con gesto irritado.

—Y puedo —aseguró desesperada. Deseó refugiarse en los signos. Aquella conversación sería más fácil, se entenderían mejor. Se acercó a él, como si con un par de pasos pudiera romper la barrera que ella misma acababa de interponer entre ambos—. Siento una melodía vibrante, llena de fuerza, que va ascendiendo y, al mismo tiempo, vuelve sobre sí misma una y otra vez. Estalla y se repliega por un momento, preparándose para una nueva y gran explosión que envuelve al universo entero.

Intuyó que había elevado demasiado la voz y, de forma inconsciente, apretó los puños. Odiaba hablar cuando sus emociones tomaban el control. Respiró hondo y volvió a concentrarse en James, que parecía aún más perplejo que antes, casi derrotado.

—No entiendo nada. Lo siento, será mejor que me marche.

Se dio la vuelta y se alejó con largas zancadas. Lo llamó varias veces, pero él salió de la biblioteca y ella se quedó desolada, con la vista clavada en la puerta.

No debería importar. Él solo era un chico con el que había compartido un par de momentos, nada más. Había contado con no volver a verlo.

Pero, de repente, tenía la sensación de haber perdido algo esencial.

## Capítulo 8

Evie aún tardó unos minutos en salir de la biblioteca. Necesitaba calmarse, reconocer que su mentira había estropeado una de las noches más especiales de los últimos años. ¿Dónde quedaba la emoción de haber escuchado la música atrapada en un lienzo? ¿La marea de sensaciones provocada por el reencuentro con el chico de la discoteca? ¿La decadente extravagancia del improvisado pícnic sobre la alfombra de una solemne biblioteca ante un cuadro que valía millones de dólares?

Sus inseguridades lo habían destruido todo.

Echó un último vistazo al Kandinsky, recogió el pequeño bolso negro que había dejado sobre una de las butacas y salió de la biblioteca, decidida a buscar a Caroline. Quería irse a casa para olvidar los acontecimientos de aquella noche. Recorrió el pasillo y, cuando llegó al final, una mano firme la agarró del brazo.

Al volverse, se encontró con el rostro de James y lo miró aturdida. ¿No se había marchado?

Su rostro serio debería haberla alarmado, pero en realidad se sintió aliviada y permitió que tirara de su brazo sin demasiados miramientos. Se encontró recorriendo el mismo camino en dirección inversa. De nuevo en la biblioteca, la soltó y empezó a moverse nervioso de un lado a otro mientras se frotaba la nuca. Inquieta, se mordisqueó el pulgar. Quería que él le

explicara por qué había vuelto, pero no se atrevía a preguntarle.

Por fin, James clavó en ella sus ojos azules, empañados por una multitud de emociones difíciles de descifrar. ¿Estaba enfadado, triste, decepcionado o nervioso? Quiso retroceder en el tiempo y reencontrarse con el chico de mirada traviesa que le ofrecía una copa mientras hablaba con entusiasmo de música, aunque no comprendiera la mayoría de las palabras que pronunciaba; le bastaba con la pasión que reflejaba su rostro.

—Debiste decírmelo... —empezó a hablar, pero se detuvo de forma abrupta—. ¿Me entiendes? ¿Cómo funciona esto?

—Más o menos. Leo tus labios, aunque no puedo distinguir todas las palabras. Necesito que estés frente a mí, que hables a ritmo y tono normal, que no te tapes la boca y que procures no moverte mucho. Habrá palabras que necesitaré que repitas varias veces; aun así, no entenderé buena parte.

—¿No hay una forma mejor? —preguntó frustrado.

—¿Conoces la lengua de signos? —James negó con la cabeza—. También puedes escribirme mensajes. Eso lo haría más fácil. ¿Te doy mi número de móvil?

Él la escudriñó durante un rato largo, como si estuviera haciéndose a la idea de la dificultad que entrañaba comunicarse con ella. Al final, sacó su teléfono del bolsillo, lo desbloqueó y se lo tendió para que escribiera su número. Evie lo tecleó y, después, buscó su propio móvil.

El primer mensaje llegó a los pocos segundos.

**James**

Todavía me resulta difícil creerlo.

¿De verdad eres sorda? ¿No puedes escuchar nada?

Ella asintió con la cabeza. Había tropezado a menudo con la incredulidad de los oyentes. Como no llevaba audífonos, a la gente le costaba creer que tuviera algún tipo de deficiencia auditiva.

Su móvil vibró con la entrada de un nuevo mensaje.

Tu voz no suena como la de una persona sorda.

Evie ahogó un suspiro. Sabía que iban a producirse las típicas cuestiones que hacían la mayoría de las personas oyentes cuando conversaban con alguien sordo.

Odiaba esas preguntas. Era el primer paso para tratar de conocer su historia, pero ella no quería contar su pasado. Bucear en sus recuerdos nunca traía nada bueno y corría el riesgo de despertar a la Evie oscura. ¿Le gustaría a James esa Evie? ¿O le horrorizarían la intensidad de sus emociones, la cobardía con la que había vivido la última década, la tristeza que a veces la devoraba, la rabia que asomaba para consumirla, su búsqueda desesperada de sonidos que nunca volvería a escuchar? Esa Evie apagada que había dejado en Bridgewater y que se esforzaba por mantener a raya, pero que podía salir a la luz en cualquier momento.

Se removió inquieta y apretó los labios. Aunque entendía su curiosidad, se negaba a compartir con nadie su melodrama particular y poner en riesgo el buen humor que la había dominado desde su llegada a Nueva York.

Recibió otro mensaje.

¿No quieres hablar de esto? Tengo algunas preguntas.

Alzó el rostro, resignada.

—Siempre tenéis preguntas. Sé lo que va a venir a continuación: si nací sorda, qué sonidos puedo percibir, por qué no llevo audífonos...

Estaba segura de que en aquel momento transmitía cierta hostilidad, pero no le importó. Le gustaría ser como Shui Mei o como el resto de sus compañeros de Haverhill, que, al contrario que ella, se encontraban cómodos con su identidad sorda. Era consciente de que no había nada peor que su propio rechazo: la destruía más que cualquier exclusión que viniera del mundo exterior.

—¿Y no quieres hablar de eso? —preguntó él olvidándose de escribirlo, aunque Evie lo entendió de todas formas.

—No, no quiero. Mira, siento no habértelo dicho antes. La otra noche... —Tragó saliva. ¿Cómo explicarle que solo había querido sentirse como cualquier otra chica y se le había ido de las manos? Era una confesión demasiado íntima, que dejaba a la vista algunos de sus temores más profundos. Titubeó, sin saber cómo darle una explicación que no mostrara las debilidades que aún no era capaz de enfrentar—. Nuestro primer encuentro fue bastante peculiar y al verte aquí de nuevo... Me ha sorprendido. No sabía cómo reaccionar. Todo resultaba un poco raro y también divertido. No quería estropearlo. Lamento que te sientas engañado.

—No lo entiendes... —empezó a decir James, pero al momento pareció recordar que debía escribirlo y volvió a teclear en el móvil.

No sabes lo que hiciste en esa discoteca.

No sabes lo que me diste y ahora me lo has arrebatado.

—Esa noche sucedió tal como la recuerdas. Nada ha cambiado. —Le habría gustado que él la creyera, que ambos pudieran dejar intacta la noche en que se conocieron, a salvo de cualquier interpretación que pudiera enturbiarla. James agachó la cabeza y dijo algo que no pudo entender—. Tienes que hablarme de frente o escribirlo, James.

Él asintió y escribió otro texto.

Todo ha cambiado, Evie. Todo.

Permanecieron en silencio. Cuando él alzó la cabeza, había tanta tristeza en su expresión que Evie sintió unas terribles ganas de llorar. ¿Por qué el mundo tenía que ser tan complicado?

—Sigo siendo la misma —musitó, y deseó que él entendiera la lengua de signos para refugiarse en las manos y no tener que exponerse con una voz que no podía controlar.

Escribió en su móvil un mensaje, buscando la protección de la lengua escrita. Ya no quería seguir hablando.

**Evie**

Si eso es lo que piensas, ¿por qué has vuelto?

Él tardó un rato en contestar.

**James**

Porque tu Kandinsky se parece bastante a lo que yo escucho en mi cabeza cuando miro ese cuadro. Y tiene que significar algo que tú y yo escuchemos la misma música viendo una pintura.

Se contemplaron de nuevo y esta vez los dos sonrieron con cierta timidez. La conexión que tenían pareció despertar de nuevo, como si un puente invisible empezara a tenderse entre ellos.

**Evie**

¿Sueles escuchar cuadros?

**James**

Antes sí. Antes todo estaba hecho de música.

La expresión de James destilaba nostalgia. Evie supo que, de alguna forma, había rozado una herida y deseó consolarlo. ¿Cuántas más habría dentro de él? ¿Tantas como tenía ella?

Se acercó un poco, hasta sentir el calor que emanaba de su cuerpo, y percibió un ligero temblor en su barbilla.

**Evie**

¿Y ahora?

**James**

Ahora estoy recuperando la música.

La perdí durante un tiempo, pero creo que ha vuelto.

Los dos permanecieron en silencio durante un rato, muy cerca el uno del otro, aunque sin tocarse, hasta que él consideró que el tiempo de las confidencias había terminado. Se irguió y volvió a teclear en el móvil.



**James**

¿No te gustaría retroceder en el tiempo?  
Hace un rato no estábamos tan serios.

**Evie**

Me encantaría, pero no es posible.

Él pareció vacilar. Se colocó un mechón rubio detrás de la oreja y volvió a escribir, dominado por una nueva energía.

**James**

Vámonos de aquí. Hagamos algo divertido, algo digno de una noche  
Schönberg.

Si fueran dos personas sensatas, se despedirían allí mismo y darían por acabado aquel extraño reencuentro lleno de luces y sombras. Ella buscaría a Caroline para regresar a Brooklyn y él continuaría con su vida.

Pero él había vuelto a buscarla, pese al enfado y la decepción, y supo que no se merecían separarse así.

**Evie**

¿Quieres romper alguna regla?

La mirada expectante de James fue sustituida por una enorme y brillante sonrisa que la hizo tambalearse un poco. Él le tendió su mano y ella no dudó en aceptarla, dispuesta a acompañarlo a cualquier lugar que él quisiera mostrarle.

Drew Wigmore solo había roto dos reglas en su vida y jamás se había arrepentido de las decisiones tomadas. Mientras observaba el rostro iluminado de Caroline, que conversaba con la doctora Blackwell, supo que iba a saltárselas una tercera vez.

—Es una mujer increíble —aseguró Carol cuando su interlocutora se despidió de ellos.

—Sí, es una excelente neurocirujana. ¿Esa es la especialidad que quieres hacer?

La joven desvió la vista y se encogió de hombros. La luz de la sala hacía resplandecer sus mechones verdes, y Drew deseó acercarse un poco más a aquella chica enloquecedora que parecía un duende escapado del bosque. Controló sus ganas metiendo las manos en los bolsillos.

—Lo pensé durante un tiempo. Es un campo interesante, aunque no creo que sea para mí —respondió Carol.

—Creo que brillarías en la especialidad que te propusieras.

La sorpresa que se dibujó en el rostro femenino casi le hizo soltar una carcajada. Se contuvo y esbozó una pequeña sonrisa que fue recibida con gesto de disgusto.

—¿Te estás burlando de mí?

—En absoluto —aseguró y después empujó con el dedo índice sus gafas, que habían resbalado un poco por el puente de su nariz.

Había coincidido con Caroline Daines en algunos seminarios y conferencias, pero hasta aquel trimestre, mientras trabajaban juntos, no había percibido la aguda inteligencia de aquella chica de aspecto rebelde que se esforzaba con ahínco en sacar las mejores notas y absorber todo el conocimiento médico posible. Tenía una curiosidad sin límites y le encantaban los debates apasionados sobre casos clínicos de difícil solución. Intuía que Carol no se daba cuenta de lo asombrosa que era. Las mañanas se habían vuelto más entretenidas desde que ella empezó sus prácticas en Pediatría, a pesar de que no se mostraba demasiado amistosa con él.

Su relación no había comenzado con buen pie. Drew tenía un carácter reservado que a menudo la gente confundía con desdén, y sospechaba que ella había malinterpretado algunas de sus palabras cuando se conocieron.

La observó en silencio mientras ella dejaba vagar la mirada por la sala, estudiando a los elegantes invitados de los Wigmore. Le parecía bonita, un rayo de luz que se había colado en su rígido mundo.

Sin embargo, su feroz enamoramiento no le impedía darse cuenta de que cada día estaba más delgada. Drew suponía que ambos tenían el mismo problema: el exceso de trabajo que impedía dormir y comer de manera adecuada. Al principio de la noche la había visto seguir con ojos anhelantes las bandejas de aperitivos, pero no recordaba que hubiera tomado nada. De repente, sintió la imperiosa necesidad de alimentarla.

—Hoy he olvidado almorzar en el hospital. ¿Me acompañarías a tomar algo a la terraza?

—Yo... Debería buscar a Evie para ver qué tal se encuentra. Hace un buen rato que le he perdido la pista y no quiero dejarla sola. Las multitudes la agobian.

—Tu prima está en la biblioteca. Me pareció que necesitaba un rato de calma, así que le ofrecí ver un cuadro que acaba de comprar mi madre. Supuse que le gustaría.

Por primera vez, Caroline lo miró con cierto respeto.

—Eso ha sido muy considerado por tu parte, Wigmore. Aun así, debería comprobar qué tal se encuentra. No me perdonaría que estuviera pasando un mal rato. Ella puede volverse algo intensa. Quiere ser independiente y demostrar que no necesita a nadie, pero ha estado siempre demasiado protegida.

Drew volvió a colocarse las gafas y asintió.

—Bien, te acompañaré y después los tres cenaremos juntos. Tengo la sensación de que tú tampoco has almorzado y alguien debería asegurarse de que comes correctamente.

La ira relampagueó en los bonitos ojos verdes y él comprendió demasiado tarde que había roto la débil tregua se había establecido entre ambos.

—¿Cómo te atreves? ¿Crees que soy incapaz de cuidar de mí misma? — La voz le tembló un poco. Su enfado era evidente, pero él también atisbó una nota de dolor en sus palabras—. Nadie se ha hecho cargo de mí nunca,

ni siquiera cuando era niña. No necesito que ningún rico estirado venga a decirme si como de forma adecuada o no.

—Discúlpame. No pretendía decir que no sabes cuidar de ti. Es solo que conozco bien el nivel de exigencia de la carrera: las clases, las prácticas, las horas de estudio... Dormir y comer se convierten en algo secundario para nosotros.

Sus palabras aplacaron al enojado duende, y se encaminaron hacia la biblioteca. Él quiso saber por qué había tenido que cuidarse de niña, por qué no hubo un adulto haciéndose cargo de ella, pero sospechaba que no obtendría respuestas si planteaba las preguntas demasiado pronto. Con Carol debía avanzar despacio y él no tenía prisa alguna.

La biblioteca estaba vacía, aunque sobre la alfombra descubrieron una bandeja con restos de hojaldre, dos copas y la botella de brandy que su padre guardaba en el escritorio de caoba. Drew cabeceó divertido. La escena tenía la inconfundible firma de James; ningún otro invitado tendría la desvergüenza de saquear el escondite del respetado doctor Wigmore.

—No está aquí —musitó Caroline. Parecía desconcertada y, por primera vez, Drew advirtió en ella una pequeña debilidad.

—Habrá vuelto a la fiesta, no te preocupes. ¿Quieres que echemos un vistazo?

Regresaron a la sala principal, pero había demasiada gente. Drew la guio entre los invitados de sus padres. Saludó a unos y a otros mientras mantenía una mano en la espalda de la joven y escudriñaba la estancia en busca de Evie y James. Ambos ignoraron las miradas curiosas que los seguían a todas partes. En realidad, desde que Caroline llegó a la fiesta, Drew había advertido demasiadas cejas enarcadas y gestos de desdén. Por respeto a sus padres, había procurado controlar su enfado y no echar a toda aquella gentuza a la calle. Por suerte, la doctora Blackwell había sido amable con Caroline. No parecía incómoda con su aspecto, lo que aplacó el feroz sentimiento de protección que se había despertado en él.

—No la veo por ningún lado —dijo ella frustrada sin dejar de mirar en todas direcciones—. No debimos venir, lo supe desde el principio, pero Shanaya nos consiguió estos preciosos vestidos y yo tenía tantas ganas de conocer a la doctora Blackwell... Debería haber notado que Evie no está preparada para enfrentarse a este tipo de situaciones, aunque lo manejó tan bien en la discoteca que creí que podría con una fiesta... Será mejor que la escriba.

Nerviosa, sacó el móvil y, tras desbloquearlo, encontró un mensaje de su prima.

—¡Se ha marchado! —exclamó, consternada—. Dice que la fiesta la aburría y que se ha ido con un amigo... ¿Qué amigo? Evie es una solitaria, no hace amigos. Se mantiene lejos de todo el mundo, tan solo es cercana a Shui Mei... Ella... Tengo que irme, tengo que encontrarla...

Tenía el rostro desencajado y apretaba con fuerza su teléfono. Tomándola del brazo, Drew la condujo hacia la terraza.

—Creo que deberías calmarte.

—¿Calmarme? ¿Temes que haga una escena?

—No, creo que estás pasándolo mal y quiero entender por qué.

—¿No está claro? —contestó tras soltar un bufido—. Evie es sorda y ha estado siempre protegida. Viene de un pueblo pequeño de Vermont, donde solo hay granjas, un pub y cuatro negocios más. Se pasó la adolescencia encerrada en un internado y los últimos años ha estudiado desde casa, con tan solo unas pocas clases presenciales. Ahora está sola en una ciudad que apenas conoce y se ha marchado con un extraño. Tengo que encontrarla.

—Lo que pienso, Caroline —la interrumpió Drew con tono tranquilo—, es que tu prima es una adulta que toma sus propias decisiones y que no puedes tratarla como a una niña.

—No te atrevas a opinar sobre esto. Evie no es asunto tuyo y no sabemos con quién se ha ido...

—Creo que tengo una ligera idea de quién es el acompañante de tu

prima, y, si es así, estará bien, te lo aseguro. Déjame que haga una llamada para confirmarlo, ¿de acuerdo?

Ella lo observó estupefacta.

—¿Cómo lo sabes?

Ignoró su pregunta y, con gesto pausado, sacó el móvil.

—Si averiguo que tu prima se encuentra bien, ¿te sentarás conmigo a cenar algo?

Ella puso los ojos en blanco, pero al final asintió.

—Tengo demasiada hambre como para negarme —reconoció al fin—. Aunque me parece que tú deberías atender a todos esos elegantes invitados de tus padres en vez de estar aquí conmigo.

En el rostro de Drew apareció una pequeña y enigmática sonrisa mientras buscaba el número de James en la agenda. Sí, Carol estaba en lo cierto: debería estar en el salón, charlando con los colegas de su padre sobre casos médicos, dando conversación a las jóvenes casaderas de Park Avenue o asegurándose de que la señora Van Hollen no dejara nuevos cadáveres sociales con sus insidiosos comentarios. En su lugar, había pasado la mayor parte de la fiesta acompañando a un obstinado duende verde con mal carácter y un alto sentido protector.

Porque Drew Wigmore siempre seguía las reglas. Pero cuando las rompía, lo hacía a lo grande.

## Capítulo 9

La palma de James era firme y cálida. Le resultaba extraño caminar agarrada a la mano de un desconocido por las dependencias de una casa que parecía escapada de una revista de decoración. Sin embargo, no lo soltó y se dejó llevar. Él se movía con soltura por los largos corredores, evitando las habitaciones donde se encontraban reunidos los invitados. Acabaron en la cocina, entre ajetreados camareros que preparaban nuevas bandejas para la fiesta.

Mientras Evie le escribía un mensaje a su prima para avisarla de su marcha, James hizo que un empleado trajera la chaqueta de ella y habló con la encargada del *catering*. Regresó con una caja blanca en las manos. Evie alzó las cejas, interrogante, pero él la ignoró, tomó de nuevo su mano y ambos se escabulleron a través de la puerta de servicio.

Al llegar a la calle, una pareja se bajaba de un taxi y él se apresuró a sujetar la puerta. Una vez dentro del coche, sacó de nuevo el móvil y ella lo imitó. El primer mensaje vibró en su teléfono antes de que abriera la aplicación.

### **James**

¿Qué te parece si terminamos el pícnic que empezamos en la biblioteca?

—¿No vamos demasiado elegantes? —se burló señalando el bonito vestido rojo que había conseguido la amiga de Caroline. Shanaya se había empeñado en que el rojo era el color de Evie, a pesar de que ella solía preferir tonos oscuros.

Creo que vas perfecta para un pícnic nocturno organizado por el gran James Hathaway.

La sonrisa de él tembló un poco, como si esperara alguna reacción por su parte tras leer el último mensaje.

—Muy bien, James Hathaway. Estoy lista para que me impresiones.

Una fugaz expresión de alivio cruzó su rostro, pero ella decidió ignorar el extraño momento. Supuso que, al igual que ella, el chico guardaba sus propios secretos y no pensaba enturbiar la diversión recuperada tratando de sonsacárselos.

El taxi los llevó a un barrio lujoso y tranquilo y, cuando se detuvieron ante unas altas verjas de hierro forjado, James la miró con picardía. La luz de la farola caía sobre él como un foco teatral colocado en medio de la calle. Sacó su móvil y escribió un nuevo mensaje.

Evie, estás a punto de descubrir uno de los secretos mejor guardados de la ciudad. ¿Estás lista?

Con mucha ceremonia sacó una llave dorada de su bolsillo y se la mostró. Evie se rio ante sus teatrales ademanes y esperó con paciencia a que él volviera a escribir en el chat que compartían.

Solo existen 383 llaves que dan acceso a este jardín y, casualmente, una de ellas se encuentra en mi bolsillo. Nunca podrás revelar lo que veas aquí dentro. A nadie. ¿Tengo tu palabra?

Ella levantó la mano para hacer una solemne promesa. Satisfecho, abrió la puerta y la invitó a entrar. Volvió a tomar su mano, como si fuera lo más natural del mundo, y Evie no se opuso. Le gustaba su contacto, sus dedos



largos y elegantes envolviéndola con ternura.

Todo era agradable en aquel jardín: el olor a hierba fresca, los árboles centenarios irguiéndose sobre ellos, los bancos alineados junto a los caminos de grava y los parterres de flores y pequeños arbustos podados con mimo. Estaban solos en aquel lugar apacible, un oasis en medio de la ciudad, y supo de manera instintiva que él la había llevado a uno de sus refugios, el lugar al que acudía cuando necesitaba lamer sus heridas.

Durante el paseo, James atendió una llamada y luego extendió con galantería su chaqueta sobre la hierba para que ella se sentara. Su móvil tembló cuando terminó de acomodar la voluminosa falda.

Mi amigo Drew me ha llamado para saber si estábamos juntos porque tu prima está preocupada.

Evie se encogió de hombros.

—Le escribí antes un mensaje. No tiene por qué preocuparse, aunque suele hacerlo. ¿Qué hay en la caja? —preguntó sin aguantar la curiosidad por más tiempo.

Una sonrisa traviesa asomó en los labios de James. Manipuló la caja con gran ceremonia, ignorando los gestos de impaciencia de su acompañante. Cuando terminó de abrir el paquete, puso ante sus ojos una deliciosa selección de pasteles franceses con tan buena pinta que a los dos se les hizo la boca agua.

Comieron en silencio, disfrutando de los *éclairs* y las tartaletas de frutas, bañados por la luz de una farola de aire antiguo. Evie, presa de un extraño momento de debilidad, habló de Bridgewater y de su reciente llegada a Nueva York.

**James**

¿Por qué Nueva York? Siempre me sorprende la gente que elige vivir aquí, en este monstruo despiadado que devora sueños y almas.

—Tú vives aquí.

Yo nací aquí. Quise irme, pero no lo logré. Cada paso que daba me ataba más a esta ciudad.

—¿Y lo hizo? ¿Devoró esta ciudad tus sueños y tu alma?

Él sacudió la cabeza, desorientado, y, al igual que la noche de la discoteca, Evie pudo atisbar los demonios que bailaban en sus ojos claros.

En parte, sí. Aunque puede que solo sea más fácil culpar a la ciudad y no reconocer mis propios errores...

—¿Por qué no te marchas?

Se miraron durante un rato que pareció eterno y entonces James esbozó una preciosa sonrisa, la más hermosa y resplandeciente que Evie jamás había visto, y también la más falsa. Le dolieron todas las heridas que ocultaba esa sonrisa; heridas de las que no sabía nada y que ni siquiera estaba segura de querer conocer.

¿Cómo voy a irme cuando tú acabas de llegar?

Odió la impostada galantería de sus palabras, el coqueteo ligero de su expresión. Apenas se conocían, pero no creía merecer ese juego. Se habían entregado por entero el uno al otro en su primer encuentro, sin exigencias; y esa misma noche habían escuchado juntos la música de un cuadro y él había entreabierto una puerta para que ella se asomara. No se lo había pedido y, si quería cerrarla de nuevo, al menos podía hacerlo de manera más honesta.

Irritada, se retiró un poco y mordisqueó un macaron.

James se removió inquieto, se inclinó y tironeó de la falda de su vestido hasta que ella alzó el rostro.

—Lo siento —dijo y después tecleó con rapidez un mensaje.

Hay cosas sobre las que no quiero hablar.

Pudo leer el arrepentimiento en su rostro y, sobre todo, había desaparecido el disfraz bajo el que había intentado ocultarse.

—No me cuentes nada que no te apetezca; yo tampoco lo haré. Pero no juegues conmigo.

Ambos se quedaron callados durante un buen rato. Evie lo miró de reojo y atisbó la pequeña sonrisa que curvaba sus labios.

—¿Por qué sonríes ahora?

No hay mucha gente que sepa ponerme en mi sitio.

Era encantador, guapo y tenía la capacidad de hacerla reír. Debería tener cuidado con él, pero había decidido regalarse otra noche especial, romper algunas reglas solo por el placer de estar viva, ser joven y haber tomado las riendas de su futuro.

—Háblame de ese tipo que rompió las reglas de la música —pidió.

¿Quieres que te hable de Arnold Schönberg?

Ella asintió.

Fue un compositor austríaco de finales del siglo xix y principios del xx que se rebeló contra el sistema predominante de composición y sentó las bases de una técnica nueva. ¿Sabes lo que es el dodecafonismo?

—Ni idea. Creo que ni siquiera sé pronunciarlo.

Él se quedó pensativo y luego tecleó con rapidez durante un buen rato.

Trataré de explicarlo de la manera más sencilla. Podríamos decir que la música occidental hasta entonces se había basado en un sistema tonal, que explica la relación entre las notas de la escala siempre teniendo en el centro una nota principal, que sería la tónica. ¿Lo entiendes?

—Más o menos —contestó tras leer el largo mensaje.

Vale. Pues, a principios del siglo xx, un grupo de compositores decidió romper con ese sistema. El dodecafonismo propone que no haya una nota central, sino la igualdad entre todas las notas comprendidas dentro de una octava.

—Me parece un sistema mucho más democrático que el otro.

James rio. A Evie le habría encantado escuchar su risa, esa carcajada que intuía alegre y ruidosa, pero se conformó con admirar cómo echaba la cabeza hacia atrás y su rostro resplandecía. Se le escapó una sonrisa. Su buen humor resultaba contagioso.

Cuando se calmó, él escribió un nuevo mensaje.

Es algo más complicado de lo que te he contado. En realidad, a mucha gente no le gusta ese tipo de composiciones y creen que solo es ruido. No se dan cuenta de toda la belleza que esconden sus estridencias. Es una música libre, que rompe las normas, que nos permite explorar emociones o, simplemente, jugar con el sonido... ¿Te aburro?

—En absoluto —aseguró, ahuyentando la brizna de melancolía que había sentido al comprender que jamás podría escuchar el tipo de música del que hablaba con tanto entusiasmo—. Me parece fascinante.

Me gustaría comprender cómo entiendes la música.

Evie suspiró. Al igual que él, no quería abrir puertas que después no estaba segura de poder cerrar. Debía tener cuidado con aquel chico o acabaría confesando todos los secretos que jamás compartía.

—Ya te lo he explicado antes. Siento las vibraciones dentro de mi cuerpo. —Tembló un poco y se cerró la chaqueta—. Ha refrescado. ¿Podemos levantarnos?

Algo decepcionado, él empezó a recoger los restos del pícnic. Cuando salieron del jardín, Evie creyó que su aventura nocturna había llegado al final, pero él no parecía dispuesto a dar por terminada la noche, tal como indicó su siguiente mensaje.

¿Quieres elegir nuestra siguiente parada?

Lo meditó durante unos segundos. Había algo que deseaba hacer desde que llegó a la ciudad.

—Es tarde, aunque creo que aún está abierto el Empire State, ¿verdad? Me gustaría subir al mirador.

Hacía un buen rato que habían dejado atrás la medianoche, así que él consultó en su móvil el horario de apertura.

Sí, todavía admite visitas. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres hacer? Solo verás un montón de luces y rascacielos. No es demasiado emocionante.

—No tenemos nada de esto en Bridgewater, así que para mí será bastante emocionante, pero si no te apetece...

James paró un taxi y un rato después Evie pudo admirar las increíbles vistas de Manhattan iluminado. No había casi gente en el mirador y pudieron tomárselo con calma. Los escasos visitantes nocturnos no parecieron sorprendidos por sus trajes de fiesta; y ella, en la cima del Empire State, vestida con un maravilloso vestido rojo y acompañada por un chico guapo y extravagante, se sintió por un momento como la protagonista de una película. Todo parecía irreal, lejano, como si le estuviera sucediendo a otra persona, como si aquella noche interminable fuera tan solo un paréntesis en su vida.

Observó la marea de edificios, toda la luz de una ciudad que no descansaba nunca, ese brillo cegador que deslumbraba a la chica de campo y, al mismo tiempo, la atemorizaba. Por un instante, añoró la noche pacífica de Vermont, oscura y familiar. En verano, solía trepar al tejado para tumbarse y ver las estrellas mientras sus padres pasaban el rato en el salón. Suspiró sin darse cuenta.

La vibración de su móvil interrumpió sus ensoñaciones.

¿Te estás poniendo sentimental?

El rostro de James tenía una expresión burlona que la hizo reír.

—Un poco —reconoció.

Creo que es hora de que nos divirtamos de verdad. Necesito explorar un poco más esa relación tuya con la música y, si no quieres contármelo, tendré que verlo.

Él volvía a tener un brillo travieso en sus ojos claros. La cogió de la mano y tiró de ella hacia los ascensores.

Acabaron en un local de salsa, donde bebieron mojitos mientras contemplaban a los bailarines de la pista.

—Es nuestro turno —anunció James cuando terminaron sus copas. Señaló con la barbilla la pista de baile.

Lo miró horrorizada. Nunca había bailado salsa. Podía sentir las vibraciones de la música, pero le llegaban con menos intensidad que en la discoteca. Estuvo a punto de negarse. Sería mejor regresar a casa y dar por finalizada la noche Schönberg.

Él no la dejó titubear. La tomó de la mano, la hizo girar sobre sí misma y la atrajo hacia su cuerpo con tal gracilidad que apenas se dio cuenta de que la había llevado a la pista en dos movimientos. Se rio, algo incrédula, porque él la manejaba como si fuera una prolongación de su cuerpo.

—No sé bailar esto —explicó de todas formas.

—Solo deja que la música se meta dentro de ti y sígueme.

La contempló vacilante, sin saber si ella lo había entendido, pero Evie asintió despacio y dejó que él colocara las manos en sus caderas para indicarle el ritmo. Evie permitió que las vibraciones se adueñaran de su interior, golpeando sus huesos, hasta sentir la música de una forma que iba más allá del sonido.

Se dejó llevar por el ritmo que marcaba James, que la guio sin esfuerzo durante todos los bailes. No había en él ni rastro de la desesperación con la que se había aferrado a ella en su primer baile semanas atrás, sino pura alegría. Desprendía una arrolladora energía vital que pareció contagiarla. Nunca había reído tanto. Nunca había vibrado tanto. Todo daba vueltas a una rapidez vertiginosa, arrastrándola, y fue consciente todo el tiempo de la

mano de James en su cintura, del movimiento que obligaba imprimir a sus caderas, del excitante roce de sus piernas, de sus ojos brillantes de felicidad y la respiración agitada que se colaba entre sus rizos cada vez que él la estrechaba contra su cuerpo sudoroso.

Bailaron durante lo que parecieron horas, infatigables y eufóricos, ajenos al resto de los bailarines, envueltos en una burbuja sonora en la que nadie más podía entrar.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 10

Al salir del club de salsa, James se empeñó en acompañarla a casa y, durante el largo trayecto en taxi, se quedó dormido con la cabeza apoyada en su hombro. Sentía la caricia de sus cabellos en el cuello, el peso de su cabeza, el olor de su piel mezclado con el del sudor... Cuando al fin llegaron, tuvo que zarandearlo un poco para que despertara.

Observó su rostro somnoliento y aturdido y no tuvo valor para enviarlo de vuelta a Manhattan.

—¿Quieres subir y dormir un rato en el sofá?

Las primeras luces del amanecer arrancaban destellos dorados a una ciudad que seguía despierta. Descendieron del taxi y caminaron hacia el portal con pasos lentos.

Mientras él se quitaba la chaqueta, Evie sacó un juego de sábanas. La puerta de Carol estaba cerrada y procuraron no hacer ruido mientras se desmaquillaban en el pequeño cuarto de baño. Le pareció divertido compartir sus productos limpiadores con James. Él los manipuló con mano experta y luego la observó a través del espejo.

—Nunca he visto desmaquillarse a un chico —confesó Evie entre risas.

James, más despejado que unos minutos antes, le lanzó una seductora sonrisa. Ella se concentró en sus labios, reflejados en el espejo.

—Puedes mirar si quieres. No me molesta.



Evie sospechaba que le gustaba tener público. Había algo exhibicionista en James, tal como demostró mientras se desmaquillaba sin dejar de contemplarla a través del espejo.

Le resultó de lo más sugerente ver las elegantes manos sosteniendo el disco de algodón mientras retiraba los pigmentos de su rostro y desnudaba sus ojos de un azul limpio y claro. El aire se había vuelto pesado, caliente, cargado de electricidad. Una vez que terminó, se giró con una sonrisa lobuna que desapareció en cuanto notó la expresión de Evie.

Tragó saliva y pareció concentrarse en sus labios.

—Es tu turno —dijo con gesto grave. Tomó una toallita desmaquilladora y se acercó despacio a ella—. Me encanta este color de labios. Deberías llevarlo siempre.

Se quedó con la mano en alto, muy cerca de su boca, sin tocarla, como si estuviera pidiéndole permiso. Evie contuvo el aire. Debería alejarse de él, pero, en su lugar, asintió con un gesto casi imperceptible. Entonces él, con los ojos oscurecidos, empezó a retirar el pintalabios. Notó la frescura de la toallita sobre su piel, los movimientos suaves y delicados de la mano masculina. Embriagada cerró los párpados, absorbiendo el olor de James, su toque, la cálida cercanía de su cuerpo.

De pronto, se detuvo con gesto brusco.

Cuando volvió a mirarlo, descubrió su expresión de desconcierto.

—Será mejor que termines tú —declaró y le tendió la toallita antes de abandonar el cuarto de baño. Evie se miró en el espejo. Tenía los labios hinchados y descoloridos, la barbilla enrojecida, los ojos brillantes y la piel caliente.

Su cuerpo la impulsaba hacia él. Lo siguió hasta el salón, donde James se estaba poniendo la chaqueta.

—Será mejor que me vaya —dijo colocándose frente a ella para que pudiera leer sus labios. Su expresión torturada le encogió el corazón.

—James...

—Ha sido divertido, pero no puedo hacer esto. Lo siento.

Él movió la cabeza de un lado a otro y su moño medio deshecho se rompió del todo; los mechones rubios cayeron sobre su rostro.

—¿Qué ha cambiado?

—Lo siento —repitió mientras volvía a recogerse el pelo con movimientos rápidos.

—Dime solo una cosa. En circunstancias normales, si yo no fuera una chica sorda, sino cualquier otra chica con la que hubieras compartido una noche divertida e intensa, ¿me habrías besado hace un momento?

No recibió respuesta. Él mantuvo la cabeza gacha, y ella quiso gritar porque, por una vez, había bajado la guardia. Pensó que él sería diferente. A fin de cuentas, había vuelto a buscarla a la biblioteca, le había regalado otra noche increíble y parecía haberse adaptado bien a su sordera.

James cogió el móvil y lo guardó en el bolsillo.

—Lo siento —repitió una vez más y se dio la vuelta para marcharse.

Evie supo que esta vez no volvería, que por alguna razón se había asustado y necesitaba huir sin dar explicaciones. Decepcionada, se retiró a su cuarto con un nudo en la garganta.

Se despertó con un brusco zarandeo. Le pesaban los párpados, pero alcanzó a entrever la expresión furiosa de su prima, así que se sentó en la cama y se frotó el rostro.

Caroline esperó a que se despejara un poco antes de signar con gestos bruscos.

—«¡Te marchaste sola de la fiesta, Evie! ¿Se puede saber qué pasa contigo?».

—No me fui sola, aunque eso es lo de menos. La fiesta resultó más abrumadora de lo que pensé. Demasiada gente.

—«¿Y no pudiste decírmelo? Me habría ido contigo de inmediato».

—Estabas pasándolo bien y hablando con todos esos médicos. No soy una niña que tengas que cuidar.

Su prima se dejó caer sobre la cama con expresión resignada.

—«¿Que no eres una niña? ¿Entonces por qué te escabulliste como si lo fueras?».

—No me escabullí: te puse un mensaje antes de irme. No quería que te preocuparas.

Ambas se estudiaron con recelo.

—«Te fuiste con un desconocido». —Caroline movió las manos con más calma, reprimiendo las ganas de zarandear a su prima por los hombros para hacerla comprender que Nueva York no era Bridgewater, donde todos los vecinos se conocían y nunca pasaba nada malo.

—No era un desconocido —aseguró Evie con rapidez, pero se arrepintió de inmediato, porque no quería compartir la noche de la discoteca con nadie.

Los ojos verdes de Carol se estrecharon, curiosos.

—«¿De qué conoces tú a ese chico? Desde que llegamos a Nueva York solo te has relacionado conmigo y has visto un par de veces a Shanaya. Siempre estás sola».

—No tengo que rendirte cuentas. James es un buen tipo, aunque tengo la impresión de que no lo veré de nuevo. Me temo que no ha lidiado bien con mi sordera.

—«Entonces es un imbécil, lo que no me sorprende, ya que es amigo de Drew».

Evie sacudió la cabeza.

—Drew no me parece ningún imbécil. En realidad, creo que es de los buenos.

—«Sí, vale, puede que no sea tan malo como pensaba... —Carol se acarició pensativa el aro de la nariz. Necesitaba tomarse un par de segundos antes de continuar la conversación—. Esto no está funcionando. Creí que

sería genial que vinieras a Nueva York, pero te comportas como una inconsciente. Estaba muy ilusionada cuando me dijiste que querías salir de Vermont. Sé que fue idea mía que vinieras a Nueva York y que viviéramos juntas, aunque supongo que no esperaba preocuparme tanto por ti».

Bajó la cabeza y, durante un rato, jugueteó con un hilo suelto de su camiseta.

—Siento que te hayas preocupado. Parecías estar pasándolo bien en la fiesta y no quise interrumpirte —explicó Evie. No era del todo cierto, pero estaba cansada de afirmar su independencia una y otra vez.

—«Tú estás por encima de una fiesta. No puedes irte de esa forma con alguien que no conoces. Podía haberte pasado cualquier cosa».

—James es un buen chico. No iba a hacerme nada.

—¡Eso no lo sabes! ¡No sé cómo decirte que esto no es Vermont! —respondió exasperada usando solo la voz. Tenía la sensación de moverse en círculos desde que su prima llegó a la ciudad.

Evie quiso decirle que no toda la gente de Vermont era buena y amable, que también había crueldad fuera de Nueva York, que ella había conocido en Bridgewater el desprecio, la soledad, el miedo... Sin embargo, nunca hablaba de ese tema con nadie y tampoco tenía ganas de liberar unos cuantos fantasmas de su pasado ante Caroline.

Así que asintió, dejó de utilizar la voz y empezó a signar, refugiada una vez más tras el muro de señas que alzaba para esconderse cuando sus emociones se descontrolaban.

—«Sé que no estoy en Vermont y conozco mis propias limitaciones. No necesito que me las recuerdes cada cinco minutos» —indicó moviendo las manos con rapidez.

Ambas se estudiaron con cautela, conscientes de que pisaban un terreno frágil que podía quebrarse en cualquier momento.

—«Intentaré ser menos protectora» —prometió su prima.

—«Solo trátame como lo harías con cualquier otra compañera de piso. La

única diferencia es que no puedo escuchar el timbre de la puerta y que hablamos con las manos».

—«De acuerdo».

Evie asintió y, más calmada, dejó de signar.

—Tengo hambre. ¿Podríamos seguir esta conversación en la cocina? Ayer por la mañana hice unas galletas de chocolate blanco y nueces.

Ambas se trasladaron a la cocina y, sin hablar, prepararon un desayuno tardío. Cuando se sentaron la una frente a la otra, la incomodidad parecía haberse despejado.

—«¿Crees que volverás a ver a tu amigo?» —preguntó Carol después de comerse dos galletas. Evie se percató de que su prima siempre parecía tener hambre.

—En realidad, no sé si puedo considerar a James un amigo. Apenas lo conozco.

—«¿Se llama James? Drew solo me dijo que te habías marchado con un viejo compañero suyo del colegio».

Evie se encogió de hombros. No había llegado a preguntarle a James qué hacía en la fiesta e ignoraba el tipo de relación que lo unía con los anfitriones.

Imágenes de la noche anterior empezaron a cruzar su mente a pasmosa velocidad. El reencuentro en la biblioteca de los Wigmore, el sabor áspero del brandy, la mano de James envolviendo la suya, la belleza de Nueva York desde las alturas, la mirada brillante de sus ojos azules mientras la hacía girar al son de una música que nunca escucharía...

—No sé demasiado sobre él —reconoció.

No era cierto, pensó al cabo de un rato, cuando Caroline se marchó a la biblioteca. No conocía la vida de James, pero sabía ya algunas cosas importantes sobre él. Sabía que escuchaba música en su cabeza, que odiaba Nueva York, que tenía la sonrisa más bonita y más falsa del mundo, que ocultaba sus heridas con celo y que sus besos podían hacer que una chica

perdiera la cabeza.

Y que había huido de ella en dos ocasiones en la misma noche.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 11

Toda la noche había pensado en besarla. Lo había vuelto loco desde que la encontró en la biblioteca de los Wigmore, desde que vio sus labios pintados de un rojo furioso y aquel pelo corto y salvaje. Recordaba la suavidad de su tacto y solo quería hundir sus dedos en las ondas de su cabello, acariciar su garganta con la nariz para inhalar su olor a flores silvestres y devorarla con besos largos y hambrientos.

Pero aguantó el tipo y mantuvo las manos quietas. A pesar de que ella no había apartado la vista de su boca, como si lo deseara con la misma intensidad.

Creyó que Evie sentía esa corriente explosiva que se había establecido entre ambos, ese deseo demoledor que iba a consumirlos. Pensó que en cualquier momento uno de los dos daría el paso y se arrancarían la ropa el uno al otro sin importar donde estuvieran. Se había contenido para no tumbarla sobre la mullida alfombra de los Wigmore y levantar la voluminosa falda de ese vestido enloquecedor.

Resultó que estaba equivocado en la razón por la que ella parecía tan concentrada en su boca; no era deseo, sino la necesidad de entenderlo.

Un poderoso saxofón se coló en sus pensamientos y, por un instante, se figuró que su cabeza andaba de nuevo haciendo de las suyas. Pero entonces escuchó el tintineo de unos hielos, una tos seca y un suave murmullo. James

alzó la cabeza, confuso, y vio sobre el escenario al entregado saxofonista, un corpulento afroamericano con la cabeza rapada, perilla y una camisa que le quedaba estrecha. Tocaba con los ojos entrecerrados, balanceando su cuerpo al ritmo sensual de la música, mientras gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente. Lo acompañaban un piano, una batería y un contrabajo, que estaba a cargo del único hombre blanco del grupo. La luz roja del escenario se derramaba sobre los músicos, dándoles un aspecto diabólico.

James había tocado numerosas de veces en el escenario del Sanctuary cuando cursaba la especialización de jazz en Juilliard y asistía a las sesiones abiertas de improvisación que convocaba todas las semanas el legendario club. El rock era entonces un divertimento al que Miles lo arrastraba hasta que, de repente, la fama catapultó The Wave y sus vidas cambiaron.

Años después, Dwayne Crenshaw, el dueño del Sanctuary, todavía invitaba al rockero a que subiera a improvisar al escenario cada vez que visitaba el local. Pero desde la muerte de Aaron y el hundimiento de The Wave no había vuelto a aceptar su oferta.

Hizo un gesto a la camarera para que le trajera otra cerveza y dejó caer los párpados, permitiendo que la música lo invadiera, ese jazz caliente, ondulante, que descendía a los infiernos y después subía, subía y subía, hasta hacerse casi insoportable. Sin embargo, en el último momento, justo antes de alcanzar el necesario estallido, ese éxtasis musical que la pieza estaba pidiendo a gritos, la melodía cayó de manera abrupta, dejando a los oyentes insatisfechos, excitados y anhelantes al mismo tiempo. Las imágenes de Evie volaban dentro de él, envuelta en la melodía de jazz, y solo podía ver sus labios rojos, sus rizos salvajes y sus ojos castaños en los que flotaban sombras oscuras.

Un brusco manotazo en el hombro hizo que la imagen femenina se diluyera en el aire. Miles gruñó una especie de saludo, se sentó en la silla vacía junto a la suya y escudriñó el escenario con cierta indiferencia.



—Has venido —musitó James con sorpresa, porque cada vez le resultaba más difícil conseguir que Miles abandonara su cueva.

—Llevas hablando de este sitio desde que estudiabas en Juilliard —explicó su mejor amigo encogiéndose de hombros.

—Y nunca has querido venir.

—Hoy sí.

Tras la lacónica respuesta, ambos permanecieron callados. La banda tocaba una melodía obsesiva que se movía en círculos y no parecía tener comienzo ni final. La camarera dejó una cerveza sobre la mesa. Durante un instante, los turbulentos ojos verdes de Miles se clavaron ansiosos en el botellín. James reconoció el brillo de deseo y, asustado, se volvió hacia la mujer que aguardaba el pedido del recién llegado.

—¿Puedes llevarte la cerveza? Pediré otra cosa.

—¡No! —La negativa de Miles resonó tajante y furiosa—. Bebe tu maldita cerveza, James. No soy un niño al que debas proteger. Tomaré un agua con gas —pidió y, cuando la camarera se marchó, acarició las desgastadas pulseras de cuero que envolvían su muñeca izquierda—. Tienes que dejar de hacer eso. Acabarás asfixiándome. No puedes seguir tratándome de esa manera, como si fuera a romperme en un descuido.

—Solo quiero que estés bien —se excusó—. Quiero hacerlo más fácil para ti.

—Llevo casi dos años limpio. ¿No es suficiente prueba de que lo estoy logrando? Me ayudaste mucho, no olvido nada. Sé todo lo que hiciste por mí y no quiero ser desagradecido, pero tienes que dejar que yo lo maneje.

James apretó los labios. Si tensaba demasiado la cuerda, Miles regresaría a su piso del Soho y se encerraría otra vez durante días con sus poetas oscuros, sus cigarrillos y sus discos de viejos rockeros, lejos de todo lo que lo anclaba a la realidad.

Necesitaba traerlo de vuelta a la vida, darle algo que lo sacara de ese caparazón en el que se había escondido, y solo conocía una forma de

lograrlo; la música era lo único que lo obligaría a salir. Al igual que él, Miles no sabía funcionar sin ella. Durante los últimos años, no había entendido del todo por qué habían estado tan desolados. Lo achacó a la muerte de Aaron, pero su repentino fallecimiento solo había sido el último empujón que los dejó caer. Y, cuando el mundo se hundió, resultó que también perdieron la red de seguridad con la que siempre habían contado, el motor de su existencia, su único refugio seguro. Sin el apoyo de la música, andaban desorientados, se sentían más solos que nunca, incapaces de seguir adelante.

La camarera dejó el pedido sobre la mesa y ambos bebieron en silencio mientras escuchaban al cuarteto.

—Son buenos —dijo al fin el antiguo cantante y guitarrista de The Wave—. Y se les da bien el escenario.

—A nosotros también se nos daba bien —susurró James, invadido por la nostalgia—. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas lo que se sentía allí arriba, lo especial que era?

—Era excitante. Me sentía como un dios poderoso e invencible. El único lugar donde podía ser honesto, donde podía exponerme por completo, porque allí arriba no existen los límites.

—No hay nada más increíble que esa sensación de vértigo en el estómago justo antes de salir a escena —intervino James, trasladándose en su mente a cualquiera de los cientos de locales en los que habían tocado: desde los tugurios cochambrosos de los primeros años a las grandes salas de conciertos cuando alcanzaron el éxito—. El universo se ponía en orden en cuanto tocaba la primera nota. Entonces sabía que el mundo estaba a nuestros pies, que podríamos hacer cualquier cosa, incluso volar.

James se aferró a aquel recuerdo. Miles, Aaron y él sobre el escenario, tocando una música que salía de sus entrañas y que les permitía sacudir la tierra y atrapar al público, aquella masa informe y entregada que vibraba con cada emoción que ellos se arrancaban del fondo de sus almas sombrías

para entregarse a la muchedumbre en una especie de sacrificio personal, doloroso, casi sangriento.

Miles era un experto en aquello de desgarrarse ante el público. El salvaje dios del rock, con su voz ronca, oscura, conmovedora, se lanzaba sobre el escenario a pecho descubierto, sin protección alguna, dispuesto a abrirse en canal.

James y Aaron al menos contaban con sus respectivos escudos. El teclado y la batería eran, al mismo tiempo, sus armas y sus defensas. Podían volcar en los instrumentos todas las emociones que bullían en su interior y, a la vez, les servían de barrera para no acabar devorados por el hambre enfermiza de la multitud, dispuestos a engullirlos hasta no dejar ni los huesos.

No le extrañaba que después abandonaran el escenario con tanta adrenalina fluyendo por sus venas que necesitaran todas aquellas vías de escape: el sexo desenfrenado, el alcohol, las drogas, las fiestas locas... Los chicos de The Wave se habían dejado arrastrar por el éxito y no llegaron a comprender que habían perdido el control hasta que fue demasiado tarde, hasta que la vida decidió pasarles una factura que no podían pagar y acabaron devorados por sus propios excesos.

—¿Crees que podríamos hacerlo?, ¿que podríamos volver sin caer en los mismos errores? —preguntó James sin dejar de mirar al conjunto que tocaba sobre el escenario.

—No lo sé. Me gustaría decirte que sí, que hemos aprendido una o dos cosas por el camino, que ya no somos los mismos chicos de entonces, pero el escenario era como una droga y ya sabes cómo respondo a las adicciones.

—Si no lo intentamos, no lo sabremos nunca.

Miles apretó los labios y se volvió hacia él. La rabia hacía llamear sus ojos con fuego verde.

—¿Es por eso para lo que me has traído aquí? ¿Para que tengamos de nuevo esta discusión? The Wave está acabado, James. No tenemos música

y, sin canciones, no hay grupo.

—Estoy componiendo algo nuevo —confesó, y su amigo lo miró boquiabierto.

—¿Estás...? ¿Desde cuándo estás componiendo? —El cantante no escondió los celos, feos y mezquinos, que asomaron desde la profundidad de su garganta.

Fingió que no se había dado cuenta de su reacción y se encogió de hombros. Tan solo había garabateado algunas melodías, aunque le parecía un buen augurio. Miles era el compositor habitual de la banda, pero también él había escrito algunas canciones de los discos del grupo. *Strangers in the Subway*, incluida en el primer álbum de The Wave, había sido uno de sus *singles* de mayor éxito, tan solo por detrás de *Sleeplessness*, el icónico tema de Miles que los había colocado entre los grandes del rock.

—¿Esto tiene que ver con tu misteriosa recuperación de la música? —Miles entornó los párpados y lo observó con cautela.

—Te dije que volvía a sentirla, que la había recuperado.

—¿Cómo? ¿Cómo lo has conseguido? —Detectó cierta ansiedad desconocida en la voz de su compañero, cierta desesperación que había ocultado demasiado bien durante los últimos años, y James comprendió que las puertas para regresar no estaban cerradas del todo, que dentro del líder de The Wave palpitaba un anhelo similar al suyo.

—No he hecho nada, simplemente ha vuelto.

Era una verdad a medias, pero no estaba dispuesto a hablar sobre Evie y el confuso deseo que despertaba en él. Del local de salsa salió tan excitado como no recordaba haberlo estado en mucho tiempo, ni siquiera después de un concierto, cuando toda la adrenalina recorría sus venas para impulsarlo a buscar un cuerpo, el que fuera, que le permitiera diluir la energía acumulada por la intensidad de la música, del directo, de los aplausos, de esa conexión brutal que siempre tuvo con Miles y con Aaron sobre el escenario.

Le emoción de bailar con Evie le producía una sensación similar, aunque

en aquella ocasión no le habría bastado cualquier cuerpo. Solo el de esa chica rara que escuchaba cuadros, bailaba música que no podía oír y apenas se dejaba ver por dentro.

—¿Esto es por una mujer? —preguntó Miles, que aún lo estudiaba con atención, y James odió que su mejor amigo lo conociera tan bien, que supiera todas sus debilidades.

—Al igual que tú, nunca he necesitado que hubiera una chica para componer. Y ya sabes que The Wave no escribe canciones de amor.

—No es cierto. Yo no compongo canciones de amor. —Miles hizo hincapié en ese *yo*, y lo subrayó señalándose el pecho con el pulgar—. Tu caso es diferente, James. Aunque tus letras hablen de otros asuntos, entiendo mejor que nadie lo que dice tu música. Engaña al resto del mundo, Hathaway, pero no intentes fingir conmigo. Sé dónde están escondidos tus demonios.

Trató de ignorar la sonrisa socarrona de su amigo y apartó los ojos para que no pudiera leerlo por dentro, para que no pudiera vislumbrar la sombra de esa chica que se había colado bajo su piel con una rapidez pasmosa. Esa chica del vestido rojo que encajaba entre sus brazos como ninguna otra lo había hecho.

O tal vez sí.

Antes de ella hubo otras chicas que encajaron, que parecieron perfectas, únicas, insustituibles. Chicas por las que creyó arder y con las que imaginó pasar el resto de su vida durante un instante fugaz, porque tendía a confundir amor y deseo, incapaz de diferenciar los límites entre ambos.

James se había enamorado docenas de veces a lo largo de sus veintiocho años, con un amor intenso y obsesivo que lo arrasaba y que desaparecía con la misma rapidez que llegaba. A veces duraba una semana, otras unos pocos meses, pero siempre acababa evaporándose de un día para otro, y entonces dejaba atrás una chica con el corazón roto y él cargaba con una nueva decepción que lo llevaba de vuelta a los cuerpos anónimos que no

esperaban nada de él, tan solo pasar un buen rato, sin confundir emociones ni proyectar anhelos que jamás lograban materializarse y que siempre le dejaban una sensación agri dulce de soledad.

Tal vez por esa razón había ignorado sus impulsos y no había besado a Evie. Para no volver a caer en errores antiguos.

O, quizá, el verdadero motivo de su huida era aún más sencillo y también más mezquino: el silencio lo asustaba. Le parecía un vacío aterrador, frío, cruel. Había vivido inmerso en él durante los últimos años y, de repente, el destino le ponía delante una chica sorda que le había devuelto la música. Todo resultaba demasiado confuso.

La camarera dejó una nueva cerveza sobre la mesa y James se dio cuenta de que empezaba a perder el control. Miles parecía haberse desentendido de él y su atención estaba centrada en los músicos. Había un brillo oscuro y salvaje en sus ojos verdes, como si estuviera conteniéndose para no subir al escenario y apoderarse del micrófono.

Se dio cuenta de que ambos refrenaban sus verdaderos deseos, atados por temores que acabarían por consumirlos si no se decidían a presentar batalla.

Una mujer negra de mediana edad subió al escenario. El saxofonista la presentó con palabras elogiosas y, cuando se retiró, el piano arrancó con una melodía melancólica y sentimental. La voz aterciopelada de la cantante acarició al público mientras entonaba *Nature Boy*, la canción que hizo famosa Nat King Cole a finales de los años cuarenta.

—Eres como un libro abierto para mí, James —aseguró Miles sin despegar la vista de la cantante—. Tienes un aspecto encantador y ese aire extrovertido y simpático que logra engañar a todo el mundo, pero siempre he sabido la verdad. Estás tan jodido por dentro como yo. Solo lo disimulas mejor.

Miles estaba equivocado. Él no era el único que podía ver sus demonios, porque Evie también los había vislumbrado.

Y, aunque se había propuesto mantenerse lejos de ella, se vio sacudido

por un arranque de lucidez y supo que no lo haría. Porque Evie le había devuelto la música, el deseo, la pasión, y necesitaba descubrir qué más podía darle.

Qué más cosas podría tomar de ella.

*OceanofPDF.com*

## *E*vie, 12 años

—Algún día tú y yo domaremos a la Bestia —había prometido años atrás su padre, cuando Evie apenas lograba sostenerse sobre un par de esquíes y daba sus primeros pasos en las pistas infantiles de la montaña Ramshead. Desde entonces, había soñado con romper todos los desafíos que presentaba la estación de esquí de Killington. Sí, acabaría aplacando a la Bestia del Este, como la llamaban en los folletos para turistas. Sortearía los precipicios de Devil's Fiddle y se lanzaría por la empinada carrera de Outer Limits para hacerse con los dos doble diamante de Bear Mountain. Por último, subiría a la cumbre de Killington Peak y se deslizaría por la mayor caída vertical de Nueva Inglaterra. La intrépida Evie había soñado con dominar cada desafío de las pistas.

Apenas recordaba a aquella Evie, pero nunca había olvidado la promesa de su padre.

Miró a su alrededor. Nieve por todas partes. Un manto blanquísimo y helado, tendido a sus pies como una inmensa alfombra digna de la Reina de las Nieves. Hacía dos años que había pisado la montaña por última vez. Su vida se había detenido cuando despertó en aquella aséptica habitación de hospital y ya no volvió a ser la misma. Todo desapareció, incluso su obsesión con la Bestia del Este. Se había hundido en el silencio (ese silencio espeso que había vuelto el mundo más gris y más difícil) y se había dejado devorar por él.

Había tenido que aprender a desenvolverse en un mundo nuevo, un mundo sin sonidos, sin voces, sin ruidos, sin música. Un mundo vacío, apagado y solitario. ¡Qué soledad la del silencio! ¡Qué terrible soledad! ¡Qué impotencia sentía al ver las bocas moverse y no percibir nada! ¡Qué exasperación cuando su memoria rescataba de algún lugar melodías que ya



no volvería a escuchar o cuando se daba cuenta de que no podía recordar sonidos que una vez oyó!

Habían vagado de médico en médico, de especialista en especialista, consumiendo sus energías y los ahorros de sus padres en busca de una solución que no llegó nunca. Había tenido que aprender de nuevo a comunicarse con los demás, aprender a hablar con las manos y a leer los labios. Había aprendido a vivir con el miedo: un oscuro terror que la obligaba a dormir con la luz encendida porque no soportaba perder otro sentido más, quedarse aislada en el silencio y la negrura de la noche, sintiéndose aún más sola, más desamparada, más insegura...

Aunque, en realidad, lo peor de todo era lidiar con aquella rabia que parecía consumirla, aquella ira constante que parecía correr por sus venas y que la llevaba de la autocompasión al enojo hasta que acababa ahogada en su propia oscuridad.

Asustada, sola y enfadada: así era como se había sentido cada minuto de cada día de los dos últimos años. No podía más, estaba exhausta. Respiró hondo. El aire puro de la montaña llenó sus pulmones y, por primera vez en mucho tiempo, la invadió cierta sensación de paz.

Una acusada pendiente se extendía ante ella. No debería estar ahí, era consciente de haberse saltado las normas. Sus padres se preocuparían cuando descubrieran que se había escabullido del refugio. Leah Turner vivía con el miedo constante de que a su hija pudiera pasarle algo.

—No puedes salir sola a la calle. Si viene un coche, no lo oirás y podría atropellarte.

—No puedes volver al colegio. Estás mejor en casa. No podrás seguir el ritmo de las clases y aquí nadie te tratará como si fueras diferente...

—No puedes quedarte con el monitor de esquí, porque no tiene forma de comunicarse contigo... Será mejor que esquíes con nosotros a primera hora y luego te quedes en la cabaña leyendo.

«No puedes, no puedes, no puedes...». Estaba harta de que su madre

repitiera lo mismo una y otra vez, harta de repetir en su cabeza esas mismas palabras que se habían convertido en un mantra: «no-puedes-no-puedes-no-puedes». ¿Sería la vida siempre así? ¿Viviría recluida en su casa?, ¿tendría que ir a todas partes acompañada de sus padres? ¿No volvería a tener amigos, no volvería a sentarse en un aula, no podría corretear por el bosque?, ¿no volvería a sentirse libre, independiente, capaz de hacer cualquier cosa?

Parpadeó varias veces para contener las lágrimas. No era buena idea llorar con aquel frío, así que volvió a inspirar y estudió de nuevo la pendiente.

Durante una fracción de segundo, dudó; no sería capaz de realizar aquella bajada. Tal vez debería volver a la cabaña y esperar a sus padres.

Una vez había sido una buena esquiadora, recordó. Se sacudió las dudas y se concentró en el paisaje. Procuró no añorar el crujido de la nieve bajo sus esquís ni el susurro del viento. Miró hacia abajo y una deliciosa sensación de vértigo encogió su estómago. Había prometido quedarse leyendo en la cabaña mientras sus padres practicaban un rato en las pistas para expertos, pero llevaba demasiado tiempo sin saltarse las normas y estaba empezando a olvidar a la Evie valiente, a la Evie salvaje, a la Evie independiente. Esa Evie que nunca había tenido miedo de nada ni de nadie. Y quería recuperarla, demostrar al mundo que no se había quedado en una aséptica habitación de hospital.

Tenía que sacarla de aquella habitación y devolverla a la vida.

Inclinó un poco el cuerpo, corrigió la posición de los esquís y se dio impulso.

La fría ventisca golpeó las partes descubiertas de su rostro al tiempo que una sensación de calor empezó a recorrerla por dentro. La velocidad creció. Su corazón palpitaba frenético. Y, entonces, ocurrió: se disiparon los miedos, el enfado, el desconcierto... Solo eran ella, la montaña, el inmenso cielo radiante, los esquís y su cuerpo fluyendo en movimientos armónicos,

como si siguiera el ritmo de una música interna que nadie más que ella podía sentir.

Le pareció que su soledad se aligeraba, que pesaba menos, que la angustia que la había acompañado durante el último año volaba lejos, más allá de los árboles oscuros y del pico enterrado bajo la nieve. Cada metro que recorría se sentía más libre. Más poderosa. Más segura.

Llegó abajo jadeando por el esfuerzo. La sangre circulaba a toda velocidad por sus venas y miró hacia lo alto. Tuvo que parpadear varias veces para creerse que había sido capaz de realizar aquel descenso. Quiso reír, gritar, cantar. Aullar. No lo hizo, pero permaneció durante unos minutos contemplando el entorno con expresión satisfecha. Luego, muy despacio, emprendió el camino de regreso.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe antes de que pudiera tocarla. La envolvieron unos brazos fuertes que la apretaban como si no quisieran soltarla nunca. La rodeó un familiar olor a galletas de canela y notó las vibraciones que viajaban de un cuerpo a otro. Su madre le estaba hablando, por completo ajena a que ella no podía escucharla. Se separó un poco y escudriñó su rostro pálido y aterrado.

La culpa mató el buen humor que la había acompañado desde que había iniciado el descenso.

—¿Cómo has podido hacer algo así? ¿Tú sabes el susto que nos has dado? ¡Podría haberte pasado cualquier cosa! —A pesar de los nervios, Leah habló despacio para que su hija no se perdiera una sola palabra, tal como la logopeda les había indicado que hicieran para que la pequeña pudiera leer sus labios.

—«Lo siento —signó la niña. Su madre también había aprendido algunas señas básicas para comunicarse con ella—. Dejé una nota...».

—No me vale la nota, Evie. Ha sido irresponsable que te marcharas así y nos has dado un buen susto.

Una mano gruesa y tosca se posó sobre su hombro y ella se giró hacia su

padre. Parecía más tranquilo que su madre, pero reconoció la preocupación en sus fosas nasales dilatadas. Se sintió aún más culpable.

—«Lo siento» —repitió con las manos, aunque su padre apenas entendía la lengua de signos.

No sabía qué más decir. No podía explicarles por qué se había marchado. No podía decirles que su vida la ahogaba, que se estaba consumiendo día a día. Ellos también lo habían pasado mal aquellos últimos dos años. Su madre vivía asediada por el miedo y la culpa y nada había hecho tambalear tanto el mundo de Evie como ver a Frank Turner llorar cuando el médico le confirmó que su hija no volvería a oír.

—Quiero volver al colegio —dijo en cambio.

Y se preguntó cómo habría sonado su voz después de tanto tiempo sin usarla. Supuso que se sentiría algo agrietada. Carraspeó un poco.

Sus padres la miraron boquiabiertos.

—Has hablado —señaló Leah al cabo de un buen rato, cuando pareció recobrarse de la impresión—. Has hablado... —repitió incrédula.

No había vuelto a pronunciar una palabra desde que el último médico confirmó que su sordera sería permanente, que para ella no habría audífonos ni implantes cocleares ni ningún tipo de intervención que revirtiera su sordera o, al menos, la paliara. Odiaba hablar sin poder escucharse, así que durante meses no se permitió utilizar la voz.

Pero había llegado el momento de recuperarla. De dejar atrás la rabia, la culpa, el miedo. De volver a ser ella misma.

Una Evie sin sonidos, pero con otros cuatro sentidos y una voz única.

—No quiero seguir estudiando en casa. No quiero sentir que no puedo hacer cosas. No quiero vivir atrapada. Quiero volver al colegio, tener amigos, ser normal. Tenéis que dejarme ser normal. —Pensó que su psicóloga, esa doctora amable que la estaba ayudando a acostumbrarse a su nueva vida, la regañaría por usar el término «normal», pero no le importó. No sabía explicarlo de una forma mejor.

Sus padres no contestaron, todavía atónitos porque ella hubiera hablado después de tanto tiempo en silencio. No importaba. Se lo repetiría después, cuando estuvieran más tranquilos. Lo repetiría cada día si hacía falta.

No se iba a rendir.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 12

Las paredes amarillentas de su habitación empezaban a abrumarla. Tan vacías y silenciosas... Cerró los ojos para evitar verlas. No había sido una buena semana. Tuvo tres entrevistas de trabajo. En la primera, la mujer que la atendió le había dicho que debería haber avisado sobre su discapacidad en el currículum; en la segunda, el tipo de recursos humanos vocalizaba tan mal que apenas pudo leerle los labios y salió frustrada y agotada por el esfuerzo. Por ese motivo, en la tercera entrevista acudió acompañada de un intérprete en lengua de signos cuyos servicios consiguió a través de la asociación de sordos de la que le había hablado Caroline. Se sintió más segura, pero presentía que su posible jefe no la creyó cuando le dijo que no necesitaba que un intérprete la acompañara a todas partes, que podía desenvolverse con autonomía.

Conseguir un trabajo no iba a ser fácil.

Además, no había tenido noticias de James. No lo esperaba, por supuesto, después de su brusca despedida. Así que estaba triste y enfadada y volvía a ser la Evie de Bridgewater. Echaba de menos Vermont, sus bosques, sus montañas, toda esa naturaleza exuberante que parecía abrazarla. Añoraba a sus padres, a Shui Mei, el pequeño y acogedor café de Isobel Partridge, la seguridad de Haverhill e incluso las clases de la universidad, a pesar de que tomó buena parte de los cursos online porque después de Haverhill le

resultaba más fácil relacionarse con el mundo a distancia.

Nueva York se le antojó de golpe demasiado grande, demasiado activa, demasiado poblada y, a la vez, el lugar más solitario del mundo. Con Caroline ocupada con sus estudios, no tenía a nadie a quien recurrir, porque el único amigo que había logrado hacer desde su llegada no había vuelto a dar señales de vida.

Solo tenía aquella pared amarillenta y vacía, con algunas grietas, que pedía a gritos que la llenara de sonidos.

Se levantó de un salto y, decidida, sacó un cuaderno de dibujo. No lo había utilizado desde que llegó a Nueva York, así que lo acarició con cierta reverencia. Sus dedos temblaron un poco al abrir el estuche. Se concentró en la página en blanco durante unos minutos para ordenar todas las emociones que bailaban dentro de ella. Luego, deslizó el lápiz con movimientos precisos. Cuando terminó, hizo rotar su cuello agarrotado y, con la adrenalina aún corriendo por sus venas, buscó en el móvil la dirección de alguna ferretería en el barrio.

Una hora y media después regresó cargada con todos los útiles necesarios para su nuevo proyecto. A tan solo unos metros de su edificio, reconoció la figura que esperaba junto al portal. James se paseaba nervioso por la acera. Llevaba unos pantalones ajustados color mostaza, una camiseta marinera de rayas y una cazadora vaquera. Se acercó con cautela.

—Creí que no volvería a verte —dijo a modo de saludo. Intuyó que había sonado algo brusca, pero no le importó.

Él se quitó las gafas de sol. Sus ojos limpios y claros parecieron atraparla. Pequeños demonios danzaban en aquel azul intenso y magnético y ella supo que estaba ante el James que había conocido en la discoteca, aquella versión desesperada y perdida de sí mismo, y no frente al encantador chico rebelde del Upper East Side con el que había compartido un pícnic nocturno frente a un cuadro de Kandinsky.

—Me devolviste la música —explicó él. Se acercó un poco más, lo

suficiente para que ella pudiera percibir su olor, que empezaba a resultarle familiar—. Espera, lo escribiré —añadió al tiempo que sacaba el móvil.

—Te he entendido, no te preocupes.

—Soy músico...

—Vale, vale, espera. ¿Vamos a tener esta conversación aquí, en la calle, frente a mi portal?

Él pareció indeciso, como si hubiera preparado un discurso y estuviera listo para soltarlo.

—No, claro —respondió. Entonces pareció darse cuenta de las bolsas que cargaba y se rascó la nuca, avergonzado—. ¿Te ayudo? Parece que pesan.

—Puedo con ello. ¿Quieres subir?

Sin esperar respuesta, empujó la puerta y entró en el edificio mientras procuraba revestirse de una calma que estaba lejos de sentir. Caroline estaba reunida con su grupo de estudio, así que tenían el apartamento para ellos solos. Dejó las bolsas en un rincón del salón e hizo un gesto para que la acompañara a la cocina. Le ofreció algo de beber, que él rechazó, y se sentaron el uno frente al otro, tensos y ansiosos a la vez. Ambos sacaron sus móviles.

—Decías que eras músico...

James tecleó en el móvil.

Sí, eso es. Soy pianista y toco el teclado en un grupo de rock. O tocaba, porque ya no hay grupo.

—¿Erais buenos?

No le pasó desapercibido que él trató de ocultar una sonrisa maliciosa e incluso algo presumida.

Bastante buenos. Tal vez nos conozcas. El grupo se llama The Wave y tuvo bastante éxito hace algunos años.

—No sé casi nada de rock, lo siento. ¿Qué os pasó?



Una sombra cruzó su hermoso rostro antes de redactar el siguiente mensaje.

Supongo que nos autodestruimos.

Vaciló un poco antes de volver a escribir.

Mi vida siempre ha girado en torno a la música. La primera vez que escuché una obra de Bach se me erizó la piel. Tenía cinco años y aún lo recuerdo.

De repente, Evie quiso que se detuviera, que no continuara abriendo puertas a su interior. No quería aceptar sus confidencias sin saber qué exigiría a cambio, porque no estaba dispuesta a corresponderle. El pánico debió de reflejarse en su rostro, porque James soltó el móvil y le agarró la mano con fuerza.

—Solo necesito explicarte esto para que entiendas por qué me marché y por qué he vuelto. Son mis disculpas.

Ella asintió despacio y él volvió a escribir.

Hace unos años, la música se esfumó de repente. La escuchaba y podía apreciar sus cualidades técnicas, pero no conseguía sentirla igual que antes. No soy capaz de explicarlo: desapareció y me quedé solo. La música siempre había sido mi refugio, el lugar donde curarme cuando todo dolía demasiado. Y lo perdí de golpe, de un día para otro.

De pronto, Evie estaba de nuevo en aquella habitación de hospital y había perdido los sonidos.

—Te sentiste vacío —afirmó.

—Sí.

—Y el mundo se volvió más hostil.

—Se convirtió en un sitio aterrador.

Evie notó el escozor de las lágrimas pujando por derramarse. Solo su férrea voluntad logró detenerlas. La herida de James se parecía demasiado a

la suya, tanto que la asustó.

No quería volver al pasado, no quería volver a aquel lugar siniestro y oscuro en el que había vivido durante tanto tiempo. Había logrado salir de él varias veces, pero siempre acababa regresando, cada vez un poco más rota. ¿Y si entraba de nuevo y ya no podía escapar? ¿Se quedaría allí para siempre, encerrada con sus miedos y su cobardía?

Notó la mano de James, reconfortante y cálida, acariciando la suya, como si quisiera sacarla del agujero por el que había caído. Alzó la cabeza para mirarlo y solo entonces notó la humedad de las lágrimas que al final no había conseguido controlar. Apartó la mano y se secó las mejillas.

—¿Estás bien?

—Sí. Continúa, por favor.

—¿Estás segura?

Evie asintió, más calmada. Las dudas revolotearon en la expresión de James antes de que continuara escribiendo.

Durante los últimos años me he sentido perdido y entonces la otra noche, cuando bailamos en la discoteca, volví a sentir la música con más fuerza que antes. He vuelto a tocar, incluso he vuelto a componer, y te lo debo a ti. Sé que parece una locura y no tiene explicación lógica alguna, pero así sucedió.

—Y cuando descubriste que era sorda, no supiste encajarlo —terminó por él.

Al principio, creí que nada de lo que vivimos fue real. ¿Cómo es posible que tú, que no puedes escuchar la música, me la hayas devuelto? Es todo demasiado confuso. Todavía no estoy seguro de qué ha pasado entre nosotros.

—Fue real todo —aseguró.

Aún sigo sin entender cómo la escuchas.

—Puedo sentirla dentro de mí. —Se puso la mano en el pecho y se inclinó un poco hacia él, tratando de hacerse comprender—. No sé explicarlo de otra forma. Son las vibraciones del sonido. Las ondas recorren mi cuerpo por dentro, las noto en los huesos. —Sacudió la cabeza frustrada, incapaz de encontrar una explicación adecuada—. Me llegan de distintas formas. A veces a través del suelo, sobre todo si estoy descalza o llevo un zapato de suela fina, como las bailarinas. También puedo sentir el ritmo, retumba en mi estómago o dentro de mi caja torácica. —Se tocaba las distintas partes del cuerpo a medida que las mencionaba—. Puedo escuchar música a través de la piel; con las manos, tocando objetos que me transmiten las vibraciones...

James asintió, pero los demonios escondidos en la profundidad de sus ojos azules seguían bailando. No lo entendía: para él la barrera del silencio resultaba impenetrable, tal como lo había sido para ella durante años. Había necesitado llegar a Haverhill para que todo cambiara, para descubrir una nueva forma de relacionarse con la música, con el sonido, con esa parte de su antigua vida que creía haber perdido para siempre.

—¿Puedes escuchar algo? —preguntó al fin.

Se había olvidado de escribirlo, pero Evie le entendió de todos modos y ahogó un suspiro. James iba a insistir de nuevo en el interrogatorio que se negó a responder la última vez que se vieron.

—No —contestó tajante, y deseó que su frialdad fuera suficiente para que desistiera.

No tuvo esa suerte.

—¿Naciste así? —preguntó James, todavía sin recordar que debía escribirlo.

Ella se rompió un poco por dentro, porque odiaba cuando alguien quería conocer su historia. Él no tenía ningún derecho a preguntarle nada. Había desaparecido durante dos semanas y se presentaba de nuevo con su aspecto extravagante, las heridas asomando en el azul de sus ojos y unas cuantas

explicaciones personales que ella no había pedido. Pretendía que ella le correspondiese, que le contara su melodrama particular, pero no estaba dispuesta a hacerlo.

Casi pudo escuchar los cerrojos de su interior bloqueando las puertas, impidiendo el paso a todo el que quisiera asomarse. Alzó la barbilla, desafiante. Él parpadeó sorprendido y tecleó en el móvil.

Mi mejor amigo también sabe hacer eso: se encierra en su mundo y no deja que nadie entre.

Se echó hacia atrás, como si quisiera demostrarle que estaba dispuesto a respetar todas las distancias que ella quisiera interponer.

Solo he venido a disculparme por mi reacción del otro día. De repente, todo pareció sobrepasarme. Tenías razón: quise besarte y me asusté, pero conocerte ha sido una de las mejores cosas que me ha pasado en los últimos tiempos. Necesito que lo sepas.

Se removi6 inquieta en su silla. El respeto de James la ablandaba. Si no tenía cuidado, acabaría abriéndole su corazón a aquel chico guapo y extraño que escuchaba música en su cabeza.

—Voy a pintar un mural en mi habitación —explicó con brusquedad. Quiso darle algo de sí misma, algo menos íntimo y aterrador que todas las cicatrices que escondía bajo la piel—. Si quieres, puedes ayudarme con la primera fase.

James se puso en pie de un salto.

—Dime qué tengo que hacer.

Durante el resto de la tarde, movieron los muebles del dormitorio de Evie al pasillo, excepto la cama, que taparon con plásticos. También cubrieron el suelo y utilizaron cinta carrocera para proteger los enchufes y los marcos de la puerta y la ventana. Después, lijaron y limpiaron las paredes y arreglaron pequeñas imperfecciones. James, que jamás había realizado tareas manuales, se dejó guiar con docilidad.

—Ya está —exclamó satisfecha mientras él observaba con orgullo poco disimulado su trabajo—. Si vuelves la semana que viene, podrás ver el resultado.

—Aquí estaré —prometió él.

Por la noche, Caroline apareció con un par de pizzas. Se encontraba exhausta, pero contenta. Gracias a Shanaya, había conseguido un empleo como limpiadora en un hotel algunas tardes y los fines de semana y volvía a disponer de dinero en efectivo. Había dependido de la generosidad de Evie durante algunas semanas, así que resultaba un alivio hacerse cargo de nuevo de sus propios gastos. Se había visto obligada a reducir sus escasas horas de sueño para no perder el ritmo de estudio, aunque esperaba tener más tiempo cuando concluyeran sus prácticas en Pediatría.

Evie se había acostumbrado a que su prima pasara la mayor parte del día fuera de casa y que después se encerrara a estudiar en su cuarto. Entre semana, la cena era el único momento de la jornada que pasaban juntas.

Después de recoger los restos de la pizza, le habló de la visita de James. Carol se quedó boquiabierta.

—¿The Wave? —repitió nerviosa el nombre del grupo cuando lo mencionó—. ¿Tu amigo es uno de los miembros de The Wave?

—¿Los conoces?

Caroline dejó caer la cabeza hasta apoyarse en el hombro de su prima y empezó a reír. Evie sintió las convulsiones de las carcajadas; las ondas de su risa la atravesaron una y otra vez, haciéndola reír también. Cuando su prima se calmó, la empujó un poco para ver su rostro. Con una gran sonrisa, Carol empezó a mover las manos.

—«Todo el mundo conoce a The Wave o, al menos, lo conocía. Fueron una absoluta revolución y sus canciones son míticas. No puedo creer que seas amiga de uno de los miembros del grupo».

—¿Qué les pasó?

—«El batería murió por sobredosis hace unos años y The Wave desapareció del mapa. Creo que el cantante también tuvo una sobredosis o algo así. No me acuerdo demasiado bien de lo que sucedió, pero si miramos en Internet...».

—¡No! —la interrumpió Evie—. No quiero husmear la vida de James en Google.

No le parecía correcto enterarse así de su historia, y menos aún después de que ella le hubiera negado su pasado. Él había respetado que ella guardara bajo llave sus secretos y, de alguna forma, le debía la misma consideración.

Su prima pareció entenderlo, porque no insistió.

—Nunca habría imaginado que Drew fuera amigo de un rockero. No le pega nada... —Caroline calló. Parecía pensativa e incluso algo enfadada, como si le molestara que su rival no encajara en el molde que había fabricado para él.

—Drew parece un buen hombre...

—«Es un estirado al que le gusta mirarme por encima del hombro» —replicó Carol volviendo a los signos. Se sintió injusta, porque en realidad Drew, aunque serio, siempre se mostraba educado. A veces lo pillaba mirándola fijamente y eso la ponía nerviosa.

—No creo que él haga eso.

—«Una vez se burló del color de mi pelo y el otro día en la fiesta me dijo que parecía un pequeño duende».

Evie contuvo la risa.

—Carol, parecías un duendecillo encantador.

—«Seguro que me consideró ridícula al lado de todas esas chicas elegantes y aburridas».

—No te miró como si le parecieras ridícula.

Podría decirle que Drew parecía estar colado por ella, pero intuyó que no

la creería, así que optó por cambiar de tema.

Cuando su prima se encerró de nuevo en su cuarto a estudiar, Evie se sentó en el centro de su dormitorio. Sus útiles de trabajo esperaban en un rincón a que empezase la tarea y durante unos días tendría que dormir en el sofá. Por suerte, Caroline no había protestado ante el caos que había creado en el piso. Se quedó mirando las paredes vacías que la atraían sin remedio y pensó en James, luminoso por fuera y oscuro por dentro, por el que parecía sentir la misma atracción.

Era músico. ¿Podían ser amigos un músico y una chica sorda? ¿Cómo encajaría su silencio entre los sonidos de él?

Nunca funcionaría. Debería mantenerse a distancia de James, de sus avasalladoras sonrisas y de aquellos besos hambrientos que tan bien recordaba, aunque fingiera que nunca habían sucedido.

No quería que entrara en su vida y, sin embargo, parecía gravitar hacia él cada vez que se acercaba.

## Capítulo 13

Llamó impaciente al timbre una vez más, pero nadie le abrió y, de repente, James cayó en la cuenta de que Evie no podría oírlo y no sabía si su prima estaría en la casa. Además, se había adelantado media hora a su encuentro. O tal vez ella había salido y él no era más que un chico ridículo en un rellano con demasiadas ganas de ver a una chica que no parecía segura de querer conocerlo.

Le escribió un mensaje y no tuvo que esperar ni dos segundos antes de que apareciera como leído; al poco, Evie le abrió la puerta.

—He llegado pronto —explicó a modo de saludo.

—No importa.

Se hizo a un lado para dejarlo entrar. Llevaba puestos unos pantalones anchos de corte pesquero y una camiseta de algodón. Iba descalza, dejando al descubierto sus pies largos y finos. James apartó la vista de sus tobillos y tecleó en el móvil.

El otro día me preguntaste si conocía la lengua de signos. ¿Es más fácil para ti?

Evie ladeó la cabeza.

—Me supone menos esfuerzo, sí —reconoció al fin con cierta reticencia.

¿Me enseñas a decir algo?



—¿El qué?

Lo que quieras. A saludar, por ejemplo.

Cierto recelo asomó a su semblante y James se rascó la nuca, incómodo.

—¿Quieres aprender lengua de signos? ¿Por qué?

Pues no sé, para comunicarme mejor contigo, supongo.

«Para acercarme a ti de la forma en que me lo permitas», pensó, pero no lo dijo, porque intuía que ella se encerraría bajo siete llaves y se rodearía de un foso si tan solo llegara a sospechar sus intenciones.

—Nos entendemos bien con los mensajes —afirmó Evie resistiéndose a dejarlo entrar en su mundo.

James podía distinguir las sombras oscuras que aleteaban en el fondo de sus ojos castaños, pequeños soles negros que crecían o empequeñecían al antojo de sus miedos más profundos.

Esperó en silencio, hasta que ella dio por finalizada una cruenta lucha interna.

Entonces alzó la mano con los dedos extendidos, cruzó el pulgar sobre la palma y se rozó la sien con el índice. Él repitió el gesto y no se le escapó la ligera curva que asomó en la comisura de sus bonitos labios.

—¿Lo he hecho bien? —preguntó con gesto presumido, satisfecho de haberle arrancado una pequeña sonrisa.

—No ha estado mal.

Ella no iba a regalarle nada; y a la antigua estrella de rock, acostumbrada al aplauso fácil y los halagos continuos, le gustó su trato severo.

¿Cuánto crees que puedo tardar en aprender la lengua de signos?

Esta vez, Evie no pudo ocultar su diversión. Su breve carcajada sonó oscura, ronca, enloquecedora, aunque duró menos que un suspiro.

—Creí que habías venido a ver mi mural —dijo dándose la vuelta. Una

forma eficaz de cortar toda comunicación, reconoció James mientras la seguía por el pasillo sin avergonzarse por recorrer su cuerpo con mirada apreciativa, desde las ondas salvajes y oscuras de su cabello hasta los pies descalzos, pasando por sus hombros rectos, la espalda elegante, el trasero redondeado y los finos tobillos.

Evie se detuvo de manera abrupta junto a la puerta de su habitación.

—Cierra los ojos —ordenó, y él obedeció.

Notó una mano cálida y suave deslizándose dentro de la suya y se dejó guiar. Cuando se detuvieron, ella se situó a su espalda y le agarró de los hombros para llevarlo al punto que consideró conveniente.

—Ábrelos ahora —susurró Evie mientras se alejaba de él, privándolo de su aroma a flores silvestres, al que empezaba a ser adicto.

Lo primero que vio fueron los pájaros. Docenas de pájaros negros de todos los tamaños llenaban las paredes del cuarto. En su cabeza escuchó el movimiento furioso de sus alas batiendo el aire. Era ensordecedor y terrorífico.

Luego reparó en uno de los laterales, donde se veía el busto de una chica de perfil, también pintado con trazos oscuros salvo los labios, coloreados en un rojo intenso que le recordó a la boca de Evie durante su encuentro en la fiesta de los Wigmore.

El rostro, con los ojos cerrados y cabizbajo y una expresión de insondable tristeza, no estaba coronado por rizos salvajes, sino por un moño alto, algo deshecho, con mechones sueltos movidos por un viento invisible del que emergían los pájaros. En la cabeza de James sonaron los delicados acordes de *The Sound of Silence*, de Simon & Garfunkel, y lo invadió una abrumadora sensación de soledad.

Era hermoso y aterrador, y no llegaba a entender si las aves escapaban de la joven o volvían a ella.

—¿Por qué? —preguntó. No recibió respuesta. Ella no podía leer sus labios en aquella posición, así que se giró. Estaba concentrada en el mural y

algo indescifrable brillaba en su expresión. Bien podía ser rabia o anhelo. O tal vez una mezcla de ambos; no estaba seguro. Las sombras habían vuelto a apoderarse de sus ojos hasta casi velarlos con un manto oscuro.

Le puso una mano en el brazo para despertarla de su ensoñación y que lo mirara de frente.

—¿Qué significan los pájaros?

—No son pájaros. Son sonidos.

Asintió despacio y admiró de nuevo el mural con la clave que ella le había proporcionado. Ambos permanecieron allí un buen rato, atrapados en aquellos sonidos que volaban lejos, que escapaban de la chica del dibujo, dejando un vacío espeluznante dentro de ella.

—Llevo doce años buscándolos y al final siempre se me escapan. Intento recordarlos, pero no consigo que se queden conmigo —susurró Evie, sin darse cuenta de que abría de nuevo la puerta hacia su interior, que le dejaba entender que hubo un tiempo en que podía escuchar. James se aferró a esa confesión involuntaria.

—Y, sin embargo, a mí me los has devuelto —respondió cuando ella volvió a enfrentarlo. Pudo ver el lamento que destelló en el fondo de sus ojos castaños, también la envidia, pero no se disculpó. En ese momento, quería todo lo que pudiera darle, incluidas las partes mezquinas y dolorosas —. ¿Es esto lo que pintas? ¿Sonidos?

Ella sacudió la cabeza, se dirigió a un estante, sacó un par de carpetas y las dejó caer sobre la cama.

Con reverencia, abrió la primera y hojeó los dibujos con atención. Montañas nevadas y árboles desnudos, paisajes otoñales, oscuros laberintos, docenas de autorretratos sin acabar, hechos con trazos rápidos y limpios que reflejaban soledad y tristeza... Y pájaros. Cientos de pájaros sobrevolando el papel, escapando de chicas o perseguidos por manos femeninas que no lograban atraparlos. La garganta se le apretó en un nudo y tuvo unas inmensas ganas de llorar, porque podía escuchar todos los sonidos atrapados

en los dibujos de Evie. Los percibía con claridad absoluta: el crujido de las hojas, susurros de voces, alas batiendo, lamentos lejanos...

En la segunda carpeta encontró una serie de pinturas abstractas, explosiones de colores de difícil significado, pero algo latió dentro de él. Ya no escuchaba sonidos sueltos, sino melodías caóticas atrapadas en el papel, acordes sin sentido que solo necesitaban ser ordenados. Los trazos pintados rompían la barrera del silencio para que él pudiera escucharlos abruptos, furiosos, oscuros y tristes.

Inacabados, imperfectos, mágicos.

Cuando devolvió a la carpeta la última lámina, volvió a escribir en el chat que compartían.

Eres una cazadora de sonidos.

Evie sonrió al leer sus palabras y supo que le había gustado su forma de describirla. Atisbó un destello de debilidad en ella, así que decidió aprovecharlo.

¿Podrías hacer algo así en mi casa? ¿Pintar un mural en una pared?

Te pagaré por tu trabajo, por supuesto.

Ella parpadeó confusa. No había esperado esa oferta.

—¿Quieres que pinte un mural en tu casa?

—Eso es —aseguró.

—Pero... ¿y qué quieres que pinte?

No sé. Lo que te apetezca. Los sonidos que se te escapan, los que recuerdas, los que sientes a través de las vibraciones... Estoy dispuesto a darte total libertad.

—No creo...

Pensé que estabas buscando trabajo, eso dijiste el otro día. Bueno, te estoy ofreciendo uno.

—No sé qué decir. Es muy repentino...

El móvil de James sonó, interrumpiendo el mensaje que estaba escribiendo. El nombre de su madre parpadeó en la pantalla. Christine Hathaway no solía contactar con su hijo mayor. Indeciso, le hizo un gesto a Evie para que supiera que iba a atender la llamada y se dirigió hacia la ventana.

La vista resultó decepcionante: un callejón sucio y la parte trasera de un edificio de aspecto lúgubre.

—¿James? —La voz afilada de su madre sonó al otro lado del teléfono—. Tendremos una cena familiar dentro de dos jueves. Cuento contigo, por supuesto.

Christine Hathaway siempre daba por sentado que sus deseos eran órdenes, que el tiempo de los demás estaba a su entera disposición. No lo soportaba.

—Creo que estaré ocupado.

—Tu hermano vendrá de Harvard con su nueva novia y tu padre ha cancelado un compromiso para celebrar esta cena.

—Supongo que os divertiréis entonces.

—Te esperamos a las seis en punto. No llegues tarde.

—Tal vez lleve a alguien —sugirió.

—Es una cena familiar.

—Ashton va a llevar una novia que nadie conoce.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Casi pudo ver los labios apretados de su madre y la irritación anegando sus ojos glaciares. Sintió una malvada sensación de complacencia.

—Ni se te ocurra aparecer con ese odioso amigo tuyo —ordenó con una rabia mal disimulada. Su madre odiaba a Miles desde la primera vez que lo vio con el uniforme del colegio. Le bastó una ojeada a aquel adolescente de sonrisa canalla y turbulentos ojos verdes, nieto de un pescador de Maine y sobrino de la cocinera del colegio, para catalogarlo como una amistad nada

conveniente para su primogénito. Por supuesto, el rechazo de su madre solo sirvió para afianzar aún más la incipiente amistad entre los chicos.

—Miles nunca me perdonaría que lo sometiera a semejante tortura —aseguró y permitió que su voz adquiriera un tono desenfadado y bromista, a pesar de la realidad que escondían sus palabras.

—Sé puntual —espetó su madre antes de colgar.

Guardó el móvil en el bolsillo y se quedó mirando el callejón, tratando de recuperar la calma. Cuando se giró, descubrió que Evie se había sentado sobre la cama con las piernas cruzadas y dibujaba con trazos rápidos en un cuaderno.

Hizo ademán de acercarse a ella.

—No te muevas. Mira de nuevo por la ventana —le pidió y continuó deslizando el lápiz con movimientos rápidos y seguros.

Aguardó unos minutos, hasta que ella cerró el cuaderno y le dio permiso para moverse.

—¿Me lo enseñas?

—No.

Quiso reír, porque ella no le daba nada y él estaba empeñado en conseguir cualquier cosa, por pequeña que fuera.

Se sentó junto a su cazadora de sonidos. En aquel momento era hermosa y hostil y descubrió que tenía dos pequeños lunares en la garganta en los que no se había fijado antes. Tuvo que contenerse para no alargar la mano y acariciarlos. En su lugar, recuperó el teléfono, apoyó la espalda en el cabecero de la cama y abrió de nuevo el chat.

Cuéntame algo sobre ti.

—No tengo que contarte nada.

Me has utilizado de modelo sin mi permiso. Lo consideraré un pago justo.

Ella le lanzó una mirada feroz que no logró intimidarlo y al final claudicó.

—¿De qué quieres que te hable?

Deseaba saberlo todo, pero no quiso exigir demasiado en aquella ocasión. Solo intentaba ganarse su confianza.

Háblame de tu familia.

—¿Por qué quieres saber de ellos?

Estuvo a punto de bramar de desesperación. ¿Siempre interpondría una barrera?, ¿nunca entregaría nada de manera consciente?

Respiró hondo antes de hacer una nueva concesión.

Está bien. Te hablaré de la mía.

Luego tecleó durante un largo rato en el móvil. Le gustó que ella aguardara con paciencia.

La primera vez que me subí a un escenario tenía nueve años. Mi profesora de piano me inscribió en un festival infantil junto a otros compañeros. Era el más pequeño del grupo y estaba muy orgulloso de haber sido seleccionado. Durante semanas no pude pensar en otra cosa y ensayé tantas horas que me salieron ampollas en los dedos.

La profesora Hobbs envió las invitaciones a los padres. Una bonita cartulina azul con caligrafía elegante, acompañada del programa con los nombres de los niños y las obras que interpretarían. James le entregó la invitación a su madre e incluso habló del concierto durante una comida familiar. La tarde del recital no podía parar quieto. A la pobre Lou, la cuidadora que tenían entonces los hermanos Hathaway, le costó veinte minutos hacerle el nudo de la corbata porque no cesaba de moverse. El chófer lo llevó a la sala donde tendría lugar el concierto. Todos sus compañeros estaban acompañados por sus familias, que parecían tan excitados como ellos. La profesora Hobbs le preguntó por sus padres y él

**no supo qué contestar.**

Mis padres fueron los únicos que no asistieron. Desde el principio, supe que no irían. A mi padre solo le preocupa su carrera política y a mi madre su posición social. Siempre había algo más importante que acudir a un concierto, un partido o una obra de teatro de sus hijos, a no ser que se celebraran en época de campaña y la foto pudiera aparecer en la prensa.

**—No parecen unos buenos padres.**

**—Estoy seguro de que ellos no comparten tu opinión —dijo olvidándose de escribirlo en un mensaje. No supo si Evie lo había entendido.**

**—¿Qué pasó en el concierto?**

Por primera vez me di cuenta de lo solo que estaba. Ese descubrimiento supuso toda una conmoción y quise irme de allí. Pero entonces la profesora Hobbs empezó a dar indicaciones y nos situó entre bambalinas en orden de entrada...

**Se detuvo para tragar saliva. En su cabeza, estaba de vuelta en aquella pequeña sala de conciertos, aplastado por la decepción. Cerró los ojos, sintiendo toda la soledad que le había embargado siendo un niño y de la que no se libraría hasta años después, cuando Miles y Aaron se cruzaron en su camino.**

Cuando fue mi turno, subí al escenario, me senté ante el piano y empecé a tocar. Algo de Mozart, creo. ¿Sabes eso que cuentan del poder sanador de la música? Es real. Fue como un bálsamo: sentí que cada nota cerraba las heridas poco a poco hasta hacerlas desaparecer. Y, cuando terminé, se hizo un silencio sepulcral, casi reverente. Luego estallaron los aplausos.

**Las palmas exaltadas sonaron en su cabeza, llenándolo todo.**

Sucedió algo increíble: noté una corriente de conexión con el público y una euforia desconocida me recorrió por dentro. Tenía nueve años, pero



me sentí poderoso como un rey. Por un momento, no estuve solo. Había compartido algo importante con un montón de gente desconocida y ellos, de alguna extraña forma, me habían entendido. La música había hecho eso por mí.

Permanecieron en silencio durante un buen rato. Sin pedir permiso, James se tumbó sobre el colchón y se tapó el rostro con el brazo. Hacía tiempo que no se abría así a otra persona y de repente se encontró demasiado expuesto.

Una mano suave lo obligó a descubrir su cara. Evie estaba arrodillada junto a él.

—¿Lo echas de menos?

Se incorporó con cuidado. Ella necesitaba tenerlo de frente para leer sus labios.

—¿El escenario? —preguntó, aunque sabía a qué se refería. Solo estaba ganando tiempo para ordenar las turbulencias de su interior, porque había querido que ella le diera algo y había acabado entregándose él. Evie no contestó. Siguió mirándolo con sus ojos serios y melancólicos—. Todos los días —reconoció al fin. Añoraba subir a un escenario casi con tanta fuerza como había echado de menos sentir la música. Era una de las razones por las que necesitaba que The Wave volviera a la carga.

Recuperó su móvil y escribió en el chat.

¿Me acompañarías a una cena con mi familia?

No supo por qué la invitó. Tal vez porque estaba a gusto con ella, porque a su lado se sentía menos solo, porque notaba que todas las partículas de su cuerpo tiraban hacia esa chica que leía los labios y trataba de capturar sonidos en sus pinturas. Porque con ella a su lado se sentía más valiente, capaz de enfrentarse a sus demonios, y no resultaría tan terrible sentarse a la mesa de unos padres que odiaba y un hermano que no conocía.

—¿Con tus padres? —Evie titubeó. Nerviosa, tironeó del mechón más

corto de su cabello—. No se me dan bien las reuniones con varias personas. No soy capaz de seguir las conversaciones grupales y menos durante una comida. No creo que pueda...

—No pasa nada —la interrumpió al verla tan asustada—. Solo era una invitación, no te preocupes.

—¿Todavía quieres que pinte un mural en tu casa? —James asintió y fue testigo de su lucha interna. Podía leerla en su rostro—. Está bien, lo haré.

Ella por fin estaba dispuesta a darle algo y él esbozó su sonrisa más luminosa y sincera.

## Capítulo 14

Al final no había pintado en su dormitorio un mural alegre, de colores cálidos, tal como había proyectado. La verdadera Evie había vuelto a tomar el control y sus miedos salieron del pincel para quedar plasmados en las paredes. Fue incapaz de contenerlos.

Caroline había mirado consternada la nueva decoración.

—¿De verdad quieres dormir en un lugar así? —La estudió con ojo crítico, como si estuviera evaluando hasta dónde alcanzaba la locura de su prima.

En cambio, James quedó fascinado con sus pájaros oscuros, lo que resultó agradable y también algo aterrador. Parecía comprenderla demasiado bien, como si la conexión que establecieron la noche de la discoteca fuera cada vez un poco más fuerte. La había llamado «cazadora de sonidos» y no podía evitar un estremecimiento cada vez que lo recordaba.

No tendría que haber aceptado pintar su casa, pero él resultaba irresistible, con ese aire gamberro y encantador, con esa paciencia con la que intentaba derrumbar sus muros y la vulnerabilidad con la que le enseñaba sus propias cicatrices, como si necesitara abrirse en canal para ella.

La había mirado con aquellos ojos hipnóticos y no supo decirle que no.

Su parte práctica también había asomado para señalar lo obvio: que necesitaba un trabajo y no podía permitirse rechazar oportunidades.

Así que, dos días después, acompañó a James a su casa. Quedó con él en Gramercy Park y reconoció los edificios señoriales cercanos al jardín secreto.

—¿Vives aquí? —inquirió cuando se detuvieron frente a la escalinata que daba acceso al portal. Miró indecisa a su alrededor y él arqueó las cejas, divertido—. No te pega mucho este barrio. Creí que tu casa estaría en una zona más... no sé cómo decirlo... más bohemia.

Él rio y la invitó a pasar. Saludó al portero con un gesto amable y llamó al ascensor. Evie estudió de reojo a aquel chico con el pelo recogido en un moño, los pantalones rosas, las uñas pintadas de morado, el pendiente en forma de cruz que colgaba de su oreja y varios anillos en las manos. A pesar de todo, su atuendo no lograba borrar el halo de clase alta que parecía rodearlo.

—Heredé este piso de mi abuela —explicó en el ascensor, mirándola de frente para que pudiera leer sus labios.

La casa de James era amplia y luminosa, con muebles oscuros, suelos de madera y carteles de conciertos icónicos enmarcados. Había libros por todas partes y una habitación cubierta con estanterías que albergaban la más impresionante colección de discos de diferentes géneros: rock, clásica, jazz, blues, folk... Evie tragó saliva; empezaba a comprender el verdadero alcance de la obsesión de su nuevo amigo con la música.

Disponía de un equipo de reproducción de última generación y varios tocadiscos antiguos de distintas épocas, que le mostró con orgullo.

Por último, le enseñó la habitación que quería decorar. Un piano de cola dominaba la sala. También había un teclado, un par de guitarras y algún que otro instrumento, además de un amplio sofá y dos cómodas butacas. Libros, partituras y hojas en blanco con pentagramas se amontonaban en las estanterías y en la mesa del rincón. Una planta de anchas hojas verdes era el

único elemento de decoración del cuarto.

Al fondo, detrás de un grueso cristal, se encontraba un pequeño estudio de grabación con todos los equipos necesarios.

La vibración de su móvil interrumpió su minucioso examen del espacio.

**James**

Quiero que pintes aquí, que llenes de sonido estas paredes.

—¿Qué pasa si no te gusta?

—Me gustará —afirmó sin molestarse en escribirlo.

—¿Y si no es así? —insistió nerviosa.

—Pues lo vuelves a pintar de blanco —le concedió, aunque había cierta burla en su gesto. Luego volvió a ponerse serio y escribió otro texto.

No me cuentes lo que vas a pintar aquí. Elige el diseño que más te apetezca. Quiero que me sorprenda, igual que pasó con el mural de tu cuarto. ¿De acuerdo?

Evie asintió. Sacó un metro del bolso, un lápiz y un cuaderno. Con la excusa de tener que hacer una llamada, James la dejó sola para que examinase con calma la estancia.

La sala resultaba demasiado sobria para aquel chico extravagante, como si allí no hubiera espacio más que para la música, y los disfraces que solía utilizar quedaran en el pasillo. Le gustó conocer esa parte austera de él, ese núcleo sencillo que habitaba bajo tanta grandilocuencia. Sospechaba que ahí residía el verdadero James Hathaway.

Acarició la madera oscura y brillante del piano y, por un momento, estuvo tentada a pulsar las teclas. ¿Sentiría algo? ¿Vibraciones? ¿O solo habría silencio y vacío? Temerosa, se alejó del instrumento y miró por la ventana. Afilados rascacielos tapaban el cielo y, de nuevo, se encontró añorando los bosques y las montañas de Vermont, las descuidadas carreteras que llevaban a las granjas y las calles pequeñas y familiares de un pueblo que no se daba demasiada importancia.

Cerró los ojos tratando de recordar los sonidos de Bridgewater: la lluvia golpeando contra el cristal, el viento acariciando las hojas de los árboles, el crujido de la nieve bajo sus botas, el bullicio de un día de mercado, los timbres de las bicicletas infantiles que rodaban por los caminos de tierra... Los sonidos de su infancia seguían escurriéndose de su memoria; y cuando abrió los ojos solo encontró los edificios soberbios y grises, las paredes vacías y la trágica seguridad de que no había conseguido huir de sí misma.

Sin pensarlo demasiado, tomó una fotografía y se la mandó a Shui Mei.

Su amiga respondió enviándole la imagen de unas uñas pintadas en azul celeste que la hizo sonreír. Shui Mei había comenzado a trabajar en un centro de belleza y estaba contenta con su nuevo empleo. Al menos ella parecía haber encontrado su sitio.

Midió las paredes mientras le daba vueltas al diseño. No tenía ni idea de qué iba a pintar.

La vibración del móvil la sacó de su ensimismamiento. Le llegaron varios mensajes seguidos.

**Caroline**

He tenido un pequeño accidente, pero no te asustes, que estoy bien,  
solo me he hecho daño en un tobillo.

Me han atendido en el Presbyterian.

Drew me está llevando a casa. Se quedará conmigo hasta que llegues.

Ha insistido en ello.

Nerviosa, escribió a su prima para saber más detalles, pero ella le aseguró que se encontraba bien y que la vería en el apartamento.

—¡James! —lo llamó en cuanto salió al pasillo. Lo encontró en la cocina—. Lo siento, tengo que volver a casa. Mi prima ha tenido un accidente y...

—Vamos, te llevo —la interrumpió.

—No es necesario. Puedo coger el metro.

James ignoró su protesta, la tomó de la mano y la guio hasta el ascensor, donde pulsó el botón del sótano. Ya en el garaje, la invitó a entrar en un

discreto y elegante BMW azul oscuro. Hicieron el largo trayecto en silencio. Evie trató de contactar con Caroline, pero no recibió respuesta.

El coche de Drew, amplio y confortable, se deslizó despacio a través de las calles atestadas de tráfico. Durante más de media hora, apenas cruzaron palabra. Caroline se removi6 varias veces, tratando de colocar la pierna lo mejor posible. A pesar de sus protestas, 6l habfa echado hacia atr6s el asiento para que ella se encontrara m6s c6moda. En realidad, no sentfa dolor alguno gracias a los medicamentos que le habfan suministrado en el hospital.

Por fin, aburrida de contemplar el monumental atasco, se volvi6 hacia su poco hablador compa6ero. Parecfa m6s serio que de costumbre. Se lo habfa encontrado cuando estaba haciendo el ingreso en Urgencias. Wigmore salfa de su turno y, aunque odiaba reconocerlo, habfa sido una suerte, porque desde el instante en que la vio, 6l se hizo cargo de todo. Jenn Carpenter, la compa6era que la habfa acompa6ado al hospital, tambi6n suspir6 aliviada cuando el joven m6dico, tras hacerle varias preguntas, le dijo que podfa marcharse. Carol estaba a6n algo aturdida, asf que agradeci6 que Drew acelerara los tr6mites de admisi6n y que adelantara tiempo solicitando varias pruebas. Estuvo a su lado todo el rato y, despu6s, se empe6i6 en llevarla a casa, liber6ndola de la incomodidad de buscar un taxi y afrontar otra factura que se saldrfa de su presupuesto.

Escudri6i6 el perfil de su compa6ero durante un buen rato y reconoci6 las se6ales de fatiga habituales en su rostro tras cubrir el turno de noche. Seguro que estaba deseando dormir en vez de ocuparse de ella.

—¿Qu6 tal la guardia? —pregunt6.

—Bien —respondi6 Drew con sequedad.

Caroline puso los ojos en blanco ante tanta locuacidad, pero decidi6 intentarlo de nuevo.

—¿Algún caso interesante?

—Solo una estudiante loca que no sabe cuidar de sí misma —refunfuñó.

Lo miró boquiabierta, porque era la primera vez que veía a Drew de mal humor. Por regla general, se mostraba calmado y grave, aunque ella a veces había logrado detectar en él un indicio de sonrisa.

—¿Estás enfadado conmigo? ¡Ha sido un accidente!

Drew apretó las manos sobre el volante y sus nudillos palidieron.

—Has perdido el conocimiento, Caroline. Según el doctor Barrows, tu cuerpo muestra señales de falta de alimento y de un enorme cansancio. No creo que eso haya sido un accidente. Lo que me parece es que no te has cuidado como es debido.

Inquieta, se removió en su asiento. Se había desmayado cuando bajaba las escaleras. No sabía muy bien cómo había pasado. Toda la mañana se había sentido débil. No le había dado importancia porque la noche anterior, cuando volvió de la biblioteca, apenas picoteó la ensalada que le había dejado preparada Evie mientras terminaba un trabajo; por la mañana, no había tenido tiempo de desayunar porque debía estar en el laboratorio a primera hora.

Tras varias horas de clase, se dirigía con Jenn hacia la cafetería cuando, de repente, notó cierta flojera en las piernas, un sudor frío cubrió su espalda y su visión se volvió borrosa antes de que todo se oscureciera. El desmayo apenas duró unos segundos y tuvo suerte de que Jenn la agarrara antes de que se golpeará la cabeza contra los escalones. Aun así, le habían hecho una docena de pruebas. Al final, le dieron el alta con tan solo un esguince en su historial y la recomendación de que descansara y se alimentara de manera adecuada. Drew, que había ordenado incluso un TAC, había apretado los dientes cuando el doctor Barrows les comunicó su diagnóstico.

—No ha sido nada. El médico no le ha dado ninguna importancia y, si no fuera por el esguince, estaría perfectamente... ¡Ay, no! —exclamó contrariada. Acababa de percatarse de que no podría trabajar el fin de



semana con el tobillo en esas condiciones.

—¿Qué sucede? —preguntó Drew, asustado.

—Nada, nada —musitó.

—¿Nada? Ese grito parecía por algo importante.

Caroline resopló antes de contestar a regañadientes.

—Me acabo de dar cuenta de que no podré trabajar este fin de semana, eso es todo.

—¿Trabajar? —La miró de soslayo, se colocó las gafas y volvió a concentrarse en la calzada—. No recuerdo que cuando estudiaba Medicina tuviera tiempo para un empleo. Columbia exigía todas mis horas disponibles.

—Bueno, supongo que para los chicos ricos es más fácil que para el resto del mundo. No todos tenemos padres que nos paguen las facturas.

Drew masculló algo y permanecieron un rato en silencio.

—Existen becas para estudiantes —dijo al fin.

—Lo sé perfectamente. Tengo una que me cubre la matrícula y un bono de comidas, pero no es suficiente.

Caroline se giró hacia la ventanilla. Le escocían los ojos y notó, avergonzada, que tenía las mejillas calientes. No quería hablar sobre su economía. Shanaya era la única que conocía su verdadera situación, porque ella se encontraba en las mismas condiciones. El primer curso ambas se vieron obligadas a dormir durante un par de semanas en el coche de Shanaya cuando se encontraron sin alojamiento porque sus préstamos estudiantiles se habían agotado antes de lo que esperaban. Fueron las peores dos semanas de su vida y, sin embargo, no recordaba haber reído nunca tanto, porque su amiga y ella combatieron el terror de encontrarse solas y desamparadas en una ciudad despiadada con todo el buen humor del que fueron capaces.

Desde entonces, ambas se habían asegurado de disponer siempre de un techo bajo el que dormir.

—¿Y en qué consiste ese empleo? —preguntó Drew al cabo de un rato. Su voz sonaba más humilde.

—Limpio en un hotel. Shanaya me recomendó a su jefa porque no puedo permitirme más préstamos.

—Así que supongo ya no tienes tanto tiempo para estudiar y le robas horas al sueño.

—Bueno, sí —reconoció molesta. Tal vez se había excedido, pero no podía permitirse el lujo de que sus notas bajaran, porque entonces perdería la beca y se vería obligada a abandonar la carrera.

—¿Tampoco tienes tiempo para comer? ¿O se trata también de dinero?

Irritada, apretó los labios. El interrogatorio, pese al tono suave con el que hablaba Drew, le resultó molesto; ella no necesitaba su lástima.

—No utilices ese tono conmigo, Wigmore. Jamás faltó un plato de comida en mi casa, a pesar de que mi madre necesitaba dos trabajos para que llegáramos a fin de mes. Y en cuanto tuve edad suficiente, trabajé en lo que pude para aliviar los gastos. Fui siempre la primera de la clase, conseguí todas las becas necesarias para hacer Pre-Medicina en Coeur d'Alene y me gradué la mejor de mi promoción, lo que me abrió las puertas de Columbia, que es una de las mejores universidades del país. No soy una pobre chica por la que debas sentir pena, niño rico.

Drew carraspeó y se concentró en el tráfico. Aquel trayecto se estaba haciendo eterno.

—No siento compasión por ti, Caroline. Me inspiras muchos sentimientos, pero ninguno tiene que ver con la pena, te lo aseguro —confesó en voz baja con la mirada puesta en el taxi que tenían delante—. Y ahora mismo siento por ti una gran admiración. Me pareces la mujer más luchadora, inteligente y fuerte que ha pasado por mi vida y lamento haberme comportado antes como un imbécil. Estaba preocupado por ti y no he sabido manejarlo.

Los dos permanecieron en silencio el resto del trayecto. Las palabras de

Drew quedaron flotando en el aire sin que Carol supiera demasiado bien qué hacer con ellas.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 15

Evie no respiró tranquila hasta que entró en su apartamento y vio a su prima sentada en el sofá del salón. Estaba un poco pálida, con el tobillo vendado y apoyado sobre un cojín, pero parecía encontrarse bien. Drew se encontraba sentado junto a ella y ambos tenían el semblante serio, como si hubieran discutido. Sin embargo, él tenía entre sus dedos uno de los mechones verdes y lo acariciaba con una delicadeza que contrastaba con la gravedad de su expresión. Lo soltó en cuanto fue consciente de la presencia de Evie.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—«Estoy bien —aseguró Caroline. Alzó un poco la pierna derecha y le mostró la venda—. No ha sido nada, de verdad. Es solo un esguince. En un par de semanas me encontraré como nueva».

—¿Qué ha pasado? —insistió.

—«Solo me he caído. No es el fin del mundo».

Exasperada por las evasivas respuestas de su prima, Evie se volvió interrogante hacia Drew, que apretaba los labios con disgusto.

—Ha perdido el conocimiento cuando bajaba las escaleras —explicó poniendo cuidado en vocalizar correctamente para que ella pudiera leer las palabras que dibujaba su boca.

Evie se volvió horrorizada a su prima, que parecía querer asesinar a su

compañero.

—«Solo fueron dos escalones. Una chica me agarró a tiempo y evitó que me golpeará la cabeza. Solo me he hecho un esguince. Me han dado calmantes y no me duele nada, así que no te preocupes» —insistió moviendo las manos con fluidez.

El joven doctor Wigmore la estudiaba con los párpados entornados, como si tratara de descifrar los signos de Carol. Le dijo algo y Evie supuso que le había pedido que lo signase, porque, a regañadientes, tradujo una versión reducida de sus palabras.

—«Quiere que te diga que me han hecho unas pruebas y que el médico dice que estoy agotada».

—Casi no duerme, sobre todo desde que tiene ese nuevo trabajo —musitó Evie ignorando la mirada incendiaria que le dedicó su prima.

—«No ha sido para tanto, cariño, no le hagas caso. Lo que más rabia me da es que no puedo permitirme dos semanas de reposo».

Evie protestó y Drew quiso saber de qué hablaban, así que Carol se vio obligada a repetirlo en voz alta y atender los reproches de ambos.

—«Ya, ya, sé que tengo que recuperarme, pero no puedo perder dos semanas de clase ni dejar la rotación en Pediatría. Y, si no voy a trabajar al hotel, perderé el empleo y es bastante difícil encontrar trabajos que pueda compaginar con las clases».

—Yo puedo sustituirte en el trabajo si a tu jefa no le importa —aseguró Evie.

—«Tonterías. Tú no puedes ir sola a Manhattan y trabajar en un sitio en el que no tienes forma de comunicarte con nadie».

—Claro que puedo y no creo que necesite comunicarme mucho para limpiar —protestó, a pesar de que había perdido la atención de sus interlocutores. Drew se levantó del sofá y salió de la habitación.

—«Han llamado al timbre» —explicó Caroline.

Drew regresó acompañado de James, que se había quedado en el coche

buscando aparcamiento. Se intercambiaron los saludos de rigor y él se interesó por la joven lesionada.

—«¿Ya vuelves a ser amiga del rockero?» —preguntó Carol cuando los chicos se enfrascaron en una conversación aparte.

—«Algo parecido. Ahora trabajo para él. Voy a pintar un mural en su casa».

—«Es muy guapo».

—«Cállate».

—«¿Qué? Solo digo». —Había un brillo malicioso en los ojos de Carol.

—«Tal vez prefieras contarme qué hace aquí Drew».

El semblante de su prima recuperó la seriedad.

—«Me lo he encontrado en Urgencias cuando salía de su turno y se ha tomado demasiado en serio lo de cuidarme».

—«Y te ha traído a casa. Ha sido muy amable por su parte».

—«Ha sido un mandón y ha estado malhumorado la mayor parte del camino».

Evie se dio cuenta de que, mientras los chicos seguían hablando, Drew no dejaba de lanzar miradas hacia Caroline, como si quisiera asegurarse de que se encontraba bien. Tuvo que ahogar una sonrisa y se preguntó cómo era posible que su prima no se diera cuenta de la evidente veneración que despertaba en el doctor Wigmore. Sin pensarlo, se dirigió a él.

—Gracias por ocuparte de mi prima, Drew. Creo que lo menos que podemos hacer es invitarte a cenar —dijo. Evitó mirar a Caroline, segura de que no estaría nada contenta con su propuesta—. ¿Te apuntas, James?

Los dos aceptaron la invitación y Evie se dirigió a la cocina. James la siguió para ayudarla.

—Enséñame algo más en lengua de signos —le pidió mientras esperaban a que hirviera el agua para la pasta.

Le mostró cómo signar sus nombres deletreándolos con los dedos. Luego le explicó que en la cultura sorda con frecuencia se utilizaban «signos de

nombre»: señas únicas y personales que permitían designar a alguien sin necesidad de deletrear su nombre completo.

—A veces se utiliza la primera letra del nombre o un signo relacionado con la persona, algo que señale un aspecto sobresaliente de su carácter o de su físico. También puede usarse una combinación de un par de signos.

—¿Tú tienes una seña así? —Evie vaciló, pero acabó asintiendo—. Enséñamela.

Se negó. El signo de nombre era algo exclusivo de la comunidad sorda. Era elegido por otra persona sorda y suponía un honor recibirlo. Significaba la integración plena dentro del grupo, como un rito de iniciación. Por ese motivo, no se compartía con personas oyentes salvo en casos excepcionales. Shui Mei eligió el suyo seis meses después de su llegada a Haverhill y fue la primera vez en mucho tiempo que se sintió parte de un grupo.

Así que, pese a la insistencia de James, se negó a compartir su seña.

Durante la cena, a Evie le costó seguir la conversación. Se concentró en su plato y dejó que su prima acribillara a preguntas a James sobre *The Wave*. Él se mostró encantador todo el tiempo, con esa enorme y falsa sonrisa bajo la que escondía sus demonios, hasta que Drew logró desviar la conversación con algunas anécdotas sobre su trabajo como residente en el hospital.

James lo miró agradecido. Evie no podía seguir la conversación, pero se había hecho experta en leer rostros y vio algo más que alivio en la expresión del rockero. Notó el respeto que profesaba por su antiguo compañero de colegio y supo que había algo más, una historia desconocida en la amistad que unía a dos seres tan distintos, algo que los ataba más allá de los años compartidos en los pasillos de un colegio privado. Trató de imaginar a aquel James, el niño con uniforme que jugaba al *lacrosse*, iba a clases de piano y se sentía solo en su lujosa casa. Él le había contado algunas cosas de su pasado en sus anteriores encuentros, pero no era suficiente. La sorprendió la cruda necesidad que pareció poseerla: quería

saber más de él, abrir las otras habitaciones oscuras de su alma y descubrir todos los secretos que ocultaba en ellas.

Cuando terminaron de cenar, decidieron ver una película. Caroline (con su pie en alto) y Drew se sentaron en el sofá principal con un enorme cuenco de palomitas; James y Evie se acomodaron en el otro sofá, tan pequeño que en realidad parecía un sillón un poco más amplio de lo habitual.

—Tendremos que verla con subtítulos —explicó Evie a sus dos invitados mientras manipulaba el mando del televisor. Trató de ignorar que James y ella estaban pegados el uno al otro de una forma que no llegaba a ser incómoda, pero sí demasiado íntima.

Resultó difícil concentrarse en la película con él tan cerca. Podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo y luchó contra la necesidad de apoyar la cabeza sobre su hombro. Al final, él, que parecía igual de inquieto, acabó rodeando sus hombros con el brazo y le permitió recostarse sobre su torso.

Olía demasiado bien y su abrazo resultaba acogedor y tierno. Evie dejó caer los párpados. Hacía mucho tiempo que un chico no la abrazaba.

Un suave zarandeo la despertó. Con ojos soñolientos, percibió el rostro de James. Decía algo, pero estaba demasiado dormida para leer sus labios.

Entonces él signó la palabra «hola», tal vez porque era lo único que sabía decir en lengua de signos, y eso la hizo reír.

En aquel momento no había demonios bailando en sus pupilas. La mirada de James era limpia y cristalina, como dos piscinas de azul intenso en las que una chica incauta podía sumergirse para refrescar su piel y acabar ahogada por confiar en la falsa paz de sus aguas cloradas.

Él retiró con suavidad un mechón que había caído sobre su rostro. Lo hizo muy despacio, como si quisiera recrearse en la leve caricia.

Sus mejillas parecieron arder bajo el contacto de los gráciles dedos masculinos. De repente, hacía un calor sofocante y solo pudo pensar en sumergirse en aquellas piscinas diáfanas, en sentir la frialdad del agua



resbalando por su piel, sin importar las consecuencias. Deseó hundirse en su frescura, dejarse llevar al fondo, ahogarse en ese azul limpio y claro que la atraía sin remedio.

James volvió a hablar y ella tuvo que hacer un esfuerzo para concentrarse en el movimiento de su boca.

—No me mires así si no quieres que te bese, preciosa —repitió James un par de veces, como si quisiera asegurarse de que ella lo entendía.

—«Quiero que me beses» —dijo con las manos, porque no confiaba en su propia voz. Porque odiaba utilizarla cuando las emociones la embargaban. Y porque sabía que él no lo entendería, que aquellas palabras signadas eran otra barrera más que ella podía interponer entre ambos.

Él se separó despacio y, si estaba decepcionado, no mostró indicio alguno. Sacó el móvil y escribió con rapidez un par de mensajes.

Caroline ya se ha acostado y Drew se ha marchado hace un rato. Dijo que él se encargaría de llevar y traer a tu prima de la facultad estos días.

Evie asintió confusa. Quiso decir algo, disculparse por todos los muros que construía para refugiarse, pero James se inclinó sobre ella, la besó en la frente (un beso largo que pareció arder sobre su piel) y se marchó antes de que pusiera en orden sus pensamientos.

Cuando se recuperó del aturdimiento, se asomó a la habitación de Caroline. Su prima dormía profundamente. En su mesilla había un vaso de agua y varias pastillas. Drew había dejado todo preparado para que no tuviera que levantarse. Le gustaba ese chico y estaba convencida de que se había enamorado como un loco de su prima.

Se dirigió a su cuarto para ponerse el pijama. Los pensamientos incontrolados la llevaban una y otra vez a la escena que había compartido con James en el sofá. Notó un cierto regusto amargo pegado al paladar y reconoció el familiar sabor de la cobardía. Se le había pasado el sueño, así que buscó una hoja en blanco y sus lápices. Se sentó sobre la cama, dispuesta a esbozar algún diseño para la pared de James, pero en su lugar

acabó pintando unos ojos azules, claros y magnéticos.

Necesitaba atraparlos en el papel para no olvidar que, una vez más, se había escondido en su caparazón.

*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Capítulo 16

James hundió la cuchara en el consomé de pichón y deseó encontrarse en otro lugar, lejos de aquella casa ostentosa en la que resultaba imposible moverse sin tropezar con un mueble. Daba igual el amplio tamaño de las estancias: toda la casa de sus padres daba la sensación de estar abarrotada de objetos. Relojes antiguos, porcelanas, candelabros, muebles auxiliares, sillones, lámparas y un sinfín de objetos se acumulaban en las habitaciones, pasillos y zonas de paso. Los cuadros, dibujos y grabados colgaban unos encima de otros, ocultando el papel pintado que cubría las paredes. Los Hathaway tenían abundantes y valiosas posesiones que habían heredado de generaciones anteriores y les encantaba exhibirlas.

James odiaba aquella casa-museo con la misma ferocidad que odiaba a sus padres y su clase social.

Y, sin embargo, allí estaba: en el comedor pequeño, presidido por un lúgubre cuadro de caza que en su cabeza sonaba como un réquiem oscuro, con su padre sentado a la cabecera de la mesa. Su madre vigilaba con ojos de halcón que el servicio resultara impecable, su hermano menor exhibía los modales exquisitos que les habían inculcado y su nerviosa novia trataba de acertar qué cubierto debía utilizar con cada plato.

Rose Porter había resultado todo un misterio. No encajaba en absoluto con Ashton y a él no parecía gustarle demasiado; sin embargo, allí estaba

aquella chica negra y entrada en carnes, sentada a la mesa de los Hathaway, con su rostro redondo, sus pequeños rizos recogidos con una coleta y las grandes gafas de pasta. Un ratón de biblioteca criado en Providence que hablaba en voz baja y parecía incapaz de sostener la mirada de su interlocutor, aunque había tenido la valentía de acudir a aquella cena infernal.

—Así que estudias Derecho en Harvard —preguntó James adoptando una falsa pose relajada con la que pretendió alejar las tristes notas de la misa de difuntos que sonaba en su cabeza y, a la vez, romper la atmósfera irrespirable de aquella casa, su abrumador silencio y la hipocresía de sus habitantes.

—Sí —musitó la joven después de carraspear un par de veces, lo que hizo que Christine apretara los labios. La había desaprobado con un solo vistazo y Ashton no había tenido un solo gesto de apoyo hacia su novia.

—Es curioso. No pareces una chica de Derecho. —Ella se removió incómoda, aunque él no había tratado de insultarla—. No pareces despiadada —aclaró, y Rose lo miró sorprendida por encima de los cristales. ¿Qué hacía una chica así saliendo con su hermano? Las novias de Ashton solían ser sofisticadas y seguras de sí mismas; y Rose Porter, con las uñas mordisqueadas y una sonrisa nerviosa pero bonita, no encajaba con los gustos del Hathaway más joven.

—Deja de decir tonterías, James —lo regañó su padre con el tono severo que siempre había utilizado para reprenderlo y, por un momento, volvió a ser el adolescente que se enfrentó una y otra vez a las reglas del senador—. Tenemos asuntos serios que tratar. Voy a presentarme a las primarias presidenciales. Llevaré mi candidatura al partido y es preciso que todos hagáis vuestra parte.

Así que aquella era la razón por la que hubieran convocado a la oveja negra a cenar. El poderoso senador quería más. Estuvo a punto de soltar un silbido. La Casa Blanca. Ningún Hathaway había llegado tan lejos.

—¿Sabes ya cuántos candidatos se presentarán? —inquirió Ashton tras felicitar a su padre. Su hermano estaría junto a él en cada paso del camino. Trabajaría en la campaña y sería uno de sus agentes más activos. James se preguntó qué pasaría entonces con el ratón de biblioteca.

—Aún es pronto, aunque ya se barajan unos cuantos nombres. Según mis fuentes, seremos diecisiete candidatos. Por supuesto, todavía queda tiempo para que las cosas cambien.

—Si tienes la lista, me gustaría echar un vistazo a tus oponentes.

—Te la mostraré después de cenar.

—Bien. —Ashton se concentró en su plato.

Rose carraspeó de nuevo antes de atreverse a hablar:

—Felicidades, señor. Le deseo que tenga éxito en su campaña.

El senador Hathaway asintió con la cabeza, aunque en realidad estaba mirando a su primogénito. James sonrió sardónico. Era su turno.

—En cuanto a ti..., ¿no tienes nada que decir?

—Ni siquiera voto por tu partido, papá, pero te deseo lo mejor. —Levantó su copa de vino con gesto festivo y dejó que la luz de los candelabros se reflejara en la profusión de anillos que decoraban sus dedos y en sus uñas pintadas de morado. Había puesto especial cuidado en su aspecto aquella noche y consideró suficiente recompensa a su esfuerzo el gesto de desagrado que apareció en el rostro de sus padres cuando los saludó. Era su pueril (aunque satisfactoria) venganza por todos los años en los que trataron de convertirlo en uno de ellos.

El rostro del senador enrojeció y James casi pudo paladear su ira.

—Debes entender que tu perfil tendrá que dar un giro de ciento ochenta grados. —La voz gélida de su madre tomó el mando de la reunión. El consomé de pichón se enfriaba y James supo que el cocinero francés se enfurecería cuando los platos regresaran llenos a la cocina—. Por suerte, tu aventura con ese grupo de música no duró mucho y hace años que has desaparecido del ojo público. Podemos trabajar con eso.

James enarcó las cejas, disfrazando de burla su creciente enfado.

—¿Podemos trabajar con qué? —inquirió de manera indolente, como si no importara, como si no notara los tentáculos de los Hathaway extendiéndose hacia él dispuestos a atraparlo.

—Deberías haber ido a Harvard, pero eso ya no tiene remedio. —El tono pragmático de su madre le erizó la piel. Querían controlarlo y eso estuvo a punto de hacerlo reír. No habían aprendido aún que nunca dejaría que lo enjaularan—. Tendremos que cambiar tu aspecto y lavar tu imagen. Ropa adecuada y un corte de pelo decente. Sin joyas ni maquillaje —enumeró con calma—. Tampoco puedes parecer un rico consentido que no hace nada con su vida. Un grupo de rock era inadmisible, aunque por suerte ese problema ha desaparecido de la ecuación. En cambio, un pianista será algo que sabremos manejar. No es tarde para reconducir tu carrera. Philip Anderson se encargará de todo.

James tragó saliva. La agencia de Anderson representaba a los solistas de clásica más importantes, desde la soprano Linda Foster al violonchelista Iwai Konoe. Contempló irritado los rostros determinados de sus padres. Ya había luchado aquella batalla años atrás y había vencido; nunca imaginó que ellos volverían a la carga, que de nuevo querrían diseñar su futuro como si fuera una marioneta en sus manos.

—No voy a hacerlo —replicó al fin. Ignoró la mueca de Ashton y la expresión compasiva de Rose.

—¿Por qué no? Es lo que siempre quisiste: ser músico —contraatacó su padre—. Te pasaste toda tu infancia hablando sobre ser concertista de piano, incluso fuiste a Juilliard.

—Fui a Juilliard porque lo pagué con el fondo que me dejó la abuela. Os recuerdo que me echasteis de casa cuando renuncié a Harvard para seguir mi vocación.

—Si no hubiera sido por ese chico... —susurró su madre con veneno y él tuvo que ahogar una protesta ante la mención soterrada de Miles.

—Debes entender que la imagen familiar es crucial para los votantes —continuó el senador Hathaway—. Necesito el apoyo de los delegados y tengo que demostrar que nada empañará la campaña. No permitiré que lo estropees.

James se levantó despacio. No consintió que lo controlaran cuando era un adolescente. ¿Realmente creían que les dejaría hacerlo una década después? Depositó la servilleta sobre la mesa con gesto tranquilo.

—Mi carrera profesional no es asunto vuestro y no admitiré interferencias de ningún tipo. Tocaré rock, clásica, jazz o lo que me apetezca, seguiré vistiendo como me gusta y no participaré en un solo acto de campaña. —Se volvió hacia Rose con su expresión más amable—. Ha sido un placer conocerte. Lamento que haya sido en circunstancias tan poco agradables. —La novia de Ashton asintió y él se dirigió a su madre—. El consomé estaba delicioso, pero, por favor, no vuelvas a invitarme a cenar.

Salió del comedor con paso apresurado. Tenía que salir de aquella casa, alejarse de la sombra alargada de los Hathaway, antes de que el odio lo ocupara todo de nuevo.

—James, no seas obtuso. —Ashton lo siguió, como buen perro faldero de su padre—. No es como si tuvieras un grupo de éxito al que renunciar y esto es importante. ¡Es la carrera presidencial, por el amor de Dios!

Se volvió hacia su hermano. Compartían el mismo color de cabello y de ojos, incluso sus rasgos eran similares. Ashton era un poco más bajo, apenas un par de centímetros, y algo más corpulento.

—Rose no se parece a la novia que ellos esperan —dijo en cambio, porque la elección de aquella chica era el único rasgo de humanidad que había encontrado en su hermano en los últimos años.

—Lo sé.

—No se lo pondrán fácil. ¿Por qué la has traído precisamente hoy?

Ashton entornó los párpados y pensó la respuesta durante unos segundos.

—Para que entienda por qué voy a romper con ella.

La contestación fue como un puñetazo. James se echó hacia atrás y observó a aquel desconocido con el que compartía código genético. Añoró a Miles y a Aaron, los hermanos que la vida le regaló para compensarlo por su disfuncional familia.

—Apenas la conozco, pero ya sé que no la mereces —musitó. Se dio la vuelta y salió de casa de sus padres.

El aire fresco de la noche le golpeó el rostro y tomó un par de bocanadas tratando de disipar la sensación de ahogo. Odiaba a su familia y odiaba aquella ciudad. Se hubiera marchado en cuanto cumplió la mayoría de edad, pero lo admitieron en Juilliard, y Miles llevaba Nueva York en la sangre, aunque hubiera nacido en una isla perdida de Maine. Sus instintos le gritaron que se fuera lejos, a un lugar más libre y más limpio. Sin embargo, se quedó atrapado para siempre en la ciudad que nunca dormía.

Hizo el camino a pie, tratando de liberarse de la angustia, del odio, de la rabia. Estuvo tentado a ir a casa de Miles, pero desde la muerte de Aaron había cierta distancia con su viejo amigo que no lograba romper. No tenía fuerza para enfrentarse a sus barreras.

Podría ir a Brooklyn y buscar refugio en el apartamento de Evie. Últimamente pasaba bastante tiempo con ella. Habían almorzado varios días en su piso cuando ella se tomaba un descanso del mural que estaba pintando a puerta cerrada. También habían asistido juntos a una exposición de fotografía, la había llevado a comprar libros a The Strand y habían cenado un par de veces en el apartamento de las chicas con Drew y Caroline, que parecían cada vez más cercanos. Wigmore había acomodado sus horarios para llevar a Caroline a clase y traerla de vuelta a casa mientras se curaba el esguince. James lo veía desplegar su campaña de conquista con la minuciosidad con la que planeaba las jugadas cuando era capitán del equipo de *lacrosse*.

Le gustaba reunirse con ellos. Sobre todo, le gustaba estar con Evie, ver juntos una película con subtítulos, acompañarla a un museo, que ella le



enseñara palabras nuevas en lengua de signos, desgranar viejos recuerdos en el chat que compartían, tratar de tirar sus muros en un juego que siempre perdía...

Sería bienvenido en el apartamento de Brooklyn, pero Evie seguía interponiendo demasiadas barreras entre ambos y él estaba harto de entregarle pedazos de sí mismo sin recibir nada a cambio.

Así que regresó a Gramercy Park.

—La señorita Turner está en su piso, señor —le anunció Peter, el conserje nocturno—. Lleva ahí toda la tarde.

James cerró los ojos, sobrepasado. Le había dado una llave a Evie para que entrara y saliera de su casa mientras se ocupaba del mural de la sala de ensayos. Hacía más de una semana que él no había pisado aquella estancia para darle total libertad de movimientos. Incluso se había llevado el teclado a su dormitorio para componer las nuevas melodías mientras esperaba a que ella hiciera el trabajo para el que la había contratado por un impulso que empezaba a lamentar.

Abrió la puerta y notó el olor a pintura. Ella estaba en la cocina, sentada en un taburete, jugueteando con una lata de refresco. Llevaba una camiseta de tirantes, una chaqueta de punto deforme y unos vaqueros rotos que le quedaban algo grandes. Tenía manchas de pintura en la ropa, las manos y el rostro, y las ondas de su pelo parecían despeinadas y salvajes. Le pareció deliciosa.

Evie saltó del taburete en cuanto lo vio.

—No sabía a qué hora vendrías. Iba a esperarte un rato más. Shanaya está estudiando con Caroline, así que no me necesitan y quería saber qué tal te había ido en la cena.

—Estás aquí —susurró James acercándose a ella. Sintió que volvía a respirar, que el aire entraba de nuevo en sus pulmones y barría la decepción y el enfado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Evie, pero él no quería hablar. Quería

tocarla, besarla, morderla. Quería empaparse de su calidez y de la suavidad de su cuerpo, hundirse en las sombras oscuras que aleteaban en sus ojos. Quería todo a lo que había estado renunciando desde que la encontró en la biblioteca de los Wigmore.

Evie ladeó un poco la cabeza, curiosa.

—He terminado el mural. ¿Quieres verlo? —Y, sin esperarlo, echó a andar hacia la sala de ensayos—. Peter me ha ayudado a colocar los muebles —explicó cuando se detuvo ante la puerta cerrada. Sacó un pedazo de tela de su bolsillo y le vendó los ojos.

—¿Vamos a hacer esto otra vez? —inquirió divertido y molesto al mismo tiempo. No recibió respuesta, porque ella se había colocado a su espalda y no podía ver su boca.

Lo guio hasta el centro de la habitación y, una vez allí, soltó el pañuelo que cubría su rostro.

Parpadeó varias veces. Lluvia. Sus paredes se habían convertido en una inmensa tormenta. Despacio, giró sobre sí mismo. Podía escuchar el repiqueteo de las gotas de agua golpeando sus paredes. Era hermoso y triste, frágil y mágico.

Música de Erik Satie empezó a sonar en su cabeza. Una melodía nostálgica lo inundó todo y tuvo unas tremendas ganas de llorar, sobrepasado por todas las emociones que llevaba dentro y a las que no conseguía dar salida.

En vez de estallar en sollozos, se arrastró hasta el piano, levantó la tapa y comenzó a tocar la *Gnossienne número 1*. Las notas caían de sus dedos, revoloteando melancólicas entre las gotas de lluvia.

Y la chica sorda se sentó junto a él en la banqueta, como si pudiera escuchar toda la tristeza que llevaba dentro y que aullaba de pena por la familia que mereció y no tuvo, por los amigos que perdió, por los amores efímeros que no lograron darle la felicidad que prometían y por la soledad en la que se encontró siempre, a pesar de que nunca faltó gente a su

alrededor.

Evie le acarició la espalda, los hombros, reconfortándolo, y él siguió tocando, desgranando su congoja en el piano, mientras la lluvia de las paredes sonaba dentro de su cabeza. El perfecto acompañamiento para la melodía más desoladora.

Una mano pequeña con manchas de pintura se posó en su barbilla, le hizo volver el rostro y lo besó en la mejilla, luego en la mandíbula y, por último, en la comisura de la boca. James cerró los ojos. Podía sentir un soplo de aire caliente acariciando sus labios. ¿Lo besaría o se escondería de nuevo? Dejó de tocar, contuvo el aliento y esperó.

Satie y la lluvia habían desaparecido, barridos por el contacto de Evie y por una oscura melodía de piano rock que empezaba a adueñarse de su cabeza. Tocó las primeras notas de *Into the Fire*, de Thirteen Senses, al mismo tiempo que tarareaba el tema; su cabeza añadió las guitarras eléctricas y la batería. La mano de Evie se posó en su garganta, como si quisiera sentir la vibración de su voz mientras él cantaba en susurros.

Sus bocas estaban a tan solo unos milímetros, respirando juntas el mismo aire.

La voz de James se volvió ronca, suplicante.

—*Vamos, vamos, pon las manos en el fuego.*

A esa distancia tan corta ella no podía leer sus labios, solo sentir en la palma de la mano el movimiento de su nuez y la pulsación de sus cuerdas vocales. ¿Se atrevería? ¿Se dejaría envolver por esa canción conmovedora, suave y oscura que no podía escuchar? ¿Se dejaría arrastrar por todas las sensaciones que emitían juntos, esa corriente eléctrica que los unía?

—*Vamos, vamos.*

La boca de Evie cubrió la suya y se quedó quieto, permitiendo que ella marcara el ritmo. La pequeña mano continuaba aferrada a su garganta, como si quisiera tocar su voz.

Si pudiera, se la entregaría junto con todas las partes de él que ella

deseara tomar.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 17

Él no la abrazaba, pero tampoco la había alejado. Evie besó con dulzura la boca de aquel chico triste y enfadado, de ese James que aparecía de vez en cuando y que le gustaba tanto como el muchacho encantador de sonrisa radiante.

Quería borrar toda la tristeza que había leído en él: en su rostro, en sus ojos, en la postura inclinada sobre el piano... No podía ofrecer mucho de sí misma y, por eso, entregaba aquellos besos con toda la ternura que albergaba dentro.

La posición en la banqueta resultaba incómoda, así que se separó un poco y James movió la mano, como si quisiera agarrarla, aunque la retiró antes de llegar a rozarla. Evie entendió que tendría que tomar la iniciativa y estuvo a punto de sonreír. Decidida, se quitó la chaqueta deforme, que cayó al suelo. Se sentó a horcajadas sobre él y rodeó su cuello con los brazos antes de besarlo otra vez. Un beso suave y ligero, seguido de otro más atrevido, al tiempo que hundía los dedos en su pelo, deshaciendo un poco el moño rubio. Entonces él pareció despertar. Sujetó con energía sus caderas, la atrajo hacia él hasta que quedaron pegados y su boca empezó a moverse hambrienta sobre ella. Evie notó su erección presionando y movió las caderas. James gimió dentro de su boca. No pudo oírlo, pero sintió la vibración dentro de su cuerpo, lo que aumentó su excitación.

Una mano del teclista se deslizó hasta su nuca y la presionó contra él. La agarraba como si de nuevo fuera el salvavidas en medio de la tormenta, igual que aquella noche en la discoteca, con el mismo anhelo y la misma desesperación. Como si necesitara aferrarse a ella para mantenerse a flote.

Sin dejar de besarla, la levantó y la apoyó sobre el piano. Notó las teclas hundirse bajo su cuerpo. Los labios de James se deslizaron por su cuello y su clavícula, una mano cubrió uno de sus pechos y lo masajeó sobre la ropa. Evie rodeó su cintura con las piernas. Las caderas de ambos se movían al unísono haciendo que las teclas subieran y bajaran a un ritmo cada vez más frenético. Evie no podía oírlo, pero supo que estaban creando música. La habitación se estaba llenando de notas discordantes, una preciosa melodía sin sentido que nunca podría escuchar.

«Música para otra noche Schönberg», pensó mientras liberaba la cintura de James del abrazo de sus piernas.

Tirando de los mechones rubios de su nuca, lo obligó a levantar la cabeza y separarse un poco. Ambos respiraban agitados y los ojos azules se habían oscurecido, envueltos en una niebla de deseo que los hacía aún más tentadores. Iba ahogarse en ellos, pero no le importaba en absoluto. Se puso en pie y lo ayudó a quitarse la camiseta. Cuando logró desnudar su torso, acarició con ternura su piel dorada y suave y los músculos definidos de sus brazos.

Él hizo que levantase la barbilla.

—¿Quieres que vayamos al dormitorio? —preguntó cuando obtuvo su atención.

Evie negó despacio, separándose aún más de él. Sería en aquella habitación, bajo la atenta vigilancia del piano y acompañados por la silenciosa lluvia de las paredes. Se quitó las zapatillas y los vaqueros con los ojos fijos en los ojos azules que ardían; el mismo camino siguieron la camiseta de tirantes llena de manchas de pintura y su ropa interior.

Se quedó en pie, erguida, orgullosa, algo jadeante, absorbiendo la mirada

de admiración con la que James recorría su cuerpo mientras él también empezaba a desnudarse. Se descalzó, se desabrochó el cinturón. Los pantalones cayeron al suelo, seguidos de los calzoncillos, y luego, en dos zancadas, recorrió la distancia que los separaba. La abrazó y la besó de nuevo, con besos largos y voraces que parecían querer consumirla. La llevó al sofá y cayeron enredados sobre él. Las manos parecían haberse multiplicado, al igual que las bocas. Estaban en todas partes, acariciando, arañando, chupando, mordiendo. La piel de James quemaba, también sus ojos, sus labios, su lengua...

Ambos parecían a punto de estallar en llamas.

James se levantó para conseguir un preservativo y, cuando regresó, Evie trepó sobre él para besar, lamer y mordisquear todo su cuerpo, hambrienta, salvaje, un poco desesperada, porque el sexo era para ella otra forma de comunicación y quería bajar sus barreras, entregarse entera como no lo haría nunca con las palabras; quería darle a ese chico extravagante todo lo que le había negado hasta el momento. Las pieles hablaban sin necesidad de sonidos. Sentía todas las vibraciones que le enviaba el cuerpo de James, la sonoridad de sus gruñidos, la agonía de sus gemidos. Las palabras que musitaba contra su cuello. El latido frenético de su corazón.

Cuando subió sobre su regazo, los párpados de él, aturdidos por un peso invisible, cayeron, dejando atisbar solo una rendija azul, oscura, intensa y abrumada. James exhaló y aferró con fuerza sus caderas, pero ella no le permitió marcar el ritmo. Le clavó las uñas en los hombros hasta que se rindió, aflojó su agarre y dejó que Evie se entregara por completo, que lo llevara a donde quisiera. Con movimientos ondulantes lo arrastró más allá de la lluvia de sus paredes y de los altos rascacielos, oscuros y fríos; lejos de las luces de neón parpadeantes de una ciudad que nunca dormía; más arriba, hacia el silencioso universo que absorbía las palabras que ella no decía, las que no escuchaba, las que no quería oír. Lo llevó tan lejos como pudo con la ávida oscilación de sus caderas y solo cuando logró que juntos

se elevaran hasta las estrellas, se desplomó en un vertiginoso descenso que los precipitó de vuelta a la tierra.

Evie supo que uno de los dos, o tal vez ambos, acabarían rotos.

Pero en aquel momento, sumergida en una espiral de deseo, no le importó.

Él se rio. Ella había apoyado la mejilla en el torso masculino y notó la vibración de su carcajada. Se encontraba sin fuerzas, pero logró alzar el rostro y James señaló con la barbilla hacia la ventana. Perezosa, se volvió un poco, aunque resultaba complicado moverse en ese sofá donde ambos se habían derrumbado sudorosos y exhaustos.

Solo quería dormir.

Aun así, hizo un esfuerzo para mirar en la dirección que le indicaba y entonces vio la lluvia: una lluvia real que caía al otro lado del cristal, haciendo juego con la tormenta que se desarrollaba dentro de las paredes. Evie se rio también y luego se acurrucó de nuevo junto al costado de James. Quería que la abrazara y dormir durante horas. Protestó cuando él se removió. Molesta, le permitió levantarse. ¿Tendría que vestirse y marcharse a su apartamento? Dudaba que consiguiera sostenerse en pie.

Él la cogió en brazos y la trasladó hasta otra habitación. La dejó sobre un colchón agradable y cómodo y maniobró un poco para taparla con las sábanas. Con los ojos guiñados por el cansancio, observó a James, desnudo, mientras abría un poco la ventana. El aroma a lluvia se coló dentro del cuarto y ella aspiró satisfecha. En Vermont oler la lluvia era casi tan bueno como escucharla (o recordar su sonido); en Nueva York la lluvia olía diferente, pero no le importó.

Ya casi se había dormido cuando James se acomodó a su lado y la atrajo hacia él. Luego estiró el brazo para apagar la luz con el interruptor situado junto al cabecero de la cama. Evie notó el movimiento y levantó un poco



los párpados.

—¿Puedes dejar una luz encendida? ¿Una pequeña? No sé, la luz del pasillo o una lámpara de noche... —Se quedó paralizado con la mano en alto y la estudió sorprendido; al cabo de unos segundos, encendió la pequeña lámpara de su mesilla antes de desconectar los focos halógenos del techo. Agradecida, se abrazó a él—. Al principio, tenía que dormir con todas las luces encendidas. Ya me había quedado sin un sentido y me aterraba perder otro más —musitó somnolienta—. No soportaba quedarme aislada en el silencio y en la oscuridad. Era aterrador. Todavía me asusta, aunque menos que antes. Me basta con una pequeña luz de noche.

James la estrechó contra su cuerpo y enterró los labios en las ondas de su cabello. Musitó algo o tal vez la besó, no supo distinguirlo. Se quedó dormida sin darse cuenta de que había compartido voluntariamente una parte de sí misma.

—Enséñame más palabras en lengua de signos —pidió James cuando se despertaron horas después.

—¿Qué tipo de palabras?

—Palabras importantes. Lluvia, por ejemplo.

Ella soltó una carcajada.

—¿Lluvia es importante?

—Mucho.

—Está bien.

Alzó las dos manos, con los dedos apuntando al colchón, y las movió arriba y abajo con suavidad varias veces, imitando la caída de las gotas de agua. Era uno de sus signos favoritos. Siempre lo consideró una manera poética de nombrar la lluvia.

James repitió el gesto y estaba tan guapo haciéndolo que se inclinó y lo besó.

—A ver, más palabras importantes... —dijo poniendo cuidado en vocalizar con precisión—. Ya sé: preciosa.

Evie volvió a reír y negó con la cabeza, pero él enarcó las cejas y mantuvo el gesto hasta que ella se rindió, alzó la palma abierta a la altura de la barbilla y la movió alrededor de su rostro, dibujando un círculo, y acabó cerrándola en un puño al llegar de nuevo a la mandíbula.

James recibió un nuevo beso, más largo y lento, cuando repitió tres veces el movimiento.

—Más. ¿A ver cuál se me ocurre? —Se tocó la barbilla con el dedo índice, pensativo.

—Déjame elegir —pidió Evie y, con la mano en forma de pico, se la llevó un par de veces a la boca.

—¿Beso? —preguntó con un brillo malicioso. Evie sacudió la cabeza porque no había entendido la palabra y él frunció los labios fingiendo un beso.

Ella, que al fin comprendió lo que quería decir, negó entre risas.

—¡Comida!

Al cabo de un rato se encontraban en la cocina. La ropa de Evie daba vueltas en la lavadora mientras ellos, vestidos con camisetas del músico, devoraban tostadas con aguacate, huevos revueltos, zumo de naranja y café como si no hubieran comido en cinco días.

James tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas. Los demonios de sus pupilas habían desaparecido y ya no quedaba en él nada de la desesperación que cargaba la noche anterior.

Evie se alegró de haberlo ayudado a expulsar el dolor.

—¿Entonces te ha gustado el mural? —se atrevió a preguntar al cabo de un rato.

James se acercó a ella con el andar felino de un peligroso tigre.

—Me ha encantado. Quiero que pintes el resto de mi casa.

Lo contempló atónita, creyendo que había leído mal sus labios, pero él le

envió un mensaje al móvil repitiendo la propuesta.

—¿Todas las habitaciones?

Todo. Mi dormitorio, el salón, el pasillo...

Quiero que llenes mi casa de sonidos.

Quiso preguntarle por qué necesitaba que ella cubriera sus paredes con las extravagancias de su cabeza, pero no dijo nada. Se limitó a engullir otra tostada.

Notó la vibración de su móvil.

Me recuerdas a mi primera novia. Creo que es la única chica con la que he salido a la que le gustaba comer.

Evie sonrió y lo dejó sumergirse en su pasado. Durante las últimas semanas, había descubierto que a James le agradaba compartir con ella sus recuerdos. El chat de ambos estaba lleno de fragmentos de su memoria. Debería sentirse incómoda, pero sospechaba que era un regalo poco frecuente, que con el resto del mundo él se escondía bajo la sonrisa resplandeciente y falsa que Evie tanto odiaba.

Se llamaba Jill Maberly. Salí con ella en décimo grado y estuvimos juntos unos tres o cuatro meses, aunque luego seguimos siendo buenos amigos. Incluso asistió al primer concierto de The Wave. ¿Quién fue tu primer novio?

A veces sus recuerdos escondían pequeñas trampas. Al principio habían resultado sutiles, pero con el paso de los días se habían ido volviendo más burdas. James no ocultaba su deseo de conocerla. Trataba continuamente de traspasar las barreras que ella interponía con el mundo. La mayoría eran preguntas inofensivas; sin embargo, Evie sabía que sus respuestas abrían puertas que él querría seguir atravesando hasta alcanzar la última habitación, donde ella guardaba sus verdades más oscuras.

Podría hablarle de Michael, por supuesto. De los tres años que estuvieron

juntos. De la manera casi obsesiva en la que se tocaban, de todos los rincones de Haverhill que les sirvieron de escondite para dar suelta a una sexualidad torpe y feroz, porque ninguno de los dos sabía cómo conectar con otra persona ni dar rienda suelta a las emociones que albergaban. Tal vez James descubriría que ella no había evolucionado mucho desde entonces, que seguía entregándose con el cuerpo, pero cerrando el resto de sí misma, manteniéndose inalcanzable, a salvo dentro de su silencio.

Así que se refugió de nuevo en su mutismo. Odió su propia cobardía, todos los miedos que la ataban, las contradicciones de su carácter. No ignoraba que sus silencios también revelaban secretos, sobre todo para alguien tan perceptivo.

Él cabeceó un poco y pareció ahogar un suspiro. Casi pudo palpar su frustración.

—¿Dónde fue el primer concierto de The Wave? —preguntó desesperada. Tal vez si él se sumergía en sus recuerdos, olvidaría que ella no quería liberar sus demonios más amargos.

James tardó un rato en coger su móvil y teclear.

En el instituto de Aaron, en su baile de graduación.

Fue espantoso.

Algo cambió en su rostro; la decepción se evaporó, barrida por un recuerdo alegre que incluso lo hizo reír. Dijo algo en voz alta que Evie no entendió. De manera inconsciente, le hizo el gesto en lengua de signos para que lo repitiera. Se dio cuenta de que era un nuevo signo para él, pero pareció comprenderlo porque volvió a escribir.

Llevábamos un año tocando juntos, ensayando en el garaje del padre de Aaron. Soñábamos con ser estrellas del rock. Bueno, en realidad yo solo quería ser músico, me daba igual el género. Miles es el verdadero rockero. Lo lleva en la sangre. Yo habría sido igual de feliz interpretando obras de Mozart o en un grupo de jazz. Mientras sienta la música, no me importa de qué tipo sea.

—¿Y sentías la música de The Wave? —preguntó curiosa.

Sí, claro que sí. Es imposible no sentir las canciones de Miles. Se te cuelan dentro con toda su oscuridad y su desgarradora belleza. Él compuso la mayoría de los temas del grupo, aunque yo también he escrito algunos.

—¿Y cómo son tus canciones?

James se quedó pensativo.

Oscuras también, pero más sentimentales, supongo. Nacen de la decepción, de la pérdida, de lo que pudo haber sido y no fue...

Evie sintió una punzada de frustración cerca de las costillas. Nunca escucharía las canciones de James, jamás sabría cómo sonaba su música, cuál era el timbre de su voz... Podría sentirla a través de las vibraciones, pero en su cabeza sería incapaz de convertir esas ondas en sonidos reales.

Él siguió escribiendo sobre aquel primer concierto y ella no lo detuvo, aunque estuvo más pendiente de las emociones que reflejaba su semblante.

Fue la primera vez que me maquillé. Jill pensaba que mi aspecto de chico de colegio privado no resultaba demasiado rockero y me pintó para la actuación. Me encantó el resultado. Aquella noche me sentí libre; por fin dejé de ser un Hathaway.

Fue una noche increíble. Al menos hasta que llegué a casa y mi padre descubrió que llevaba maquillaje.

Una herida sin cicatrizar se abría de nuevo ante los ojos de Evie. Casi podía ver la sangre derramándose. Agarró su mano y la apretó.

James inclinó la cabeza y musitó algo. Frustrada, lo tomó de la barbilla y lo obligó a alzar la cabeza. Los demonios bailaban de nuevo en los iris azules y se arrepintió de haber abierto la caja de Pandora. No quería que él sufriera. Acarició con suavidad sus mejillas. Ambos se miraron a los ojos.

Una nueva emoción crepitó entre ellos.

—Deberíamos volver a la cama —susurró Evie.

Él asintió despacio y se dejó llevar al dormitorio. Allí ella podía besarlo y llenar su cuerpo de caricias, amarlo hasta ahuyentar los fantasmas. Bajo las sábanas podía entregarse por completo, retirar las barreras y explicarle sin palabras quién era realmente Evie Turner.

Estaban a salvo en una burbuja en la que nadie más podría entrar y deseó que pudiera durar para siempre, que la realidad no entrara nunca en aquel perfecto caparazón que habían construido para ambos.

Tal vez entonces ella sería capaz de desnudar su alma y mostrarse entera.

## Capítulo 18

Repitió el fragmento cambiando solo un par de acordes y asintió satisfecho. Volvió a tocarlo para asegurarse y después anotó los nuevos arreglos en la partitura. Varias páginas con pentagramas estaban esparcidas sobre el atril del piano y James las contempló satisfecho. Había terminado la canción perfecta.

La tocó de nuevo y, al terminar, quiso aullar de orgullo. Nunca había compuesto un tema tan bueno. Aquella música era lo mejor que había salido de su cabeza, superando incluso a *Strangers in the Subway*, canción que escribió para el primer disco de The Wave y que se había convertido en una de las piezas icónicas del grupo.

La melodía siguió sonando en su cabeza mientras releía una y otra vez sus anotaciones. Estaba tan ridículamente enamorado... Todo se encontraba ahí, por supuesto, en esa música que había salido de lo más hondo de su interior y que recogía toda la ebullición sentimental que había compartido con Evie las últimas dos semanas. Desde el primer día que se acostaron, había sido incapaz de pensar en otra cosa que no fuera ella. No le preocupó demasiado, porque estaba acostumbrado a aquella reacción, a ese amor rápido, intenso y volátil que parecía invadir cada rincón de su interior y luego se evaporaba con la misma celeridad.

Repasó su larga lista de novias, desde Jill hasta Natasha. Tuvo que

reconocer que Evie no tenía nada que ver con ninguna de esas chicas, que parecía capaz de mantener las distancias y tal vez eso evitaría que le hiciera daño. Aun así, había tratado de ponerla sobre aviso, de explicarle lo que sucedería, para que no se enamorara de él. Ella se había burlado y James la quiso un poco más por ser capaz de no tomarlo demasiado en serio.

Y, después, impulsado por ese amor loco, había compuesto una canción que había llevado varios días de duro trabajo.

El reloj del móvil marcaba las tres de la madrugada. Con un gesto mecánico, abrió el chat que tenía con Miles. Dudó un momento, pero al final escribió un saludo, mientras rogaba para sus adentros que no contestara. Lo quería durmiendo tranquilo en su cama y no ahogándose en su oscuridad.

Miles apareció en línea y enseguida surgieron los puntos que indicaban que estaba escribiendo.

**Miles**

¿Toca turno de vigilancia?

**James**

No digas tonterías.

**Miles**

Necesitas una vida.

**James**

Tengo una vida.

Tenía una chica preciosa dormida en su cama y una canción nueva entre las manos, pero le pareció una crueldad relatar a su amigo su propia felicidad, así que prefirió ignorar el tema.

**James**

¿Qué haces despierto a estas horas?

La respuesta tardó un rato en llegar.



## **Miles**

No podía dormir.

James conocía bien a su mejor amigo; no necesitaba más explicaciones. Lo había acompañado en todos los caminos de ida y vuelta de sus adicciones. Lo había visto caer y levantarse una y otra vez, luchar consigo mismo, vencer, perder una parte de su alma... Abrumado, se puso en pie y caminó hacia el dormitorio. La pequeña luz de noche que había comprado iluminaba el precioso rostro de Evie y su maraña de rizos oscuros. Lo invadió una oleada de ternura. Quiso deslizarse bajo las sábanas, abrazar su cuerpo suave y dejarse caer en un sueño tranquilo.

Desvió de nuevo la vista hacia su móvil. El último mensaje de Miles seguía en la pantalla, como un grito de auxilio que su mejor amigo jamás reconocería. Echó una última ojeada a su cama, ahogó un suspiro y regresó al estudio.

## **James**

Yo tampoco puedo dormir. ¿Te importa que vaya a tu casa?  
Necesito enseñarte algo.

Apenas media hora después, Miles le abrió la puerta de su piso con cara de pocos amigos. Llevaba puesto un pantalón de chándal y una camiseta sudada.

James arrugó la nariz.

—Apestas, tío. ¿Cuánto tiempo llevas sin darte una ducha?

—Estaba dando unos golpes al saco, imbécil. Si esperas diez minutos, me daré una ducha rápida para que tu nariz de princesa no se ofenda. Puedes ir haciendo café, *milady*.

Se dirigió al cuarto de baño y James fue a la cocina para enchufar la cafetera. Mientras lo preparaba, abrió varios armarios al azar. Miles se enfurecería por el registro, pero necesitaba comprobar que no había botellas escondidas y que no encontraría hierba, pastillas o cocaína en una lata.

Después de servir las tazas, recorrió el resto del apartamento con paso rápido, revisando los escondites habituales. «Lleva dos años limpio», se recordó, tratando de detenerse. Se sentía sucio registrando la casa de su amigo, pero no podía evitarlo. Lo había visto a punto de morir, había sostenido su cabeza mientras vomitaba, había cuidado de su cuerpo mientras convulsionaba y ardía de fiebre, tratando de aferrarlo a la vida, y lo había duchado en estado semiinconsciente mientras rogaba a un Dios en el que no creía para que su amigo superara el síndrome de abstinencia y dejara de autodestruirse.

Tenía grabada a fuego la última recaída, que fue la peor de todas.

Miles estuvo desaparecido durante una semana. Una larga y eterna semana en la que James y Gerry trataron de localizarlo por todos los medios posibles, pero no hubo forma de dar con él hasta que el propio Miles lo telefoneó con la voz rota y desesperada, incapaz de pronunciar tres palabras con coherencia. Por suerte, James logró captar el nombre del hotel y se presentó allí para recoger el maltrecho cuerpo de su amigo en una suite en la que parecía haber caído una bomba nuclear.

—No quiero acabar como Aaron —sollozó Miles mientras lo arrastraba hacia el coche—. Hay tanto silencio dentro de mí... Ayúdame —suplicó con la voz quebrada, cayéndose a pedazos, y algo se rompió también dentro de James, porque su compañero de aventuras, su mejor amigo, el chico orgulloso e invencible, era solo una sombra de sí mismo que se ahogaba en un pozo del que no lograba salir.

Quiso llevarlo a un hospital, pero Miles se negó en redondo, así que acabó instalándose con él en la casa que sus padres tenían en los Hamptons. De repente, se encontró encerrado con un hombre enfermo y vencido que suplicaba ayuda y la rechazaba con la misma vehemencia. James todavía recordaba el terror con el que llamó a Drew Wigmore, que acababa de empezar su residencia en el Presbyterian, porque no sabía a quién recurrir. El antiguo capitán del equipo de *lacrosse* le pareció el único médico al que

podía consultar de manera extraoficial sin temor a que el escándalo acabara en primera plana de la prensa sensacionalista.

Drew insistió en que fueran a un hospital. Ante la negativa reiterada de Miles, que rechazaba ser ingresado otra vez, le dio a James las instrucciones necesarias.

No contento con prestar apoyo telefónico, Drew apareció de manera inesperada en los Hamptons con fármacos que le ayudarían a pasar la abstinencia (cuyo origen el joven doctor Wigmore se negó a explicar, así que James supuso que los había obtenido de manera ilegal) y la tarjeta de una clínica de Iowa con un exitoso programa de rehabilitación.

Miles nunca supo el papel que jugó Drew en su recuperación (ni siquiera recordaría su presencia en los Hamptons), pero James siempre estaría en deuda con él. Y una de las mejores formas de agradecerse lo fue guardando silencio sobre su ayuda para no meter en líos a aquel médico residente de primer año que, por una vez en su vida, se había saltado las normas para salvar a un antiguo compañero de clase que ni siquiera le caía bien.

James volvió al presente y se dio cuenta de que el ruido de la ducha había dejado de sonar. Echó un vistazo a la última habitación del piso, un pequeño gimnasio con un saco de boxeo en el centro. En la clínica de Iowa, donde Miles consiguió recuperarse, el doctor Newman le enseñó a liberar su oscuridad golpeando el saco. Tras echar una ojeada a los guantes tirados en el suelo, regresó a la cocina, y tres segundos después su amigo apareció con el pelo húmedo y vestido con ropa limpia.

—¿Qué tal el registro? ¿Todo en orden? —inquirió el cantante con tono indiferente, como si entendiera que James necesitaba invadir su privacidad para mantener sus propios miedos a raya.

James tuvo la decencia de sonrojarse e iniciar una torpe disculpa que Miles ignoró.

—Bien, ¿y qué hacemos los dos en mi cocina a las cuatro y cuarto de la madrugada? —preguntó el guitarrista con cierta sorna mientras daba un

sorbo al café.

—Ven, hay algo que necesito que escuches.

Sin pedir permiso, James se encaminó hacia el salón. Se sentó ante el teclado de su amigo, lo conectó y sacó la partitura de su nueva canción.

Cuando terminó de tocarla, se volvió hacia él, ansioso por conocer su veredicto. Miles parecía paralizado.

—¿Es tuyo? —Había cierta incredulidad en su voz, pero James no se ofendió. Aquella canción era distinta a todo lo que había compuesto hasta el momento.

—La he terminado esta noche.

—Tócala otra vez.

James obedeció.

—¿Qué te parece? —preguntó al terminar.

Miles permaneció en silencio. Recogió la partitura y la examinó.

—Es un dúo —dijo al fin sin levantar la vista de las páginas garabateadas—. ¿Quieres volver a cantar, James? ¿Competir conmigo en el escenario?

¿Competir? James ahogó un bufido. Miles podía ser un verdadero imbécil cuando quería.

De inmediato, el enfado fue sustituido por cierta euforia, porque con aquella estúpida pregunta el antiguo dios del rock había vuelto a asomarse a la vida, reclamando el centro del escenario.

—Está pensado para una voz femenina —explicó—. Necesitaríamos encontrar una colaboradora para esta canción.

—¿Una voz femenina? —Miles alzó el rostro con brusquedad y James pudo atisbar una espiral de emociones en aquellos turbulentos ojos verdes. Sin embargo, antes de que pudiera analizarlas, su amigo bajó la cabeza y continuó examinando la partitura. Tarareó algunos fragmentos y se rio entre dientes—. ¿Te has enamorado de nuevo, James? ¿Quién es ella?

Sacudió la cabeza. Se negaba a hablar de Evie con Miles. No quería romper la burbuja que ambos habían creado, dejarla salir a la realidad.

Estaban mejor en ese mundo propio lleno de silencios y sonidos, en el que ella le enseñaba a hablar con las manos y se comunicaban con una sexualidad desbocada, tierna, ruidosa, complaciente... Ella llenaba sus paredes de sonidos y él componía canciones que Evie jamás podría escuchar, igual que las cariñosas palabras que le susurraba en la cama porque se escapaban sin remedio de su boca. Promesas de amor eternas que nunca cumpliría, ruegos tiernos y encendidos que musitaba junto a la piel de su cuello, a sabiendas de que ella sentiría las vibraciones, pero no llegaría a conocer nunca su significado.

Era una burbuja cálida y perfecta. Nadie tenía derecho a atisbar el interior de aquel mundo privado que habían construido, y menos aún Miles, que era demasiado cínico en cuestiones sentimentales.

Así que ignoró su pregunta y le tendió otro papel.

—Aquí tienes la letra.

Miles la leyó. Al terminar, buscó su guitarra, se acomodó en un taburete alto e interpretó la melodía varias veces a modo de prueba.

—Te toca hacer de chica —ordenó, y James, un poco sorprendido, volvió a sentarse ante el teclado.

Vibrante, atrevida y compleja, *Good Moments* invadió el aire de la habitación. La voz áspera de Miles fue contrarrestada por la calidez del tono de James y, por un momento, ya no estaban en un piso del Soho, sino sobre un escenario. En la cabeza de James, Aaron tocaba la batería, acompañándolos en aquella canción cuya música hablaba de su loco enamoramiento por Evie, aunque la letra recordaba un tiempo perdido, la juventud que se les había escurrido entre los dedos, el amigo que no volvería, la fama efímera que les había robado una parte de sí mismos. Allí, en esa canción, estaba todo lo que importaba: Evie, por supuesto, pero también Miles, Aaron y ese pasado del que no lograba deshacerse y al que quería volver desesperadamente, la época llena de sueños e ilusiones que vivieron antes de que todo se torciera y el suelo se abriera bajo sus pies.

La última nota vibró en el aire, pero una energía nueva flotaba en el ambiente. Juntos eran capaces de hacer magia. James dirigió una mirada expectante a su amigo. ¿Sentiría también el reclamo de la música, la llamada de los escenarios, resonando como tambores lejanos que los atraían hacia la batalla?

El cantante dejó la guitarra en el suelo.

—Es muy buena —reconoció al fin.

—Perfecta para un regreso a lo grande —añadió James tanteando el terreno de manera descarada. Ambos necesitaban que The Wave resurgiera de las cenizas. Miles no se daba cuenta, pero la vida sin música los estaba matando poco a poco.

El cantante se pasó la mano por el rostro y gruñó con rabia.

—Llama a Gerry y dile que prepare el contrato con los de Red Moon Records —dijo al fin con cierta irritación.

James se levantó de un salto y abrazó a su amigo. Notó la resistencia de Miles, pero la ignoró y lo apretó con más fuerza hasta que él se rindió y aceptó su muestra de afecto.

Cuando se separaron, ambos parecían un poco conmovidos.

—The Wave está de vuelta. —James quiso aullar de felicidad.

Miles esbozó una sonrisa torcida.

—No cantes victoria. Necesitaremos al menos otras diez canciones.

James se rio y se sentó de nuevo ante el teclado.

—Estoy listo para empezar a trabajar.

Apenas cinco días después, firmaron el contrato con la discográfica.

En la sala de juntas, rodeado de ejecutivos que no les quitaban los ojos de encima, sostuvo en alto el bolígrafo plateado. The Wave volvía a ser una realidad. El fantasma de Aaron sobrevoló su mente e intercambió una mirada con Miles, seguro de que también estaba recordando al amigo

perdido. Las manos del cantante temblaron de forma casi imperceptible antes de estampar su rúbrica, pero James firmó con trazos seguros.

Sonrió satisfecho. Estrechó manos. Abrazó a Gerry. Palmeó la espalda de Miles. Escribió un mensaje de texto a Evie. The Wave estaba en marcha después de un largo periodo de hibernación.

Y, cuando salió de las oficinas de Red Moon Records, una pequeña voz interior, minúscula y susurrante, le recordó que la música siempre exigía un precio.

Un sacrificio.

*OceanofPDF.com*

## *E*vie, 13 años

Hizo un rápido gesto de despedida y se bajó del coche. Como todas las mañanas, su madre esperaba a que atravesara la puerta antes de marcharse. Evie se ajustó las correas de la mochila y sintió el doloroso peso sobre sus hombros de una carga que iba más allá de los libros, el estuche y el bocadillo del almuerzo. «Un día menos», pensó. Las vacaciones de primavera llegarían pronto y se enfocó en esa idea mientras se sumergía en la masa de alumnos que se apresuraban a entrar en el colegio. Mantuvo la barbilla erguida y la mirada fija en el edificio de ladrillo, ignorando el remolino febril de estudiantes.

Fingió una seguridad que no existía dentro de ella, interpretando un papel para un único espectador. Sentía los ojos de su madre clavados en su espalda. Como todas las mañanas, Leah Turner vigiló los pasos de su hija con cierta ansiedad: le asustaba que cualquier peligro pudiera arrebatarse a su pequeña. Vivía consumida por el miedo y Evie no soportaba ser la causa de sus temores.

Por esa razón, no le hablaba de los verdaderos monstruos que enfrentaba a diario.

En cuanto atravesó la puerta, dejó que sus hombros cayeran, bajó la cabeza y arrastró los pies camino a su taquilla con la vista puesta en el suelo. Solo quería pasar desapercibida.

Un año atrás creyó que era imposible sentirse más sola, ahogada en su silencio y sin apenas contacto con el mundo exterior. Tan solo se relacionaba con un puñado de personas: sus padres, su profesora de lengua de signos, la logopeda que le enseñaba lectura labial y la señora Partridge, cuyo café se había convertido en un pequeño refugio. El único contacto que mantenía con alguien de su edad era su prima Carol, con la que



intercambiaba mensajes ocasionales y a la que solo podía ver en verano porque vivía en Idaho.

Creyó que sabía lo que era la soledad, pero estaba equivocada.

Nunca se sintió más sola que en los pasillos del colegio, rodeada por cientos de alumnos y profesores. Allí, el silencio que la envolvía era más evidente que en ningún otro lugar.

Mientras recorría cabizbaja el pasillo, recordó el entusiasmo con el que había afrontado su primer día de clase. Creyó que volviendo a la escuela lograría recuperar su vida, la que se había detenido en el hospital de Rutland. ¡Qué equivocada había estado! Desde los primeros minutos, se mostró incapaz de seguir el ritmo de la clase a pesar de que la habían inscrito en un curso por debajo de su edad y, una vez que la profesora hizo pública su condición, nadie quiso acercarse a ella.

Y, sin embargo, meses después casi añoraba las primeras semanas de curso, cuando todo el mundo parecía ignorarla, cuando comía sola en la cafetería y se esforzaba por enterarse de algo en clase sin que ningún alumno supiera cómo dirigirse a la chica sorda. Por suerte, algunos profesores tenían en cuenta su condición, pero otros se limitaban a darle tareas y lecturas aparte. Algunas horas contaba con una intérprete en lengua de signos que le facilitaba el seguimiento de las clases. Su presencia solo servía para acentuar la diferencia con el resto de los alumnos.

Durante las primeras semanas, sus compañeros la habían ignorado. Luego algunos repararon en su presencia y el colegio se convirtió en su particular versión del infierno.

Como todas las mañanas, trató de pasar desapercibida entre la multitud de alumnos que se congregaba en el pasillo.

No lo consiguió.

El primer golpe le llegó en cuanto abrió la taquilla. Su mochila salió disparada al suelo y los libros se desparramaron por el pasillo. Quiso inclinarse a recogerlos, pero una mano la obligó a levantar la cabeza hasta

encontrarse con la cruel sonrisa de Courtney Templeton.

—Vaya, hemos tropezado.

Evie leyó sus labios y deseó cerrar los ojos. No lo hizo, porque conocía las consecuencias.

Como siempre, Courtney se movía junto a su inseparable camarilla. Evie notó que empezaban a sudarle las manos al verse rodeada de aquellas chicas malvadas que, por alguna razón que no llegaba a entender, la odiaban.

—Déjame en paz —dijo. Nunca sabía si era mejor hablar o callarse, pelear o fingir indiferencia. Al final, daba igual lo que hiciera.

—Shhh... No grites. Vas a molestar a todo el mundo con tus chillidos —respondió su acosadora. Evie echó un vistazo a su alrededor. ¿Había gritado o era la nueva forma en que Courtney había decidido torturarla? Todo el mundo las miraba. La mayoría de los estudiantes se reía, aunque también pudo ver tres o cuatro expresiones de lástima. Los odió a todos: a los que se burlaban y a los que la compadecían, pero nunca hacían nada para detener a sus opresoras.

A una seña de Courtney, sus amigas subieron la mano y se taparon la boca para que ella no pudiera entender lo que decían. No se daban cuenta de que ella aún no tenía tanta fluidez en la lectura labial y que, de todas formas, se perdía la mayor parte de sus palabras incluso aunque pudiera ver sus bocas.

Bajó los ojos. La agobiaba estar encerrada en aquel círculo, la hostilidad que percibía hacia ella.

Al principio quiso preguntar por qué lo hacían, pero ya no le interesaba. Solo quería que llegaran las vacaciones de primavera y perder de vista a Courtney y sus amigas y también a esos tres chicos del último curso que a veces la encerraban en aulas vacías o en los baños. Uno de ellos solía hacerle gestos obscenos en la cafetería. A veces la acorralaba en el pasillo y le decía cosas al oído que no podía escuchar, mientras se frotaba contra su cadera. Cuando se marchaba, Evie corría a los lavabos. Sentía náuseas, pero

nunca llegaba a vomitar.

Todos los alumnos empezaron a dispersarse y supuso que había sonado el timbre. Courtney y las demás se alejaron entre risas. Podía ver sus bocas abriéndose en carcajadas que no podía oír. Antes de irse, Courtney se agachó, recogió algo y le lanzó una mirada maliciosa antes de continuar su camino.

Evie miró confusa sus pertenencias. ¿Qué se había llevado esta vez? ¿Su cuaderno de Matemáticas o su desgastado ejemplar de *La historia interminable*? Recogió con rapidez sus cosas y las guardó de cualquier manera en la taquilla. Una vez más llegaría tarde a clase, pero a la profesora Eaddy no le importaría. Evie fingiría que, como no podía escuchar el timbre, no se había enterado del comienzo de las clases y su tutora le lanzaría una mirada compasiva antes de indicarle que ocupara su sitio.

Hasta la hora del almuerzo no descubrió qué se había llevado Courtney. Al entrar en la cafetería, vio sus dibujos. Estaban por todas partes, rasgados por la mitad o con la palabra «rara» escrita sobre ellos. Atónita y abochornada, contempló la destrucción de todos los sonidos que había intentado atrapar inútilmente.

Todos sus miedos exhibidos en público.

¿Por qué, de todos sus cuadernos, Courtney había tenido que coger el de sus dibujos, el más personal de todos? Sintió rabia y vergüenza.

Alzó el rostro. Cuchicheos, risas, miradas compasivas, gestos burlones... Las bocas se movían, todos la miraban, algunos la señalaban con mayor o menor disimulo. Le escocían los ojos y notó, horrorizada, que iba a romper a llorar.

Salió de la cafetería y corrió por los pasillos. Necesitaba alejarse de la primera planta y encontrar un lugar donde esconderse para estar sola y lamer sus heridas. Se metió en el aula de Fotografía, en la segunda planta, y permaneció allí unos minutos, tratando de calmarse.

Una vibración en el suelo le indicó que la puerta se había cerrado. Alzó el

rostro y vio a aquellos tres chicos del último curso. Brian Maddox, Elijah Cooper y Tim Carr.

No estaban allí por casualidad, comprendió cuando los ojos maliciosos de Maddox se posaron sobre ella. Tragó saliva y miró a la puerta. Los tres chicos se interponían en su única vía de escape. Hablaban entre ellos y se reían, pero era incapaz de leer sus labios. Ya la habían acorralado otras veces y siempre sentía un nudo en el estómago, porque sabía que en algún momento harían algo más que empujarla, decir cosas que no podía comprender y reírse.

La rodearon lentamente. Brian se situó frente a ella, con una sonrisa sardónica. Le acarició la mejilla y el cuello con su mano repugnante y sudorosa.

—Pobre estúpida, ni siquiera puede entender lo que le digo —se burló el chico, pero estaba equivocado porque en esa ocasión ella logró concentrarse lo suficiente como para leer sus labios.

—Dejad que me vaya —suplicó Evie. No tenía fuerzas para gritar. Solo quería salir de allí, volver a casa y sentarse en el banco junto a la ventana. El lugar donde estaba a salvo, donde nadie podía hacerle daño. Ya no quería ser valiente ni salir de su caparazón. No quería que nadie la viera.

La sonrisa de Brian se acentuó, como si supiera lo que estaba pensando, y ella cerró los ojos para controlar las lágrimas que amenazaban con desbordarse.

Podía sentir el calor de otros dos cuerpos a su espalda, rodeándola. Elijah y Tim no la habían tocado aún, pero era consciente de su presencia. Uno de ellos se inclinó un poco y una ráfaga de aire cálido cayó sobre su cuello. Decía algo cerca de su oído.

Quiso gritar.

## Capítulo 19

Añadió unas pinceladas de color blanco a la cresta de la ola y se alejó unos pasos para observar el resultado.

James le había pedido que pintara el resto de sus paredes y había acabado accediendo después de pasar tres días en su cama, de la que apenas salieron para comer y ducharse. Tres largos días de sexo adictivo, apasionado, tierno, salvaje, a veces incluso desesperado. Todo resultaba demasiado intenso con él. O tal vez era ella, que estaba perdiendo el control de sus emociones.

Había vuelto a Brooklyn sintiéndose culpable por haber abandonado a su prima durante ese tiempo, aunque en el fondo no creía que su desaparición durante unos pocos días le hubiera importado demasiado. A lo largo de la convalecencia de Caroline, Drew y Shanaya se habían ocupado de llevarla a clase, al médico y a la biblioteca hasta que el esguince curó por completo. Shanaya incluso hizo sus turnos en el hotel los fines de semana. Ninguno de los tres consideró a Evie capaz de ocuparse de ninguna de esas tareas.

La habían mantenido al margen y, desde que recibió el alta, apenas había coincidido con su prima. Así que Evie prácticamente había vivido en el piso de James, concentrada en pintar sus paredes mientras él trabajaba como un loco en la sala de música, de la que emergía horas después con el moño deshecho, la mirada abrasadora y excitado como un adolescente.

Tantos besos, tantas caricias, tanto sexo... Nunca parecía suficiente, como si ambos necesitaran concentrar años de emociones en un puñado de semanas.

Como si ambos supieran que no podrían tener más, que la burbuja que habían construido estallaría en cuanto la realidad consiguiera rozarla.

Todo era demasiado intenso, así que no le extrañó que, unas semanas después, la pared del salón de James se hubiera convertido en una ola inmensa, furiosa, dispuesta a devorar todo a su paso. Una ola feroz que arrasaría el mundo, inspirada en el tatuaje que el músico llevaba en el tobillo como homenaje a The Wave.

Las maderas del suelo temblaron bajo sus pies descalzos. Lo notó a pesar del plástico protector. James no había vuelto a entrar en la habitación desde que la había ayudado a mover los muebles, y ella se giró inquieta, esperando un veredicto que no llegó.

El dios nórdico estaba clavado en el centro de la estancia, paralizado ante aquel mar enardecido.

Los minutos pasaron despacio mientras el aire de la sala parecía evaporarse. Ninguno de los dos se movió y permanecieron así durante un largo tiempo: James, mirando el mural; Evie, observando a James.

Hasta que no pudo más.

—Si es demasiado, puedo volver a pintar las paredes —susurró.

La expresión de él se volvió salvaje.

—Ni se te ocurra —dijeron sus labios—. Puedo oírla, Evie. Tu ola suena a Beethoven. Así de loco estoy, que miro tu pintura y escucho una puta sonata.

Se pasó la mano por la cara, desesperado. No quedaba ni rastro del chico divertido y encantador, sino que estaba ante la versión torturada de la noche en que se conocieron. Evie leyó sus labios, pero sobre todo leyó la expresión aterrada de su semblante y no lo entendió. Hasta entonces James había parecido seguro de sí mismo, de lo que tenían juntos, de lo que eran.

Pero algo estaba cambiando en él.

Intuía que tenía que ver con la música, pero también con sus escapadas para controlar a Miles y las reuniones con los directivos de la discográfica. La burbuja empezaba a resquebrajarse; podía vislumbrar las primeras grietas.

No tuvo tiempo de continuar con sus reflexiones porque él se abalanzó sobre su cuerpo con tal ímpetu que empujó un bote de pintura y el color azul se desparramó sobre el plástico protector. Notó el frío de la pintura bañando sus pies descalzos y quiso avisarle del estropicio, pero él había capturado sus labios y la besaba con desesperación, aprisionando su rostro entre sus manos cálidas de dedos largos y elegantes, esta vez libres de anillos. La besaba como si quisiera beberse su alma, con una necesidad descarnada y furiosa, casi cruel. Nunca había sentido que nadie la necesitara hasta que llegó James.

Se aferró a él, clavando las uñas en su espalda, pegándose a su cuerpo hasta que no quedaba un resquicio de aire. Se arrastraron hasta el suelo, desnudándose a trompicones, sin conseguirlo del todo. Se le quedó una pernera del pantalón colgando del tobillo izquierdo y él solo logró sacar un brazo de la camiseta, mientras rodaban sobre el plástico, empapándose de pintura azul.

La boca de James bajó por su garganta y sus pechos, besándola a mordiscos, sin importarle encontrar piel o pintura. Evie se aferró a su cabello rubio, tirando hasta que logró deshacer el moño. Los cabellos liberados le hicieron cosquillas en el vientre mientras él la devoraba con ansia, haciendo que su cuerpo se retorciera.

Todo daba vueltas.

El placer era tan intenso que resultaba doloroso. Apenas podía respirar y necesitaba una tregua, necesitaba detenerlo antes de verse consumida por aquel músico loco e impulsivo que se escondía bajo la fachada de un chico encantador.

—¡Para! —suplicó.

Él obedeció y alzó la cabeza, jadeante. Los demonios bailaban de nuevo en sus ojos y ella quiso destruirlos, a sabiendas de que jamás podría hacerlo, porque no estaba destinada a luchar esa batalla.

Tendría que ocuparse él.

—Lo siento. —Parecía confuso y aturdido mientras se alejaba y revisaba el caos que habían creado durante el pasional arranque.

—Vamos a destrozarnos —dijo Evie sin saber muy bien de dónde venía aquella idea. Las alarmas habían saltado cuando James le comunicó que había firmado con la discográfica, pero se había negado a hacerles caso. Tal vez por esa razón seguía sin bajar las barreras, entregando el cuerpo y guardándose el alma, a pesar de la paciencia con la que él trataba de desarmarla, de descubrir los oscuros secretos que escondía con celo, todas las heridas que nunca mostraba.

A veces deseaba que se diera por vencido.

Un par de minutos después, James la ayudó a ponerse en pie. Evie terminó de quitarse el pantalón y se dejó llevar a la ducha. Él había recuperado su autocontrol. Sostuvo su mano con delicadeza, soltándola solo para abrir los grifos. Ambos se metieron bajo el agua. Se lavaron el uno al otro, muy despacio, con largas caricias jabonosas, mientras el agua teñida de un azul intenso desaparecía por el desagüe. Él habló sin parar, pero ella hizo trampa y cerró los ojos para no leer sus labios. Solo quería sumergirse en el silencio; por una vez, quería quedarse sola en su mundo sin sonidos, lejos de todo lo que pudiera dañarla.

Comprendió, sorprendida, que el silencio no siempre era una cárcel, que también podía convertirse en refugio.

Le había llevado más de una década aprender esa lección.

—«No creo que sea fácil ser la novia de un rockero» —señaló Caroline



dos tardes después, poniendo letra a sus temores. Evie empezaba a comprender que, cuando grabara el disco en el que estaba trabajando, la vida de James cambiaría de forma irremediable.

Removió la ropa que se amontonaba de cualquier forma sobre la cama de su prima, como si buscara una prenda concreta.

—No somos novios —aseguró al cabo de un rato.

Carol se encogió de hombros y se puso una falda negra. Su madre le había hecho un pequeño ingreso por su próximo cumpleaños y había decidido gastarlo en invitar a cenar a Drew y a Shanaya para agradecerles su apoyo cuando tuvo el esguince. También había invitado a Evie, pero su prima había preferido no acompañarlos al restaurante.

—«Deberías venir» —signó Caroline.

Evie se mordisqueó el pulgar. No pintaba nada en aquella cena, puesto que en realidad nadie le permitió cuidar de su prima. Cada tentativa que hizo fue rechazada con amabilidad, como si fuera una niña a la que había que mantener lejos de las responsabilidades adultas. Había tratado de ocultar su irritación, pero seguía molesta. Carol, Drew y Shanaya dieron por sentado que ella no tenía nada que aportar.

—«¿Estás enfadada?» —preguntó Caroline a través del espejo.

Se apresuró a negar con un movimiento rápido de cabeza. Su prima se dio la vuelta y escudriñó su rostro hasta que ella se rindió y confesó por señas su malestar.

—«No me di cuenta, lo siento».

—«Estoy cansada de gritarle al mundo que soy capaz de hacer lo mismo que cualquier persona. La verdad es que empiezo a dudar. Ni siquiera he sido capaz de encontrar un empleo. Y hasta mi compañera de piso me trata como a una niña pequeña».

Carol se sentó frente a ella. Un par de mechones verdes cayeron sobre su ojo izquierdo y se apresuró a retirarlos con un ademán brusco.

—Tus padres...

—Quiero muchísimo a mis padres —la interrumpió Evie—, pero me sentía asfixiada en casa. Y me siento asfixiada aquí contigo. No necesito que me protejas del mundo.

Se calló de golpe. No estaba acostumbrada a compartir tanto de sí misma y ni siquiera con su prima era capaz de desgranar sus emociones. Cerró los ojos, tratando de levantar sus muros. Cuando volvió a abrirlos, se encontró con la expresión avergonzada de Caroline.

—«Estaba celosa de ti —reconoció. Signaba despacio, como si le costara reconocer su debilidad—. Toda nuestra infancia estuve muerta de celos».

—¿De qué estabas celosa? Creí que nos llevábamos bien.

—¡Sí! —se apresuró a asegurar en voz alta. Después, volvió a utilizar las manos—. «Te quería mucho. Eras como una hermana pequeña, pero también sentía envidia. Vivías en una casa preciosa, con unos padres que te adoraban y tus únicas preocupaciones eran hacer los deberes y jugar».

Evie se removió inquieta, aunque aún no parecía entender las diferentes situaciones que vivieron de niñas. Caroline se frotó los muslos, exasperada, antes de lanzarse al vacío.

—«Mi padre se fue cuando yo era un bebé. Mi madre siempre necesitó dos trabajos para que saliéramos adelante. Estaba todo el tiempo cansada y de mal humor y apenas la veía. Vivíamos en un apartamento pequeño...».

Dejó caer las manos. ¿Cómo explicarle el resto a su prima? Para Caroline, Vermont era su particular versión del cielo. Porque allí volvía a ser una niña y no tenía que ocuparse de sacar la ropa de la secadora, prepararse su propio almuerzo y comprar leche para el desayuno. Su madre no podía con todo y, a medida que crecía, Carol asumió cada vez más responsabilidades. Así que llegaba a Bridgewater, a aquella preciosa casa con la valla blanca, con dos adultos amables y cariñosos y una niña feliz que trepaba a los árboles, tenía docenas de libros y hablaba sin parar de sus clases de esquí.

—«Deseaba tener algo que tú no tuvieras —reconoció—. Cada año,

cuando volvía a casa, comparaba mi vida con la tuya y deseaba que perdieras algo, lo que fuera, para que no hubiera tanta diferencia entre nosotras. Me sentía mezquina y cruel, pero no podía evitarlo».

—Eras solo una niña —musitó Evie.

—«Y luego te quedaste sorda —continuó Carol, ignorando su intervención. Tragó saliva—. Y sé que yo no tuve nada que ver en lo que te pasó, que estaba a dos mil millas de distancia cuando sucedió y aun así...».

—Te sentiste culpable.

Asintió con un nudo en la garganta. Incapaz de mirar a su prima, se levantó y se dirigió hacia la ventana. Qué ridículo parecía todo cuando lo expresaba en voz alta. Se había sentido culpable y, por esa razón, se había apresurado a aprender la lengua de signos y a mantener un contacto constante con Evie. Y, cuando ella quiso salir de casa, le ofreció vivir juntas, a pesar de que Caroline apenas podía hacerse cargo de su propia vida.

—¿Por eso te comportas así?, ¿por eso me proteges de forma exagerada?

—preguntó Evie a su espalda.

Debería girarse para responder, pero en aquel momento Carol no se sentía capaz de enfrentarse a más verdades, de contarle todo lo que había pasado desde que había llegado a Nueva York: la falta de dinero, el tiempo que pasó viviendo en el coche de Shanaya, la infructuosa solicitud de becas y ayudas para estudiantes, las multitud de pequeños empleos que había realizado tratando de que sus estudios no se vieran afectados, las semanas en que subsistía con lo mínimo para poder pagar un libro, la vergüenza de haber aceptado el dinero de sus tíos a cambio de vigilar a su prima... Le picaban los ojos. Apoyó la frente en el cristal y dejó caer los párpados, reuniendo todo el autocontrol posible. No los abrió hasta que Evie le dio un golpe afectuoso en el hombro.

—No fue culpa tuya, Carol, pero eso ya lo sabes.

—Lo sé —dijo sin volverse, de forma que Evie no pudo leer sus labios.

Luego se giró y la abrazó.

—Vamos, iré a esa cena.

La abrazó con más fuerza, y una hora después Evie estaba sentada en un restaurante italiano, viendo como Drew contemplaba a su prima con devoción y Shanaya y su novia, una pelirroja con la piel cubierta de diminutas pecas, procuraban que se integrara en el grupo sin depender de las traducciones de Caroline.

Y, durante una noche, fue como cualquier otra chica de veintidós años.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 20

—«Drew me besó la otra noche» —signó Caroline con expresión perpleja durante el desayuno. Llevaba tres días dando vueltas al asunto sin atreverse a creerlo.

Evie se mordió el labio para no soltar una carcajada, pero el asombro de su prima la divertía. Parecía ciega en cuanto a la evidente atracción que despertaba en aquel hombre serio y tranquilo.

—¿Y se lo devolviste?

—«¿El beso? Sí, aunque no sé muy bien por qué».

Caroline cerró los ojos. Cada vez que bajaba los párpados, veía el rostro de Drew inclinándose sobre ella y su corazón volvía a latir con una violencia inusitada. Todo había sucedido al salir del restaurante tras la cena de agradecimiento a la que había invitado a sus amigos. Se habían divertido mucho. Shanaya y su novia, la pecosa Reagan, se esforzaron para que su prima se sintiera integrada; y Drew... bueno, había sido Drew: poco hablador y atento, con esas ridículas gafas que tan bien le sentaban, a pesar de que resbalaban continuamente por el puente de su nariz.

A Caroline le gustaba mirarlo de reojo cuando él no se daba cuenta. Le gustaba espiar su semblante serio, sus gestos tranquilos y seguros, el leve movimiento, casi imperceptible, en su comisura izquierda cuando ella hacía algún comentario gracioso. También le gustaba escuchar su voz grave y

pausada, el ligero carraspeo que emitía de forma inconsciente antes de recolocarse las gafas o cuando, sin darse cuenta, tarareaba por lo bajo una canción que sonaba en la radio del coche. Le resultaba encantador el ligero sonrojo de sus mejillas al darse cuenta de que estaba cantando y que ella había sido testigo de su pérdida de autocontrol.

Entonces parecía más joven, casi un chiquillo al que hubieran atrapado incumpliendo las normas.

También lo observó durante la cena en el restaurante italiano. No pudo evitarlo. Por alguna inexplicable razón, sus ojos lo perseguían. Una de las veces él la pilló y enarcó una ceja, solo una, y Caroline notó de repente un intenso calor, como si tuviera fuego bajo la piel. No habría importado demasiado, pero descubrió que Shanaya la estaba mirando. La expresión de su mejor amiga, enigmática y calculadora, no le gustó un ápice, así que se concentró en signar para su prima y olvidarse de médicos guapos y amigas entrometidas.

Al final, su entrometida amiga se las había arreglado para rechazar la propuesta de tomar una copa en un bar cercano y se había llevado a su novia y a Evie.

—Tu prima tiene aspecto de estar cansada. La dejaremos en casa —aseguró Shanaya mientras empujaba a Evie dentro de un taxi.

Atónita ante la burda maniobra, Carol se volvió hacia Drew y descubrió su expresión satisfecha.

—¿Quieres tomar esa copa o damos un paseo? —preguntó él tras un ligero carraspeo. Luego empujó las gafas de nuevo a su sitio.

Ella accedió al paseo. Caminaron por las calles, charlando de todo y de nada: libros, sueños, recuerdos... Drew le contó sobre su familia y antes de darse cuenta ella estaba hablando sobre Evie, confesando sus celos del pasado y el sentimiento de culpa que la había perseguido desde la adolescencia.

Habían llegado a Sutton Place. Carol se calló al darse cuenta de todo lo

que había revelado sin proponérselo. Recorrieron en silencio el trecho que los separaba del río Este y se detuvieron junto a la barandilla para observar el puente de Queensboro. Las luces sobre la estructura de celosía arrancaban destellos dorados a las aguas oscuras.

En algún lugar cercano, un músico callejero tocaba al teclado *Someone to Watch Over Me*, de George Gershwin.

—Me gusta cumplir las normas que no importan —dijo Drew de repente—. Por eso, todo el mundo piensa que siempre actúo conforme a lo que se espera de mí. Pero no es cierto.

—No me lo creo. Dime una sola vez que rompieras las reglas.

Drew tenía la vista fija en el puente.

—Una vez robé medicamentos en el hospital.

Caroline se rio incrédula, pero se puso seria al notar la ligera tensión de su barbilla.

—No puedo creerlo... ¿Por qué harías algo así?

Estuvo tanto tiempo callado que creyó que no contestaría.

—Alguien que conozco las necesitaba. Las necesitaba de verdad —explicó al fin, volviéndose hacia ella.

—¿Un amigo?

—No, en realidad nunca fuimos amigos.

Se quedaron quietos, el uno frente al otro. El viento jugueteó con el pelo de Carol y él retiró con delicadeza un mechón que había caído sobre su frente.

—Hay más reglas que quiero romper —explicó entonces. Y su voz, suave como una caricia, sonó más ronca.

—¿Cuáles?

—Todas las importantes. —Tomó aire y se inclinó un poco. El corazón de Carol dio un vuelco—. No seguiré los pasos de mi padre. No seré un cardiólogo famoso en un hospital para gente rica. Quiero continuar en pediatría, en algún lugar donde mi trabajo realmente aporte algo a la

comunidad... —Se detuvo un momento para quitarse las gafas y, por primera vez, sonrió de verdad. Una sonrisa enorme, honesta y preciosa—. Y no quiero salir con ninguna de esas chicas tan convenientes que mis padres invitan a las fiestas con la esperanza de que siente la cabeza con alguna de ellas.

Carol parpadeó confusa.

—¿Ah, no?

—No. —Su expresión se había vuelto tierna—. Me gustaría mucho salir con cierta chica de pelo verde. Estoy loco por ella, aunque creo que no se ha dado cuenta... Se enfada cuando la llamo «duende», porque cree que me burlo de ella, pero en realidad es porque creo que está llena de magia. ¿Tú crees que querrá tener una cita conmigo?

Si un rayo hubiera caído en ese instante sobre ellos, a Caroline no le habría sorprendido tanto como aquella declaración y, sobre todo, su propia reacción, porque, de pronto, había descubierto que lo que más quería en el mundo era tener una cita con él y explorar todas las normas que podía hacerle romper.

—¿Quieres tener una cita conmigo, Caroline? —repitió Drew en voz tan baja que ella tuvo que acercarse un poco más para oírlo.

Aturdida, se escuchó aceptar y entonces él inclinó su larga estatura sobre ella, se detuvo a unos milímetros de sus labios y acarició su barbilla con suavidad. Más tarde comprendería que todos aquellos gestos lentos solo tenían como propósito que ella pudiera detenerlo si así quería. Pero Caroline se acercó un poco más, como si un potente imán la atrajera, y solo entonces Drew la besó.

Tres días después, sentada ante la mesa del desayuno frente a su prima, aún podía sentir el sabor de aquel beso.

—«Esta noche tengo una cita con Drew» —anunció.

Y se preguntó por qué Evie no parecía más sorprendida ante sus palabras.



En su segunda visita al Museo de Arte Moderno de Nueva York, Evie asistió a una exposición temporal en la segunda planta que reunía trabajos de algunos de sus artistas favoritos, como Edward Hopper, Georgia O'Keeffe, Charles Burchfield y Arthur Dove. «Arte deprimente», había signado Caroline cuando le enseñó el folleto después del desayuno y se negó a acompañarla con una mueca de desagrado. Entonces pensó en llamar a James. Habían intercambiado algunos mensajes, pero no se habían visto desde el intenso arranque que vivieron junto a la ola que pintó en su salón. Él había estado ocupado vigilando a Miles y conociendo al nuevo batería del grupo; ella había regresado a Brooklyn. Ambos necesitaban algo de espacio.

Así que no lo llamó y fue sola al museo. Sin embargo, apenas vio la exposición. Una única obra acaparó su atención: *El mundo de Christina*, de Andrew Wyeth. Durante lo que parecieron horas, permaneció anclada frente a la pintura, ajena al resto de los visitantes y al paso del tiempo, inmersa en la angustia de una mujer vestida de rosa que, bajo el cielo nublado, se arrastraba como un naufrago por la hierba seca, tratando de llegar a la casa sobre la colina.

Evie conocía bien la historia del cuadro, pintado hacia la mitad del siglo xx. El autor se había inspirado en su vecina, que no podía caminar a causa de una enfermedad degenerativa que sufrió cuando era niña. Christina Olson se negaba a utilizar silla de ruedas y se desplazaba arrastrándose por el suelo, con el impulso de sus brazos. Llegar a casa, lo que para otros era un agradable paseo, suponía para aquella mujer un esfuerzo titánico.

Salió del museo aturdida por la sombría belleza del cuadro, por la fragilidad y la fuerza que emanaban de Christina, por la atmósfera de terror gótico que flotaba en el ambiente y por la inesperada conexión que sentía (de nuevo) con una pintura.

Durante el resto de la mañana recorrió Manhattan con la cámara de fotos en la mano, la magnífica Nikon que su padre le había regalado cuando

decidió tomar un curso de Fotografía en la universidad. Retrató los imponentes rascacielos y las montañas de basura que se acumulaban en las esquinas, una pareja besándose junto a un grafiti sangriento, pájaros grises emprendiendo el vuelo y una bailarina callejera que se balanceaba siguiendo una melodía que Evie no podía escuchar.

Su paseo la llevó hasta el barrio de James.

Lo echaba de menos. No tenía sentido negarlo, así que paró en un local para comprar dos cafés y se dirigió a su edificio. Todavía le faltaba por pintar el pasillo y no podían rehuirse eternamente, así que subió en el ascensor y utilizó la llave que él le había dado.

Dejó las bebidas en la cocina. El salón volvía a estar en orden, todo colocado en su sitio, pero con el añadido de aquella inmensa ola que parecía a punto de devorar el mundo y que cambiaba por completo la habitación.

Por intuición, entró en la sala de ensayos. Allí encontró a su rockero, inclinado sobre el piano, haciendo volar las manos sobre las teclas. Lo observó desde la puerta, sin atreverse a entrar, como si se tratara de un recinto sagrado. Sus movimientos eran fluidos, apasionados. James tocaba tal como hacía el amor, con la misma ternura, con la misma intensidad, a veces salvaje, a veces dulce, a veces desesperado. ¿Cómo serían los sonidos que arrancaba del piano? Había una parte de él que Evie nunca podría alcanzar, una parte inmensa de la que tendría que mantenerse apartada. ¿Podrían coexistir el silencio de ella y la música de él, o la distancia entre ambos mundos acabaría por separarlos?

¿Cómo podría amar a un hombre completo si la parte más importante de él le permanecería vedada para siempre?

Despacio alzó la cámara y tomó varias fotografías, tratando de entender las emociones que James vertía en las teclas.

Él se detuvo con brusquedad y se giró. La desesperación aleteaba de nuevo en sus pupilas. Evie dejó la cámara en el suelo, se acercó a él y permitió que rodeara su cintura con los brazos y que apoyara la cabeza en

su vientre. La apretaba con fuerza, como si necesitara aferrarse a ella para no caer. Se inclinó un poco y lo abrazó, porque ella también se encontraba al borde del precipicio.

—¿Qué sucede? —preguntó al cabo de unos minutos. Con suavidad, se separó y se puso en cuclillas para ver su rostro.

Odió que no pudieran comunicarse de forma directa, que él tuviera que moverse para utilizar una de las páginas con pentagramas que solían amontonarse sobre la tapa del piano. Garabateó algo con el lápiz que usaba para anotar compases y luego le tendió la hoja.

Tenemos nueva batería.

—¿Y qué tal? ¿Es bueno? —preguntó sin entender muy bien qué estaba sucediendo.

Tras una ligera vacilación, James volvió a escribir.

Es mejor.

Evie contempló perpleja la elegante caligrafía. ¿Mejor? ¿Mejor que el resto de los percussionistas? ¿Mejor de lo que había esperado? ¿O acaso...?

—¿Mejor que Aaron? —preguntó.

James cerró los ojos y solo entonces Evie notó que las manos de él temblaban con violencia. Volvió a abrazarlo y ambos se dejaron caer al suelo, sin soltarse. Él hundió el rostro en su cuello y sollozó; sus lágrimas calientes salpicaron la piel de Evie.

Tantas heridas... ¿Cómo harían para sobrevivir sin desangrarse?

Horas después, más calmados y con el estómago lleno tras pedir un delicioso ramen a un restaurante japonés cercano, él quiso ver las fotos que había tomado. Presa de un extraño ataque de pudor, se negó a enseñárselas, como si mostrarle la forma en que trataba de atrapar los sonidos con su cámara pudiera evidenciar aún más el abismo que se extendía entre su

mundo silencioso y el de James.

No pareció molesto ante su negativa. Se encogió de hombros y sacó el móvil. Abrió el chat que compartían, con semblante travieso.

Yo también he hecho algunas fotos.

—¿Qué tipo de fotos? —preguntó, curiosa.

Fotos de tus murales. Los he colgado en mi Instagram y esta mañana me escribió una mujer, una tal señora Hartman, del Upper West Side. Le ha gustado tu trabajo y quiere contratarte para decorar la pared del dormitorio de sus hijas adolescentes.

Leyó varias veces el mensaje, incrédula.

—¿Quiere contratarme?

Parece ser que tienes trabajo, si lo quieres.

Evie asintió, sin despegar los ojos del móvil. Era un principio.

## *E*vie, 14 años

—«En esta clase vais a hacer algo que la mayoría creéis imposible, algo que pensáis que está fuera de vuestro alcance...».

El profesor Thorn hizo una pausa cargada de intención dramática y paseó sus ojos oscuros por los estudiantes. Evie pudo apreciar en ellos un brillo especial, un fuego interior, cálido y hermoso. Nunca, en sus catorce años de vida, había visto un hombre tan guapo fuera de la pantalla de cine. Se volvió hacia Shui Mei y arqueó las cejas. Su compañera rio. Minutos antes de entrar en el aula, le había asegurado que aquella iba a ser su clase favorita. Tal vez Shui Mei creyó que un profesor atractivo sería un buen aliciente para que la hosca alumna que acababa de incorporarse a la escuela Haverhill empezara a mostrar un poco de entusiasmo por su nuevo colegio.

Pero Evie seguía sin sonreír, aún asediada por los recuerdos del curso anterior.

—«En esta clase vais a derribar barreras, vais a aprender que no tenéis que vivir a medias. Vais a aprender que no hay nada que no podáis hacer».

El entusiasmo de Grayson Thorn resultaba contagioso. Toda la clase, incluso Evie, a pesar de sus reticencias, estaba pendiente del movimiento de sus labios. En Haverhill, la única escuela para sordos del estado de Vermont desde que cerró Austine, se apostaba por el método bilingüe de enseñanza. La mayoría de las asignaturas se estudiaban en lengua de signos, pero también había materias orales y se trabajaban la lectura y la escritura en inglés. Evie habría preferido que la lengua oral hubiera quedado desterrada para siempre de su vida. Durante el curso anterior, las horas en las que no contaba con una intérprete, dependió de la lectura labial para entenderse con compañeros y profesores de su antiguo colegio. Creyó que en un internado para chicos sordos no tendría que hacer ese esfuerzo. Sin

embargo, en Haverhill, además de los signos, se hacía hincapié en practicar la lectura de labios con la intención de proporcionar a sus alumnos todas las herramientas necesarias para integrarse en el mundo fuera del internado. Eso era en la teoría, porque, en realidad, pese al esfuerzo del profesorado, los signos dominaban la educación y la comunicación de los alumnos, salvo en las clases obligatorias en inglés.

Shui Mei le dio un codazo y Evie se concentró en la figura del profesor Thorn.

—«En esta clase vais a escuchar música, vais a hacer música».

Incrédula, resopló. El maestro detuvo su explicación.

—«¿Algún problema, señorita Turner?».

Evie sacudió la cabeza.

—«¿En serio? Me ha parecido que algo le disgustaba...».

Había algo burlón en aquella sonrisa y, de pronto, ya no le pareció tan atractivo. No era más que un profesor engreído que trataba de divertirse a su costa. Molesta, se encogió de hombros. Le daban igual aquella estúpida clase y aquel profesor presuntuoso. Le daba igual haber tenido que dejar su casa y su pueblo, haber tenido que despedirse de sus padres y trasladarse a la otra punta del estado para compartir habitación con una desconocida y empezar en un nuevo colegio.

Solo quería que la dejaran en paz.

—«Me parece que no cree que pueda escuchar música. ¿Es así?» — insistió el señor Thorn con una sonrisilla petulante.

—«Somos sordos» —indicó Evie solo con las manos.

—«Utilice también la voz, señorita Turner. Ya conoce las normas en esta clase».

Evie torció la boca. Lo odiaba. Odiaba que aquella estúpida escuela se empeñara en que utilizaran la lengua oral. ¡Eran sordos, por el amor de Dios, y todos allí conocían la lengua de signos! ¿Qué sentido tenía? ¿Por qué utilizar una voz que no podía escuchar? Lo odiaba. Lo odiaba. Lo

odiaba. La rabia ascendió desde su estómago, traspasó su garganta y cobró vida.

—¡Somos sordos! ¡Sordos! ¿Hablar? ¿Oír música? ¿Cómo vamos a escuchar música si no podemos oír? Yo no puedo oír nada. ¡Nada! A lo mejor usted puede disfrutar de la música con esos bonitos audífonos que lleva, pero hace cuatro años que yo no puedo escuchar un solo sonido, cuatro años sin oír una canción. ¿Por qué se burla así de nosotros? ¡No es justo!

Grayson Thorn miró pensativo a su alumna. Evie jadeaba un poco y le ardían las mejillas. ¡Qué pérdida de tiempo! ¿Para esto la habían mandado lejos de Bridgewater? Después de los acontecimientos del curso anterior, creyó que su madre permitiría que regresara a la educación desde casa, pero la doctora Anderson y la profesora Eaddy convencieron a Frank y Leah Turner de dar una oportunidad a Haverhill.

Y, allí estaba, en un internado para niños sordos, con un maestro empeñado en que los jóvenes rompieran sus límites.

El profesor Thorn se llevó la mano a la oreja, desconectó su audífono, se lo quitó y lo guardó en el bolsillo. Lo hizo todo con movimientos pausados, sin perder la calma a pesar de la actitud agresiva de su alumna. Evie lo contempló atónita.

—«Ahora estamos en condiciones similares, señorita Turner. Y le digo que puedo escuchar música, que puedo hacer música. ¿Me cree?».

Evie sofocó un gruñido. Todos sus compañeros la miraron, aunque no había malicia en sus ojos. Tampoco lástima ni indiferencia, solo curiosidad por saber qué iba a hacer o decir la chica nueva que siempre estaba enfadada. En ese momento descubrió que, pese a su inquietud, se sentía segura entre sus nuevos compañeros, sin temor a que se burlaran de ella o la atacaran en cualquier momento. Tal vez podría hacer amigos en Haverhill.

—«¿Me cree, señorita Turner?» —repitió el profesor Thorn.

—La verdad es que no —respondió algo más tranquila.

—«Bien, entonces tendré que demostrárselo. Descálcese y póngase delante de sus compañeros».

Quiso pedirle que la dejara en paz, que no la utilizara de conejillo de Indias para sus ridículos experimentos con niños sordos, pero no dijo nada. En su lugar, se quitó las bailarinas y avanzó hasta ponerse al frente de la clase, con la barbilla erguida, desafiando a cualquiera que osara a burlarse de ella. Nadie lo hizo, sin embargo. Todos parecían entender lo que estaba pasando. Desde su puesto en el semicírculo de estudiantes, Shui Mei le hizo un gesto de apoyo.

El profesor se dirigió hacia un armario y regresó con un tambor. Se situó frente a ella y lo dejó en el suelo.

—«Vas a hacer música y vas a escuchar música, Evie. Te lo prometo. ¿Podrías confiar en mí? No será igual que antes, pero en la vida no hay un único camino para llegar a tu destino».

Lo estudió dubitativa. Había desaparecido la sonrisa engreída y su rostro lucía una expresión amistosa. Reticente, se agachó y cogió el tambor. Pesaba más de lo que parecía. El señor Thorn la ayudó a colocárselo, pasando una cinta por encima de su hombro izquierdo. La caja de resonancia quedó a la altura de su estómago. El maestro le tendió una baqueta que ella estudió, sin decidirse a cogerla. Permanecieron en esa postura un buen rato, pero él no la apremió. Esperó con paciencia hasta que ella alargó la mano.

—«Golpea con fuerza» —ordenó.

Evie tragó saliva. Había un brillo expectante en los oscuros ojos de su profesor. Él esperaba algo de aquella prueba horrible y, por un momento, deseó que tuviera razón: deseó escuchar música otra vez. Porque ella había amado la música antes de que todo cambiara, antes de sumirse en el silencio y que el mundo se volviera gris. En algún lugar de su interior guardaba, como un precioso tesoro, ecos de las canciones que conocía y que nunca volvería a escuchar. ¿Podría recuperarlas, o al menos una parte de ellas?



¿Sería cierto o solo otra mentira que tendría que enfrentar?

Alzó la mano. Sus dedos temblaban un poco, pero se obligó a calmarse.

Inspiró.

Fijó la vista en Grayson Thorn, desafiándolo o suplicándole, no sabía bien, y dejó caer el brazo con todas sus fuerzas. La madera chocó violentamente contra la membrana y entonces lo sintió: una conmoción recorrió los huesos de su brazo y algo explotó dentro de su pecho. Fue un estallido fulminante que reverberó por todo su cuerpo y que se convirtió en una explosión naranja.

Abrió la boca, sorprendida. Toda ella vibraba.

La mano del profesor Thorn en su hombro la hizo volver a la realidad. Alzó la cabeza y tropezó con su rostro serio, casi solemne, como si supiera que Evie acababa de vivir un momento único, catártico. Uno de esos momentos que lo cambian todo.

—«Golpea siguiendo este ritmo: un, dos, tres, un, dos, tres» —indicó marcando los golpes en el aire con el dedo índice.

Evie asintió y repitió el gesto. Las vibraciones rítmicas recorrieron su cuerpo. Las sentía en el estómago, extendiéndose por todas partes, desde los dedos de los pies hasta la punta de sus cabellos. Vibraba entera al son de aquellos ritmos que se estaban convirtiendo en una melodía, cada vez más rápida, más fuerte, casi violenta, hasta que la música la envolvió, despertando un remolino de sensaciones y recuerdos en cada golpe.

Uno. Las chicas, mirándola con desdén.

Dos. Sus antiguos profesores, tratándola como si fuera diferente.

Tres. Las comidas en soledad en la cafetería. Un día y otro y el siguiente...

Uno. Los empujones en el pasillo.

Dos. Las bocas, riéndose con burla cuando se acercaba a algún grupo en el patio.

Tres. Aquellos chicos estúpidos del último curso...

Uno. La soledad.

Dos. La rabia.

Tres. Todas las lágrimas que vertió en su almohada.

Uno. El aula vacía y aquellos chicos, rodeándola.

Dos. El aliento caliente en su cuello.

Tres. El miedo, el miedo, el miedo...

Había perdido el ritmo. Golpeaba frenética el tambor, mientras todo su cuerpo vibraba. Cada golpe era una bocanada de ira que se evaporaba de su interior, liberándola por fin de su rabia.

Y supo que ya no viviría apresada en el recuerdo de aquella aula de Fotografía, en el miedo que pasó antes de gritar con todas sus fuerzas y que la profesora Eaddy entrara a tiempo de detener a los tres chicos y poner a salvo a su alumna de cualquier maldad que pensarán cometer.

Exhausta, soltó la baqueta y se dejó caer al suelo. Solo entonces notó que tenía las mejillas húmedas y que su cuerpo temblaba con violencia. Alguien se inclinó sobre ella. Tuvo que parpadear varias veces antes de reconocer al señor Thorn. Ya no estaba en su viejo colegio, sino en Haverhill, a muchas millas de casa, en un lugar donde nadie la miraba con desdén ni con lástima, donde nadie se burlaba de ella ni le hacía pasar miedo. Un lugar donde una chica paciente y comprensiva estaba empeñada en ser su amiga y un maestro amable quería devolverle la música.

Tal vez había encontrado un refugio en Haverhill.

—«¿Estás bien?» —signó el profesor.

Asintió varias veces.

—«Estoy bien. No sé qué me ha pasado». —Estaba algo avergonzada por su explosión pública.

—«Esto es lo que hace la música con nosotros. Nos toca dentro, en nuestras emociones más profundas. Por eso la necesitamos tanto, sordos u oyentes, da igual. No puedes oír, pero tienes otros cuatro sentidos para percibir la música. ¿Me dejarás que te enseñe a utilizarlos? Necesitas la

música, todos la necesitamos».

Evie sintió el intenso silencio que la rodeaba. Era el mismo silencio que la había acompañado durante los últimos años, pero que, de repente, parecía más ligero.

Había tocado un instrumento. Había sentido la música.

Las siguientes lágrimas fueron de agradecimiento.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 21

Observó frustrado la montaña de partituras garabateadas que se acumulaban sobre el piano. Nunca fue un compositor asiduo, aquel siempre fue el papel de Miles, que tenía una capacidad única para escribir músicas y letras capaces de electrizar al público. James era mejor intérprete que compositor, aunque en ocasiones emergía de su interior un destello de genialidad y lograba crear una canción perfecta.

Nunca entendió bien su proceso creativo ni se preocupó por explorarlo. Miles nutría a la banda de suficientes canciones y él podía permitirse el lujo de aportar un par de temas brillantes tan solo de vez en cuando.

Pero Miles ya no escribía música. También él se había quedado en silencio tras la muerte de Aaron, aunque nunca hablaban del tema.

Así que el nuevo disco dependía por entero de James si no querían acabar recurriendo a compositores externos a la banda. Llevaba semanas trabajando como un loco en varias canciones, pero no había logrado ninguna partitura digna desde que escribió *Good Moments*. Todas sus canciones resultaban mediocres y se sentía un impostor. Alguien que trataba de adueñarse de un papel que no le correspondía.

Frustrado, recogió las partituras inservibles para tirarlas a la papelera. Se notaba inseguro y se veía caer en picado, quebrándose poco a poco. La contratación del nuevo batería había supuesto un duro golpe que no vio

venir. Tras evaluar a los aspirantes, Gerry se decidió por Luke Henderson, al que calificó de «extraordinario». El agente organizó una sesión de prueba con James y Miles y ambos tuvieron la oportunidad de comprobar sus habilidades en la nueva sala de ensayos del grupo.

Luke resultó una revelación, un percusionista único, versátil, poderoso. Con un sabor amargo en la boca, James tuvo que reconocer que era mejor músico que Aaron y que las canciones de The Wave iban a ganar en calidad con su incorporación. Aturdido por el dolor, se había arrastrado hasta su piano para deshacerse mientras tocaba una versión de *Lose Yourself*, de Eminem. Así lo encontró Evie: cayéndose a pedazos, perdiendo el control de sus emociones y todos los disfraces con los que se enfrentaba al mundo.

Apenas habían vuelto a habituarse a la normalidad desde entonces. Ella se había concentrado en el mural para la señora Hartman y él sentía que la música se le escurría entre los dedos.

A veces, él curioseaba sus cuadernos de bocetos y se quedaba embelesado con su talento.

A veces, ella se apoyaba en la puerta del estudio para verlo tocar, sin atreverse a aproximarse.

Desde la primera vez que entró en el piso de Gramercy Park, Evie solo se había acercado a su piano en dos ocasiones y, en ambos casos, lo hizo con la intención de reconfortarlo.

James quería compartir su música con ella, pero no sabía cómo hacerlo.

Salió del estudio. La encontró en el pasillo, donde pequeñas explosiones de color empezaban a llenar la pared. Evie las observaba con los ojos entrecerrados y expresión insatisfecha. ¿Qué sonidos estaría tratando de capturar en la nueva pintura? Todavía era demasiado pronto para descubrirlo; tan solo eran acordes sueltos, sin sentido alguno, que estallaban dentro de la cabeza de James.

Y, de repente, se vio invadido por la imperiosa necesidad de que Evie reprodujera su música con los pinceles, que plasmara los sonidos que

habitaban dentro de él en la pared, en un lienzo, en un cuaderno, donde fuera. Para entregarse por entero a ella, sin guardarse nada. Tal vez entonces ella también sería capaz de romper las cadenas de hierro con las que contenía sus emociones y dejaría de esconderse en su silencio, en sus pinturas, en los signos que utilizaba para decirle cosas que no quería que él entendiera.

Tocó con suavidad su hombro y, cuando captó su atención, sacó el móvil.

Quiero que pintes mi música.

Los ojos castaños se velaron con sombras oscuras y él supo que estaba pidiendo demasiado, que debería dar un paso atrás. Sin embargo, insistió.

¿Podemos hacer que sientas una de mis canciones, como pasó aquella noche en la discoteca?

No lo entendía aún; le resultaba demasiado extraña la forma en que Evie se relacionaba con los sonidos, pero, si podía sentir las vibraciones, tal vez podría conectar con sus canciones.

Ella no pareció feliz con su propuesta. La negativa estaba escrita en toda su cara, aunque se tomó un tiempo para estudiar el semblante del músico antes de responder.

—Necesitaré que pongas los altavoces en el suelo —explicó al fin con expresión resignada.

Nervioso, tomó su mano y la llevó a la habitación donde guardaba los equipos de música. Colocó los altavoces tal como ella indicó y luego puso la canción de *Strangers in the Subway*, que escribió cuando tenía veinte años. Subió el volumen. Evie se descalzó, colocó las manos sobre los altavoces y cerró los ojos para concentrarse en las vibraciones.

La balada rockera empezó a sonar, cálida y triste, para hablar de soledad, de desarraigo, de una ciudad grande y fría, de un chico solo entre extraños.

Trató de leer la reacción de Evie, pero ella permaneció en blanco, como

si no sintiera nada. No se inmutó ante el conmovedor teclado de James y permaneció ajena a la voz áspera de Miles. Solo de vez en cuando la batería de Aaron la hacía moverse de manera casi imperceptible. James tragó saliva, angustiado. Había volcado una parte de sí mismo en aquella canción, la esencia de un chico que se sentía ajeno al universo en el que le había tocado crecer. *Strangers in the Subway* había emocionado a fans del todo el mundo, había sido elogiada por la crítica, había recibido multitud de premios... Y todo eso ya daba igual, se dio cuenta de que no valía nada, porque Evie no podía conectar con su música, ni siquiera de la extraña forma en que ella lo hacía, a través de vibraciones que se colaban bajo la piel.

Cuando terminó la canción, sacó el disco con movimientos bruscos. Estaba enfadado con su novia, consigo mismo y con aquel mundo ridículo, aquel grotesco destino que lo había llevado a enamorarse de una chica sorda con la que jamás podría compartir una parte esencial de su vida, lo más sagrado que habitaba en su interior.

—Lo siento —musitó Evie.

Se sintió despreciable. Ella no tenía la culpa. Aun así, no podía evitar preguntarse cómo podrían funcionar juntos si entre ellos se abría un abismo insalvable.

—No pasa nada —mintió.

—Es que apenas podía sentir las vibraciones. No sé por qué, pero hay géneros musicales con los que no conecto y uno de ellos es el rock. No puedo darte una explicación lógica; tan solo es así.

Parecía avergonzada y James se odió un poco más. Trató de recuperar al chico encantador para no cometer la mayor de las injusticias. Sacó el móvil y escribió en el chat.

Está bien. Pondremos una canción que puedas sentir, ¿de acuerdo?

Escoge la que quieras. O puedes buscar alguna en mi teléfono. Lo tengo conectado al equipo por *bluetooth*.

Ella asintió, cogió su móvil, abrió la aplicación de música y buscó una canción.

James se sorprendió al escuchar el melancólico piano que servía de introducción a *Lose Yourself*, el conocido rap de Eminem que él tocó días atrás y, por un momento, se quedó desconcertado ante la coincidencia.

Evie cerró los ojos, esbozó una sonrisa ladeada y empezó a moverse, siguiendo la cada vez más enojada melodía en una perfecta sincronización rítmica.

Observó boquiabierto su baile. Brazos, hombros, piernas... Toda ella parecía invadida por aquella música agresiva, como si su piel se nutriera de cada nota furiosa. Sus pies desnudos se movían sobre el suelo de madera, absorbiendo las vibraciones.

Evie abrió los ojos, se acercó a él sin dejar de moverse y lo invitó con gestos a que bailara con ella.

De golpe, una oleada de rabia sacudió a James. La fachada encantadora se volatilizó y se vio arrastrado por aquella canción airada que lo quebraba por dentro y sacaba la parte más fea de su interior, esa mezquindad que había sentido minutos antes cuando ella no había logrado conectar con su canción.

Odió que pudiera sentir todas las músicas menos la suya, que tuviera tantas barreras que él jamás conseguía atravesar.

Incapaz de controlarse, se acercó más a ella y empezó a moverse con brusquedad. La sonrisa de Evie desapareció y lo miró desafiante, como si hubiera leído su ira y estuviera dispuesta a enfrentarse a él.

Más cerca, más cerca. Sus alientos se mezclaban, sus pelvis, sus caderas, sus piernas, todos sus miembros moviéndose al tiempo, enredándose poco a poco. Evie se pegó a él como si quisiera sentir las vibraciones de su rabia. James se aferró a sus caderas y la acopló a su cuerpo. Quería sentirla, meterse bajo su piel, derribar sus muros, borrar las fronteras que los separaban, destruir su silencio. Evie rodeó su cuello y él asaltó su boca



como si fuera una batalla, como si capitaneara un ejército enemigo y ella fuera la ciudad sitiada que había que conquistar. O tal vez no; tal vez ella era la fuerza atacante, porque respondió con la misma ferocidad, con el mismo ímpetu, con la misma intensidad empapada de cólera.

Cayeron sobre el suelo de madera y rodaron entre besos y mordiscos. El sexo nunca había sido así para James, esa despiadada guerra de voluntades y de cuerpos que parecían a punto de aniquilarse. El suelo vibraba bajo sus cuerpos, incrementando todas las sensaciones que transmitía la música furiosa.

Apenas separaron sus labios para abrir sus ropas, convertidas en nuevas barreras que no se quitarían del todo. Él se bajó a empujones los vaqueros; ella hizo lo mismo con sus *leggings*. La clavó en el suelo, sin importarle la incomodidad de la madera. Quería que se quejara, que lo detuviera, que le pidiera ir a la cama, al sofá, un lugar donde ambos pudieran ser más amables y tiernos, un lugar donde hubiera una oportunidad para ellos. Pero Evie lo aferró con violencia, atrapándolo. Se acometieron crispados, tal vez porque acababan de descubrir que no había futuro para ellos, que existía una distancia insalvable que nunca lograrían franquear: él jamás conseguiría atravesar su silencio porque Evie no lo dejaría pasar.

Entró en ella con una brusquedad desconocida y empezó a mover las caderas con frenesí, mientras raspaba su garganta con los dientes, arañando aquellos dos lunares enloquecedores que había besado con delicadeza docenas de veces. Las uñas de Evie se hundieron en sus caderas y supo que, cuando acabaran, ambos lucirían marcas que los avergonzarían, que se arrepentirían de aquel sexo airado que estaba corrompiéndolos. Sin embargo, no podían detenerse, porque la música parecía empujarlos hacia aquel precipicio por el que acabarían cayendo y del que regresarían heridos de muerte.

Llegaron al orgasmo a destiempo; él primero, Evie después, con la caricia furiosa de sus dedos sin haber salido todavía de su interior.

Jadeantes, se quedaron tumbados en el suelo. La canción había acabado durante su cruenta batalla y, poco a poco, se percató de la sensación de vacío que pesaba sobre la estancia.

Se apartó despacio y quiso decir algo, cualquier cosa que los llevara a algún punto anterior, a algún momento en el que aún tuvieran una oportunidad.

Pero ella se puso en pie, recogió sus ropas y salió de la habitación. Oyó cerrarse la puerta del cuarto de baño. Incapaz de moverse, se cubrió los ojos con el brazo.

Él no era así. Nunca había sido así. No quería ser el hombre que había atisbado durante los últimos minutos.

La puerta del baño se abrió y escuchó los pasos de Evie. Se marchaba. Debería ponerse en pie, seguirla, arreglar aquel despropósito. Si fueran dos personas normales, aquella escena nunca habría tenido lugar. Si la música no lo gobernara de la manera en que lo hacía, él habría podido encontrar su lugar junto a una chica sorda.

Pensó, por primera vez en su vida, que su extravagante cabeza era una maldición que lo condenaba a huir del silencio y, por lo tanto, a escapar de Evie.

Aún seguía tumbado en el suelo, con los pantalones bajados y el moño deshecho, cuando ella salió del piso.

Horas más tarde, se sentó ante el piano y empezó una nueva canción. La tuvo lista en apenas tres cuartos de hora y la miró perplejo, sin atreverse a creer en su insólito arranque de creatividad. Se trataba de otro dúo, que tituló provisionalmente *Broken Soul*. Tocó la pieza una y otra vez, incapaz de aceptar que era tan buena como parecía.

Le envió la letra a Evie para que al menos tuviera sus versos. Tal vez le sirvieran de disculpa o de explicación.

La respuesta llegó veinte minutos después.

**Evie**

Yo también lo siento.

Al otro lado de la ventana, un millón de luces resquebrajaba la negrura de la noche.

**James**

Nunca me había comportado así, jamás había estallado con esa ira. Tengo muchos defectos, pero nunca pierdo el control de esa forma cuando me enfado.

**Evie**

Está bien. No te tortures. Todos podemos vernos desbordados alguna vez.

Él agradeció que ella se mostrara comprensiva. Quiso contarle por qué se sentía tan confuso y perdido desde que ella llegó a su vida y le devolvió la música, hablarle de todos sus miedos e inseguridades.

También quería saber por qué Evie había perdido el control, qué tecla había tocado en su interior para liberarla y que mostrara su propia rabia.

Pero estaba en deuda con ella y, por una vez, dejó de presionar.

## Capítulo 22

Miles llegaba tarde a la reunión con la discográfica. Los dos socios de Red Moon Records hacía rato que habían perdido sus exageradas sonrisas de satisfacción y apenas parecían interesados en el discurso de Gerry sobre el prodigioso talento del nuevo batería de The Wave. No ayudaba que Luke Henderson, el último fichaje de la banda, no hubiera pronunciado más que un áspero saludo desde que se sentó a la mesa del restaurante. Concentrado en su filete, se mantenía ajeno a la conversación sobre sus habilidades, como si aquella reunión no tuviera que ver con él. Sin embargo, los socios de la discográfica habían organizado aquel almuerzo informal para conocer al nuevo miembro del grupo y hablar sobre los avances del disco.

Una hora después de llegar al restaurante, los socios de Red Moon Records parecían bastante decepcionados. Miles no se había presentado, James tuvo que confesar que solo tenía dos canciones y Luke, silencioso e impávido, no parecía dispuesto a involucrarse demasiado. Gerry parloteaba como si aquella reunión no estuviera siendo un fracaso, como si los únicos tipos que habían confiado en la vuelta de The Wave no estuvieran dándose cuenta en ese mismo instante del gran error que habían cometido al firmar con un grupo que exhaló su último aliento años atrás.

—A ver si lo entiendo —interrumpió la cháchara de Gerry uno de los ejecutivos para concentrar su atención en el teclista—, las dos canciones

que has compuesto necesitan una voz femenina.

James asintió, aunque no le gustó la mirada que intercambiaron los dos socios. Antes de que pudieran continuar, la puerta del restaurante se abrió y Miles la atravesó con absoluta indiferencia, como si no importara que lo estuvieran esperando desde hacía una hora y que su agente y su mejor amigo hubieran bombardeado su móvil con mensajes cada vez más enfadados.

El cantante y guitarrista de The Wave se dirigió hacia la mesa con paso lento. James supo al instante que algo iba mal. Lo intuyó por el leve rictus amargo de la boca, la mandíbula endurecida y, sobre todo, su mirada turbulenta, más agitada que de costumbre, como si Miles estuviera librando una dura batalla interna. Mientras observaba a su mejor amigo atravesar el restaurante, en su cabeza empezaron a sonar los dolorosos acordes de *In the End*, de Linkin Park. Un nudo le atenazó la garganta y, por un momento, James quiso apagar su cabeza, que todo volviera a ser como unos meses atrás, antes de encontrar a Evie, cuando el mundo se encontraba en silencio y él no escuchaba las melodías que emanaban de las personas y los cuadros; cuando estaba vacío y medianamente cuerdo.

Cuando su mejor amigo no sonaba a agonía, a oscuridad, a desesperación.

Miles se dejó caer en el asiento libre y contestó a los saludos con un brusco movimiento de cabeza. Su cuerpo expedía tanta tensión que el aire a su alrededor parecía vibrar. Se habían visto por última vez unos días atrás, cuando le había llevado la nueva canción. Miles la había tocado en solitario, lo había felicitado con una palmada seca en la espalda y después lo había echado de su piso sin demasiados miramientos.

Desde entonces, no había respondido a sus llamadas ni a sus mensajes.

Uno de los socios de Red Moon Records carraspeó, visiblemente incómodo pero decidido a retomar la conversación.

—Bien, ahora que estamos todos, debo decir que no estamos satisfechos

con el ritmo de trabajo. Solo dos canciones y en ambas se necesita una voz femenina. ¿Va a ser así todo el disco? ¿The Wave va a contar oficialmente con un miembro más o se tratará solo de algunos temas puntuales?

James sacudió la cabeza, incapaz de responder. Las canciones habían surgido así, no había buscado a propósito los dúos. Tenía otros temas, pero no eran tan buenos y los había desechado.

—De todas maneras —intervino el otro socio, el más corpulento—, lo que nos interesa saber es cuándo tendréis el resto del material, sobre todo las canciones de Miles. A fin de cuentas, eres el compositor principal y los fans esperarán encontrar la esencia de The Wave, no un nuevo grupo formado por algunos miembros de la banda. The Wave tiene su sello de identidad: tu voz inconfundible, esas letras crípticas e intensas y, sobre todo, una música muy característica. No hay nadie en la escena musical de ahora que haga el rock que hacíais vosotros y eso es lo que queremos de vuelta. Lo que el público va a pedir.

Miles alzó la cabeza. Con los párpados entornados, escudriñó al tipo hasta que le obligó a desviar la mirada. Sin embargo, su compañero no se dio por derrotado.

—Queremos saber en qué estás trabajando, a qué suena el nuevo Miles Baker, pero sin perder la esencia del antiguo, ¿entiendes? Eso es lo que necesitamos.

Gerry lanzó una ojeada a James para comprobar si el teclista estaba bien ante el evidente menosprecio de su trabajo, pero él se limitó a encogerse de hombros. Siempre supo el lugar que ocupaba en el grupo y nunca le importó estar en segunda posición.

Miles no contestó. Se levantó despacio con gesto desafiante. Sin pronunciar palabra, se alejó de la mesa. Todos lo observaron dirigirse a la barra, acomodarse en un taburete e inclinarse hacia el camarero.

—Bueno... —empezó a decir uno de los socios. Ambos estaban perplejos, pero James no los escuchó. Su atención estaba fija en el

mostrador, donde el camarero sirvió un vaso de whisky y lo puso delante de Miles.

Aterrado, se levantó de un salto y cruzó el restaurante con largas zancadas.

—¿Qué haces? —gritó al tiempo que trataba de alejar a su amigo de la barra. Apenas logró moverlo unos milímetros.

—Lárgate, James. Esto no es asunto tuyo.

—¿Se puede saber qué te pasa? Llevas dos años sobrio, no puedes tirarlo todo por la borda. Vámonos de aquí, por favor. Le diré a Gerry que se ocupe de esos tíos de la discográfica y tú y yo...

—He dicho que te vayas. Esto es algo que necesito hacer.

—¿Necesitas beber?

—No voy a beber —aseguró Miles con voz rotunda y James lo contempló incrédulo.

—Has pedido una copa... —musitó.

—Y no voy a beberla. Deja de hacer de niñera.

Supo que no iba a lograr que se fuera, así que se sentó a su lado y esperó mientras Linkin Park sonaba de manera obsesiva en su cabeza una y otra vez. Esperó mientras su mejor amigo libraba una batalla silenciosa frente a una copa que jamás debería haber pedido, mientras sentía que de nuevo empezaban a caer juntos desde el mismo precipicio por el que se despeñaron sus vidas cuando estaban en lo más alto. Esperó mientras la culpa lo devoraba por haberse empeñado en rescatar The Wave, por haberse atrevido a soñar con que ambos podrían ponerse de nuevo en pie.

Durante tres horas Miles permaneció acodado en la barra, con la vista clavada en el whisky, ignorando la presencia de su mejor amigo, mientras cada uno peleaba contra sus propios fantasmas. Ambos aislados del mundo, ajenos al ajetreo del restaurante. Cayeron en el olvido Gerry, Luke y los ejecutivos de la discográfica, que se marcharon sin despedirse. James sabía que en ese momento nada importaba, solo la copa intacta, una canción

oscura y envolvente y la lucha de dos hombres contra sus demonios.

Por fin, Miles se levantó, dejó una generosa propina y salió del local.

El vaso de whisky quedó abandonado en la barra, lleno hasta el borde.

Anonadado, James lo vio marchar. Su corazón palpitaba con tanta furia, con tanto miedo, que creyó que iba a escaparse de su cuerpo.

Salió del restaurante. Caía una lluvia ligera y el cielo nublado había convertido la ciudad en un lugar más gris de lo habitual. Observó la espalda de Miles alejándose bajo el agua, mientras sostenía sobre sus hombros todo el peso del mundo.

Quiso seguirlo, abrazarlo, ofrecerle su hombro para que se apoyara una vez más, decirle lo orgulloso que estaba, todo lo que admiraba de él, y también gritarle por la angustia que le había causado las últimas horas, los últimos meses, los últimos años, pero el claxon de un coche llamó su atención. Gerry lo esperaba sentado al volante de su Cadillac.

Inspiró antes de entrar en el auto.

—No se la ha bebido. Se ha marchado sin tocar la copa —anunció nada más tomar asiento.

La calva de Gerry estaba cubierta por una película de sudor.

—Bien. Eso es bueno.

—Creo que deberíamos cancelar el contrato con la discográfica.

Varias personas caminaban por la acera bajo sus paraguas. James los observó, mientras daba tiempo a Gerry para asimilar la idea. Le temblaban las manos y deseó estar frente al piano para lograr que el pánico se diluyera en las teclas. Cerró los ojos. De repente, se sintió exhausto. Evie, Miles, el nuevo disco, su propia revolución emocional que lo tenía dando tumbos... Estaba tan cansado...

—No podemos cancelarlo —explicó Gerry—. Sería mi ruina y también la vuestra. Los abogados de esos tipos se aseguraron en el contrato de que todo quedara bien atado y no pudiéramos salirnos. Arrastráis fama de inestables, sobre todo Miles, y procuraron cubrirse bien las espaldas. No



pude evitar ciertas cláusulas; yo también las habría exigido en su lugar. Sois una apuesta fuerte pero insegura. Ya lo demostrasteis en el pasado y es la razón por la que ninguna compañía ha querido daros una oportunidad estos años.

—Miles no está bien —insistió James.

—Tampoco estaba bien antes y lo sabes. La solución no es permitirle que se encierre, sino ayudarlo a que termine de rehabilitarse. Necesita la música y volver a los escenarios. Incluso él es consciente de eso. Los dos lo necesitáis o seguiréis estando incompletos.

—Lo de hoy ha sido... —Se pasó la mano por el rostro, desesperado, tratando de borrar la angustia que había vivido las últimas horas—. ¿Y si vuelve a beber? ¿Y si lo he empujado al límite al tratar de recuperar el grupo?

—Si no quisiera volver, no lo habría aceptado, James. Tú y yo lo sabemos. Miles nunca hace algo que no quiera hacer, ni siquiera por ti.

Aquellas palabras eran ciertas, reconoció James para sus adentros. Miles Baker no tenía un ápice de generosidad en su cuerpo.

Gerry carraspeó.

—La agencia tiene una casa en Portland, ¿sabes? Un buen sitio para que los artistas se aíslen y se concentren en la música. La hemos utilizado con otros grupos, así que está acondicionada con todo lo necesario. Tal vez Miles necesite salir de Nueva York. La ciudad tiene demasiadas tentaciones... ¿Qué te parece?

—¿Quieres que nos marchemos a Portland?

—Eso es. Creo que sería bueno para vosotros ir a un sitio lejos de todo para que ambos evitéis las distracciones y os concentréis en el disco.

—Yo no tengo ninguna distracción que evitar.

Gerry emitió una breve carcajada, algo bronca.

—Venga, chico. ¿Crees que no te conozco, que no sé que hay una mujer y que apenas puedes ver más allá de ella en estos momentos?

Incómodo, se removió en su asiento.

—Evie no me distrae. Me ha devuelto la música. Ella me inspira.

—James, esto es serio. —Gerry lo miró con afecto paternal—. Has insistido más que nadie en la vuelta de The Wave, has trabajado mucho para lograrlo. No podemos permitirnos que esto salga mal. Es vuestra última oportunidad, el último cartucho. Hemos pasado por todo esto antes y ya deberíais haber aprendido la lección. Alcohol, mujeres... Lo único que debe importar es la música. Debéis concentraros en el grupo, en sacarlo adelante. Lo sabes tan bien como yo.

Sí, lo sabía, pensó mientras salía del coche y caminaba bajo la lluvia. Lo había sabido desde el momento en que firmó el contrato con Red Moon Records, pero se había negado a pensar en ello. Sin embargo, siempre fue consciente de que al final tendría que elegir, que no podría tenerlo todo, que no podría quedarse con la chica y recuperar su carrera, componer las canciones, ensayar, grabar el disco, preparar los conciertos, salir de gira durante meses, atender todos los compromisos (la prensa, los programas de televisión, las entrevistas, los fans, las fiestas, las sesiones de fotos, los contratos publicitarios, las actuaciones en cualquier lugar del mundo...) y, además, cuidar de Miles para que se mantuviera estable, que el grupo no lo destruyera de nuevo.

¿Qué sería, Evie o The Wave? ¿La música o la chica que se la había devuelto? Escoger The Wave era algo más que decantarse por un grupo de rock; era elegir a Miles, la memoria de Aaron, la lealtad de Gerry. Era escoger a los adolescentes llenos de sueños que ensayaban en un garaje, el chico que rechazó el futuro que su familia había diseñado para él, los años de trabajo duro que los llevaron a la cima.

Elegir The Wave era la forma de recomponer los errores del pasado, de gritarle al mundo que no habían podido con ellos. Que cayeron y se levantaron. Que eran más fuertes de lo que nadie creyó nunca, incluso de lo que ellos mismos creyeron.

Miles lo había demostrado con creces los últimos años. Había descendido a los infiernos, arrastrado por sus adicciones y esa oscuridad que llevaba pegada al alma, pero se había levantado y se había reconstruido. Le faltaba dar el último paso: salir a la luz, despertar al dragón dormido que habitaba en su interior. The Wave le daría el empujón que necesitaba. Subirse a un escenario le devolvería a la vida y se lo merecía. James no podía arrebatárselo.

Eran buenas razones para elegir The Wave. Al otro lado de la balanza solo había una chica. Ya se había enamorado antes. O, al menos, había creído estar enamorado. Nunca duraba demasiado. ¿Estaba dispuesto a renunciar a The Wave por unas semanas, unos meses de dicha amorosa?

Evie ponía su mundo del revés, era cierto. No podía engañarse, ni siquiera él era capaz de mentirse tanto. ¿Pero sería suficiente? ¿Podía dejar su carrera musical y la de Miles por una chica sorda llena de muros? Había una parte esencial de sí mismo que nunca podría compartir con ella. El silencio siempre sería una barrera entre ambos y dudaba que pudieran ser felices en esas condiciones. No a largo plazo.

Sería The Wave, entonces. Serían Miles y la música. Los escenarios. Los gritos, los aplausos, los vítores. Serían las teclas del piano, las notas de todas las canciones que le quedaban por escribir, por tocar, por sentir.

Contempló su imagen distorsionada que se reflejaba en un charco. La lluvia caía con más fuerza; regueros de agua corrían por su rostro y su cuello. La ropa, fría y empapada, se pegaba a su piel de manera incómoda.

Encerraría el recuerdo de Evie en un armario bajo siete llaves, allá donde nadie pudiera alcanzarlo. Donde pudiera dolerle y sangrarle y convertirse en un nuevo demonio interno.

Una herida más que exorcizaría en las teclas del piano.

## Capítulo 23

Tiempo después, cuando Evie pudo evaluar los daños, comprendió que James había sido como un tornado. Había entrado en su vida con una fuerza arrolladora, lo había revuelto todo a pesar de su resistencia y se había marchado dejando tras de sí una llanura devastada. Pero eso lo entendió más adelante, no cuando él se presentó en su piso de Brooklyn con la expresión resuelta de quien ha tomado una decisión irrevocable y empezó a escribir todos aquellos mensajes en el chat que compartían. Mensajes largos sobre The Wave, la música, Miles y su lucha, sobre Aaron, sobre el trabajo que exigía un disco y lo que conllevaba su profesión: media vida en la carretera, de ciudad en ciudad, pateando escenarios, al servicio de la prensa y de los fans, sin apenas espacio para la vida personal. También habló sobre Portland y la necesidad de alejarse del mundo, de concentrarse en el disco, evitar distracciones, conseguir que Miles terminara de recomponerse.

Tantas palabras... Evie las leyó atónita, sin entender al principio que James estaba rompiendo con ella.

Cuando terminaron los mensajes, se quedó inmóvil, con el teléfono en la mano. Tras un largo rato, que pudo durar horas, alzó la vista. Él también se mantuvo cabizbajo, aunque parecía incapaz de estarse quieto. Apoyó el peso en una pierna, después en la otra, se frotó la nuca, se colocó un mechón suelto detrás de la oreja, se rascó el antebrazo.

Tantas palabras y en realidad sus gestos decían mucho más que sus mensajes.

En ese momento se alegró de haberse protegido, de no haber entregado esa parte de sí misma que él había buscado de manera infatigable. Se había mantenido a salvo.

—Así que a Portland, ¿no? Seguro que es un buen sitio para que os concentréis en el disco.

Le hubiera gustado decir algo más bonito, despedirse con la misma magia con la que había empezado su historia, pero en cambio solo encontró esas palabras anodinas que no significaban nada.

James la miró entonces con una mezcla de sorpresa e inquietud, porque quizá esperaba otra reacción. Que ella se enfadara o llorara. Tal vez incluso que propusiera una solución para estar juntos a distancia, que prometiera esperarlo o incluso que se planteara dejar Nueva York y seguirlo a Portland.

Cuando comprendió que ella iba a aceptar su decisión sin discutirla, volvió a escribir.

Nos mudamos a Portland el sábado.

Evie asintió. Supo que iba a echarlo de menos, pero en aquel momento la situación le parecía irreal, como si le estuviera sucediendo a otra persona y ella fuera tan solo una espectadora. De forma mecánica, buscó en su bolso la llave del piso de Gramercy Park para devolvérsela. Él titubeó antes de cogerla.

No quedaba nada más que decir, así que lo acompañó a la puerta; solo allí, en el rellano gris con grietas en las paredes, tuvo un único momento de flaqueza y lo abrazó largo rato, sintiendo por última vez el calor de James, su olor, la firmeza con que la agarraba, aferrándose a ella con la misma desesperación con que la sostuvo cuando se conocieron en aquella discoteca... Cuando se separaron, él tenía un brillo sospechoso en los ojos.

—Te deseo mucha suerte y espero que consigas todo lo que quieres —

aseguró Evie cuando James recobró la serenidad.

No dijo nada de mantenerse en contacto, no tenía sentido. Él necesitaba volar sin lastres y ella tenía que construirse una vida. Ya había probado con su exnovio Michael aquello de mantener la amistad cuando, tras terminar sus estudios en Haverhill y poner fin a su relación, él se fue a la Universidad de Gallaudet y ella regresó a Bridgewater. Los mensajes, que al principio se enviaban de manera constante, fueron languideciendo y volviéndose cada vez más insulsos e impersonales, convertidos casi en una obligación, hasta que desaparecieron.

No soportaría que sucediese de esa manera con James. Así que permitió que él escudriñara su rostro como si quisiera aprendérselo de memoria, que alzara despacio la mano, algo temblorosa, y retirara un rizo de su frente. Contuvo el aire, porque supo que sería la última caricia que recibiría de aquel dios nórdico que estaba hecho de música y que le pareció más humano que nunca.

—Te voy a echar mucho de menos —dijo él olvidándose de escribirlo en el móvil, pero ella lo leyó en sus labios sin dificultad.

—«Yo también» —reconoció con signos, porque no se sintió capaz de decirlo en voz alta.

Y entonces James besó su frente, un beso largo, cálido y algo doloroso, se dio la vuelta y bajó con rapidez las escaleras para desaparecer de su vida con el mismo ímpetu con el que había llegado.

No era amor, ¿verdad? No debía serlo si la separación no dolía. Durante los siguientes días esperó que aparecieran las lágrimas, la angustia o incluso el enfado, pero no se presentaron. No lo hicieron cuando Caroline la abrazó con fuerza e insistió una docena de veces en que podía contar con ella. Tampoco cuando Shanaya y Reagan se presentaron con ingentes cantidades de helado de todos los sabores, palomitas, chocolate y una botella de

ginebra rosa que a ninguna le apeteció beber.

Ni siquiera la hicieron flaquear los cariñosos mensajes de Shui Mei, dispuesta a coger un autobús desde Vermont para estar a su lado.

No le dolió mientras pintaba un mural oscuro para dos adolescentes sombrías del Upper West Side ni cuando visitó de nuevo el MoMA para ver el resto de la exposición que había dejado a medias en su anterior visita. Tampoco cuando, cinco días después, Drew, que se había mantenido a una prudente distancia incluso cuando estaban juntos en la misma habitación (algo que sucedía con frecuencia desde que salía con su prima), se ofreció a llevarla al aeropuerto para despedirse de James.

Quiso negarse, pero seguía sin doler, así que accedió a montarse en su coche y dejar que la llevara al aeropuerto de Newark.

—¿Por qué quieres que me despida de él? —preguntó cuando aparcaron.

Drew intentó responder con signos. Había empezado a aprender la lengua de señas (tal vez porque entendía que Evie iba a ser una parte permanente en su vida con Caroline), pero aún no se manejaba demasiado bien, así que se rindió y escribió un mensaje en el móvil.

Porque te has vuelto demasiado silenciosa.

Era, quizá, la frase más personal que había intercambiado con el joven médico, pero también la más honesta. Ella era consciente de haberse sumergido en su silencio. Había sido fácil dejarse abrazar por él, aislarse de todo, y no estaba segura de querer regresar al exterior.

Cuando entraron en la terminal, Drew la guio con paso decidido, pero ella se detuvo al vislumbrar en la lejanía la alta figura de James junto a un chico de pelo oscuro y espaldas anchas que parecía enfadado con el mundo.

Lo primero que notó fue que James se había cortado el pelo y que el moño había desaparecido. En su lugar, lucía un cabello alborotado, que se disparaba en todas direcciones y le daba un aire más juvenil, más ligero, como si hubiera iniciado un viaje de regreso a otra versión de James

Hathaway: una versión con sueños que quedaron incompletos y que debía cumplir para seguir adelante.

Una versión de James en la que Evie no existía.

Descubrió entonces que, aunque no lo amara (porque si lo amara, dolería), quería a James lo suficiente como para no arrebatarse ese camino que necesitaba recorrer. Así que no se acercó, pero tampoco se escondió. Permaneció junto a una columna, observándolo mientras hablaba con Miles.

Minutos después, James comprobó la hora en el reloj, estudió las pantallas con la información de los vuelos y, tras echar un vistazo impaciente a su alrededor, se dirigió hacia la puerta de embarque con una mochila al hombro y el billete en la mano. El corazón de Evie latió más despacio mientras él se acercaba a la azafata que daba la bienvenida a los viajeros. Enseñó su billete y continuó andando, aunque cada paso parecía más lento que el anterior, como si una fuerza invisible tirara de él, impidiéndole marchar. Entonces, justo antes de cruzar la puerta, se volvió y miró en todas direcciones.

Supo que la buscaba y, por un momento, creyó que estaban a punto de protagonizar una de aquellas ridículas escenas de película en un aeropuerto, que él la descubriría y correría hacia ella, que ella lo llamaría y se abalanzaría sobre él.

Pero nada de eso sucedió.

Evie dio un paso atrás y tiró de Drew hasta que ambos quedaron ocultos tras la columna. Desde su escondite, fue testigo de la desesperada búsqueda de James y del golpe que le dio Miles en el hombro para hacerlo reaccionar. Los dos amigos atravesaron la puerta de embarque, el uno junto al otro, y se quedó allí durante mucho rato después, ajena a que Drew esperaba con paciencia a su lado, tal vez algo decepcionado por su falta de valor.

Sin embargo, cuando se volvió hacia el novio de su prima, que también empezaba a ser su amigo, solo descubrió una mirada cálida y comprensiva.

—¿Le dijiste que íbamos a venir? —preguntó.



Drew asintió y escribió un mensaje.

Lo vi hace un par de días y me comentó que le gustaría despedirse de ti,  
que no lo había hecho bien el día que fue a tu casa.  
Le prometí que intentaría traerte, aunque aseguró que tú no querías  
venir.

Evie tironeó de una de las ondas de su cabello.

—Creo que es mejor dejar las cosas como están.

Siguió sin doler durante las siguientes semanas, a pesar de que soñaba con James todas las noches y de que buscaba su olor en la cama. De repente, se le ocurría algo que quería compartir con él: un cuadro en un museo, un pensamiento, un nuevo local de *sushi* que había abierto en el barrio, una fotografía de un rincón de la ciudad. Eran momentos fugaces, en los que su recuerdo le parecía dulce y lejano, como si hubieran pasado años desde que rodaron, cubiertos de pintura, sobre el suelo de su salón, y más años aún desde que compartieron unos pasteles en un jardín secreto de Gramercy Park.

A veces pintaba un paisaje en azul y el tono era exactamente el de los ojos de James.

A veces se preguntaba cómo le iría en Portland y tenía que controlarse para no escribirle un mensaje.

A veces se acariciaba pensando en el tacto de James y, cuando se recuperaba del orgasmo, pensaba en todas las caricias que ya no recibiría de él, en las que ella ya no podría regalarle.

A veces se acordaba de que nunca le había dicho que lo quería.

Porque, aunque no lo amaba (porque si lo amara, dolería), quería a James.

Y, entonces, un día salió a pasear por la ciudad con su inseparable Nikon colgada al cuello. Tomó varias fotografías en las inmediaciones del Lincoln

Center hasta que empezó a llover. Se refugió en una cafetería y se comió un trozo de bizcocho mientras dibujaba diseños para el nuevo encargo que había recibido (un mural para un dormitorio infantil) y, por un momento, recordó la lluvia que pintó en las paredes de James y la lluvia real que cayó sobre la ciudad la primera noche que hicieron el amor. Sonrió melancólica ante aquel recuerdo.

Cuando escampó, salió a la calle y se dirigió hacia el metro sorteando los charcos. Nueva York le parecía cada día un poco más gris, un poco más sucia, un poco más inhóspita. Había perdido brillo en las últimas semanas y, tras la lluvia, parecía aún más gris, más sucia y más inhóspita de lo habitual. Añoraba Vermont y toda la abrumadora belleza de su tierra.

Al pasar frente a una librería, uno de los tomos expuestos en el escaparate llamó su atención. Se trataba de un álbum ilustrado sobre Kandinsky y en la portada aparecía uno de sus cuadros. Se quedó paralizada. Los coloridos trazos la transportaron de inmediato a otro lugar, a una biblioteca donde había escuchado la música encerrada en un cuadro junto a un chico extravagante que organizaba pícnicos en las alfombras. Una familiar sensación de angustia comenzó a crecer dentro de su estómago. Una bola oscura, cuyo volumen aumentaba poco a poco, sin que pudiera detenerla.

Se inclinó hacia delante hasta apoyar la frente en el cristal y, por un momento, su fría dureza pareció reconfortarla. Respiró hondo, tal como le había enseñado la doctora Anderson años atrás, y procuró visualizar el banco junto a la ventana de su dormitorio en Bridgewater. Su lugar seguro.

Pero las pinceladas de Kandinsky lo llenaban todo. Su respiración empañó parte del cristal del escaparate; era incapaz de moverse, porque la bola oscura ascendía por su interior y amenazaba con devorarla.

No podía pensar, solo sentir un intenso dolor. Supo que había empezado a desangrarse por dentro, que todas sus heridas habían estallado a la vez, las nuevas y las viejas, y comprendió que, después de todo, amaba a James

Hathaway.

Pero él amaba más la música y la había dejado a solas con su silencio.

*OceanofPDF.com*

## Segunda parte

*The greatest thing you'll ever learn  
is just to love and be loved in return.  
Nature boy*

(canción de Eden Ahbez  
popularizada por Nat King Cole)

## Capítulo 24

Un rayo de sol cayó sobre el ataúd, arrancando destellos rojizos a la madera. Olía a tierra mojada, porque había estado lloviendo durante tres días, y los árboles lucían los vibrantes colores del otoño neoyorkino.

—*Bramaron las naciones, titubearon los reinos. Dio Él su voz, se derritió la tierra...* —La voz monótona del pastor recitaba un salmo en honor al alma inmortal del senador Hathaway. James mantuvo la vista clavada en el féretro y fingió concentrarse en el oficio religioso. Por el rabillo del ojo, vislumbró a la fotógrafa que había contratado su hermano Ashton. Vestida con una gabardina negra, se deslizaba de un lado a otro, rápida y silenciosa, escondida tras su cámara. Una sombra que tomaba imágenes. Solo Ashton podía ser tan calculador como para contratar un fotógrafo el día del entierro de su padre.

Resultaba irónico que aquella misma mañana su hermano lo hubiera llamado a primera hora para advertirle que mantuviera a los *paparazzi* lejos del cementerio.

James no había querido discutir con su hermano. Hubiera sido inútil tratar de explicarle que no podía controlar a los fotógrafos de la prensa sensacionalista y que nunca le había gustado el morboso interés que mostraban por su vida privada, por conocer cada detalle de la intimidad del teclista de The Wave. Era el precio que pagaba por formar parte del grupo

de rock más importante del momento, que había resurgido de sus cenizas tres años atrás con una fuerza avasalladora.

Trataba de dar esquinazo a los fotógrafos cuando los descubría acechando con sus cámaras, aunque no siempre lo lograba.

Durante su breve llamada, Ashton no le indicó que pretendía controlar las imágenes que se publicarían en la prensa, pero James conocía a su hermano y no le sorprendió la presencia de la discreta fotógrafa. A fin de cuentas, la ascendente carrera política de Ashton Hathaway estaba tan sometida al escrutinio público como la de su famoso hermano rockero.

—El senador Hathaway fue un hombre que siempre cumplió con su deber y, por eso, es nuestra obligación honrar hoy su memoria... —dijo el pastor, que ya había terminado la lectura bíblica.

Sintió el cuello entumecido y movió un poco los hombros. Al instante, la espalda de su madre se tensó y James supo, sin mirarla siquiera, que había apretado los labios, temerosa de que su escandaloso primogénito rompiera alguna de sus rígidas y absurdas reglas.

Tuvo que reprimir una sonrisa irónica. En realidad, su madre estaba tensa desde que había llegado y se había percatado de su aspecto.

Antes de recibir la llamada de Ashton, se había puesto un traje oscuro, se había ajustado una corbata negra y había peinado sus cabellos rubios con una perfecta raya al lado. Se había quitado el pendiente de la oreja izquierda y los anillos, y no había tocado ni uno solo de los productos de maquillaje que guardaba en el cuarto de baño. Incluso se había puesto el elegante reloj que el abuelo Hathaway le regaló al cumplir los dieciséis años y que, desde entonces, había languidecido olvidado en un cajón. El peso de un legado familiar que nunca quiso oprimió su muñeca de manera incómoda.

Después se había mirado al espejo y no había reconocido al hombre que se reflejaba en él.

Sí, por una vez había decidido cumplir las normas.

Hasta que Ashton llamó para hablarle con aquella voz autoritaria tan

parecida a la de su padre y algo se rompió dentro de James, despertando su rebeldía dormida.

Despacio, desanudó la corbata y la dejó sobre la cama. Luego hundió los dedos en el pelo y deshizo el pulcro peinado de hombre formal. Suspiró de alivio cuando las puntas de sus cabellos se dispararon en todas direcciones, revueltas y alocadas. Por último, se quitó el reloj, se puso dos anillos y devolvió el pendiente a su oreja izquierda. Estuvo tentado a buscar el lápiz de ojos y la máscara de pestañas, pero al final lo dejó estar y salió por la puerta trasera del edificio. En la calle lo esperaba un discreto coche, que lo llevó al cementerio sin levantar las sospechas de los tres o cuatro fotógrafos que solían apostarse en las inmediaciones.

—Recemos todos por el alma de Richard John Hathaway, que sirvió a este país con honor y entrega...

El viento agitó las hojas anaranjadas y una melodía juguetona empezó a sonar en la cabeza de James. Reconoció de inmediato el *Momento musical número 3*, de Franz Schubert, y, frustrado, cerró los ojos. Resultaba de lo más inapropiado que aquella pieza alegre invadiera su mente durante el entierro de su padre. Un hombre normal escucharía el *Dies irae*, el *Réquiem* de Mozart o incluso el *Stairway to Heaven*, de Led Zeppelin, con sus flautas dulces y ese solo de guitarra en la menor que parecía salir directamente del alma. Pero él no era un tipo normal, porque en vez de una composición solemne, doliente o mística, en el entierro de su padre escuchaba el piano saltarín y vivaz de Schubert, que se repetía insidioso una y otra vez en su interior.

Claro que, en realidad, los hombres normales no escuchaban música dentro de sus cabezas.

La fotografía se deslizó por un lateral para tomar algunas instantáneas del mausoleo familiar que se alzaba detrás de los asistentes. Varias generaciones de la familia Hathaway descansaban en aquella austera construcción de piedra con vistas a un estanque. En el cementerio de Green-

Wood se respiraba paz y belleza, así que no era de extrañar que la elite neoyorkina lo hubiera escogido como lugar de descanso eterno.

—Guardemos un minuto de silencio para honrar al marido, al padre, al amigo...

Todos los asistentes inclinaron sus cabezas y James paseó la vista sobre los reunidos. Amigos y familiares se habían dado cita para despedir a Richard Hathaway, pero ninguno de ellos, ni siquiera su viuda, había derramado una sola lágrima. Estoicos y solemnes, los miembros de la clase alta despedían a uno de los suyos sin aspavientos ni tristeza, a pesar de que el repentino fallecimiento del senador los había pillado por sorpresa.

El sonido de dos coches que avanzaban por la carretera interrumpió el minuto de silencio. Los vehículos pararon junto al mausoleo y todos alzaron la vista a un tiempo, tratando de descubrir quién osaba llegar tarde al entierro de una de las grandes figuras políticas del país. Cuando se abrieron las puertas, James suspiró aliviado.

Miles Baker descendió de uno de los coches con su habitual porte altivo. Soberbio, recorrió con mirada indiferente a los asistentes hasta que sus turbulentos ojos verdes se detuvieron en James. De inmediato, el tema de Schubert se desvaneció en el aire. Un nudo le apretó la garganta y supo que estaba a punto de romperse. Le conmovió que, pese a las furiosas palabras que se dirigieron en su última conversación, Miles había cruzado medio país para acompañarlo en el entierro de su padre.

Echó un vistazo rápido al resto de los recién llegados y sintió un inmenso alivio al ver a los suyos, su verdadera familia. No compartía con ellos una sola gota de sangre, pero estaban conectados por algo mucho más importante, más intenso, más real. Lo único real que tenía en su vida además de la música.

Miles se inclinó para decirle algo a su novia, que había bajado también del coche, y después se abrió paso entre los asistentes con largas zancadas, ignorando los murmullos que se alzaban a su paso. Era el mismo Miles de



siempre, con sus vaqueros hechos trizas, una cazadora de cuero que ocultaba los tatuajes de los brazos, su barba de dos días y ese aspecto de recién levantado que enloquecía a las fans y a los fotógrafos. James casi pudo sentir la arrolladora fuerza de su mejor amigo mientras rodeaba el ataúd, como si una ola embravecida engullera todo a su paso. Escuchó la fuerte inspiración de su madre, pero no le importó que Christine Hathaway estuviera a punto de sufrir una apoplejía durante el entierro de su marido porque un descarado rockero se atrevió a romper el protocolo.

Miles se detuvo frente a él con expresión seria.

Hacía tan solo una semana, los dos habían tenido una de las mayores discusiones de su vida. En la cabeza de James aún resonaban las frases sangrientas que habían intercambiado. Pero ambos sabían que su enfado no importaba en aquel momento. Sin decir nada, Miles aferró su nuca, lo atrajo hacia sí con brusquedad y lo abrazó. La mejilla de James rozó el hombro de su amigo y se dejó envolver por su reconfortante calor. Algo se quebró dentro de él; de repente, sintió que se ahogaba de pena y rompió a llorar.

Lloró por su padre muerto, aquel padre que había odiado durante la mayor parte de su vida y que, pese a haber entrado ya en la treintena, siempre lo hizo sentir como un niño. Lloró por el hombre implacable y severo cuyo respeto no llegó a ganarse nunca, tal vez porque pasó demasiado tiempo luchando contra él, haciendo lo contrario de lo que siempre se esperó de un Hathaway, tratando de impedir que lo convirtieran en otro eslabón más de la cadena.

Lloró por la soledad que había sentido en los pasillos del hospital, cuando la evidente frialdad que existía entre él y su familia se había hecho más palpable que nunca. Resultaba demasiado doloroso sentirse lejos de aquellos que eran de su misma sangre.

Y también lloró porque el sepelio le recordaba a la última vez que estuvo en un cementerio, mucho tiempo atrás, para despedir al amigo que había querido tanto. En aquella ocasión también tuvo a Miles a su lado, ambos

desconcertados, incapaces de comprender qué había sucedido para que Aaron hubiera muerto a los veinticinco años, dos meses antes de que naciera su hijo, y los hubiera dejado a todos (a ese niño no nacido, a su joven mujer, a Miles y a James) huérfanos en un mundo que, de repente, se había convertido en un lugar más triste, más solitario, más oscuro.

El carraspeo del pastor se coló entre sus sollozos y lo trajo de vuelta a la realidad. Más calmado, se separó de Miles, y su mejor amigo le acarició la nuca con brusco afecto antes de hacerse a un lado.

—Tranquilo —susurró con su voz áspera que arañaba por dentro y que, sin embargo, terminó de apaciguarlo—. Ya estamos aquí, contigo.

Enojado, el pastor volvió a carraspear y miró a los dos amigos con dureza antes de continuar la ceremonia. James apenas escuchó sus palabras. También ignoró el gesto reprobador que su madre dirigió a Miles por permanecer a su lado, junto a la familia, en vez de unirse al resto de los asistentes. Daría igual cuántas miradas fulminantes enviara Christine Hathaway en dirección al líder de The Wave. Miles Baker no estaba en Green-Wood para despedir al senador Hathaway ni para cumplir con los estrictos códigos protocolarios de su viuda. Había acudido al cementerio para acompañar a su mejor amigo, con ese extraño arrebató de lealtad que muy pocos lograban arrancar al hosco rockero.

Su novia, vocalista del dúo Purple Heart, se había colocado en un lateral y envió a James una mirada cariñosa que terminó de reconfortarlo. Adoraba a aquella chica con voz de ángel que había llenado de paz y calor el oscuro mundo de Miles y que en los últimos años también se había convertido en una verdadera amiga para el propio James.

Detrás de Kaylee, se encontraba el resto de su extravagante familia postiza. Gerry, por supuesto, con su calva reluciente y sus ojos pequeños y oscuros; Luke, el silencioso batería que había ocupado el lugar de Aaron durante los últimos años, y Andy, su dura y exigente jefa de prensa, que llamaba la atención con su pelo azul eléctrico y los *piercings* de su rostro.

Una cálida sensación lo acompañó durante el resto del entierro de su padre, incluso cuando siguió al féretro hacia el interior del mausoleo familiar y observó cómo lo introducían en su nicho.

Los enterradores colocaron la pesada lápida entre golpes que resonaron con la gravedad de un bombo en medio del sepulcral silencio.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 25

—Al menos podías haberte puesto una corbata —siseó su madre mientras inclinaba la cabeza en dirección a la venerable Elizabeth van Hollen. La vieja dama, sentada en una antigua butaca francesa que algún antepasado de James trajo de Europa, estudiaba con mirada penetrante el salón de los Hathaway, al que habían acudido a presentar sus condolencias todos los conocidos de la familia—. Y ese espectáculo en el cementerio, James... Qué falta de compostura.

—Era un entierro, mamá —señaló con un tono ligero que no ocultaba cierta mordacidad—. La gente suele llorar en ellos.

Los fríos ojos azules de Christine Hathaway se clavaron en su primogénito.

—Nosotros no.

En esa frase estaba resumida toda su educación, porque los Hathaway no eran como los demás, sino que se encontraban en una posición más alta, donde nada podía tocarlos, donde no había emociones o, al menos, no se exhibían en público, ni siquiera delante de los más allegados. Los Hathaway eran un modelo de contención, de saber estar, de buenas maneras. Los Hathaway no reían a carcajadas cuando algo los divertía, no lloraban cuando estaban tristes, no gritaban cuando se enfadaban, no hablaban de asuntos delicados. Los Hathaway siempre decían las palabras correctas,

tenían la expresión adecuada, vestían de la forma indicada.

Al menos hasta que James llegó a la adolescencia y decidió tirar toda su educación por la borda.

—En cuanto a ese amigo tuyo... —continuó su madre con el mismo tono bajo y crispado mientras mantenía la expresión hierática para guardar las apariencias—. Creí que estaba fuera de la ciudad... No tendría que haber venido.

—Miles es mi mejor amigo. ¿Cómo no iba a venir al entierro de papá?

Tan solo la leve tensión de su mandíbula indicó la aguda irritación que Miles provocaba en su madre desde que era un adolescente.

—Espero que no aparezca el jueves en Washington para el funeral de Estado que se celebrará en honor a tu padre. Asistirán el presidente y la primera dama. —Christine apenas logró disimular el desprecio que sentía por el hombre que le había arrebatado las primarias a su marido—. No pienso permitir que tu amigo lo estropee. Y espero que para entonces hayas encontrado tu corbata y un peine —sentenció antes de alejarse para recibir las condolencias del matrimonio Wigmore. Drew, al que James no veía desde hacía dos años, se había marchado después del entierro, tras cruzar con él un apresurado apretón de manos, una disculpa de parte de Caroline (que no había podido asistir porque estaba de guardia) y una mirada escrutadora que no le pasó desapercibida. Drew parecía nervioso, como si quisiera decirle algo importante, pero alguien los interrumpió y ya no volvió a ver al joven médico.

Le hubiera gustado contar con su presencia, porque aquella mañana necesitaba de todos los amigos posibles, pero los horarios del hospital seguían regulando la vida de su antiguo compañero de colegio.

Echó un vistazo a su alrededor y ahogó un suspiro. Odiaba toda aquella parafernalia, toda aquella gente falsa e hipócrita con la que había crecido, demasiado pendiente de su posición social, demasiado consciente de su lugar en el mundo y de su propia importancia. Siempre quiso escapar de las

cadenas de oro que trataron de imponerle y, durante muchos años, solo lo consiguió a través de la música. Evaluó la posibilidad de escaparse un rato y retirarse al pequeño salón donde se encontraba el piano en el que aprendió a tocar de niño.

Las familiares teclas blancas y negras parecían llamarlo desde la lejanía.

—¿Estás pensando en fugarte? —le preguntó una voz cálida, llena de ternura.

—Es justo lo que estaba pensando hacer —contestó con media sonrisa antes de abrazar a Kaylee—. No puedo creer que hayas venido. ¡Estás en medio de una gira!

—Tu padre ha muerto, James. Por supuesto que estoy aquí, como todos los demás —respondió seria.

Algo conmovido, el teclista de The Wave volvió a abrazar a la joven de ojos serenos, poseedora de una voz prodigiosa, que estaba revolucionando el mundo del rock. Él sabía que no era fácil interrumpir una gira, ni siquiera por razones de peso como un fallecimiento repentino.

—En realidad, solo nos quedan cuatro conciertos —explicó su amiga cuando por fin rompieron el largo abrazo—. Esta noche tocamos en San Diego, así que me iré dentro de un rato. Le prometí a mi agente que llegaría a tiempo.

—¿Miles se irá contigo?

—Me acompañará al aeropuerto, pero luego se quedará en la ciudad. No te vamos a dejar solo.

James carraspeó para ocultar su emoción y echó un vistazo a su alrededor. En el centro de la sala, su madre y su hermano recibían las solemnes condolencias del alcalde. Ashton sujetaba con firmeza la mano de su prometida, como si temiera que fuera a escaparse, a pesar de que Rose estaba cumpliendo con todas las pesadas obligaciones que exigía el noviazgo con un Hathaway. Seguía sin entender que alguien tan agradable como ella aguantara a su hermano y estuviera dispuesta a casarse con él.

Con el paso del tiempo, Rose había ganado aplomo; ya no parecía el ratón asustado que había conocido años atrás. Trabajaba en un despacho de abogados de Harlem y había dejado de morderse las uñas, aunque aún no era capaz de poner en su sitio a su futura suegra cuando se pasaba de la raya.

—¿No deberías ir con ellos? —preguntó Kaylee señalando con la barbilla a su familia.

—No. Mi madre prefiere que esté lejos de los focos y a mí tampoco me apetece escuchar un montón de frases vacías sobre el gran hombre que fue mi padre.

Ambos permanecieron en silencio durante un rato, observando a los congregados.

—¿Ya no estás enfadado con nosotros? —preguntó de repente Kaylee en voz tan baja que James tuvo que inclinar la cabeza para escucharla.

—Nunca me enfadé contigo.

—James...

—Hoy no estoy enfadado con él —aclaró al fin y, de reojo, estudió la expresión de alivio que inundó el rostro de su amiga—. Hoy solo estoy agradecido de que haya venido.

Notó el chasquido del disparador de una cámara y supo, sin necesidad de mirar, que la fotógrafa de Ashton aún andaba entre ellos. Apretó los labios, indignado. Aquello era demasiado. Su hermano había sobrepasado todos los límites. Cuando se giró, la sombra oscura de la mujer se había evaporado y en su lugar se encontró con el rostro preocupado de Andy.

—Hay una fotógrafa en tu casa. También estaba en el entierro —afirmó sin ocultar su irritación. James comprendió de inmediato que en ese momento no estaba ante Andy, su amiga, sino ante Andrea Meyer, la implacable jefa de prensa de The Wave.

—Cosas de Ashton... —respondió mientras se encogía de hombros.

—Tendré que hablar con ella y ver qué imágenes tuyas ha tomado. No

queremos que salgan fotos inapropiadas a la luz.

James la miró divertido.

—¿No te parece lo suficientemente inapropiado fotografiar un entierro?

—Bueno, los ricos y famosos hacéis esas extravagancias y a la gente le encantará verlo en las revistas. Lo que no quiero es que empiecen a circular por ahí fotos tuyas abrazando a Miles y llorando sobre su hombro.

El teclista de The Wave contuvo una carcajada ante el semblante serio de su jefa de prensa.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Dañará nuestra imagen de duros rockeros?

—No me preocupa vuestra imagen, sino que invadan vuestra privacidad y conviertan en un circo un momento de dolor. Me pagáis por evitar estas cosas. Buscaré a la fotógrafa y veré qué material tiene. De paso, revisaré también las fotos de Kaylee.

James arqueó las cejas, sorprendido. Kaylee disponía de su propio jefe de prensa y los rumores que circularan en torno a Purple Heart no eran asunto de Andy.

Ella pareció leer su pensamiento, porque torció la boca en un gesto impaciente.

—No lo hago porque sea mi amiga, sino porque a Miles no le hará ninguna gracia. Y ninguno queremos a un Miles enfadado, así que yo haré mi trabajo y tú seguirás recibiendo condolencias —afirmó antes de alejarse con paso seguro. Su cabello azul eléctrico destacó entre la concurrencia que abarrotaba el salón, lo que seguramente no haría gracia a su madre.

Aquella idea lo hizo sonreír.

Durante la siguiente hora, James cumplió con su papel y atendió con amabilidad a todos los que se acercaron a saludarlo hasta que por fin pudo escabullirse para servirse una copa.



Hacía un buen rato que Miles y Kaylee se habían marchado en dirección al aeropuerto y le había perdido la pista al resto de sus amigos. Se sirvió una generosa dosis del carísimo bourbon de su padre.

—Mamá no está demasiado contenta contigo —señaló Ashton mientras buscaba un vaso para servirse de la misma botella.

—Nuestra madre nunca está contenta conmigo. Es algo inevitable. —Sonrió burlón, pero su hermano mantuvo el gesto distante.

—Ambos sabemos que sería muy fácil para ti evitarlo. Solo tendrías que vestirme de manera correcta y procurar que tus amigos no resultaran tan inoportunos.

A James le resultaba increíble que Ashton y él compartieran sangre, a pesar de su parecido físico.

—Creo que a mamá no es la única a la que le molestan mi ropa y mis amigos, ¿eh, Ashton? Tu hermano rockero siempre consigue deslucir la imagen de familia perfecta que quieres mostrar. —James habló con tono ligero, ocultando el dolor que le producían aquellas situaciones. Su familia siempre parecía dispuesta a juzgarlo con severidad y, aunque fingía despreocupación, cada crítica era como un arañazo que dejaba una marca en su interior.

—No tengo nada en contra de Miles, pero habría agradecido que hoy te hubieras arreglado de forma más discreta —respondió su hermano con expresión impasible. Se llevó la copa a los labios y bebió un trago antes de recorrer la habitación con mirada penetrante. Se detuvo unos segundos en su prometida, que charlaba con la anciana Van Hollen.

—Me gusta Rose. Es una buena chica. —Estudió a su futura cuñada. Era inteligente y brillaba en ella cierta bondad natural, cualidades que James apreciaba—. La verdad es que me sorprendió bastante que volviera contigo.

—Eso no es asunto tuyo —lo cortó irritado Ashton y, por un momento, sus labios se apretaron en una línea tensa que le recordó demasiado a su madre.

Los dos hermanos optaron por beber en silencio, y James deseó de nuevo escabullirse para tocar el piano. Empezaba a sentir un familiar hormigueo en los dedos y sabía que solo las teclas conseguirían aplacarlo. Miró nervioso hacia la puerta. Tan solo unos pasos le separaban de la libertad, de la calidez de ese piano que nunca le fallaba, de aquel lugar seguro que era solo suyo y que nadie podía arrebatarse. A su lado, Ashton tensó los hombros, como si intuyera que su hermano estaba buscando una vía de escape, y a James le habría gustado prometerle que solo serían unos minutos, tan solo unos compases para calmar las ansias y coger fuerzas. Luego se enfadó consigo mismo, porque tenía treinta y dos años y no debía rendirle cuentas a nadie, pero cada vez que traspasaba la puerta de los Hathaway volvía a convertirse en el niño inseguro que odiaba su propia casa.

El hormigueo de los dedos se convirtió en picor. Recorrió el salón con la mirada hasta que tropezó con el cabello azul de Andy. Su jefa de prensa hablaba con la fotógrafa de Ashton. James notó que se le erizaba la piel. Hasta aquel momento la joven había sido una sombra oculta tras la cámara, pero Andy se movió, dejándola a la vista.

Su corazón empezó a palpar con violencia.

Llevaba el pelo más corto y un nuevo flequillo.

Cerró los ojos y, cuando los volvió a abrir, comprobó que ella seguía allí. No eran imaginaciones suyas.

Evie Turner se encontraba en la casa de sus padres.

Tragó saliva y deseó estar en cualquier otro lugar.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? —La voz de Ashton le llegó desde algún lugar remoto, aunque, en realidad, seguía junto a él.

—¿Esa es la fotógrafa que has contratado? —farfulló.

—Sí, tu amigo Drew me recomendó el estudio en el que trabaja porque buscaba a alguien de confianza... ¿La conoces?

James hizo un gesto ambiguo. No quería hablar sobre Evie.

—No parece el tipo de chica que se mueve en los mismos círculos que una estrella del rock —insistió su hermano, que escudriñaba su reacción con cierta curiosidad.

James apartó la mirada del perfil femenino. Había llegado el momento de marcharse y no le importaba enojar a su madre.

—La conocí hace años en una discoteca.

—Curioso lugar para conocer a una mujer sorda.

—Así es —respondió y, sin despedirse, se dirigió hacia la salida.

Las manos le temblaban y necesitaba con desesperación un piano.

## *P*ortland, cuatro años antes

La voz áspera de Miles arañaba el aire mientras la sugestiva melodía se adueñaba de la habitación. El magnetismo del cantante crecía en cada ensayo. El hambre había vuelto a brillar en sus turbulentos ojos verdes a medida que transcurrían las semanas y el nuevo disco de The Wave iba tomando forma.

James levantó la vista del teclado para estudiar a su mejor amigo, que había resurgido de sus cenizas con una fuerza demoledora. Más grande, más fuerte, mejor músico de lo que nunca fue. Sin duda, trasladarse a Portland había sido la decisión acertada, porque en aquella casa del barrio de Southwest Hills, aislados del mundo, Miles Baker se había reencontrado a sí mismo. Había roto todas las barreras que contenían su talento y este se había desbordado, quebrando el silencio en el que se había sumido durante años.

También había escapado de la prisión que se había construido tiempo atrás para regresar al mundo de los vivos convertido en el héroe de su propia historia.

Por supuesto, cierta cantante rubia de carácter tranquilo y voz clara había tenido algo que ver en su recuperación final, aunque James no sería tan injusto como para robarle a su amigo el mérito. Sí, Kaylee Howard había sido un rayo de luz que se había colado en la vida del vocalista de forma lenta e inexorable, pero nadie podría negar que Miles Baker había renacido gracias a su fuerza de voluntad y su genio innato.

Cuando el último acorde vibró en el aire, Kaylee y Andy, espectadoras del ensayo, aplaudieron con entusiasmo desde el sofá. Miles, más engreído que nunca, alzó el mentón, esbozó una sonrisa torcida y barrió la sala con mirada soberbia, igual que hizo durante años al subirse a un escenario para

dejarse adorar por un público que nunca parecía tener suficiente de él.

James intercambió una mirada burlona con Luke y el nuevo batería se encogió de hombros. Ambos sabían que el cantante de The Wave se había ganado a pulso pavonearse un poco ante su chica y sus amigos.

Miles había asumido de nuevo el liderazgo del grupo y James había regresado a su lugar natural, un paso por detrás. Allí era feliz con su teclado, admirando el brillo de su mejor amigo mientras procuraba que todo se mantuviera en orden. La música volvía a formar parte de él, The Wave estaba saliendo del coma en el que había estado sumido los últimos años y James empezaba a atisbar un futuro lleno de posibilidades.

No necesitaba nada más.

No debería necesitar nada más.

—Ven aquí —indicó Miles a su novia al tiempo que señalaba el micrófono.

—¿Vamos a ensayar uno de los dúos? —preguntó James confuso, porque sus canciones, las que interpretaban Miles y Kaylee juntos, no estaban incluidas en el plan de ensayos de la tarde.

—No vamos a tocar tus dúos. Quiero escucharla cantar una de mis canciones. Siempre interpreta las tuyas —musitó Miles.

Luke resopló por lo bajo, pero el cantante no le hizo caso.

—Tenéis que ensayar todavía tres canciones más —aseguró Kaylee repasando el programa que sostenía Andrea.

Miles se inclinó hacia delante.

—Vamos, rubia, canta para mí —susurró al micrófono con voz ronca y con los ojos entrecerrados fijos en su chica.

Todos los presentes sintieron la corriente de electricidad que fluyó entre la pareja. Andy se pasó la mano por el corto cabello azul y se rio entre dientes, a sabiendas de que Kaylee sería incapaz de resistirse al tono grave y la mirada oscurecida de su novio.

En efecto, la joven dejó su asiento y se dirigió hacia el micrófono como

si estuviera hipnotizada. Cuando llegó a la altura de Miles, él se inclinó para susurrarle algo al oído y ella se sonrojó.

James sintió una punzada en el estómago, un ligero pellizco que se negó a reconocer. La sombra de un recuerdo revoloteó en su mente, pero la desechó de inmediato y ensayó la sonrisa más amplia de su repertorio para que ninguno de los presentes fuera capaz de detectar su repentino malestar. Se estaban convirtiendo en buenos amigos, pero no permitiría que ninguno lo leyera por dentro. Nadie podía hacerlo ya. Solo Miles, pero estaba demasiado ocupado recuperando su vida y enamorándose a lo grande como para darse cuenta de nada más.

Y James era un especialista ocultando sus heridas.

Las escondía en Portland igual que las había encubierto en Nueva York, bajo capas de buen humor y sonrisas radiantes, y no las revelaría ni siquiera a sus nuevos amigos, a pesar de que la complicidad entre ellos crecía a pasos agigantados.

Durante aquellos meses llenos de altibajos, los cinco jóvenes habían convivido en la casa de Southwest Hills y habían estrechado lazos. El resultado era un complicado grupo de amigos que estaba aprendiendo a quererse a pesar de los silencios impenetrables de Luke, el mal genio de Andy, la oscuridad de Miles, las dudas de Kaylee y los secretos de James.

No, las cosas en Portland no habían sido fáciles, pero desde el principio James estuvo decidido a que The Wave funcionara. Tenían que lograrlo por un montón de razones, aunque sabía bien cuál era el motivo principal por el que no podía permitirse un fracaso.

Había hecho un doloroso sacrificio y no soportaría que fuera en vano.

Pero solo era capaz de reconocerlo en sus momentos más bajos, cuando el eco de una risa grave y unos rizos salvajes lo asaltaban en la duermevela, ese momento de la noche en el que no era capaz de rehuir de sus emociones. Los recuerdos lo envolvían entonces como una neblina gris y, cuando empezaban a sofocarlo, se levantaba de la cama para releer los

mensajes que había enviado a Evie y que nunca fueron contestados, solo para comprobar que seguían sin ser leídos.

Desvelado, se arrastraba después hasta el piano del sótano para desgranar miles de emociones en las teclas.

Y, horas más tarde, regresaba a la cama para soñar con esa chica a la que creyó que olvidaría en unas pocas semanas, pero cuyo recuerdo se le había pegado al alma y no conseguía arrancarlo de allí ni siquiera invocando el poder sanador de la música.

## Capítulo 26

Sentados en la acera, los tres obreros almorzaban mientras compartían una animada conversación en español y Evie tuvo que sortearlos para entrar en la galería. Apretó los labios al ver el interior del local. Los suelos seguían levantados, aún no había paredes y del techo colgaban multitud de cables. Faltaban dos semanas para la inauguración y trató de visualizar cómo quedarían sus cuadros en aquel espacio destartalado.

Hugh le había asegurado que los obreros trabajaban bien y que todo estaría a punto para la inauguración, pero ella no acababa de creerlo. De todas formas, sus protestas no servirían de nada. Una chica sorda, un sexagenario que ignoraba la lengua de signos y que escribía mensajes en el móvil con pasmosa lentitud y tres obreros salvadoreños con un limitado conocimiento del inglés. Lograr un mínimo de comunicación entre ellos resultaba casi imposible.

Evie caminó con cuidado entre tablones de madera, cables, herramientas, sacos de escombros, cubos de plástico, caballetes de obra y plataformas de trabajo. El pequeño despacho del galerista era la única zona sobre la que no parecía haber caído una bomba.

Hugh Wenham la recibió con una expresión resplandeciente que aplacó su malhumor. ¿Cómo enfadarse con aquel hombre encantador? Resultaba adorable con su anticuado traje de *tweed* marrón, sus gafas redondas y su



pajarita con anclas bordadas.

Como un viajero en el tiempo atrapado en un futuro en el que no terminaba de encajar.

—¿Has visto? Han terminado los baños —anunció Hugh con entusiasmo.

No vocalizaba demasiado bien, lo que complicaba la lectura labial, aunque con el paso de los meses, ambos habían mejorado su entendimiento mutuo.

—No tienen puertas todavía.

—Maxwell dice que llegarán mañana o pasado. Como muy tarde, el lunes estarán aquí.

Evie prefirió ignorar la referencia al contratista, un tipo de Colorado que aparecía por el local de vez en cuando con actitud zalamera y multitud de promesas vacías que Hugh creía a pies juntillas con encantadora ingenuidad. El retraso en la llegada del material era la principal razón por la que Julio, Alberto y Ángel avanzaban con tanta lentitud en la reforma.

—¿Esos son los papeles del seguro que tengo que firmar? —preguntó mientras dejaba en el suelo su abultada mochila. Señaló los documentos que estaban sobre la mesa y el galerista asintió.

Mientras los revisaba, Hugh preparó té en un hervidor eléctrico y sirvió dos tazas. Junto a la de Evie colocó un plato de galletas y la joven le dirigió una mirada agradecida. Estaba muerta de hambre. Se había levantado antes del amanecer, tras una noche intranquila, acosada en sueños por la imagen de James. No lograba librarse de sus ojos atormentados, fijos en el ataúd de su padre. Ella había procurado esconderse detrás de su cámara, no permitir que las emociones de él la alcanzaran, pero había sido inútil. El dolor de James atravesó la lente de su fiel Nikon en el instante en que se desplomó llorando en los brazos de su mejor amigo.

Tuvo que apartar la cámara y enfocar un objetivo más seguro.

No debió aceptar el trabajo. Había sido uno de los encargos más extraños que le habían hecho. No le gustó nada la idea de retratar un funeral, pero

Karen Kesselmann, la propietaria del estudio, insistió en que era la única fotógrafa del equipo que mostraría la discreción necesaria.

Por supuesto, no se le ocurrió relacionar el apellido Hathaway con el del músico. Solo cuando llegó al cementerio descubrió que se encontraba en el entierro del padre de su exnovio.

Su instinto le gritó que huyera. No podía perder su empleo, así que se parapetó detrás de la cámara y procuró mantenerse lejos de James, de sus ojos tristes y su pelo disparatado. Lejos del chico roto que una vez amó sin saberlo y que, lejos de ella, se había convertido en un hombre al que medio mundo adoraba.

No sirvió de nada esconderse tras la cámara. Por la noche, la imagen quebrada del dios nórdico la persiguió en sueños como un fiel recuerdo de su cobardía. Había sido incapaz de acercarse a él ni siquiera para presentarle sus condolencias.

Aturdida, se levantó temprano y trabajó en los bocetos de un mural para una floristería del Village. Los colores alegres que había elegido para el diseño lograron relajarla. Hacía años que había superado a James y no iba a permitir que él volviera a afectarla. Con sus fantasmas bajo control, dejó el diminuto apartamento en el que vivía para dirigirse al estudio Kesselmann en Tribeca. Dedicó el resto de la mañana a realizar un par de sesiones fotográficas y, al finalizar, su jefa le entregó las indicaciones para la boda del siguiente sábado. No le gustaba demasiado cubrir eventos públicos, pero ganaba más dinero con ellos que con las sesiones de estudio.

Solía almorzar en algún puesto callejero, pero no le dio tiempo a comer. Había quedado con Hugh y una avería en el metro la hizo retrasarse. Así que, cuando el galerista le ofreció el plato de galletas, lo agradeció como el más exquisito banquete, porque había subsistido todo el día con el café y el *bagel* que había tomado en el desayuno.

Después de firmar los documentos, Hugh le entregó un plano con la disposición que había previsto para sus cuadros en la galería.

Le temblaron un poco los dedos al sostener el papel. Su primera muestra en solitario. Todo un éxito para una joven artista desconocida que pintaba murales por encargo y fotografiaba bodas los fines de semana.

Evie aún recordaba la sensación de sorpresa que la embargó cuando Wenham se puso en contacto con ella.

Durante más de un año, había llamado a las puertas de cientos de galerías de Nueva York y alrededores sin lograr que nadie se interesara por sus pinturas. Tan solo había conseguido participar en algunas exhibiciones colectivas dedicadas a jóvenes artistas.

Hugh reparó en sus cuadros cuando asistió a una exposición en un centro cultural de Queens. Ese mismo día le envió un correo electrónico para concertar una cita. Nerviosa, lo recibió en su taller de Bushwick, un viejo almacén reconvertido, como tantos otros edificios industriales del barrio que albergaban estudios de artistas, espacios culturales, tiendas de segunda mano y cafeterías decoradas con muebles viejos y lámparas de metal.

Su primer encuentro con Hugh resultó un desastre, porque apenas lograron comunicarse. Él ignoraba la lengua de señas y lucía una poblada barba blanca que impidió a Evie la lectura labial. Sin embargo, Wenham se mostró entusiasmado por su trabajo y le propuso organizar una exposición.

La segunda vez que se vieron, quedaron en Chelsea, una de las zonas con mayor concentración de galerías de arte del mundo.

Hugh se había recortado la barba, permitiendo una mayor visibilidad de su boca, y Evie agradeció el detalle. La lectura de labios fue algo más fácil, aunque le pidió a menudo que repitiera sus palabras. Por suerte, estaba provisto de una paciencia infinita y muchas ganas de entenderse con ella, lo que facilitó la interacción entre ambos.

La galería Wenham se encontraba algo alejada. Incredula, observó el pequeño y ruinoso edificio que llevaba años en desuso.

Trató de ocultar su decepción al entusiasmado galerista, que parloteaba sin darse cuenta de que su compañera no podía seguir la conversación. Sus

gestos estaban llenos de vitalidad y acabó contagiada de su energía. Regresó a su estudio con la sensación de haber caído en manos de un loco encantador.

A su tercer encuentro, Evie llevó un cuaderno morado y una batería de preguntas. Se sentaron en un elegante café de la zona y, mientras comían *brownies* y bebían té verde con menta, lo obligó a contestar todas sus dudas.

Una búsqueda rápida en internet le había permitido averiguar que Hugh Wenham había sido un marchante de arte de cierto renombre que había abierto una galería de arte en Chelsea a principios de los años 90. Durante casi dos décadas el local había impulsado a jóvenes artistas hasta que cerró sus puertas y su propietario desapareció de los circuitos artísticos durante ocho años sin dar ninguna explicación.

Y Evie quería explicaciones.

Quería saber si aquel hombre estaba en sus cabales y si su propuesta tenía algún sentido.

Hugh no pareció ofendido por su desconfianza. Tres *brownies* después, Evie conocía su historia, escrita en el cuaderno con una letra pulcra y redonda, algo infantil. Y estaba decidida a trabajar con él.

Porque, al parecer, Evie Turner sentía debilidad por los hombres de apariencia excéntrica y con sonrisas encantadoras que cargaban un mundo de dolor sobre sus espaldas.

Durante los siguientes meses, su relación con Hugh se estrechó, aunque su comunicación seguía siendo limitada. Iban juntos a exposiciones y, de vez en cuando, él se dejaba caer por el taller de Evie para estudiar su trabajo. Casi sin darse cuenta se había hecho amiga de aquel hombre de sesenta años que estaba empeñado en sacarla de la oscuridad de su taller.

La había ayudado a seleccionar las piezas que se exhibirían y ella a veces observaba el proceso con cierta distancia, incapaz de creer que realmente sus pinturas fueran a exponerse ante el público. Pero cada vez estaba más cerca, como demostraba el plano de Hugh, donde había recogido en qué

lugar del local se situaría cada lienzo.

Releyó el título de una de las obras anotadas. Hugh había reservado para ella la pared principal de la segunda sala.

—Ya te dije que este cuadro se queda fuera. No quiero exponerlo —le recordó enfadada.

El galerista se pellizcó el lóbulo de la oreja izquierda.

—Es una obra magnífica.

—Se queda fuera.

—Sabes que sin esa pintura la exposición estará incompleta.

Evie sacudió la cabeza, poco dispuesta a tener de nuevo la misma discusión. Debió destruir aquel cuadro cuando lo pintó un año atrás, pero fue incapaz de deshacerse de él. Lo escondió en un rincón del taller, cubierto con una sábana blanca, y jamás volvió a mirarlo. No resultó fácil ignorar su existencia; a veces, en pequeños momentos de debilidad, miraba de reojo hacia el rincón oscuro donde aquel enorme lienzo le recordaba todo lo que había perdido.

Sin embargo, jamás volvió a levantar la tela que lo cubría. Se trataba de su pintura más dolorosa y habría permanecido oculta hasta el fin de los tiempos si Hugh no la hubiera encontrado durante una de sus visitas al taller, mientras curioseaba entre sus antiguos trabajos. Destapó el lienzo sin que Evie se diera cuenta y lo contempló boquiabierto.

Permaneció un buen rato frente a la obra, absorbiendo cada detalle. Cuando Evie lo descubrió, sintió un doloroso golpe en el centro del pecho. Su primer impulso fue taparla, pero Hugh la tomó del brazo con suavidad para detenerla.

Le dijo algo, pero ella no fue capaz de leer una sola palabra en sus labios. Cerró los ojos hasta que logró calmarse.

Cuando levantó los párpados, encontró la mirada gris de Hugh, que la escudriñaba tras los cristales redondos de sus gafas.

—¿Qué pasa, Evie?

Había una gran ternura en la expresión de su nuevo amigo.

Ella movió la cabeza de un lado a otro, incapaz de hablar. No quería destapar la caja de los truenos que dormía en su interior.

Se alejó de él y volvió a cubrir el cuadro.

Hugh quiso hablar sobre la pintura, entender qué significaba para Evie, pero, sobre todo, intentó convencerla de incluirla en la exposición. Ella se negó, igual que en todas las ocasiones en que él abordó el tema. El cuaderno morado se llenó de argumentos para que ella mostrara al público aquella obra que aún la hacía sangrar.

Se había negado una y otra vez, así que no entendió por qué Hugh había incluido aquel maldito cuadro en el plano de la muestra.

El galerista escribió en su cuaderno de conversaciones y se lo entregó con gesto contrito.

Lo siento, pero tenía que incluirla. Es tu mejor obra. Todos tus trabajos siguen la misma línea: están llenos de paz. Pero este cuadro contiene tanta emoción, tanto dolor, tanta belleza... Ofrece el contraste perfecto y enseña ese interior tuyo inalcanzable y contradictorio.

Cuando terminó de leer los argumentos de Hugh, Evie se quedó un rato mirando el cuaderno hasta que logró dominarse.

—No expondré ese cuadro. Quítalo del listado o cancela la exposición. Es mi última palabra.

—A veces, hay que sacar los miedos a la luz para destruirlos, niña.

—Yo elegiré cómo enfrentar mis miedos. ¿No puedes respetar eso?

Hugh asintió despacio y, después, tachó el título del cuadro en el plano.

—No te enfades con este pobre viejo —pidió.

Evie lo abrazó con cariño, a sabiendas de que las intenciones de Hugh habían sido buenas aunque equivocadas.

Ella había luchado demasiado para levantarse. El cuadro y el reencuentro con James habían estado a punto de hacerla retroceder a aquel lugar oscuro del que había logrado escapar.

Y no estaba dispuesta a volver.

*OceanofPDF.com*

## *Vermont, tres años y medio antes*

El cielo despejado resplandecía sobre los caminos blancos, ofreciendo un curioso contraste con los bosques amarronados y tristonos que emergían junto a las pistas de esquí. A medida que la góndola ascendía, los ocupantes descubrieron restos de nieve sobre las copas de los árboles, retazos de un invierno que ya había quedado atrás. Sin embargo, cuando la cabina se detuvo en lo alto del pico Killington, pareció que la primavera aún no había llegado a Vermont. Evie admiró el grueso manto blanco que se extendía ante ella. Luego alzó el rostro y dejó que los cálidos rayos del sol acariciaran sus mejillas. Agradeció que Caroline y Drew la hubieran llevado a casa.

No había conseguido sobreponerse a la marcha de James. Durante meses había vagado con el corazón roto, sumergida en un silencio protector del que se negaba a salir. Nada parecía aliviar su tristeza, así que trató de centrarse en el trabajo para olvidar al teclista y demostrarse, de una vez por todas, que era capaz de valerse por sí misma.

Renunció a la asignación que sus padres le habían estado pasando, a pesar de que no ganaba demasiado con los murales y que tuvo que invertir los pocos ahorros que le quedaban en material y en la creación de una página web para dar a conocer su trabajo.

Durante los primeros tiempos, Caroline y Evie tuvieron que hacer malabares con el dinero; y las peores semanas, en las que había que elegir entre pagar la renta o comer, se alimentaban solo de sándwiches de queso y sopas de sobre. Ambas estuvieron de acuerdo en ocultar a Drew su falta de liquidez. Si lo averiguaba, se empeñaría en ayudarlas, pero ninguna estaba dispuesta a aceptar limosnas, y Carol no quería estropear su incipiente noviazgo con un asunto tan espinoso.



Al final, Shanaya encontró para Evie un empleo como limpiadora en un edificio de oficinas de Manhattan. De esta forma, pudo obtener un ingreso fijo con el que cubrir su parte del alquiler. Lo combinaba con la pintura de murales y pasó el invierno trabajando sin parar, sumida en la tristeza, apegada al recuerdo de un chico que se negaba a desaparecer de sus pensamientos y asediada por un persistente catarro del que tardó semanas en librarse.

Además, los sonidos se le habían vuelto a escapar y volvía a ser incapaz de atraparlos en sus pinturas. El silencio la devoraba, implacable, pero en esta ocasión ella lo recibió con alivio: ya no era la prisión en la que se veía obligada a vivir, sino el refugio en el que se escondía con su dolor.

Caroline y Drew, inmersos en su particular vorágine de trabajo y estudios y en su propio romance, se dieron cuenta demasiado tarde del frágil estado de Evie. Para entonces, habían llegado las vacaciones de primavera y, sin consultárselo, la subieron al coche y la arrastraron a Bridgewater con la esperanza de que en casa de sus padres pudiera recobrar fuerzas y mejorar su ánimo.

Habían pasado tres semanas desde su llegada y Evie no daba muestras de querer regresar a Nueva York. Su prima y su novio volvieron a la ciudad tras unos días de descanso y ella se quedó en casa, reconfortada por el cálido afecto de sus padres, la belleza del paisaje y la constante lluvia primaveral que lavaba unas heridas que cada vez dolían menos.

Sentía la tentación de quedarse en Bridgewater. Estaba en su hogar, donde el aire olía a galletas de canela y por las noches se tumbaba en el tejado para ver las estrellas. Los días, tranquilos y silenciosos, se sucedían casi sin que se diera cuenta, acomodada a viejas rutinas que calmaban su espíritu atormentado: cocinaba con su madre, se sentaba en el porche con su padre para contemplar el atardecer, pasaba largas horas leyendo en el banco de su dormitorio, paseaba por el bosque con su cuaderno de dibujar, probaba tartas deliciosas en el café de la siempre amable Isobel Partridge y

los fines de semana Shui Mei se acercaba desde Brattleboro para pintarle las uñas y jugar largas partidas de ajedrez, al que ambas se habían aficionado en sus tiempos de Haverhill.

No habló con nadie de James ni de lo dura que resultaba la vida en Nueva York para una chica sorda y cobarde que andaba descubriéndose a sí misma.

No quiso hablar del agotamiento con el que llegaba a casa después de largas y extenuantes jornadas limpiando, de la continua preocupación por el dinero, de su incapacidad para relacionarse con nadie más allá del círculo de Caroline.

Tampoco les dijo que, por un breve instante, había conseguido atrapar los sonidos con sus pinceles pero que había vuelto a perderlos. Se habían evaporado junto a un chico con el que soñaba de forma obsesiva, incapaz de olvidarlo. Tampoco les dijo que lo añoraba de tal forma que había bloqueado su número de teléfono y sus redes para no caer en la tentación de contactar con él.

Todos en Bridgewater respetaron su silencio; sabían que Evie no se abriría. Sus muros se habían alzado de nuevo, altos y poderosos, impidiendo que nadie se asomara a su interior.

Hasta que una tarde su padre sacó los esquíes del trastero.

—Quiero que mañana tú y yo vayamos a esquiar —propuso durante la cena. Acompañó sus palabras de algunas señas torpes. Pese a sus esfuerzos, jamás había logrado dominar la lengua de signos.

Evie sintió un curioso cosquilleo en el estómago. La idea de deslizarse sobre la nieve siempre le resultaba emocionante y hacía tiempo que no anhelaba algo con tanta fuerza.

—¿Tú no vienes? —preguntó a su madre. Leah tenía los ojos enrojecidos y apretaba los labios enfadada.

—«Tengo cosas que hacer. Esta vez no os acompañaré» —signó.

Luego se puso en pie, dio un beso a su hija en la cabeza y salió de la cocina, ignorando la presencia de su marido.

—¿Os habéis peleado? —Preocupada, Evie se volvió hacia su padre.

—No te preocupes por eso. Se le pasará dentro de unos días—aseguró él con su calma habitual.

A la mañana siguiente, ambos se subieron al monovolumen familiar y se dirigieron a la estación de esquí. No estaba demasiado concurrida, a pesar de que la temporada aún continuaría durante otro mes. Las pistas de Killington siempre eran las últimas de la zona en cerrar y recibían esquiadores durante buena parte de la primavera.

—Hoy vamos a dominar la Bestia del Este —declaró su padre cuando bajaron del coche. El eco de una promesa lejana latió en un rincón de la memoria de Evie.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó antes de abrir el maletero. Necesitaba saberlo; la pregunta llevaba picando en su garganta desde el desayuno. Aquella excursión tenía un propósito, aunque no era capaz de entenderlo. Frank Turner jamás dejaba a su ayudante a cargo del negocio para tomarse un día libre.

El rostro de su padre se bañó con todo el inmenso amor que sentía por su única hija.

—Porque una vez esta montaña te devolvió el valor y creo que necesitas recuperarlo —explicó pronunciando con cuidado cada palabra. Sus señas, poco fluidas y confusas, no distrajeron a Evie, pendiente del movimiento de sus labios—. Sé que estás planeando quedarte en casa y siempre serás bienvenida. Tu madre desea que te quedes, aunque... —Se detuvo indeciso y miró hacia el horizonte. Pareció que no iba a continuar, pero al cabo de unos instantes se volvió hacia ella y se esforzó en signar de forma correcta para que Evie comprendiera bien sus palabras y no dependiera solo de la lectura labial—. Necesitas volar por tu cuenta. Tomaste la decisión correcta al irte y no sé qué ha pasado en Nueva York, pero creo que todavía no has terminado allí. Has vuelto vencida y no me gusta verte así: eres una luchadora, aunque a veces no lo creas.

Se sostuvieron la mirada hasta que Evie, algo brusca, asintió con la cabeza. Entonces sacaron los esquís del maletero y, media hora después, se encontraban frente a la caída vertical más pronunciada de Nueva Inglaterra.

Nerviosa, tragó saliva. Era una excelente esquiadora, pero jamás había enfrentado un desafío de tales proporciones.

Su corazón palpitaba a toda velocidad.

No lo conseguiría. Quiso decirle a su padre que dieran la vuelta, que tenían que subirse a la góndola y buscar una pista más asequible. No estaba preparada para realizar aquel descenso.

No era más que una chica sorda, cobarde y con el corazón roto a la que habían destruido una ciudad despiadada y un chico impulsivo y encantador que solo pensaba en la música.

Pero ella había sido valiente una vez, en aquella montaña.

Sin pensar, se inclinó y dejó que los esquís se deslizaran sobre el grueso manto blanco. El aire frío la golpeó en el rostro a medida que adquiría velocidad.

Por primera vez, no añoró el crujido de la nieve o el sonido del viento.

El silencio permitió que se concentrara mejor en el camino, en las trampas de un terreno irregular plagado de desafíos que encaraba con el estómago encogido y los dientes apretados. Sorteó con esfuerzo cada bache, cada cornisa, cada pronunciadísima cuesta, ignorando el dolor de sus músculos y el miedo que le asaltaba al enfrentar retos que parecían imposibles. Estuvo a punto de perder el control en varias ocasiones, pero logró recuperarse con habilidad.

Exultante, llegó al final del camino y, aunque seguía estando rota y asustada, supo que se encontraba preparada para enfrentarse a sí misma una vez más.

## Capítulo 27

Ashton Hathaway releyó el último párrafo de la propuesta que llevaría al comité municipal de educación la siguiente semana. Tachó un par de líneas e hizo algunas anotaciones al margen. Había revisado el documento con su equipo tres veces, pero se resistía a darlo por terminado. Sonaron un par de golpes suaves en la puerta. Keith Caldwell entró arrastrando los pies y, al llegar junto a la mesa de caoba, carraspeó para llamar su atención. Ashton ignoró a su director de comunicaciones hasta que terminó de escribir.

Todavía no lo había perdonado y su parte más vengativa quería ponerlo en su sitio.

—La fotografía llegará dentro de quince minutos y antes de la reunión quería mostrarte la nota de prensa que he redactado —informó Keith con tono contrito mientras dejaba caer un par de folios sobre la mesa.

—Quisiera saber por qué tengo que estar presente en esa reunión. Eres capaz de seleccionar media docena de imágenes para enviar a la prensa.

—Tu madre insistió en que lo supervisaras personalmente.

Ashton apretó los labios hasta dibujar con ellos una línea fina.

—No sabía que mi madre formaba parte de mi oficina de comunicación, aunque debí sospecharlo cuando te convenció de lo importante que era exhibir ante las cámaras el entierro de mi padre —señaló con tono helado. Aún recordaba con desagrado la larga discusión que había mantenido con

Keith y el malestar que lo había acompañado después de aceptar una propuesta que llevaba el inconfundible sello de Christine Hathaway.

Estaba furioso consigo mismo por haberlo permitido.

La censura en los ojos de James lo había hecho sentir aún más culpable, aunque no pudo reconocerlo en voz alta y se limitó a comportarse como un imbécil.

Tal como hacía siempre.

Había aprendido a esconder sus heridas bajo una apariencia fría y distante. A veces quería romper su disfraz, pero la costumbre de toda una vida resultaba difícil de vencer y solo Rose conseguía atravesar las barreras que interponía con el mundo.

—La jefa de prensa de tu hermano también asistirá a la reunión —explicó Keith—. Supongo que quiere supervisar que no se publique ninguna imagen inadecuada de James. Se llama Andrea Meyer.

—Sé perfectamente cómo se llama —aseguró Ashton y, para zanjar la conversación, hojeó con desgana la nota de prensa.

Por supuesto que conocía a Andrea Meyer. Había sido jefa de prensa de The Wave en su primera etapa y Gerry Fisher la había vuelto a contratar cuando el grupo estuvo preparado para regresar a la escena musical tras años en la sombra. Andrea había nacido en Michigan, era hija de un teniente de policía viudo y fue la tercera de su promoción en Berkeley. Tenía treinta y cuatro años, vivía en Long Island con su última novia y un labrador blanco, coleccionaba cajas de música y se había convertido en una de las mejores amigas de James.

Sí, Ashton conocía bien a todo el personal que alguna vez había trabajado para The Wave, los calendarios de gira del grupo y hasta los contratos publicitarios que estaba negociando su agente. Llevaba años investigando a James y su entorno.

Al principio lo hizo por orden de su padre. El senador Hathaway no quería que las extravagancias de su primogénito salpicaran su carrera

política, así que procuraba estar al tanto de todos sus movimientos y de esa forma adelantarse a posibles escándalos. Durante las primarias, la ingrata tarea de recopilar información sobre James había recaído en Ashton.

Había odiado espiar a su hermano, pero su padre contaba con la innata lealtad de su hijo menor y él no estaba dispuesto a defraudarlo. Toda la vida había intentado cumplir con lo que su padre esperaba de él: desde niño, su máximo anhelo fue mostrarse digno del apellido que portaba, aunque tuviera que arrancarse pedazos de sí mismo para lograrlo.

Así que se había convertido en la sombra de su hermano. Un detective privado y unos cuantos sobornos hábilmente repartidos le habían dado acceso a la vida de James. Con el tiempo descubrió que, sin aquellos informes que pasaban regularmente por sus manos, James sería un completo desconocido.

Y, de alguna manera, se sintió más cerca de él.

Tal vez, por ese motivo, cuando su padre dejó de contar con Ashton por considerarlo un traidor, él continuó recabando toda la información que podía. Se convenció de que lo hacía en beneficio de su propia campaña, pero en el fondo sabía la verdad: que era la única manera de formar parte de la vida de su hermano.

Con su voz más persuasiva, Rose solía decirle que despidiera al detective e invitara a James a desayunar. Según ella, sería una forma más eficaz para acercarse a él, pero su bondadosa prometida, de la que estaba enamorado como un loco desde que la conoció en la biblioteca de Harvard, no llegaba a comprender la complejidad de las relaciones familiares de los Hathaway ni que existían lazos rotos imposibles de recomponer.

—La señorita Meyer y su hermano están aquí, señor Hathaway —le comunicó su secretaria a través de la línea interna.

—No sabía que él también iba a venir —musitó Keith, verbalizando la sorpresa de Ashton. James nunca había estado en la oficina de Ashton, que había ocupado el cargo de concejal dos años atrás. El más joven edil de

Nueva York y uno de los dos únicos representantes de su partido en el consejo municipal, formado por más de cincuenta miembros. Un acontecimiento histórico que ningún Hathaway celebró.

Se puso en pie para recibir a los recién llegados y, cuando entraron, pensó que Rose encontraría divertido el contraste entre los impecables trajes de Keith y Ashton y el extravagante aspecto de su hermano y su jefa de prensa. Andrea vestía un sobrio traje de pantalón y chaqueta gris claro que, al contrario de lo que pudiera parecer, casaba a la perfección con el azul eléctrico de su cabello, el brillante de su nariz y los tres aros de su ceja izquierda. James llevaba el pelo alborotado, las manos llenas de anillos, una gruesa capa de delineador en los ojos, un pendiente con forma de rayo, pantalones de cuadros amarillos y negros, una camiseta con una enorme mariposa estampada y una cazadora de cuero.

El teclista de The Wave en estado puro, preparado para escandalizar a los empleados de la conservadora oficina del concejal de distrito más joven de la ciudad.

Imaginó que, en el cementerio de Green-Wood, su padre se estaba revolviendo en su tumba, odiando a sus dos hijos.

El raro al que siempre despreció.

El traidor al que repudió.

Y, de repente, Ashton sintió unas ganas incontenibles de abrazar a su hermano, dar un salto y deshacer el abismo que los separaba. Casi podía sentir las manos de Rose en su espalda empujándolo hacia James, exhortándolo a que terminara de una vez por todas con aquel horrible distanciamiento en el que habían vivido siempre los dos hermanos y que ella no era capaz de entender.

—¿No ha llegado aún? —preguntó James, recorriendo el despacho con la mirada.

Y Ashton supo, sin ninguna duda, que su hermano no estaba allí por las fotos del entierro.



Evie se retrasaba. James se paseó nervioso por la sala, sin importarle exteriorizar su inquietud. Cuando Andy le habló de la cita en la oficina de su hermano, se apuntó sin pensarlo. El inesperado reencuentro con Evie había despertado demasiadas emociones y necesitaba volver a ponerlas en su sitio. Así que allí estaba, en aquel despacho solemne, reprochándose la impulsividad de su carácter.

—¿Queréis tomar un café? —ofreció Keith.

James rechazó la invitación y se volvió hacia su hermano con la pregunta que llevaba quemando su lengua desde que había llegado al cementerio. Había logrado contenerse durante el funeral, pero ya no aguantó más.

—¿No te pareció poco ético fotografiar el entierro de tu padre?

Durante un instante, Ashton pareció vacilar.

—Él habría hecho lo mismo si hubiera estado en mi lugar.

James lo observó estupefacto. Tragó saliva, tratando de procesar la terrorífica verdad que escondían sus palabras.

—¿Eso crees? ¿Crees que un padre podría preocuparse por su imagen pública en el entierro de su hijo?

—No sé el resto de los padres; el nuestro lo habría hecho, desde luego.

Resultaba perturbador escucharlo en voz alta, pero algo en su interior le indicó que Ashton estaba en lo cierto. ¿Por qué no? Toda la vida de Richard Hathaway había girado en torno a su carrera y calculaba cada gesto, decisión y acontecimiento en función del impacto que tendría en su posición política.

Y su hermano se había convertido en su digno heredero, tal como había demostrado en el entierro.

—Eres igual que él —comentó en voz baja.

Ashton no contestó. Se volvió hacia la ventana con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y observó el exterior.

—No sabes nada de mí —aseguró al cabo de un rato, girando un poco la cabeza. Una sombra fugaz aleteó en su rostro, y James comprendió, de

repente, que tal vez no era el único Hathaway que utilizaba una máscara.

Por un momento, deseó que Andy y Keith no estuvieran presentes. Quizá Ashton y él pudieran tener una conversación real. No recordaba que jamás hubieran tenido una. Hubo un tiempo, cuando eran pequeños, en el que jugaron juntos y se hacían compañía en aquella enorme casa abarrotada de objetos valiosos. Sin embargo, la distancia entre ambos fue aumentando con el paso de los años, a medida que se evidenciaban las abismales diferencias que existían entre el hijo raro que estaba obsesionado con la música y el hijo brillante que siempre cumplía con lo que se esperaba de él.

Quizá, si tuvieran una conversación real, James dejaría de escuchar en su cabeza *Cold Cold Cold*, de Cage the Elephant, cada vez que se encontraba con su hermano.

Los golpes en la puerta hicieron que se olvidara del frío concejal con el que compartía árbol genealógico. Se giró a tiempo para ver entrar a Evie. De nuevo, vestía por completo de negro (desde la larga gabardina hasta las bailarinas que calzaba) y el único punto de color de su cuerpo se encontraba en el pintalabios de intenso color rojo, que trasladó a James a la biblioteca de los Wigmore, donde lo aguardaban un cuadro lleno de música, una chica de rizos salvajes y unas copas de brandi.

Aturdido, se obligó a permanecer en el presente y, desde la distancia, asistió el intercambio de saludos. Notó que Keith parecía incómodo y que Ashton enseguida se colocó en una posición óptima para que Evie pudiera leer sus labios. Él se mantuvo a una prudente distancia, pero ella echó un vistazo en su dirección y parpadeó sorprendida. No esperaba encontrarlo allí. Lo saludó con un ligero asentimiento de cabeza y, después, procedió a sacar un iPad de su bolso. Lo manipuló antes de entregárselo a Keith.

—Podría haberles enviado el archivo por correo electrónico —señaló.

Su voz sonaba un poco más grave de lo que recordaba.

James se acercó al grupo sin dejar de estudiarla. Apreció los cambios que el paso del tiempo había dejado en ella: su rostro resultaba menos aniñado y

su expresión parecía más resuelta que en el pasado. Una nueva seguridad se desprendía de cada uno de sus movimientos.

James ni siquiera intentó mirar las fotos. Confiaba en Andy y sabía que velaría por sus intereses. Él estaba allí para ver a Evie Turner, para saber si después de tanto tiempo seguía sintiendo algo por ella, porque durante años no había conseguido librarse de su recuerdo y necesitaba algunas respuestas.

En el entierro se encontró sumergido en una tormenta de emociones provocada por la muerte de su padre, así que su reacción ante el inesperado reencuentro con Evie lo aturdió tanto que no supo entender lo que sentía.

Y él necesitaba saber la verdad, descubrir si su añoranza tenía una base real.

Se acercó un poco más, fingiendo que atendía a la conversación. Evie había ganado aplomo y confianza, pero había perdido magia. Recordaba con dolorosa claridad cada momento vivido con ella, la intensidad que parecía envolverla, rodeada siempre de música y silencio. Él solía vibrar en su presencia.

Ya no quedaba nada. Notó con tristeza que su corazón latía a ritmo normal, sus manos no clamaban por tocar su piel y que había desaparecido la extraordinaria conexión que tuvieron tiempo atrás.

Había pasado los últimos años aferrado a un recuerdo, creyendo que había dejado escapar al gran amor de su vida. Había compuesto canciones para una chica que ya no existía, la había exorcizado cada vez que se sentaba ante un teclado. Soñaba con ella por las noches y la buscó en todas las mujeres que se cruzaron en su camino y a las que nunca se ató porque ninguna se parecía a Evie, porque ninguna lo hizo sentir como Evie.

Decepcionado, comprendió que una vez más había idealizado el amor.

—Bien, pues ya está. —La voz de Andy lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Tan rápido? —preguntó sorprendido.

—¿Rápido? Llevamos aquí casi una hora. No sé para qué has venido, la

verdad —respondió su jefa de prensa en voz baja tras estrechar la mano de Ashton.

Evie recogió sus pertenencias y se acercó a él con expresión cautelosa.

—Siento lo de tu padre —expresó mirándolo de frente por primera vez. James trató de atisbar las sombras que solían velar sus ojos, pero ya no estaban. O, quizá, él ya no era capaz de verlas—. Quise decírtelo el otro día, pero no tuve valor para acercarme.

James agradeció su honestidad, aunque no encontró consuelo en sus palabras. Hubo un tiempo en que el abrazo de Evie había servido para confortarlo. ¿Tanto habían cambiado? Ella era solo una desconocida a la que una vez creyó amar.

—«¿Desde cuándo te dedicas a la fotografía?» —preguntó por señas. Quería saber algo de la nueva Evie, cualquier cosa que lograra despertar su vieja conexión.

Ella lo contempló desconcertada y James se arrepintió de haber utilizado la lengua de signos. Sin querer, había mostrado su mayor debilidad, porque ¿qué hombre rompe con su novia sorda y dedica los siguientes años a aprender a signar con la vana esperanza de entenderse mejor con ella si alguna vez se reencontraban?

—Nueva York es una ciudad cara y no gano lo suficiente pintando murales. Combino las dos cosas —explicó Evie al fin, y James respiró aliviado porque ella no hiciera ninguna pregunta que lo obligara a reconocer su loca obsesión por el recuerdo de un amor perdido.

—«Y acabaste cubriendo el entierro de mi padre».

—No supe que se trataba de tu padre hasta que llegué al cementerio y te vi allí.

—«Está bien, no te preocupes. Hiciste un buen trabajo» —mintió escondido tras su sonrisa más encantadora. No había visto las fotos porque se había pasado toda la hora estudiándola con atención, pero Evie no se dio cuenta de su engaño. También ella había perdido la capacidad de leerlo por

dentro. La antigua Evie habría mirado con rabia su sonrisa falsa.

—¿Nos vamos, James? —interrumpió Andy, y solo entonces se dio cuenta de que seguían en el despacho de Ashton y que los demás aguardaban con paciencia mientras ellos conversaban.

Se volvió hacia su hermano para despedirse y le sorprendió la forma en que lo miraba. Ashton parecía perplejo y se acercó a él como si fuera a decirle algo importante. Sin embargo, en el último segundo se echó atrás y volvió a esconderse bajo su habitual máscara helada.

Confuso, James siguió a las chicas hasta el ascensor y bajaron en silencio.

Solo al llegar a la calle, Evie se volvió hacia él con gesto determinado. Rebuscó en su bolso y le tendió un papel.

—Voy a presentar mi primera exposición en solitario —explicó nerviosa—. He pensado que tal vez te gustaría pasarte.

—¿Quieres que vaya? —Tomó el folleto.

—Sé que hace mucho que nosotros... —Se mordisqueó el pulgar y entornó los párpados. Pareció librar una lucha interna hasta que, por fin, se decidió a continuar entre titubeos—: N-no importa... Fuiste la primera persona que confió en mi arte cuando llegué a esta ciudad y me pareció... Es una tontería, no quiero ponerte en un compromiso y supongo que no tienes mucho tiempo libre, pero si te apetece...

Dejó las palabras colgando en el aire.

James hizo un gesto ambiguo con la cabeza, sin comprometerse a nada.

Evie asintió con brusquedad. Luego se alejó calle abajo y James la observó hasta que se convirtió en una mancha oscura bajo los vibrantes naranjas de las hojas otoñales.

## Capítulo 28

Caroline había dispuesto sobre la mesa una botella de vino, una fuente de *croissants* de mantequilla y un plato de tostadas con paté vegetal. Evie observó estupefacta la extravagante combinación de alimentos. Nunca se acostumbraría a la deficiente alimentación de su prima, a pesar de que ya no tenía apuros económicos y que la convivencia con Drew había asentado una dieta más equilibrada. Pero, en cuanto su novio no se encargaba de la cocina, retomaba viejos hábitos y se alimentaba de cualquier cosa.

—¿Vamos a cenar o a desayunar? —preguntó Evie con sorna.

Su prima la ignoró mientras sacaba dos copas.

—«Hablemos de tu gran reencuentro» —signó en cuanto terminó de servir el vino. Caroline no solía andarse por las ramas y, desde que Shanaya y Reagan se habían mudado a la costa oeste, era la única que se atrevía a atacar de frente la fortaleza tras la que Evie solía esconderse. Hacía un año que ninguna pronunciaba el nombre de James, desde la noche en que Carol se empeñó en despertar el recuerdo de su fantasma.

Para evitar la conversación, Evie dejó vagar la vista por el salón de su prima. Las personalidades de la pareja de médicos se habían mezclado en la decoración de la casa, así que los muebles prácticos y sobrios perdían seriedad con las alfombras con motivos geométricos y los vistosos cojines de colores. En las paredes colgaban varios cuadros (entre ellos, un par que

Evie les había regalado). El resultado era un espacio agradable pero funcional, el refugio de una pareja apasionada por su trabajo y sometida a complicados horarios laborales.

Ambos habían alcanzado en aquel hogar cierto grado de equilibrio: Caroline ya no se preocupaba continuamente por llegar a fin de mes y Drew se mostraba más relajado que nunca gracias a la chica del pelo verde, diferente al resto de las chicas que conocía. Con su aro en la nariz y un nuevo tatuaje en la clavícula, Carol parecía una bella y extraña flor que había caído en el mundo de Drew Wigmore para llenarlo de emoción en los lugares que importaban.

—¿Drew tiene guardia? —preguntó Evie echando un vistazo a la hora.

—«Está en Queens. Vendrá más tarde».

Además de trabajar en el hospital, Drew pasaba consulta como voluntario en una clínica gratuita varias tardes a la semana.

—Bien, creo que me debe una explicación.

—«¿Estás enfadada con él? No se lo tengas en cuenta. Se encontró con Ashton en el hospital cuando estaba haciendo el papeleo por la muerte de su padre y le comentó algo sobre un fotógrafo. Drew dio tu nombre casi sin darse cuenta. Ya sabes que últimamente tiene la cabeza en mil sitios a la vez...».

Evie cortó las explicaciones con un gesto de la mano.

—Está bien, Carol. No estoy molesta, aunque hubiera agradecido alguna advertencia. En fin, ya da igual.

—«¿Seguro? Drew no se dio cuenta de su metedura de pata hasta que te vio en el cementerio».

—He dicho que no importa. Ya está. Vi a mi exnovio y el mundo no se acabó. No es necesario darle más vueltas... Me encontré con los padres de Drew —añadió con brusquedad, tratando de alejar el foco de James—. Su madre se disculpó porque no podrá asistir a mi inauguración. Creo que dijo que tenía un viaje previsto a Europa o algo así... No la entendí bien.

—«Es verdad. Drew le comentó el otro día lo de tu exposición. Es una pena que no vaya, porque seguro que se habría enamorado de tus cuadros».

Con la mirada ausente, Evie asintió. En realidad, no creía que a una coleccionista de la talla de Ann Wigmore le interesara el trabajo de una artista desconocida de talento medio.

—«¿Hablaste con James en el entierro?» —preguntó Caroline con cautela. El cambio de tema no había desviado su atención.

Evie se removió inquieta y bebió un poco de vino.

—Lo vi en el despacho de su hermano.

Su rostro permaneció en blanco. Caroline quiso sacudirla por los hombros hasta arrancar las palabras y los sentimientos que su prima tan celosamente guardaba en su interior.

—«¿Y cómo se encontraba?».

—Abrumado por el dolor —contestó con sinceridad antes de caer de nuevo en el mutismo.

Caroline deseó que Drew llegara pronto a casa. Él tenía la paciencia necesaria para tratar con Evie y sabía respetar sus límites con más eficacia que ella. A pesar de todas sus promesas a lo largo de los últimos años, aún sentía la necesidad de cuidarla. Quiso insistir en el tema, pero permitió que se saliera con la suya y durante un buen rato conversaron sobre temas inocuos: una película que Carol vio algunas noches atrás, la última exposición a la que Evie asistió con Hugh, noticias de Vermont y de Idaho...

—He invitado a James a la inauguración —declaró Evie de repente.

Caroline aprovechó para colarse por la pequeña rendija.

—«¿Por qué lo hiciste?».

—No lo sé... Tal vez porque él fue mi primer apoyo cuando llegué a la ciudad y parecía correcto que estuviera allí... O quizá... No sé. Lo hice y ya está. Fue un impulso. —Pero Evie no era una persona impetuosa. Medía con cautela cada paso que daba y pocas veces se dejaba llevar—. Conoce la lengua de signos —musitó tras un breve silencio. Parecía perpleja.



Antes de que Carol pudiera responder, escuchó el familiar sonido de unas llaves. Evie advirtió que su atención se había desviado y se inclinó un poco hacia ella con expresión interrogante.

—«Es Drew. Ya está en casa» —explicó señalando con el mentón hacia la puerta. Su novio entró con aspecto cansado y varias bolsas de las que emanaba un delicioso aroma.

—Traigo la cena. Supuse que os haría falta comida de verdad —anunció mientras depositaba los paquetes sobre la mesa. Cuando los soltó, repitió sus palabras con las manos para que Evie lo entendiera.

Carol hizo una mueca que Drew borró con un beso.

—No te enfades. Puedes comer tus *croissants* con vino, pero imaginé que Evie preferiría una cena convencional —susurró contra su boca al tiempo que le hacía una caricia en el costado.

—Son unos *croissants* muy buenos —protestó.

Drew se rio en voz baja, se colocó bien las gafas sobre el puente de la nariz y ayudó a Evie a abrir las bandejas. Pronto los tres estaban devorando una ensalada de espárragos y champiñones con albahaca.

Evie aceptó las disculpas de Drew, pero ya no habló más sobre James. El momento de debilidad había pasado.

Horas después, Evie abrió la puerta de su taller. Debería irse a su apartamento a dormir, pero desde el encuentro con James no había vuelto a pintar nada que no fuera por encargo. Le asustaba la idea de coger los pinceles y que no pudiera controlar lo que saliera de sus manos. Había procurado no sentirse afectada, pero aún recordaba los acontecimientos del año anterior, cuando salió el último disco de The Wave, y toda la desesperación que la embargó de nuevo.

Echó un vistazo hacia el lado opuesto del taller. El cuadro tapado parecía llamarla, pero lo ignoró mientras se quitaba la chaqueta y se ponía una ropa

más cómoda llena de manchas de pintura que habían resistido a los lavados.

No tenía que haberlo invitado a la inauguración, pensó mientras preparaba de forma mecánica el lienzo en blanco y las pinturas. Por suerte, James no pareció interesado. Tal vez no volvería a cruzarse nunca más con él y su vida podría continuar sin sobresaltos.

Era lo único que quería; le había costado un mundo librarse de su oscuridad para vivir en paz. Le gustaba su vida tranquila y solitaria, trabajar sin descanso, pintar, leer, ir a museos y pasar el rato con los pocos amigos que había escogido. No se le escapaba que sus relaciones personales eran demasiado fáciles de mantener, con sus padres y Shui Mei en otro estado; Caroline y Drew, tan ocupados que solo lograba verlos dos o tres veces al mes; y Hugh, con el que apenas podía comunicarse.

Ella estaba a salvo en su soledad, sin necesitar a nadie. Se había mantenido al margen de la comunidad sorda en la ciudad y había salido con algunos chicos, pero sus relaciones no duraban demasiado y siempre se alejaba de ellos con el corazón intacto.

Respiró hondo y miró el lienzo en blanco con cierto temor. No debería improvisar con las pinturas, no era bueno para ella. Había aprendido a planificar su arte del mismo modo que había aprendido a controlar sus emociones.

Porque, cuando improvisaba, podían suceder dolorosos desastres que acababan cubiertos con una sábana en el rincón más oscuro del taller.

Cerró los ojos. Inspiró y espiró varias veces, muy despacio, hasta que la calma se apoderó de ella y el reencuentro con James —sus aturridos ojos azules, el dolor de sus lágrimas derramadas sobre el hombro de Miles, el desconcierto con el que la había estudiado en el despacho de su hermano— desapareció en el mismo lugar de su interior donde dormían los colores vibrantes, los sonidos que ya no buscaba, la seguridad de Haverhill y todos los recuerdos tristes que había acumulado a lo largo de su existencia.

El lugar donde escondía todo lo que la hacía sentir demasiado.

Y entonces, envuelta en el refugio de su silencio, volvió a pintar.

Al cabo de unos minutos, sus músculos se relajaron por completo. Pese a sus temores, no se había desatado ninguna tormenta en el lienzo. Observó satisfecha las primeras pinceladas y siguió pintando hasta la salida del sol.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 29

El ascensor se detuvo en casi todas las plantas del edificio antes de que James se bajara en la diecinueve. La secretaria de Gerry lo recibió con semblante tenso, que sirvió para acrecentar su malhumor. Había sido un iluso y, durante la última semana, mientras sus amigos lo acompañaban en el duelo por su padre, creyó que Miles había olvidado sus planes. Pero cuando Gerry concertó aquella cita en su oficina del Midtown, supo que la tregua había llegado a su fin: podía ver la trampa que estaban colocando bajo sus pies.

—Así que seremos solo los tres, ¿verdad? —preguntó nada más cruzar la puerta. Gerry se balanceó en su silla giratoria y Miles, en pie junto a uno de los amplios ventanales, se cruzó de brazos.

—Esa no es la mejor forma de empezar la reunión —indicó el agente con voz paternal.

Otro padre que le fallaba, pensó con rabia. Solo que la traición de Gerry dolía más que todas las afrentas que el senador le hizo en vida. Estaba acostumbrado a tener a Gerry de su lado y odiaba que en aquella ocasión se hubiera posicionado junto a Miles.

—¿No vendrán Kaylee o Luke? Son partes interesadas en esto —atacó con tono acerado, dejando que su enfado tomara el control. Lo había mantenido a raya desde el entierro, pero ya no tenía sentido reprimirlo.

El periodo de tregua había terminado.

—No, esto es algo entre Miles y tú. Ni siquiera yo voy a quedarme. — Gerry pasó varias veces la mano por su brillante calva. Luego se puso en pie despacio, los miró a ambos y su gesto se suavizó—. Vamos, chicos, estoy convencido de que encontraréis una solución que funcione para los dos. Habéis pasado por mucho juntos; esto es solo un pequeño obstáculo en comparación con todo lo que habéis enfrentado.

—¿Por qué estamos aquí reunidos si tú no vas a estar presente? Podríamos haber quedado en cualquier otro lugar.

—Porque este es el terreno en el que hablamos de negocios —intervino Miles. Su expresión se había relajado—. Aquí podemos discutir cualquier cuestión profesional, pero fuera de este despacho no somos los miembros de The Wave. Ahí fuera solo somos tú y yo, los mismos de siempre.

—¿En la calle no eres la persona que me traiciona una y otra vez?

Lo enojó su propio tono herido, aunque no pudo evitarlo.

Miles avanzó unos pasos. Sus ojos verdes llamearon de ira.

—No, en la calle soy el amigo que te acompaña cada noche mientras tratas de no romperte porque tu padre se murió sin demostrarte jamás algo de cariño.

James retrocedió como si lo hubieran golpeado en el estómago. La última semana, Miles se había instalado en su piso y lo había acompañado en sus largas noches de insomnio. Escuchaban música, veían series y tocaban viejos temas de Aerosmith y de Nirvana. No hablaban sobre Richard Hathaway ni sobre la nueva trifulca del grupo. Solo eran dos amigos que pasaban el tiempo juntos, sumergidos en la música.

Igual que en los viejos tiempos, pero sin el alcohol ni los porros.

De vez en cuando, Luke se dejaba caer por el piso de James con un par de pizzas, Andy los arrastraba a la calle para que se airearan y Kaylee llamaba a diario mientras apuraba el último tramo de su gira. Ninguno había mencionado el asunto por el que habían discutido semanas atrás, antes de

que Ashton le comunicara que el senador estaba ingresado en el hospital.

—También soy el amigo que agradece todo lo que has hecho para ayudarlo —añadió Miles en voz baja—. Te debo mucho, James. Nunca lo he olvidado.

—Entonces... ¿por qué nos haces esto? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Por qué nos destruyes cada vez que conseguimos recuperarnos?

—No estoy destruyendo The Wave. Solo quiero una pausa.

James se volvió furioso y recorrió la sala con varias zancadas. Estaban solos. Gerry había abandonado su despacho sin que se dieran cuenta. Observó la habitación de forma desapasionada. Examinó los elegantes suelos, los muebles de buena calidad y las fotos de Gerry con músicos famosos, decorando las paredes. Al agente de The Wave le había ido bien. Todavía recordaba la pequeña oficina que ocupaba en un desconchado edificio del barrio ucraniano cuando se reunieron con él por primera vez, doce años atrás. Un cuartucho atestado de papeles y de discos, con un ventanuco que no cerraba bien, una mesa desportillada y un diminuto aseo con un espantoso alicatado de los años setenta. Hasta entonces, Gerry Fisher había concentrado su carrera en pequeños grupos de rock y, aunque tenía buen ojo para el talento, sus clientes lo abandonaban por agencias más grandes en cuanto lograban cierto éxito.

Pero los chicos de The Wave se quedaron cuando empezaron a ser conocidos y él los acompañó a la cima. Atrás quedó el cuartucho, que fue cambiado por oficinas de mayor tamaño a medida que Fisher amplió su cartera de clientes y tuvo que contratar nuevo personal. A cambio de su lealtad, Gerry no los abandonó en su caída, los ayudó a levantarse y volvió a ascender junto a ellos. Su empresa de representación musical se había convertido en una de las más demandadas y su nueva oficina en el Midtown daba trabajo a decenas de personas.

Todos habían crecido con The Wave, así que James no entendía por qué Gerry de repente apoyaba a Miles en su plan de devastación de la banda.

—Quieres dejar el grupo —acusó a su amigo desde la otra punta de la habitación.

—No quiero dejarlo para siempre; solo durante un tiempo. Tampoco es algo tan grave. Muchos grupos se toman un descanso de vez en cuando para participar en otros proyectos.

—Esos grupos no tardaron años en remontar después de estrellarse. —Meció la cabeza—. Sabes bien todo lo que hemos trabajado para poner a The Wave de nuevo en marcha. Estamos ahora en una posición estable. Nos ha costado dos nuevos discos en los que nos hemos dejado la piel y años de trabajo y de giras para demostrarle al mundo que somos músicos que se toman su profesión en serio y no dos jóvenes alocados dispuestos a meterse en líos a la primera de cambio.

»Y ahora vas a romper ese equilibrio y no sabemos qué consecuencias tendrá tanto en el público como en nuestra posición dentro de la industria. ¿Nos esperarán esta vez o nos desplazarán por un nuevo grupo al ver que volvemos a desaparecer? —James se pasó las manos por el pelo, alborotando aún más su peinado. Luego se acercó a otro ventanal y apoyó la frente en el cristal—. Tengo la sensación de pasarme la vida luchando contra ti para que The Wave no se desvanezca en el aire —musitó.

En el edificio de enfrente, un hombre subido a una plataforma metálica y sujeto con arneses limpiaba los cristales del rascacielos. De inmediato, le vino a la mente una canción de Van Morrison, *Cleaning Windows*, en la que el músico recordaba su adolescencia, un tiempo feliz lleno de ilusiones, cuando dejó el instituto para trabajar como limpiador de cristales y tocar el saxofón con varios grupos los fines de semana. La melodía, nostálgica y alegre a la vez, invadió sus pensamientos.

Miles se colocó a su lado.

—No voy a dejar de hacer lo que quiero por la presión del público ni por lo que esperen los tipos que creen que dirigen todo esto. Todos ellos nos fallaron a nosotros una vez, nos dejaron caer y nos olvidaron; no les

debemos nada.

—En realidad, les debemos mucho. Sin su apoyo, solo seríamos dos hombres llenos de sueños sin cumplir. Si les fallamos otra vez...

—¡Maldita sea, James! —lo interrumpió con la paciencia agotada—. ¡Solo quiero grabar un disco con mi novia y mudarme a otra ciudad! Y no te estoy pidiendo permiso: te estoy informando. Me gustaría contar con tu apoyo, pero no es imprescindible.

—¡Estupendo, Miles! ¡Tú siempre pensando en los demás...!

—No entiendo cuál es el problema. Gerry está de acuerdo y conoce mucho mejor que tú las reacciones del público. No me apoyaría si fuera a hacer daño al grupo.

James le dio la espalda. El apoyo de Gerry le dolía tanto como el abandono de Miles, que no solo planeaba dejar el grupo, sino que quería mudarse a Portland con Kaylee. Se trasladarían al otro extremo del país para hacer música juntos y construir una vida de la que James no formaría parte.

Se encerraron en un silencio tenso que ninguno parecía dispuesto a romper.

—No sé por qué Gerry te apoya en este disparate. Tal vez esté cansado de pelear contigo y haya decidido que es mejor seguirte la corriente —masculó al cabo de un buen rato, tras pasearse nervioso de un lado a otro.

—Eso es una gilipollez.

—¿Y qué hay del grupo de Kaylee? No tiene el peso de The Wave; tal vez Purple Heart no resista si se detiene.

Miles se encogió de hombros.

—Megan está embarazada. Quiere tomarse un tiempo de descanso para cuidarse y dedicarse al bebé en exclusiva durante los primeros meses.

Megan Weaver era la otra integrante de Purple Heart. Una magnífica batería y la compositora de la mayor parte de las canciones del grupo, aunque algunos temas de las chicas habían sido obra de Miles, que en los



descansos de las giras se dedicaba a componer para otros grupos.

—Estupendo, así que Kaylee y tú os mudaréis a Portland y dedicaréis los próximos dos años a grabar el disco, lanzarlo e iros de gira, mientras Megan se larga a algún rincón perdido de Wisconsin para ser madre. Grandes planes para todos, menos para Luke y para mí, ¿verdad?

—¿Ese es el problema, James? ¿Que desde hace años no hay nada en tu vida aparte de The Wave?

James dio un salto y se acercó a su amigo. Estuvo a punto de agarrar su camiseta y zarandearlo, pero se limitó a inclinarse sobre él hasta que sus rostros estuvieron muy cerca.

—No tienes ni puta idea de todo a lo que renuncié por The Wave —siseó con rabia—. Lo que dejé atrás por ti y por este maldito grupo al que no te importa lanzar al vacío una y otra vez.

—No, James, no sé a lo que renunciaste, porque sabes esconderte incluso mejor que yo. ¿Qué dejaste atrás que no puedes recuperar? ¿Cuál es la razón por la que has convertido a The Wave en el centro de tu existencia? Ese es tu gran miedo: que no sabes qué hacer con tu vida si el grupo no forma parte de ella. —Miles se calló de golpe y su expresión se ablandó—. No quise decir eso...

—Creo que sí, que has dicho exactamente lo que piensas. —James se sintió exhausto de repente y miró de nuevo por la ventana. El limpiacristales había ascendido varios pisos y se preguntó qué sentiría al ver el suelo cada vez más lejos. ¿Alivio, pánico, indiferencia?

—Sé que estás teniendo una época difícil, que tu padre acaba de morir y que todo esto te ha pillado por sorpresa —Miles interrumpió sus pensamientos con un tono inusualmente conciliador—, pero solo será un descanso y creo que también te puede venir bien.

James sacudió la cabeza. No podía pensar con claridad y odiaba discutir con su mejor amigo. Necesitaba calmarse antes de decir algo irreparable o mostrar las incómodas verdades que albergaba en su interior.

Miles lo llamó un par de veces mientras él atravesaba la puerta y se dirigía hacia el ascensor.

Una ráfaga de aire frío lo recibió al salir del edificio. Empezó a caminar sin rumbo y metió las manos en los bolsillos de su cazadora. Sus dedos tropezaron con un papel arrugado y, al sacarlo, descubrió el folleto de Evie. Estuvo a punto de tirarlo, pero lo volvió a guardar en su bolsillo.

En otro tiempo el arte de Evie lo había impresionado tanto que aún vivía en una casa llena de sonidos que ella había atrapado para él.

Años atrás, Evie y sus pinturas lo habían sacudido hasta sacarlo del letargo en el que se había sumido y, aunque había dejado marchar a la chica, tal vez pudiera encontrarla de nuevo en sus cuadros.

O quizá tiraría el folleto nada más llegar al piso de Gramercy Park. No estaba seguro.

## Capítulo 30

Nadie creyó que Hugh Wenham fuera a salir adelante cuando a principios de los años noventa, en plena recesión, el marchante de arte inauguró su galería en el corazón de Chelsea. Sin embargo, a la apertura asistió todo el que era alguien en el mundillo cultural neoyorkino: artistas, dramaturgos, escritores, fotógrafos, periodistas y los personajes más decadentes de la alta sociedad, con los que Wenham se codeaba en la alocada vida noctámbula de Manhattan. La inauguración de su galería se convirtió en una noche inolvidable, llena de excesos, en la que brilló con luz propia la controvertida obra de tres artistas desconocidos.

Desde entonces, el mundo se había vuelto más conservador, al igual que él mismo, y todo resultaba más solemne y aburrido.

En el siglo XXI una inauguración era un asunto serio y no una divertida excusa para que un grupo de chalados irreverentes discutieran sobre arte envueltos en una nube de marihuana mientras vaciaban una botella tras otra, convencidos de que iban a revolucionar el mundo con su arte.

La inauguración de su nueva galería, tras ocho años de ausencia, poco tenía que ver con su estreno en Chelsea tres décadas atrás. Poca gente y bastante silenciosa, quizá lo que correspondía cuando la protagonista del evento era una joven sorda. Se escuchaba un pequeño rumor de conversaciones, y aquí y allá se reunían pequeños grupos de personas

hablando con las manos. Había sido un acierto (tal vez el único de aquella noche) enviar invitaciones a un par de asociaciones de personas sordas.

Los camareros circulaban ofreciendo copas de vino y canapés a los asistentes y todavía no se había vendido ningún cuadro.

Algunas de las personas que se paseaban por la galería eran conocidos de la artista: familiares y amigos que se habían acercado para acompañar a la joven en su gran día. Un excelente apoyo, aunque no servían como clientes. Hugh también había conseguido atraer a algunos viejos contactos de la profesión que aún no se habían retirado, pero su larga ausencia lo había dejado fuera de los círculos habituales. En aquellos ocho años el ambiente artístico parecía haber dado un vuelco y, de repente, no conocía a nadie y nadie parecía recordar su nombre.

Ocho años, y su reputación profesional había caído en el olvido.

Sin embargo, Hugh no se dejó llevar por el desánimo y atendió con sincera alegría al único periodista que había acudido a la convocatoria.

—Me gustaría entrevistar a Elsie antes de irme —indicó con desgana el reportero. Trabajaba como becario en una gaceta local y no parecía interesado en la muestra.

—Evie —puntualizó Hugh—. Se llama Evie Turner.

—Bien, Evie, como sea. Es sorda, ¿no? ¿Cómo voy a comunicarme con ella?

—No se preocupe. Ella lee los labios y, si hace falta, tenemos un intérprete de signos en la sala que puede ayudar en la comunicación. — Mientras hablaba, Hugh echó un vistazo a su alrededor. Marcus, el intérprete que habían contratado, esperaba en pie en un rincón, pero no localizaba a Evie por ningún lado.

—¿Ella puede hablar? —preguntó el joven periodista con tono desdeñoso y, por primera vez, la sonrisa amable de Hugh desapareció.

—Ella habla perfectamente —respondió cortante—. Disculpe, voy a buscarla.

Se movió entre los grupos. Parecía que a Evie se la había tragado la tierra. Al fin, la encontró escondida en su despacho, sentada en el suelo, con una copa de vino en la mano. Si hubiera sido más joven, se hubiera sentado junto a ella, pero sus huesos no le permitían ya hacer ciertos alardes, así que se acomodó en una silla y esperó a que lo mirara para hablarle.

—Es un desastre —murmuró Evie—. No ha venido casi nadie.

—No es ningún desastre, niña. Este es un oficio de hormiguitas y ahora mismo nadie nos conoce, pero poco a poco van a saber de nosotros y entonces vendrán. Estamos dando el primer paso de un largo camino.

Evie lo observó con ojos llorosos y él repitió sus frases con ligeras variaciones un par de veces, porque a menudo ella no lograba entenderlo cuando leía sus labios.

—Ha venido la gente que tenía que venir hoy, Evie. Tus padres han viajado desde Vermont con esa amiga tuya del colegio; y esas otras dos chicas, la morena y su novia pelirroja, también han volado desde la otra punta del país para acompañarte.

—No ha venido nadie de la prensa —le recordó la joven.

—Eso no es cierto. Hay un periodista fuera que quiere entrevistarte. No deberías hacerlo esperar.

La joven vaciló antes de ponerse en pie y dejar la copa de vino sobre la mesa; luego se miró en el cristal de la ventana y se ahuecó los rizos.

—¿Hemos vendido algún cuadro? —preguntó cuando su aspecto pareció dejarla satisfecha.

—Eso no es lo importante hoy —mintió el galerista esforzándose en vocalizar con cuidado—. Hoy vamos a disfrutar de que las obras de la galería terminaron a tiempo y que mucha gente que te quiere ha venido a acompañarte.

Evie se inclinó y le dio un beso rápido en la mejilla.

—Eres un buen hombre, Hugh, y un terrible mentiroso.

Él se encogió de hombros. Nunca fue de los que se asustaban ante el

primer bache y había enfrentado cosas peores que una mala noche en la galería.

La muerte de su madre cuando era un adolescente. Burlas y palizas en el instituto. La pérdida de amigos muy queridos a causa del sida, de las drogas y de dos accidentes de coche. Tres amores que le partieron el corazón. Dos graves periodos al borde de la quiebra que estuvieron a punto de dejarlo en la calle sin un dólar en el bolsillo. Y un diagnóstico de cáncer que ocho años atrás lo obligó a cerrar su negocio para concentrarse en un largo tratamiento. Se había curado, había reabierto su galería y tenía una nueva amiga dotada con un gran talento.

No iba a disgustarse por una inauguración mediocre.

Así que acompañó a Evie de vuelta a la sala, la dejó en manos del periodista y se acercó a saludar a una joven de pelo verde y su alto y atractivo acompañante, que acababan de llegar. Desde la otra punta de la sala, le sonrió orgulloso Lincoln, el hombre con el que compartía su vida desde hacía más de una década y que había estado a su lado en los momentos más duros de su enfermedad.

Y Hugh Wenham pensó que aquel era uno de los momentos más felices de su vida.

Desde fuera, la galería no llamaba la atención. Un pequeño local sin brillo, a pesar de que la puerta era nueva y que un sobrio cartel lo distinguía del resto de negocios de la calle.

Ella estaba allí, al otro lado del muro de ladrillo rojo, viviendo su gran momento, y, por un instante, James dudó. Podía darse la vuelta y regresar a Gramercy Park o llamar a Luke para tomar unas cervezas en cualquier garito del Lower East Side. Ella había dejado de importarle y no le debía nada.

Y, sin embargo, seguía parado en la acera de enfrente, sin perder de vista

el edificio, porque en el fondo quería saber cómo sonaban los cuadros de Evie después de tanto tiempo. Así que respiró hondo, se dirigió con paso firme hacia la galería Wenham y empujó la puerta. Le dio la bienvenida un cartel con el título de la exposición: *Dentro de mi silencio*.

Se sintió orgulloso de Evie. Recordó lo desorientada que estaba a su llegada a Nueva York y agradecía que hubiera encontrado un hueco en aquella ciudad despiadada.

La localizó en el otro extremo de la sala. Hablaba con un chico que sostenía una grabadora; un periodista, supuso. Sintió un latigazo en las venas. Evie llevaba un vestido negro y los labios pintados de rojo. Las ondas salvajes enmarcaban su rostro y ladeaba la cabeza de aquella encantadora forma que él recordaba con nitidez.

Le pareció más hermosa que años atrás.

De repente, quiso acercarse a ella, saber qué había hecho durante aquellos años, descubrir qué quedaba de la joven que amó y conocer a la nueva mujer en la que se había convertido. Confuso, sacudió la cabeza, porque en su último encuentro él pensó que ya no sentía curiosidad alguna por Evie. Y, sin embargo, volvía a la casilla de salida. De nuevo la contemplaba desde el otro extremo de la sala y sentía la inconfundible atracción que lo llevó a ella la primera vez.

Un camarero pasó por su lado con una bandeja llena de bebidas y le ofreció una copa. La rechazó aturdido. Evie seguía concentrada en su conversación con el periodista. Se acercaría a saludarla cuando terminara la entrevista y, mientras tanto, vería la exposición.

Se volvió hacia el primer cuadro. Lo observó estupefacto y parpadeó varias veces, confundido. Luego se giró y barrió con la vista las paredes de la sala. Todas las obras le parecieron del mismo estilo.

El corazón empezó a golpear frenético dentro de su pecho y la rabia, roja y palpitante, se apoderó de él.

¿Qué significaban aquellos colores pastel, suaves y tranquilos, que

llenaban los lienzos? Los cuadros se mantenían en silencio para él y estuvo tentado a arrancarlos de la pared uno a uno. ¿Dónde estaban los sonidos que llenaban las pinturas de Evie? Él tenía en su salón una ola que rugía al ritmo de Beethoven y una sinfonía inacabada en el pasillo que demostraban que aquel silencio aterrador no habitaba dentro de Evie. ¿Dónde estaban los pájaros ensordecedores, los colores vibrantes, la explosión de sonidos que ella trataba de apresar? ¿Dónde estaban todas las oscuras emociones que albergaba en su interior y que solo liberaba a través de la pintura y el sexo?

Aquellos cuadros eran una mentira. ¿Quién mejor que él para reconocer las falsas capas tras las que se ocultaba la gente?

Se dirigió hacia Evie. La gente se apartó a su paso y ella debió notar su presencia porque dejó de hablar con el periodista y se volvió hacia él.

—¿Qué significa esto? —preguntó James, furioso, abriendo los brazos, como si quisiera abarcar con ellos toda la sala.

Evie entrecerró los ojos y él repitió la pregunta en lengua de signos. Pero ella no hizo caso de sus manos.

—No pensé que fueras a venir —dijo ignorando su enfado.

—«Tú nunca mentías cuando pintabas» —signó con rabia. También lo dijo en voz alta.

—No sé a qué te refieres.

—«Esos cuadros son falsos».

Evie se alisó una arruga imaginaria de la falda.

—Creo que deberías marcharte —sugirió sin perder la compostura.

—«Este no es tu silencio» —insistió James.

La barbilla de Evie tembló ligeramente y él sintió una oscura satisfacción al notar que, de alguna forma, había tocado sus defensas.

—«Tú ya no sabes nada de mí». —Ella habló con las manos y él reconoció otra muralla, la que interponía cuando las emociones la desbordaban. Al parecer, la nueva Evie aún dejaba de utilizar la voz y se escondía tras la lengua de signos. Estuvo a punto de aullar de alegría. Por



fin una Evie que recordaba. No importaba que fuera la Evie que trataba de mantenerlo a distancia. Ya se había enfrentado antes a ella.

—«Sé reconocer cuando te ocultas y nunca pensé que utilizarías tus pinturas para esconderte».

—«Menos mal que has venido tú para darte cuenta».

—«¿Ironía, Evie? No solías utilizarla antes».

—Vete, James —ordenó ella.

Notó una mano sobre su hombro y, al volverse, se encontró con el semblante serio de Drew.

—Salgamos de aquí, Hathaway —dijo en voz baja mientras tiraba de él con una fuerza inusitada.

Wigmore parecía a punto de saltarse las reglas y golpear el rostro de su antiguo compañero de colegio.

Las demás caras a su alrededor tampoco se mostraban amistosas.

—Perdona, ¿eres James Hathaway? —intervino el periodista—. ¿El teclista de The Wave?

Un hombre mayor se acercó con rapidez al joven reportero y le susurró unas palabras en voz baja, pero James conocía bien a la prensa y aquel buitre ya estaba salivando ante la noticia de que uno de los músicos del momento había perdido los papeles en público.

Solo entonces se dio cuenta de la magnitud de sus actos: había irrumpido en el gran evento de Evie como un toro embravecido y se había abalanzado sobre ella sin ninguna consideración.

Aturdido, se dejó arrastrar por Drew hacia la salida. Desde las paredes, los silenciosos cuadros de Evie le parecieron más vacíos y solitarios que unos minutos atrás.

—Eres un imbécil —siseó Drew en cuanto atravesaron la puerta.

James se revolvió hasta que consiguió librarse del agarre de su viejo amigo. La luz de las farolas dibujó sombras hostiles en el rostro de Drew, quien, de pronto, se había convertido en un extraño.

Tal vez todo el episodio habría terminado con un par de puñetazos en un callejón de Chelsea que pusiera fin a años de amable compañerismo, pero la puerta de la galería se abrió con violencia y un torbellino oscuro se interpuso entre los dos amigos.

—¿Cómo te atreves a aparecer aquí y acusarme de mentir? ¿Quién te has creído que eres? Llevas años fuera de mi vida y, de repente, llegas arrasando con todo y te conviertes en juez. ¡No tienes ningún derecho!

Sus ojos oscuros brillaban de furia y a James nunca le pareció tan magnífica como en aquel momento, con los puños apretados y el semblante airado, porque era la primera vez, fuera de la cama y lejos de los pinceles, que Evie se mostraba sin barreras que la contuvieran.

—«Lo siento» —signó, pero ella no hizo caso de su disculpa.

—No has cambiado en nada. Sigues moviéndote por impulsos, sin importarte el daño que haces. ¿Tú sabes todo lo que he trabajado para llegar hasta aquí? ¿Lo importante que era este día para mí? Y ya estaba todo mal antes de que tú llegaras, pero, aun así, sigue siendo mi primera exposición...

—Temblaba de pies a cabeza. La ira escapaba a oleadas de su interior y solo los puños apretados parecían anclarla al mundo—. ¡Mis padres están ahí dentro, James! Nunca salen de Vermont, pero hoy han venido. Ya es bastante malo que la exposición sea un fracaso como para que aparezca un energúmeno a exigirme delante de ellos sobre asuntos de los que no sabe nada.

—«Tienes toda la razón. Lo lamento de verdad. No sé en qué estaba pensando».

Ella volvió a ignorarlo.

—Nunca miento cuando pinto —añadió en voz más baja. Había dejado de temblar y alzó la barbilla con orgullo—. Pero eso no es asunto tuyo y no voy a justificar mi arte contigo. No quiero volver a verte —sentenció antes de darse la vuelta y regresar a la galería con paso firme.

James la contempló mientras se alejaba de él con una mezcla de culpa,

orgullo y admiración. Evie Turner era magnífica cuando se enfadaba y él nunca había merecido tanto un rapapolvo como en aquella ocasión.

—Nunca la había visto así —susurró Drew a su lado—. Durante todos estos años jamás se ha dejado llevar por sus emociones de esta forma. Has metido bien la pata. —Parecía complacido.

—Creí que ibas a pegarme —respondió, molesto con el buen humor de Drew.

—¿Qué? Bueno, está claro que Evie ha sabido defender su propia batalla. No tengo nada más que hacer aquí, así que vuelvo con mi novia, que estará ideando mil formas de torturarte.

—Genial.

Drew se rio y avanzó unos pasos. Luego se giró de nuevo con semblante risueño.

—Si vuelves a entrar, te sacaré a rastras y te daré ese puñetazo. Evie es como una hermana para mí y no pienso consentir que le hagas daño otra vez.

—Tengo que disculparme con ella.

—Hoy ya has hecho bastante, James. Vete a casa. Y, si quieres un consejo, déjala en paz. Rompiste con ella hace años y no tiene sentido que vuelvas ahora.

—Tú sabes bien que no es un impulso nuevo —contestó encogiéndose de hombros. Drew era la única persona del mundo que sabía la verdad: que había intentado encontrar el camino de regreso a Evie una y otra vez a lo largo de los años.

Pero nunca se había atrevido a cruzar la línea.

## *Nueva York, dos años antes*

El viejo edificio parecía más pequeño y gris de lo que recordaba. Parapetado tras sus gafas de sol con cristales verdes, James lo observó desde la acera de enfrente durante dos largas horas. Desde la esquina de la calle, el dueño del restaurante ecuatoriano lo vigilaba mientras fumaba un cigarrillo. No ocultaba su desconfianza hacia aquel tipo extravagante que llevaba un buen rato acechando desde la acera.

—*Aquí no queremos líos* —le advirtió en español, y James, que aún recordaba algunas nociones del idioma de sus clases de secundaria, ahogó una carcajada. Estaba demasiado nervioso, así que agradeció la distracción que supuso el enojado vecino dispuesto a defender la calma de su calle.

La calle de Evie.

Hacía un año que había estado en aquel mismo lugar, cuando el grupo regresó de Portland para grabar el disco que compusieron durante los meses de aislamiento. Durante su estancia en Oregón, había tratado de contactar con Evie varias veces con llamadas y mensajes que jamás recibieron respuesta hasta que tuvo que aceptar la evidencia de que ella había bloqueado su número.

Así que, cuando volvió a Nueva York, decidió presentarse en su casa, sin saber muy bien qué iba a decirle. Solo quería verla una vez más, disculparse por la forma en que la había dejado. La echaba de menos; quizá podrían volver a ser amigos. En el fondo de su corazón, deseaba caer de rodillas y suplicar por una segunda oportunidad, a pesar de que el futuro de The Wave, con la grabación del disco y la gira en el horizonte, seguía suponiendo una barrera real para cualquier relación seria.

Tenía que concentrarse en el grupo y en la amenaza que la gira suponía para Miles y sus adicciones.

Pero la añoraba tanto...

No tuvo oportunidad de decírselo entonces, porque nadie le abrió la puerta y, aunque esperó todo el día en el portal, no aparecieron ni Evie ni Caroline.

Llamó a Drew con la esperanza de que él pudiera darle alguna indicación sobre el paradero de las chicas y resultó que su amigo estaba con ellas en Vermont.

—Estaré unas semanas en la ciudad grabando el disco. ¿Cuándo volvéis? ¿Puedes decirle a Evie que me gustaría verla?

Drew vaciló desde el otro lado de la línea.

—Creo que ella se va a quedar un tiempo por aquí —explicó antes de colgar.

Evie jamás se puso en contacto con él.

Y, después, todo empezó a moverse a una velocidad vertiginosa con la presentación del disco, el inesperado y fulminante éxito, la larga gira por todo el país, los fotógrafos persiguiéndolos de nuevo, los contratos publicitarios. La vuelta a una vida que ya casi había olvidado y que, sin embargo, resultaba demasiado familiar: la adrenalina de los conciertos, la adoración de los fans, la aclamación de la crítica, el acoso de la prensa, la vida en la carretera y la música ocupándolo todo de nuevo, llenando cada rincón de su alma.

Algunas cosas habían cambiado, por supuesto. La ausencia de Aaron resultó palpable al principio y en los primeros conciertos se encontró mirando a Luke con extrañeza; aún no se había acostumbrado a que el nuevo batería ocupara el lugar de su viejo amigo.

Pero, sin duda, la mayor novedad de la segunda etapa de The Wave fue la desaparición de las drogas y los excesos habituales de la banda, con un Miles sobrio y enamorado que luchaba cada día para no recaer en viejos hábitos y que compaginaba con éxito su faceta de estrella del rock con una relación estable que lo hacía feliz.

No resultó fácil para James convertirse en testigo de la dicha de su amigo mientras añoraba a una chica que ya debería haber olvidado pero cuyo recuerdo se negaba a marcharse. Durante un tiempo, se dejó envolver por el torbellino de su antigua vida, creyendo que el trabajo extenuante, las fiestas y el sexo despreocupado alejarían a Evie de su mente.

Pero el vacío de su interior se hizo aún mayor.

Y seguía sin olvidarla.

A deshoras lo asaltaban ecos de ella: de su sabor, de su olor, de su tacto y sus gestos. Le sobrevolaban imágenes de sus dedos manchados de pintura, las sombras que oscurecían su mirada, la curva de su cuello cuando se inclinaba sobre el cuaderno de dibujo, su risa breve y ronca, los dos enloquecedores lunares de su garganta, sus pies descalzos deslizándose ligeros sobre el suelo de madera.

Seguía siendo la protagonista absoluta de sus pensamientos más ardientes, la destinataria de sus reflexiones más tiernas.

Y cada vez que componía una canción encontraba a Evie Turner en la melodía, convertida en una obsesión de la que no conseguía librarse.

Así que se rindió. Dejó de perseguir chicas que no lograban captar su atención y aprendió lengua de signos.

Solo por si alguna vez encontraba el valor necesario para regresar a ella.

Y allí estaba, tanto tiempo después, reconvertido en la estrella de rock que siempre estuvo destinado a ser, con la cabeza llena de música y la imperiosa necesidad que lo había asaltado de reencontrarse con Evie apenas una hora después de bajar del avión que lo había traído de Europa. Tras una gira extenuante que había culminado en Barcelona con un concierto épico, James casi agradeció volver a casa. Entró en el piso de Gramercy Park, donde lo recibieron el rugido de una ola, la delicada melancolía de una lluvia que nunca cesaba de caer en su estudio y una explosión de vibrantes sonidos que se extendía por el pasillo como una sinfonía inacabada.

Dejó la maleta en el salón, y el vacío de su interior, que había conseguido

mantener a raya durante los últimos meses, pareció expandirse.

De alguna forma, sus pasos lo llevaron a Brooklyn, decidido a reencontrarse con la chica que trató de dejar atrás sin darse cuenta de que estaba cometiendo un error.

La inseguridad lo asaltó al pisar su calle. Comprendió, aterrado, lo equivocado de su impulso inicial. Evie lo habría olvidado tiempo atrás y él no tenía derecho a revolver su vida. No podía aparecer de repente en su puerta con un puñado de canciones y su amor loco y obsesivo.

Echó un último vistazo al edificio, hizo un gesto de despedida al dueño del restaurante ecuatoriano, que volvió a refunfuñar en español, y regresó a Gramercy Park mientras el conmovedor piano de Ludovico Einaudi sonaba dentro de su cabeza interpretando *Nuvole Bianche*.

Tal vez había inaugurado una nueva tradición y cada año se acercaría a la calle de Evie, tratando de encontrar el valor de cruzar de acera y llamar a su puerta.

Días después quedó con Drew para tomar una cerveza. No veía a su amigo desde antes de marcharse a Portland, tan solo se habían comunicado con mensajes esporádicos. Le pareció que, en aquellos años, había perdido algo de su seriedad habitual.

Wigmore lo felicitó por el éxito del grupo y se interesó por Miles. Charlaron durante un buen rato sobre el trabajo hasta que James, con la paciencia agotada, interrumpió su discurso y preguntó por Evie.

—Está bien —contestó Drew, lacónico.

James se revolvió el pelo.

—Tienes que contarme algo más. —Escuchó la nota de desesperación que destilaba su propia voz, pero no trató de disfrazarla. ¿Qué importaba? Necesitaba saber algo sobre ella, cualquier cosa, para no volverse loco del todo.

Una camarera dejó sobre la mesa dos nuevas cervezas que ninguno había pedido.

—Invita la casa. Mi hijo es fan de The Wave y pone vuestras canciones a todas horas. ¿Te importaría firmarme un autógrafo?

Otro hombre la habría despachado sin miramientos, pero James trazó una de sus brillantes sonrisas falsas —tal vez, algo menos brillante de lo habitual— y firmó el cuaderno que le tendió la camarera.

—Por favor —musitó cuando la mujer se alejó de la mesa.

Drew se recolocó las gafas. La nueva montura, más moderna que la anterior, tampoco parecía dispuesta a quedarse en su sitio.

—Evie está bien. Caroline y yo nos vamos a vivir juntos el mes que viene, y ella ha encontrado un apartamento que le gusta, cerca del taller que tiene alquilado. Trabaja mucho, ha empezado a salir con un chico hace poco y planea hacer un viaje sola esta primavera. ¿Es eso lo que querías saber?

Asintió despacio y pagó la cuenta.

Le quedaba el consuelo de saber que ella se encontraba bien, que no estaba pasando por el infierno al que él mismo se había condenado.

Y aquel sentimiento sirvió para mitigar el desgarrador dolor que lo acompañó durante los siguientes meses, mientras aprendía a vivir con el recuerdo de Evie.



## Capítulo 31

El dueño del Sanctuary, un enorme hombre negro de gesto adusto, no pareció contento con los bocetos que Evie le presentó para el mural. Estudió las láminas y las dejó caer sobre la mesa con un golpe seco. Veinticinco años atrás, Dwayne Crenshaw se hizo con la propiedad del legendario club de jazz de West Village y le dio un nuevo impulso. Las obras de reforma acometidas en los últimos meses habían servido para modernizar el mítico local y aprovechar mejor el espacio. Habían desaparecido las viejas mesas de madera oscura, sustituidas por otras más ligeras; el escenario había ganado amplitud y la barra se había estilizado. El mural de una de las paredes estaba destinado a rendir homenaje al pasado del club, pero ninguno de los artistas consultados había sabido plasmar en sus diseños lo que él quería.

—Lo lamento. Creo que no funcionará.

—¿Puedo saber qué es lo que no le gusta? —preguntó Evie frustrada. Necesitaba aquel encargo, porque la exposición estaba siendo un fracaso y aún no había conseguido vender un solo cuadro.

—El diseño es bueno, tienes talento, aunque no es lo que busco, lo siento. Quiero un mural que reviva lo que fue el Sanctuary. Tal vez esté buscando un imposible, pero se lo debo a todos los grandes músicos que pasaron por ese escenario y esta va a ser mi última gran aportación al club antes de que

me retire... —Se detuvo y apretó los labios—. Lo siento, no sé si has entendido lo que he dicho.

—Sí, lo he entendido —aseguró Evie, que había captado lo esencial de su discurso. El señor Crenshaw no se había mostrado demasiado cómodo desde que supo que era sorda. El hombre le había dado una oportunidad, pero se notaba que prefería no trabajar con ella. Le había sucedido demasiadas veces en los últimos años y había perdido muchos posibles clientes a causa de su condición. No importaba el esfuerzo que estuviera dispuesta a hacer para entenderse con ellos. Algunas personas consideraban que su sordera sería un impedimento insalvable y preferían prescindir de sus servicios.

Evie recogió los bocetos, se despidió y salió del local. La recibió un viento desagradable que hizo revolotear las hojas secas que empezaban a llenar las calles. Al doblar la esquina, tropezó con una mujer y el bolso de Evie cayó al suelo. Lo llevaba mal cerrado, así que todo el contenido se desparramó por la acera. Observó la cara furiosa de la mujer con la que había chocado y, aunque no fue capaz de leer sus labios, supo que la había insultado antes de seguir su camino.

Se inclinó para recoger sus pertenencias. Uno de los bocetos había caído en un charco y estaba arruinado. Lo arrojó a la papelera con sensación de impotencia. Había dedicado muchas horas a aquel proyecto para nada. Una vez más, se preguntó por qué seguía en aquella ciudad, pagando un alquiler desorbitado por un apartamento diminuto y otra renta aún más elevada por un taller en el que pintaba cuadros que nadie compraba mientras hacía malabares con dos trabajos inciertos y sufría un rechazo tras otro.

Tal vez había llegado el momento de rendirse y dejar Nueva York. Ni siquiera tenía que regresar a Vermont: había otros lugares en los que podría salir adelante.

Caminó por las bonitas calles del West Village, un barrio de aire bohemio y con las típicas casas adosadas con escaleras en la entrada que resultaban

inalcanzables para el bolsillo común. Un barrio que no era más que un espejismo para ricos y turistas, un disfraz del otro Nueva York, atestado de gente con prisas, coches y basura. Había conocido las sombras de aquella ciudad cara, sucia, despiadada, sofocante en verano y con un frío atroz en invierno, a la que cada año llegaban cientos de jóvenes artistas llenos de sueños y con ganas de comerse el mundo. Muy pocos lo conseguían. La ciudad los masticaba y escupía sus despojos por mucho que se esforzaran. Ella, al menos, había logrado su propósito inicial: demostrar que podía valerse por sí misma.

Al llegar al metro, bajó las escaleras con paso firme y recordó lo asustada que estuvo durante su primer viaje. Ya no se inmutaba por la maraña de líneas, el tropel de viajeros y las ratas que infestaban los túneles (que, en realidad, infestaban toda la ciudad). Había crecido en aquellos años, pensó, recuperando su valentía. Era una mujer más segura que la joven confusa que había llegado a Nueva York y no iba a dejarse caer por el fracaso de una exposición, el rechazo de un cliente o las palabras de James.

Aún estaba furiosa con él y le hervía la sangre cada vez que pensaba en la forma en que había irrumpido en la galería con sus odiosas acusaciones. Esperaba no volver a verlo nunca.

El viento había empeorado cuando salió del metro y tuvo que agarrar con fuerza la carpeta y el bolso. Compró un bocadillo de pavo y un café para llevar. Añoraba la época en que tenía tiempo para cocinar. Almorzaría en el taller y después trabajaría un rato. Quería pintar un retrato de sus padres como regalo de aniversario.

Perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que alguien esperaba junto a la puerta de su taller hasta que fue demasiado tarde para huir.

James, con unos vaqueros rotos y expresión contrita, avanzó unos pasos hacia su encuentro. Llevaba tres anillos de plata envejecida en la mano derecha y otros dos en la izquierda, de distintos tamaños y formas, y un pendiente de aro del que colgaba una estrella. El viento alborotaba sus

cabellos rubios, pero a él no parecía molestarle.

—«¿Te ayudo?» —preguntó, y ella siguió hipnotizada el movimiento de sus manos. Aún no había logrado asimilar que él fuera capaz de comunicarse con fluidez en lengua de signos.

—¿Qué haces aquí? Creo que fui muy clara cuando dije que no quería verte nunca más.

—«He venido a disculparme».

Evie ignoró el pesar que se adivinaba en sus profundos ojos azules, tan claros y limpios como los recordaba. Hacía años que había desterrado ese color de sus pinturas y oscurecía o aclaraba los tonos cerúleos cuando se acercaban demasiado al matiz exacto del iris de James.

—Muy bien. Disculpas aceptadas, ya puedes irte.

Con cierta dificultad abrió su bolso para buscar las llaves, haciendo malabares con la carpeta, el café y la bolsa con el bocadillo.

James tocó su hombro dos veces para que lo atendiera.

—«¿Quieres que te sujete algo?».

—No necesito tu ayuda —refunfuñó y volvió a concentrarse en el contenido de su bolso.

La carpeta y la bolsa del bocadillo se le cayeron al suelo. Él los recogió. Evie quiso protestar, pero con las manos libres podía manejarse mejor, así que dejó que sostuviera también el café. Por fin encontró el llavero, abrió la pesada puerta de metal y bloqueó la entrada con su menudo cuerpo.

—Muchas gracias.

Tendió las manos para que James le devolviera sus pertenencias, con la intención de cerrar la puerta en sus narices inmediatamente después.

—De verdad que quiero disculparme, Evie.

No podía signar con las manos ocupadas, pero no parecía dispuesto a entregarle sus cosas.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —preguntó ella para ganar tiempo.

—Drew.

—Menudo traidor —refunfuñó.

—Me ha hecho perseguirlo durante dos días antes de darme tu dirección.  
¿Puedo pasar?

Evie quiso negarse, pero conocía a James y supo que, si no lograba su propósito, volvería en otro momento, así que empujó la puerta. Los recibió el familiar olor a óleo y a trementina. Colgó el bolso y su gabardina negra en un perchero de pared y se dio la vuelta impaciente. Deseaba acabar la conversación para que él se marchara cuanto antes.

Él no escondió su curiosidad. El taller de Evie era un espacio diáfano, con suelos de madera desgastados, salpicados de manchas de pintura, y dos ventanas que reclamaban una buena limpieza después de las últimas lluvias. En el centro de la habitación estaban dispuestos varios caballetes con lienzos. Una mesa alargada ocupaba uno de los laterales, llena de bocetos y borradores, carboncillos, lápices, tarros de aguarrás, botes con pinceles, trapos sucios, pruebas cromáticas...

Bajo los ventanales, descansaba un sofá desvencijado de color indefinido que encontró tirado en la calle y que Drew la ayudó a trasladar entre protestas. Pese a su aspecto, resultó cómodo. Un par de cojines vistosos y una manta disimulaban las partes más gastadas del mueble.

James pareció absorber cada detalle con verdadero interés y a Evie no le gustó la fascinación con la que escudriñaba su espacio. No quería que se interesara por ella ni que acabara reparando en cierto lienzo de grandes dimensiones, escondido bajo una sábana blanca en el rincón más oscuro del taller, así que se apresuró a quitarle la carpeta y la bolsa con su almuerzo. Solo entonces él salió de su ensimismamiento.

—«Me gusta este sitio» —afirmó volviendo a la lengua de signos en cuanto se vio con las manos desocupadas.

—No es nada del otro mundo, pero no puedo permitirme un lugar mejor, así que de momento me basta.

—«¿Sabes que Miles vivió un tiempo en este barrio, antes de que The Wave fuera conocido?».

Evie ignoró su intento de iniciar una conversación amistosa. Dejó la comida y la carpeta sobre su mesa de trabajo y respiró hondo. El vendaval se había detenido y el sol entró por las polvorientas ventanas, arrancando destellos dorados a los enloquecidos cabellos de James, que parecían dispararse en todas las direcciones. Un peinado que resultaría ridículo en cualquier otro, pero que a él le sentaba tan bien como su antiguo moño. Seguía siendo el hombre más guapo que había conocido, un dios nórdico inalcanzable que le había roto el corazón y del que debería mantenerse alejada.

—Dime tus disculpas y acabemos con esto de una vez.

James parpadeó sorprendido por su tono brusco, pero a ella no le importó. Había cometido el error de invitarlo a la inauguración llevada por un absurdo sentimentalismo. No volvería a dejarse deslumbrar por los recuerdos del pasado.

—«Me siento fatal por lo del otro día. No debí montar ese número en tu exposición. Me disculpé después, pero no fue suficiente y necesito decirlo otra vez para que sepas que lo lamento de verdad».

—Estropeaste una noche especial por la que he trabajado muchísimo. Y lo peor de todo es que te creíste con derecho a pedirme explicaciones sobre mi obra.

—«Tienes razón. No es asunto de nadie lo que decidas pintar; yo tampoco toleraría que nadie me dijera qué tipo de música puedo crear. Lo lamento muchísimo. Perdí los papeles y la única excusa que tengo es que estoy pasando una mala racha y estallé cuando no debía. Estoy sobrepasado por demasiadas cosas que no tienen que ver contigo ni con tus cuadros».

Evie estudió el sincero arrepentimiento de su expresión.

—Olvídalo, James. Agradezco que hayas venido y acepto tus disculpas. Ahora si no te importa...

Hizo un gesto vago para indicarle que era el momento de irse.

—«Sé que hemos tenido un reencuentro de lo más raro, pero me alegra volver a verte. —James avanzó hasta los caballetes y examinó los lienzos a medio trabajar. Luego, sin moverse, recorrió con mirada ávida los cuadros que colgaban de las paredes—. No te reconozco —signó al fin, cuando dio por terminada su exploración. Sus gestos desprendían cierta tristeza—. Has sido una persona muy importante en mi vida, pero tardé horas en reconocerte en el entierro de mi padre y, después, en el despacho de Ashton, fue como si me enfrentara a una desconocida. No me di cuenta de lo mucho que me dolía hasta que vi tus pinturas. Es como si te hubieras convertido en una extraña mientras yo sigo aferrado a la persona que fuiste, la que vive en mi memoria».

Por un instante, estuvo tentada a refugiarse en los signos.

—No sé qué decirte, James. Claro que he cambiado en estos años y mi arte lo ha hecho conmigo. Supongo que era inevitable, aunque creo que en lo esencial sigo siendo la misma.

—«Me gustaría... —Se detuvo de golpe y sonrió nervioso, haciendo que el corazón de Evie se saltara un latido—. Me gustaría mucho que me dieras una oportunidad para conocerte de nuevo».

—¿Q-qué quieres decir?

Él se movió intranquilo.

—«¿Podemos quedar alguna vez para ponernos al día? Ir a tomar un café o a una exposición. O incluso ir a bailar, como hacíamos antes».

Evie supo que había llegado el momento de levantar sus defensas.

—Ya no bailo, James. Se acabó eso para mí. Y no creo que sea necesario que nos veamos de nuevo. Tengo mucho trabajo y seguro que el grupo también tiene una agenda apretada.

—«En realidad, no. Parece ser que The Wave va a tomarse un descanso».

Evie odió el desaliento que reflejó su semblante.

—¿Un descanso? ¿No van bien las cosas con el grupo?

—«Miles quiere concentrarse en un nuevo proyecto durante un tiempo. No creo que The Wave sobreviva a un nuevo parón, pero no voy a poder evitarlo. En realidad, creo que he llegado a mi límite y ya no tengo fuerzas para seguir peleando yo solo por el grupo».

Viejos demonios volvían a bailar en los ojos azules y Evie aborreció ser capaz de reconocerlos después de tanto tiempo.

Si no tenía cuidado, acabaría atrapada de nuevo en la red de James, así que se concentró en una de las pinturas que colgaba en la pared hasta que se sintió envuelta por la calma de su silencio.

—Estoy segura de que conseguiréis salir adelante. No quiero ser grosera, pero tengo trabajo pendiente.

—«Sí, claro. ¿Querrás quedar alguna vez?».

Evie ni siquiera tuvo que pensar la respuesta.

—No. Creo que debemos dejar el pasado donde está.

Una sombra de decepción surcó el hermoso rostro del músico. Se despidió con torpeza y abrió la puerta. Antes de salir, se volvió de nuevo hacia ella.

—«Si cambias de idea, aún conservo el mismo número de teléfono».

—Lo bloqueé después de que te fueras a Portland —confesó.

Él cabeceó con tristeza.

—«Lo sé. Te escribí y te llamé desde allí y nunca respondiste. También lo intenté de nuevo cuando regresé a Nueva York».

—No creo que hubiera podido tener un contacto amistoso contigo en aquel entonces, James. Bloqueé tu número para no llamarte en un momento de bajón y pedirte que nos dieras una nueva oportunidad.

—«Te llamé para disculparme por ser un imbécil y pedirte que me dieras una nueva oportunidad. En Portland todo lo que hacía era practicar música, discutir con Miles y pensar en ti».

Ambos se estudiaron con melancolía hasta que ella apartó la mirada; tras unos segundos que parecieron eternos, James salió del taller.



Evie se dejó caer sobre el sofá desvencijado y cerró los ojos. Ya no quería pintar, ni tampoco le apetecía comer. Solo quería olvidar que James había vuelto a cruzarse en su camino y que aún lograba confundirla.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 32

El ciclo de enmendar errores no había terminado. James acumulaba demasiado arrepentimiento y no encontraría la paz hasta que corrigiera todas sus faltas. Por esa razón se había reunido de nuevo con Miles en la oficina de Gerry. Estaba dispuesto a aceptar su plan. Tras una larga reflexión, había comprendido su equivocación. Había sido injusto con Miles: lo había acusado de egoísmo y de no pensar nunca en el grupo, pero no era cierto. Años atrás Miles y Kaylee tuvieron la oportunidad de cantar juntos y ambos renunciaron para que The Wave saliera adelante, así que James le debía una disculpa.

En los últimos tiempos no hacía más que disculparse con las personas que le importaban.

—Entonces... ¿estás de acuerdo? —preguntó Miles tras escucharlo con atención, sin rastros de la hosquedad con que lo había saludado cuando entró en el despacho.

—Sé que Kaylee y tú os merecéis grabar ese disco —reconoció—. Vuestras voces están hechas para sonar juntas.

Miles se levantó de un salto y lo abrazó con fuerza mientras le daba las gracias. Avergonzado, James le palmeó la espalda.

—No me lo agradezcas; no lo merezco. Debí desearos suerte desde el principio, en vez de crear complicaciones.

—Va a ser genial —aseguró Miles eufórico—. Tenemos ya la mayoría de las canciones seleccionadas. Yo creo que podríamos empezar los ensayos en unas semanas, cuando Kaylee se haya recuperado del cansancio de la gira. Queremos que el disco salga a principios de primavera y tener disponible el verano para la gira. —Bajó el tono—. El próximo otoño podría estar listo para centrarme de nuevo en The Wave. Solo será un año.

—No será un año. —James había hecho sus propios cálculos y no solía fallar—. Si el álbum va bien, y estoy seguro de que será un éxito, tendréis conciertos más allá del verano, tal vez hasta las navidades, y acabaréis agotados. Necesitarás reponerte antes de empezar a componer para el grupo. Y aún precisaremos otro año para preparar el disco y la gira.

—Puedo componer las canciones antes del lanzamiento del disco con Kaylee, así ganaremos algo de tiempo. O puedes escribir más temas para tu chica misteriosa.

No había malicia en el tono de Miles; habló con la certeza de conocer los secretos más ocultos de su amigo, incluso aquellos que nunca compartía con nadie.

—No hay ninguna chica misteriosa.

—Claro que la hay. Se encuentra en las melodías que has escrito en los últimos años y sospecho que es la misma chica que se esconde en las pinturas de tu piso.

James entrecerró los ojos. Solo en una ocasión Miles le había preguntado por los murales de Evie. Fue la primera vez que subió a su casa cuando regresaron de Portland. Respondió con evasivas y su amigo pareció aceptar sus descuidadas explicaciones, aunque cada vez que visitaba el piso de Gramercy Park se quedaba mirando la pintura inacabada del pasillo como si se tratara de un enigma.

—No hay ninguna chica —repitió—. Y nos estamos saliendo del tema, así que volvamos a lo que de verdad nos interesa.

—De acuerdo. ¿Entonces te parece bien que retrasemos el siguiente disco

de The Wave?

—Creí que mi opinión no importaba, que ibas a hacerlo igualmente —se burló.

—No seas capullo, James. Estaba enfadado. Sabes que tu opinión es importante y que no seguiré adelante sin tu apoyo. —Se encogió de hombros con una sonrisa torcida, algo chulesca—. No por mí, ¿eh? Kaylee me aseguró que, si no estabas de acuerdo, no grabaríamos el disco.

—Buena chica —musitó James, conmovido por la lealtad de su amiga—. ¿Seguís con idea de trasladaros a Portland?

—Sí, todavía tenemos que encontrar casa, pero la buscaremos después de grabar el disco... Podrías mudarte tú también —añadió de repente.

—¿A Portland?

—¿Por qué no? Odias Nueva York, llevas años diciendo que quieres marcharte de esta ciudad, y en Portland se hace buena música. Y no puedes vivir sin mí, así que...

Había una vulnerabilidad desconocida en la expresión de Miles. Tal vez James no era el único que odiaba la idea de separar sus caminos.

—¿Quién dice que no puedo vivir sin ti?

—Es una idea. —El líder de The Wave se encogió de hombros, como si en realidad no le importara la respuesta—. Solo piénsalo, ¿vale?

—Ya veremos. Voy a avisar a Gerry para decirle que ya está todo solucionado.

—Una cosa más —lo interrumpió Miles—. ¿Nos cedes los derechos de interpretación de los dúos que Kaylee y yo nunca llegamos a grabar? ¿Los que compusiste antes de Portland? Nos gustaría incluirlos en el disco como un homenaje a la forma en que nos conocimos.

James soltó una carcajada.

—Son vuestros, pero os advierto que os los voy a cobrar carísimos.

—No lo dudaba, imbécil. Tienes suerte de que sean tan buenos y esté dispuesto a pagar bien por ellos.

—Eres un pésimo negociante.

—Para eso tengo a Gerry. ¿Vamos a buscarlo?

El agente se mostró más que satisfecho con que ambos amigos hubieran llegado a un acuerdo y resolvió con rapidez la cuestión de los derechos. Cuando se separaron, James se dio cuenta, de repente, de que acababa de cerrar una etapa de su vida. Ninguno sabía con certeza si The Wave volvería o no y, en el mejor de los casos, ante él se extendían dos años en blanco, sin planes ni sueños.

Aturdido, caminó durante lo que parecieron horas hasta que se encontró en Chelsea, frente a la galería Wenham, como si un hilo invisible hubiera tirado de él.

En su cabeza solo había ruido, una maraña de sonidos confusos que no lo dejaban pensar.

Durante un buen rato, observó el edificio desde la acera de enfrente. Evie le había pedido que se mantuviera alejado y no tenía más remedio que cumplir sus deseos. Estaba dispuesto a hacerlo, incluso había rechazado una invitación a cenar de Drew para no coincidir con ella. Pero había pensado mucho en Evie desde su último encuentro. También había rememorado los cuadros sin terminar de su taller. Le habían sorprendido aquellos lienzos que emanaban tanta paz, una sensación que no había percibido la noche de la inauguración, tal vez porque estaba demasiado ofuscado.

Empujó la puerta con cautela. En el interior solo estaba un menudo hombrecillo con una graciosa pajarita con laberintos.

—Así que has vuelto... —murmuró el hombre—. Evie no está aquí.

—Solo quiero ver los cuadros.

El galerista lo estudió con atención y James procuró poner su mejor cara de arrepentimiento.

—Soy James Hathaway —se presentó.

—Hugh Wenham.

—Lamento mi comportamiento de la otra noche. No suelo actuar de ese

modo. Ya me he disculpado con Evie y no voy a causar problemas. Lo único que quiero es ver la exposición. Creo que el otro día no supe entenderla.

La expresión de Wenham se suavizó.

—Está bien; puedes echar un vistazo. Estaré en mi despacho si necesitas algo.

Cuando al fin se quedó a solas, James necesitó unos segundos antes de ponerse en marcha. El estruendo de su cabeza no había disminuido y el hilo invisible volvía a tirar de él. Recorrió la sala despacio, concentrado en las pinturas de Evie, en sus colores suaves y en la ligereza de sus pinceladas. Se sumergió poco a poco en un mundo delicado, triste y hermoso, que lo atraía sin remedio. Un mundo que Evie había creado para transmitir la paz que había logrado alcanzar, la aceptación final de la parte que más odiaba de sí misma y que, sin embargo, no era ese lugar oscuro en el que siempre se creyó atrapada. Ella había empleado aquellos años en liberarse de sus viejos demonios. James se sintió orgulloso de su fortaleza y más arrepentido que nunca de no haberlo entendido antes.

Se sentó en el suelo, frente a uno de los cuadros, abrumado por su cálida belleza. Se dejó envolver por el silencio que emanaba de la pintura. Atrás quedaron el estrépito de los conciertos, el caos vertiginoso de las giras, las discusiones con Miles, la tristeza por perder al padre que siempre lo rechazó, el futuro incierto... Los colores suaves y acariciadores lo trasladaron a un mundo en calma y su cabeza, vacía de sonidos, encontró descanso. El silencio de Evie lo envolvió igual que años atrás lo hicieron los sonidos que atrapaba en sus pinturas.

Una extraña relajación se apoderó de su cuerpo.

Se sintió libre al fin.

Evie a menudo encontraba sus propias verdades en cuadros ajenos, como si

las respuestas a sus preguntas hubieran sido recogidas por otros artistas veinte, treinta, noventa años antes de su nacimiento. A veces cientos de años antes.

Cuadros que llegaban en el momento oportuno y que ella entendía como si hubieran sido pintados exclusivamente para ella.

Para que no se sintiera tan sola ni tan diferente del resto del mundo.

Tal vez por esa razón llevaba veinte minutos parada en la séptima planta del Museo Whitney, absorbiendo cada detalle del icónico lienzo de Edward Hopper, *Domingo por la mañana temprano*, que el artista estadounidense pintó en 1930 y que ella había visto una docena de veces desde que llegó a Nueva York. Siempre se dejaba atrapar por la desolación que reflejaba aquella pintura de una calle vacía, con comercios y ventanas cerrados, símbolo del estado de la ciudad tras la Gran Depresión. La Séptima Avenida reducida a un decorado teatral: un gran edificio rojo bajo un cielo sin nubes y una calle despoblada. Las inquietantes sombras alargadas de las primeras horas del día creaban una atmósfera perturbadora que causaba desasosiego en quien miraba.

Un instante congelado en el tiempo que hablaba de soledad. Y de silencio.

A fin de cuentas, nadie había pintado el silencio como Edward Hopper y, por esa razón, era uno de los artistas favoritos de Evie.

Hugh le dio diez minutos más antes de golpear su hombro dos veces para traerla de regreso a la realidad.

—¿Es suficiente? —preguntó. Evie se había olvidado por completo de su compañero de exploración artística. Había arrastrado al bueno de Hugh al Museo Whitney sin que él emitiera una sola protesta. Se dejó llevar al edificio gris de la calle Gansevoort, esa mole de acero que recordaba a una inmensa fábrica y que en su interior albergaba la mayor colección de arte estadounidense del siglo xx. Juntos habían recorrido el recinto en busca de la obra de Hopper. Hugh la dejó a solas y se paseó por otras salas.

—¿Has terminado? —preguntó de nuevo su paciente amigo, poniendo mayor cuidado en la vocalización.

—Sí, creo que sí.

—Entonces, vámonos. Estoy agotado y me vendría bien tomar algo caliente.

Hugh cojeaba un poco. Siempre le sucedía cuando estaba cansado, y Evie se sintió culpable. Le ofreció su brazo para que se apoyara. Tras una ligera vacilación, él aceptó y ambos sortearon a los visitantes que se aglomeraban en los pasillos y en las escaleras de acceso. Se dirigieron a un café cercano y pidieron té y magdalenas de arándanos, que era lo más barato de la carta.

—¿Hemos vendido algún cuadro? —se atrevió por fin a preguntar Evie, que había evitado la cuestión durante toda la tarde.

Hugh sopló el humo de su bebida antes de negar con la cabeza.

Ella sintió que los ojos le escocían y tragó saliva. No quería romper a llorar, pero había puesto todas sus ilusiones en la exposición.

Tal vez no era lo suficientemente buena y había llegado el momento de admitirlo. Podía ganarse la vida con los murales de encargo y la fotografía. O podía volver a limpiar oficinas. Tenía dos manos que servían para ganarse la vida de muchas formas.

—Deberíamos cancelar la exposición. Es absurdo que pierdas tu tiempo y tu dinero cuando está claro que no va a funcionar. Podrías adelantar la muestra del siguiente artista.

—No vamos a cancelar la exposición, Evie. No vamos a rendirnos.

Ella agradeció su apoyo, pero no podía aceptarlo. Hugh se había endeudado para abrir de nuevo la galería y montar su exposición. Ocho años de gastos médicos se habían llevado por delante sus ahorros y los de su pareja. Linc y él incluso habían tenido que mudarse a un apartamento más pequeño. Por suerte, el negocio de exportación de Lincoln les permitía vivir con cierto desahogo, pero, una vez curado, Hugh desdeñó la idea de la jubilación y decidió comenzar una nueva etapa.



A los sesenta años.

La mayoría de sus conocidos lo consideraban un loco. Ella creía que era valiente.

Por ese motivo, deseaba que nunca se hubiera fijado en sus cuadros, sino en los de otro artista que le permitiera sacar adelante la galería.

Hugh se lo merecía.

—Tenemos que cancelar, Hugh. Es lo mejor. Han pasado dos semanas desde la inauguración y no he conseguido una sola venta.

Con un suspiro, él sacó la pequeña libreta morada que utilizaba a veces para comunicarse con Evie. Escribió con lentitud mientras la joven engullía la magdalena con ansia; había vuelto a olvidarse de almorzar mientras pintaba el mural de la floristería.

Cuando Hugh terminó de escribir, le tendió el cuaderno para que leyera su mensaje.

Ya te he explicado que una exposición debe durar mínimo entre uno y tres meses para llegar al público. No puedes esperar un éxito inmediato. Debes tener paciencia.

—¿Y cómo van a conocernos?

Hugh se tomó otro buen rato para escribir su respuesta.

Voy a organizar un nuevo pase de prensa. Hay que dar tiempo a que la publicidad cale y a que la gente se acerque a la galería y se lo piense un poco antes de llevarse uno de tus cuadros. Raras veces el arte se compra de manera impulsiva. Esto no es un libro o unos zapatos que luego puedes devolver. Los compradores valoran el precio, si el cuadro encaja en el lugar donde lo quieren colgar, sus medidas, si se adapta a la decoración... No es solo cuestión de que les guste o los emocione. Dale tiempo, Evie.

—Está bien —aceptó tras leer la larga explicación—. ¿Cómo vamos a afrontar los gastos de la galería hasta que arranquen las ventas?

—¿Vamos? —Los ojos grises brillaron tras los lentes redondos con una mezcla de afecto y emoción. Se ajustó la pajarita con laberintos—. Evie, tú no tienes que preocuparte por eso. Es mi negocio y yo me haré cargo de él.

—Puedo ayudar...

—No —la cortó Hugh—. Agradezco la intención, pero no aceptaré tu dinero ni el de Linc. No es asunto de nadie más.

A Evie le costó entender las últimas frases, porque Hugh había descuidado la pronunciación, aunque captó el fondo del mensaje. Terminó su té mientras su compañero volvía a escribir en la libreta.

¿Quieres hablarme del chico del otro día? El que irrumpió en la inauguración.

Evie le dio una respuesta vaga. No quería hablar sobre James. Había cumplido con su petición y no había vuelto a contactar con ella.

Hugh pareció que iba a decir algo, pero estudió su expresión y no insistió. Evie agradeció que se mostrara tan respetuoso con sus límites. Era un hombre demasiado perceptivo y no quería que acabara relacionando a James con aquel cuadro escondido de su taller, cuya existencia solo conocía el galerista. Ni siquiera Caroline sabía que lo había pintado después de aquella fatídica noche a la que su prima se había empeñado en arrastrarla.

Con James fuera de su vida y el cuadro tapado, era más fácil seguir adelante y no recordar.

## Capítulo 33

El espejo le devolvió una imagen extenuada. Evie había pasado toda la noche dando vueltas a la conversación con Hugh y, cuando el despertador de vibración se agitó bajo su almohada, ya había tomado una resolución: necesitaba ganar dinero para ayudar a su amigo con los gastos de la galería, aunque él no quisiera. No soportaba la idea de que su proyecto muriera antes de nacer solo porque ella no era una buena pintora. Si hacía falta, se compraría los cuadros a sí misma bajo un nombre falso.

Tal vez necesitaba pulir un poco el plan, pensó mientras se cepillaba los dientes; ya decidiría más adelante cuál sería la mejor forma de colaborar con Hugh. De momento, necesitaba ganar más dinero. Le pediría a Karen que le doblara las sesiones fotográficas, aunque lo que verdaderamente solucionaría sus problemas sería el mural del Sanctuary. El señor Crenshaw estaba dispuesto a pagar una sustanciosa suma al artista que se hiciera cargo del trabajo. No perdía nada por buscar una segunda oportunidad.

Decidida, recogió su cámara y el resto de sus bártulos. Pasó la jornada fotografiando la boda de los Davenport.

Por suerte, tuvo libre el día siguiente y pudo dedicarse a su proyecto. Acudió a la Biblioteca Nacional para consultar en la hemeroteca artículos antiguos sobre el Sanctuary, un libro sobre la historia del jazz en Nueva York y un interesante ejemplar sobre el jazz en el arte. Dedicó buena parte

de la noche a trabajar en los nuevos bocetos.

Por la mañana, con unas marcadas ojeras y mucho sueño, se dirigió de vuelta al West Village mientras rogaba para que Crenshaw no hubiera adjudicado el mural a otro artista.

Los obreros ultimaban detalles. La reforma estaba casi concluida y solo faltaban el nuevo mobiliario y el mural. Si el dueño lo quería listo para la reapertura, tal vez las prisas jugaran a su favor. La hija de Crenshaw, a la que había conocido en su anterior visita, daba indicaciones a unos hombres que estaban colocando un reluciente piano de cola sobre el escenario. Martha Crenshaw pasaba los cuarenta años, tenía una hermosa piel negra, el pelo afro corto, grandes pendientes y los labios pintados de color oscuro. Era hermosa y sofisticada y emanaba seguridad en sí misma. Notó enseguida la presencia de Evie y se dirigió hacia ella con paso rápido. En cuanto le explicó la razón de su presencia, Martha sonrió como si le gustara su forma de tomar la iniciativa y la acompañó al despacho de su padre. Dwayne no pareció tan contento de verla, pero con un gesto de su enorme mano le indicó que tomara asiento.

—No sé si ya ha encontrado a alguien para pintar el mural... —empezó a decir. El hombre negó con la cabeza. Evie sacó los bocetos y los extendió sobre la mesa—. He trabajado en un nuevo diseño y quería mostrárselo.

El dueño del Sanctuary estudió con atención las láminas durante un buen rato. Luego se recostó en su asiento y cerró los ojos. Hacía tiempo que Evie no estaba tan nerviosa. Por fin, Crenshaw se incorporó y la miró de frente.

—¿Seguro que me entiendes? —preguntó señalándose la boca. Ella asintió, pero él aún la miró con desconfianza, como si no acabara de creerla—. Esto está mucho mejor que el diseño del otro día. Todavía le falta algo, aunque no sé explicarlo... Me temo que estoy pidiendo un imposible que solo está en mi cabeza, pero me estoy quedando sin tiempo, así que tendrá que servir.

Evie apretó con fuerza la carpeta vacía.

—¿Entonces estoy contratada?

Antes de que Crenshaw contestara, se abrió la puerta y Martha se asomó para decirle algo. El hombre se dirigió hacia la puerta. Su enorme espalda tapó el hueco mientras saludaba a alguien con evidente efusividad. Solo cuando se movió, ella pudo vislumbrar al inesperado visitante.

Enarcó las cejas.

Porque el visitante no era otro que James, con su peinado ridículo y su deslumbrante sonrisa. También él pareció perplejo al verla. Se recuperó con rapidez y signó un saludo que ella devolvió con renuencia.

Crenshaw se percató del intercambio de signos.

—¿La conoces? —preguntó mientras regresaba a su asiento y, sin esperar respuesta, empezó a hablar con James, ignorando a Evie.

Odiaba cuando los oyentes la dejaban al margen, como si fuera un mueble.

Pero James no permitió que se quedara fuera de la conversación y tradujo a lengua de signos tanto sus palabras como las del empresario. Evie agradeció el detalle, porque le resultaba imposible seguir una conversación a tres bandas mediante la lectura labial.

Se dieron las explicaciones oportunas sobre el motivo por el que Evie se encontraba en el Sanctuary y James echó una ojeada a los bocetos esparcidos sobre la mesa.

—«Es una gran artista. Evie pintó varios murales en mi casa, Dwayne. Un día tienes que pasarte para verlos. Son magníficos». —Dejó caer las palabras como por descuido, pero ella supo que había pulsado la tecla adecuada, porque la expresión del señor Crenshaw se suavizó.

—Bien, con esas referencias, queda claro que es la mejor opción, señorita Turner. Martha se encargará de enviarle el contrato y podrá tratar con ella todos los detalles.

Evie sonrió mientras estrechaba la gran mano del empresario y le dedicó a James una mirada de agradecimiento. Como Crenshaw pareció

concentrarse de nuevo en el músico, entendió que era el momento de irse, así que recogió las láminas con rapidez. Justo antes de abandonar el despacho, James le hizo señas para que lo esperara fuera.

Encontró a Martha acodada en la barra. Consultaba una agenda llena de complicadas anotaciones, pero la dejó al margen para atender a la joven y acordó en enviarle el contrato y las fechas de trabajo por correo electrónico.

Para entretenerse mientras esperaba a James, se acercó a la pared que sería suya durante las siguientes semanas. Trató de imaginar su diseño plasmado en ella.

Crenshaw tenía razón, pensó frustrada: le faltaba algo y ella sabía bien de qué se trataba. Le faltaba vida, sonidos, música. Solo tenía que decidir si estaba dispuesta a adentrarse de nuevo en aquel camino que tanto dolor le había traído. Desde que había aceptado su silencio vivía más tranquila.

Percibió su olor antes de verlo. James se situó a su lado y permanecieron el uno junto al otro, observando la pared desnuda. Del cuerpo masculino emanaba un calor agradable que la envolvió como una manta.

—No puedo hacerlo —musitó al cabo de un rato.

—«Es un buen diseño. Va a quedar bien».

—No —replicó convencida—. Hace unos años habría podido pintarlo como se debe, pero ya no soy esa Evie.

—«Eres una gran pintora: no lo pongas en duda».

—Ni siquiera te gusta lo que pinto ahora, así que no es necesario que me des falsos ánimos.

Él, aturdido por su brusquedad, agachó la cabeza durante unos segundos.

—«Yo no he dicho que no me gusten tus cuadros. Solo que te estabas escondiendo detrás de esas pinturas, aunque ya no estoy tan seguro de tener razón».

—No me escondo, James. He aprendido a aceptarme. Soy sorda, vivo en un mundo de silencio y me gusta reflejar mi realidad en los cuadros que pinto. —Se removió algo enfadada, porque parecía que se estaba

justificando y no quería hacerlo—. ¿Qué haces aquí?

—«Vengo al Sanctuary desde que era estudiante de Juilliard. Me encanta este sitio, aunque con el grupo y las giras ya no puedo frecuentarlo tanto como antes. Dwayne quiere que toque en la inauguración».

—¿Qué pinta The Wave tocando en un club de jazz?

Él se rio.

—«No, no se trata de The Wave. Se trata solo de mí. Casi nadie lo sabe, pero en Juilliard me especialicé en jazz. Entonces era un habitual en las sesiones de improvisación. Era divertido, nada serio y lo hacían muchos estudiantes y músicos jóvenes. Es una de las tradiciones del Sanctuary: poner en contacto a los veteranos con las nuevas generaciones. Crenshaw ha seguido invitándome desde entonces, pero hace años que no toco aquí».

—¿Y vas a aceptar?

—«Creo que sí. Será divertido y puede que durante un tiempo no tenga más oportunidades de subir a un escenario».

Evie quiso ignorar el dolor que traslucía su expresión.

—No sé nada de jazz —afirmó para desviar la conversación—. Tal vez ese sea el problema en mi mural, que es un tipo de música del que no tengo ninguna referencia más allá de lo que cuentan los libros.

Los ojos azules de James se llenaron de calidez.

—«Yo puedo ayudarte con eso si me lo permites».

No quería permitírselo, pero necesitaba hacer un buen trabajo.

Cerró los párpados y pensó en las montañas nevadas de Vermont para encontrar el valor suficiente.

—Está bien.

—«Espérame un momento» —pidió James. Se dirigió hacia Martha e intercambió con ella unas palabras. Cuando regresó a su lado, la tomó de la mano con la naturalidad de los viejos tiempos y la llevó al escenario, donde aguardaba el solitario piano.

El corazón de Evie empezó a palpar a toda velocidad y no supo si era

por aquella mano firme que la sostenía o por la certeza de que estaba a punto de sumergirse de nuevo en el mundo de los sonidos.

James la soltó para cerrar la tapa de la cola y ella comprendió de inmediato lo que pretendía.

—¿Quieres que me suba al piano para que sienta las vibraciones mientras tú tocas?

Él asintió con gesto grave. Tal vez esperaba que ella saliera huyendo. Evie miró el brillante piano negro que era, al mismo tiempo, un desafío y una tentación, su mayor miedo y el anhelo de un mundo al que una vez deseó volver.

—Está bien —aceptó y dejó que él la ayudara a auparse sobre el instrumento. No resultó fácil tenerlo tan cerca, sentir sus manos en la cintura, la firmeza de sus músculos... Su cuerpo recordaba a James demasiado bien.

A él también le costó alejarse de ella y ambos se aferraron el uno al otro durante unos segundos.

—«Tumbate —signó James cuando por fin la soltó—. De esa forma sentirás mejor las vibraciones».

Nerviosa, le hizo caso mientras él se sentaba en la banqueta. Se tumbó boca abajo, con el estómago pegado a la cola del piano y el rostro vuelto hacia el lado del pianista. Sin previo aviso, James empezó a tocar y las vibraciones se extendieron por su cuerpo.

Era mágico y hermoso, tan intenso que tuvo que cerrar los ojos para no perderse en James, en sus hombros inclinados, sus manos veloces y sus pupilas ardientes. Se concentró en las vibraciones de una música llena de clímax rítmicos que pulsaban dentro de ella, removiendo todo tipo de emociones.

Todo resultaba demasiado intenso.

Tanto que llegaba a ser insoportable.

No esperó a que James terminara de tocar. Se incorporó y se bajó del



piano, temblando.

Embebido en la música, él se dio cuenta demasiado tarde de que Evie se alejaba del escenario con paso rápido. La alcanzó en la barra, mientras recogía sus cosas con el rostro lleno de lágrimas.

—Déjame, James —pidió sin mirarlo, porque no podía soportar su cercanía. Si se lo permitía, acabaría por arrastrarla de nuevo a ese mágico mundo suyo repleto de sonidos, de emociones desbordantes y de sueños imposibles.

Él no la siguió.

James se quedó un rato con la vista fija en la puerta del Sanctuary, incapaz de sobreponerse al llanto de Evie y la expresión de susto con la que había abandonado el local.

—Deberías ir tras ella —aconsejó Martha, que había sido testigo de la escena desde detrás de la barra.

—Ella no hace más que pedirme que me aleje.

La mujer se encogió de hombros, dando por terminada la conversación. La media docena de pulseras doradas que adornaban sus muñecas tintinearón como una risa sarcástica.

James salió a la calle: no había ni rastro de Evie. Solo quedaban regueros de hojas amarillas cubriendo las aceras y una bicicleta apoyada en una farola.

Recordó la forma en que ella temblaba y se sintió culpable. Debería dejar de arrastrarla a su mundo; estaba claro que vivía feliz en su silencio. Paseó durante un buen rato. Al fin, se decidió a parar un taxi y le dio la dirección del taller. Solo quería asegurarse de que estaba bien.

Durante el largo trayecto estuvo tentado varias veces a pedirle al taxista que diera la vuelta, pero al final llegó a Bushwick. Aún dudó frente a la puerta roja. Quizá ella no estaba allí y él había hecho el viaje en vano. Un

cartel indicaba que llamara al timbre y, confuso, lo hizo. No se oyó ningún sonido.

Evie abrió la puerta con brusquedad. No se sorprendió al verlo; en realidad, parecía que lo estaba esperando. Lo recibió con la barbilla erguida, desafiante, pero tenía los ojos enrojecidos, huellas de llanto en el rostro y restos de pintura bermellón en la mejilla.

Se dio la vuelta antes de que él pudiera decir algo. Iba descalza y se había cambiado la ropa por unos pantalones amplios y una camiseta vieja. La siguió hasta el centro del estudio. En uno de los caballetes había un lienzo a medio pintar. El corazón de James empezó a palpar desbocado. Colores oscuros y aterciopelados, figuras fragmentadas y trazos inacabados en los que James escuchó la melodía que había interpretado al piano.

Fascinado, se retiró al viejo sofá bajo el ventanal y observó a Evie mientras trabajaba. Hermosa, oscura, asustada y valiente: esa era la Evie que más amaba, la que se enfrentaba al mundo y, al mismo tiempo, se escondía en refugios que ella misma creaba.

Las horas pasaron sin que las sintieran. Ya empezaba a declinar la luz del sol cuando Evie dejó caer los pinceles y se volvió hacia él, reconociendo por primera vez su presencia. Tenía el pelo revuelto, varios rizos sudorosos se pegaban a su frente y multitud de salpicaduras de pintura se extendían sobre su piel y sus ropas. Temblaba con violencia. James se levantó y se acercó a ella con pasos lentos para no asustarla, para darle tiempo a decidir si lo quería cerca o le mostraba la puerta de salida. No dedicó al cuadro ni un vistazo: se concentró en ella, en su vulnerabilidad y su fuerza, y, cuando estuvo a su altura, la abrazó con movimientos pausados. Evie rodeó su cintura con los brazos y descansó la cabeza sobre su pecho. James, que había contenido la respiración sin darse cuenta, exhaló aliviado.

Aspiró el familiar aroma a flores silvestres, que se mezclaba con los olores de los pigmentos y de la trementina, también pegados a la piel de Evie. Con delicadeza, acarició su espalda hasta que ella se relajó.

—¿Por qué siempre irrumpes en mi vida arrasándolo todo? —preguntó Evie, apretando más su abrazo.

Él quiso decirle que no lo hacía a propósito, que había tratado de mantenerse lejos de ella, pero que el destino, o la casualidad, lo empujaban una y otra vez en su dirección. No lo dijo, porque en aquella postura ella no podía leer sus labios y no estaba dispuesto a soltarla para comunicarse en lengua de signos. Permanecieron aferrados el uno al otro.

—Te he manchado de pintura —musitó Evie rompiendo al fin el abrazo.

James se encogió de hombros y acarició con ternura los rizos sudorosos de su frente.

—«No importa —signó—. ¿Te encuentras mejor?».

No le contestó. En su lugar, se acercó al cuadro que había terminado tan solo unos minutos antes y lo contempló afligida.

—¿Esto era lo que querías de mí? ¿Que dejara de pintar silencios y volviera a cazar sonidos que no puedo escuchar?

James se colocó a su lado y estudió la pintura. Era magnífica, vibrante, llena de vida y de música.

—«Yo no quiero que hagas nada que no sientas, cariño. Estaba equivocado. Volví a la galería y vi tus cuadros. Los vi de verdad, Evie, me metí dentro de tu silencio y sentí toda esa paz que has logrado. Pero veo esto —señaló el cuadro— y sé que otra parte de ti está en llamas».

—¿En llamas? —Soltó una carcajada ronca y algo salvaje—. Llevo una vida tranquila y solitaria, dedicada a mi trabajo... ¿Sabes cuánto me ha costado llegar hasta aquí? Pero tú lo descolocas todo, igual que antes. No entiendo cómo lo haces.

—«Yo tampoco comprendo bien qué nos conecta, pero estoy dispuesto a averiguarlo. Podemos dejar a un lado la música, si quieres».

—No podemos dejarla de lado, James —murmuró—. Tú estás hecho de música y, de una forma u otra, siempre logras que me alcance.

Se giró con brusquedad y caminó hacia el fondo del taller. Tras un

momento de vacilación, la siguió. Se detuvieron frente a un gran lienzo, cubierto con una sábana blanca. De repente, Evie parecía extrañamente tranquila.

—Cada vez que creo que te he superado, vuelves a mí de alguna manera y siempre traes música contigo.

De un tirón, arrancó la sábana, dejando el cuadro al descubierto. James parpadeó confuso. La explosión de colores y sonidos lo golpeó sin previo aviso. Estudió el cuadro con avidez, bebiendo de cada pincelada, mientras una melodía familiar empezaba a sonar en su cabeza.

—«Vas a pensar que estoy loco, pero tu pintura me recuerda a una de mis canciones. La incluimos en el último disco del grupo» —comentó muchos minutos después, cuando pudo volver a respirar.

—Lo sé —susurró Evie.

—«¿Es mi canción?».

—Es la música que rompió mi silencio —explicó consternada.

## *Nueva York, un año antes*

Las luces se apagaron de golpe y se vio envuelta por la oscuridad. Sentía el calor de veinte mil personas a su alrededor, pero, durante unos segundos, volvió a ser la niña asustada que había perdido los sonidos y no soportaba que la noche le robara otro sentido más.

Una mano pequeña la asió con firmeza; solo entonces se dio cuenta de que había dejado de respirar. Exhaló con fuerza y se aferró a su acompañante, tratando de ahuyentar viejos terrores.

De repente, una luz azul se abrió paso en la oscuridad e iluminó el escenario vacío.

Era la primera vez en su vida que Evie Turner asistía a un concierto.

Confusa, miró a su alrededor y deseó que Caroline no se hubiera empeñado en comprar entradas tan cerca del escenario. Estaban de pie, en la pista, rodeadas por una multitud. Evie se sintió abrumada y quiso salir del pabellón, regresar a la vida tranquila que tanto le había costado alcanzar, esconderse detrás de la cámara o volver a la serenidad de su taller. Desde que había dejado el empleo de limpiadora para trabajar como fotógrafa en el estudio Kesselmann ganaba más y, sobre todo, disponía de más tiempo para dedicarse a la pintura y explorar los colores de su silencio.

Había dejado de ser una cazadora de sonidos. Liberada de su vieja obsesión, se había reencontrado en una pintura llena de paz; ya no era la artista atormentada en constante búsqueda, sino una mujer que había aprendido a aceptarse.

Caroline tiró de su mano y la obligó a mirarla.

—«¿Estás bien?» —signó con expresión preocupada.

Los ojos de su prima delataban cierto sentimiento de culpa. Carol había sacado las entradas con un mes de antelación y la había arrastrado hasta el

Madison Square Garden sin atender a sus protestas. Incluso Drew se había enfadado con su novia, porque consideraba que no debía forzar a Evie a una experiencia que podía hacerla retroceder.

Aunque, al final, Evie había aceptado aquel descabellado plan. No se encontraría en el pabellón deportivo más grande de la ciudad de no haberlo querido.

En el fondo, sentía curiosidad.

Le hizo un gesto a su prima para que entendiera que se encontraba bien. A su alrededor, la gente se movía nerviosa, apretados los unos junto a los otros. Para olvidarlos, se concentró en el escenario. Estaban muy cerca, porque Caroline había conseguido sitio entre las primeras filas. Escudriñó los instrumentos, los micrófonos, los grandes altavoces y el resto de los equipos. Por el rabillo del ojo, atisbó movimiento en el lateral, justo antes de que Carol volviera a tironear de su mano. El concierto estaba a punto de empezar.

James salió en segundo lugar, con los brazos en alto y dando saltos. Tenía un aire irreal bajo la luz azulada de los focos. Evie absorbió la imagen del músico que saludaba con entusiasmo a la audiencia, con una sonrisa brillante, mientras sus dos compañeros, mucho menos complacientes con el público, se dirigían a sus respectivas posiciones.

Pero Evie no tenía ojos para nadie más, solo para aquel dios nórdico que se movía con paso elástico sobre el escenario como si fuera el dueño del suelo que pisaba. Llevaba el pelo revuelto, los ojos bien marcados con líneas oscuras, unos pantalones rojos con flecos y un chaleco negro. Le costó reconocer en aquel hombre sonriente que se pavoneaba sobre las tablas al chico cargado de desesperación con el que había compartido unos meses de su vida y al que tanto le había costado olvidar.

Lo había logrado al fin, pero había sido un largo y doloroso proceso.

Tal vez por esa razón estaba allí, para demostrarse que lo había superado. Que no lo necesitaba a él ni a la música, que había logrado olvidarlos.

Miles se colgó la guitarra, se inclinó sobre el micrófono y empezó a hablar.

Caroline le dio un toque en el hombro.

—«Puedo signar lo que dicen y también las letras de las canciones» — propuso.

Evie rechazó su ofrecimiento: no quería perderse nada de lo que sucedía en el escenario.

Las manos de James se posaron sobre el teclado, Luke golpeó las baquetas por encima de su cabeza y Miles esbozó una sonrisa torcida. The Wave arrancó con el primer tema y una vibración eléctrica la sacudió de golpe. Maravillada, abrió la boca y rio.

Desde aquel momento, su cuerpo se vio poseído por ondas que la recorrían con distintos grados de intensidad y, al poco, se encontró imitando al resto del público: saltaba, bailaba, agitaba los brazos, reía. Una euforia desconocida se apoderó de ella y se sintió en comunión con el resto de los asistentes. Notaba la música en la boca del estómago, en la planta de los pies, en cada hueso de su cuerpo.

Hacía años que no se sentía tan libre.

Los chicos de The Wave resultaban magnéticos, y, aunque Miles acaparaba la atención de la mayoría del público, ella no podía apartar la vista del entregado teclista. Reconoció la postura de James, su forma de cerrar los ojos en los momentos de mayor intensidad, los exagerados gestos de la cabeza, la manera en que se inclinaba sobre las teclas con total abandono, como si quisiera sumergirse dentro de ellas.

Podía leer en su rostro las distintas emociones que despertaba en él cada canción.

Era magnífico.

Entonces las luces bajaron de intensidad. Miles dijo algo y Caroline apretó de nuevo su mano.

—«Esta es la canción» —signó.

Evie asintió despacio mientras sus cuatro sentidos se ponían en alerta.

Desde que The Wave había sacado nuevo disco poco antes de las navidades —el segundo álbum tras su triunfal regreso—, algo había cambiado en Caroline. Su prima había sido su más firme apoyo cuando necesitó olvidar a James, pero, desde que escuchó la canción número siete, se había empeñado en que Evie tenía que conocer ese tema: «Es para ti. Es la única canción del disco que ha compuesto James y, aunque la letra no tiene que ver contigo, yo sé que es para ti. Estás en la música, no sé explicarlo mejor», insistió durante semanas.

Evie no la creyó, por supuesto, porque había pasado demasiado tiempo y no tenía sentido que James aún pensara en ella. Cuando estaban juntos, él había repetido a menudo que solo era capaz de sentir amores intensos y fugaces, que olvidaba con rapidez a las mujeres que pasaban por su vida.

Pero Caroline estaba empeñada y aquella canción era la verdadera razón por la que había arrastrado a su prima al concierto de The Wave.

Impaciente, contempló el escenario. Un foco de luz iluminó a James, que, poseído por una profunda emoción, empezó a tocar. Un delicado hormigueo acarició la planta de los pies de Evie. La música entró poco a poco en su cuerpo hasta que, de repente, un relámpago recorrió su columna vertebral y una vibración explotó en el centro de su pecho. Las ondas musicales se apoderaron de su sangre, extendiéndose como una marea que llegaba a cada rincón de su interior.

Nunca había sentido la música con tanta intensidad.

Todas las partículas de su cuerpo parecían moverse al unísono en intensas oleadas. Su corazón palpitaba frenético, henchido de dolorosas emociones que despertaban tras un prolongado letargo.

Y, por fin, pudo ver la música. Ráfagas de colores intensos —naranjas brillantes, morados dolientes, azules tormentosos, rojos sanguinolentos— danzaban ante sus ojos. El resto del mundo desapareció: solo estaban ella, las vibraciones, el color y aquel chico inolvidable con el que, al parecer,



seguía conectando.

Horas después, en su estudio, reprodujo aquellos sonidos en un lienzo vacío. Extendió los óleos con las manos, llenando de colores vibrantes el espacio en blanco. Olas de colores que rugían, reclamando todas las emociones que había sentido mientras escuchaba la canción de James.

Se aplicó en el cuadro hasta altas horas de la madrugada y, al terminar, cayó de rodillas ante él, temblando. Se pasó por el rostro la mano llena de manchas húmedas de pintura y observó su trabajo, desgarrada.

Junto a sus cuadros silenciosos, la nueva creación irradiaba vida, dolor, rabia, alegría, una infinita tristeza y un gran amor... Demasiadas emociones, demasiada intensidad. Recordó aquella vez que James quiso que pintara su música y ella fue incapaz de sentirla. ¿Qué había cambiado? ¿La música de James o su capacidad de percibirla?

Se dio cuenta de que tenía las mejillas bañadas de lágrimas.

Lloró durante un largo rato y, cuando se calmó, se lavó en el pequeño aseo del taller.

Amanecía en Nueva York y los primeros rayos de sol se colaron en la estancia, bañándola con una luz dorada. Miró el cuadro por última vez y lo trasladó a un rincón. Decidió que, cuando la pintura se secara, lo taparía y no volvería a mirarlo.

Había hecho un largo camino para que su espíritu estuviera en paz y no podía permitirse que James y su música volvieran a destruirla.

## Capítulo 34

Había vuelto a conectar con James, lo había abrazado, le había mostrado el cuadro que nunca quiso pintar y de nuevo había volcado sonidos en un lienzo.

Había traicionado todo por lo que luchó en los últimos años.

Y, sin embargo, se sentía en paz, como si las dos Evies que habitaban dentro de ella se hubieran reconciliado: la mujer que aceptaba su mundo en silencio y la que anhelaba encontrar los sonidos que perdió. Tal vez ella nunca sería como Shui Mei, como Michael o como muchas otras personas sordas que vivían con naturalidad su sordera. Shui Mei jamás entendió el drama de Evie, aunque siempre estuvo dispuesta a apoyarla. Tampoco compartía su interés por el mundo de los sonidos, pese a que había disfrutado en Haverhill de las extravagantes clases del profesor Thorn.

Una pizza humeante que desprendía un delicioso aroma a orégano y albahaca apareció delante de ella, interrumpiendo sus pensamientos. Estaba hambrienta. Desde el otro lado de la mesa, los ojos azules de James la contemplaban absortos. Se sonrojó bajo su atenta mirada y, para disimular, se concentró en la comida.

No sabía muy bien por qué había aceptado su propuesta de ir a cenar después de enseñarle el cuadro escondido. Se había cambiado de ropa, aunque no le dio tiempo a limpiarse bien los restos de pintura. Al camarero

que los atendió no pareció importarle su aspecto; tampoco el de James, que, tras su largo abrazo, lucía manchas ocres y verdes en la camiseta. Un abrazo cálido y reconfortante que no tendría que haberse producido, porque él había roto su corazón años atrás y Evie no debería estrecharlo, permitir que tocara el piano para ella o compartir una pizza en un acogedor restaurante italiano.

No conversaron durante la cena ni tampoco cuando la acompañó a casa. Se detuvieron frente al portal, buscó las llaves en el bolso y, al alzar el rostro, descubrió que las pupilas de James ardían.

—¿Quieres subir? —lo invitó.

Él negó con la cabeza.

—«Si subo, voy a besarte».

El hambre de su expresión delataba que no se detendría en un solo beso. Y ella no estaba dispuesta a caer de nuevo en sus redes, aunque tampoco quería separarse de él. La vieja conexión tiraba de Evie sin que pudiera evitarlo. No se sentía capaz aún de dejarlo marchar, así que trató de distraerlo con la pregunta que llevaba rondando su cabeza desde que atisbó sus viejos demonios durante su primera visita al taller:

—¿Qué ha pasado con el grupo?

En realidad, nunca supo dejarlo a solas con sus heridas.

James vaciló durante unos segundos. Se sentó en las escaleras del portal y ella se acomodó un escalón por encima. La luz temblorosa de una farola cercana caía sobre ellos, como un foco teatral que iluminara los actores sobre el escenario. Él se pasó una mano por el cabello, alborotándolo un poco más, y, por fin, le contó con signos el nuevo proyecto de Miles, las discusiones con su mejor amigo, sus propias equivocaciones y su aceptación final de que el vocalista tenía que seguir un camino distinto del suyo, aunque tal vez supusiera el sacrificio definitivo de The Wave.

Ella reconoció impulsos antiguos: el deseo de tomar su mano, de acariciar su mejilla, de abrazarlo hasta borrar su tristeza. No hizo nada, por

supuesto. Porque había tardado años en curar su corazón y no lo descuidaría. Así que se arrebujó en su chaqueta para protegerse del aire frío de la noche, pero también para levantar sus viejos muros.

Durante los siguientes días, se concentró en el mural del Sanctuary. Dejó todo de lado; incluso aplazó algunas sesiones de fotografía y sus citas con Hugh y con Caroline. Llegaba antes de que Martha subiera el cierre, trabajaba sin descanso y solo paraba para comer un sándwich sentada en el escenario, de espaldas al piano, mientras trataba de imaginar el local abarrotado de clientes; los músicos, tocando; los camareros, deslizándose entre las mesas; y los rostros embriagados del público mientras se dejaban llevar por una música que ella jamás podría escuchar pero que trataba de plasmar en un mural.

Vivía para aquella inmensa pared, soñaba con ella y con las vibraciones del piano de James, que recordaba una y otra vez de forma obsesiva para hacerlas cobrar vida en su pintura.

Pero el mural era demasiado grande y unas pocas vibraciones no eran suficientes.

Crenshaw, Martha y los obreros se detenían varias veces al día frente a su trabajo para contemplar su evolución. Cada vez que Dwayne se plantaba frente a la pared, parecía calcular si llegaría a tiempo para la reapertura. Y ella quería trabajar más rápido, que la pintura fluyera con facilidad, que nadie notara que se estaba atascando.

—Es muy bueno —aseguró Martha cuidando su vocalización.

Evie sacudió la cabeza: debería ser mejor. Frustrada, observó el mural y, ante los ojos aterrorizados de Crenshaw y su hija, abrió una lata de pintura plástica y, con un rodillo, la extendió sobre lo que había creado.

—La reapertura es dentro de dos semanas, chica —le recordó el dueño del Sanctuary con gesto enojado.

Ella lo ignoró y desbloqueó en su teléfono el número de la única persona que podía ayudarla.

**Evie**

¿Crees que podrías pasarte hoy o mañana por el Sanctuary?

**James**

Estaré allí en media hora.

Llegó como un soplo de aire fresco, con su pelo alborotado, los ojos resaltados con una gruesa línea azul oscuro y un pendiente con forma de dragón. Hermoso y dorado, aunque algo roto.

La escuchó con calma y examinó la pared, en la que ya no quedaba nada de su trabajo.

—¿Vas a ayudarme?

—«A ver si lo he entendido bien: necesitas que vuelva a tocar jazz para ti, para que sientas de nuevo las vibraciones y trasladarlas al mural».

—Exacto. Volveré a subirme al piano...

—«Pareces agotada» —la interrumpió.

—Estoy bien —respondió con rapidez.

Él escudriñó su rostro hasta ponerla nerviosa.

—«Tengo una idea, pero necesitaré hablar con Crenshaw y algo de tiempo para prepararla. —James contempló pensativo el escenario—. De todas formas, ahora no puedes pintar: tienes que esperar a que la pared se seque. Dame veinticuatro horas y te ayudaré».

—No tengo veinticuatro horas, James. Puedes tocar el piano ahora. La pintura estará seca en unas pocas horas y podré dar una segunda mano esta tarde; mañana empezaré el nuevo mural, así que...

—«Yo daré esa segunda mano, ¿vale? Déjame ayudarte, como me has pedido. Ve a casa y descansa; creo que lo necesitas. Mañana podremos empezar tu experimento».

Evie no estaba acostumbrada a aceptar ayuda, al menos desde que había

decidido demostrarle al mundo su independencia, pero estaba tan cansada que aceptó sin dudar el generoso ofrecimiento de James. Se marchó a casa y dedicó el resto del día a dormir, a leer y a cocinar, tres placeres que se permitía poco.

Por la mañana se presentó en el Sanctuary con desayuno para dos personas. James la esperaba en la calle dando paseos impacientes. Una enorme sonrisa iluminó su rostro cuando la vio llegar.

—«Con crema de leche y canela... Veo que aún recuerdas cómo me gusta el café» —signó con una sola mano tras probar la bebida. Parecía ridículamente satisfecho por aquel pequeño detalle.

—¿Podemos empezar ya? No creo que Crenshaw esté demasiado contento con el retraso —dijo Evie.

—«Tengo un regalo para ti —la interrumpió. Le entregó una caja y, al abrirla, sacó una especie de reloj—. Es un metrónomo-pulsera. Funciona con vibraciones y luz y se pueden conectar a él hasta cinco dispositivos. ¿Sabes para qué sirve un metrónomo? —Evie negó con la cabeza, demasiado sorprendida para hablar—. Es una máquina que nos sirve a los músicos para medir el tiempo e indicarnos el compás mediante pulsaciones. Antes eran unas pequeñas cajas de madera con un mecanismo y ahora los hay hasta virtuales».

Mientras se tomaban el café y los bollos con pasas que horneó la tarde anterior, James le explicó el funcionamiento de su nuevo ingenio, la ayudó a ponérselo y ella se sintió fascinada con las vibraciones de los distintos tiempos y ritmos: las ondas viajaban por su muñeca y se extendían por todo el cuerpo.

—«Así podrás seguir los ritmos mientras tocamos para ti» —añadió antes de empujar la puerta y acompañarla al interior, donde los esperaban tres hombres que charlaban con Martha. El piano ya no se encontraba sobre el escenario, sino junto a la pared que tenía que pintar, y también habían instalado una batería, un contrabajo y grandes altavoces. Uno de los

hombres sostenía un saxofón en las manos.

—«Estos son Martin, Cooper y Carl» —los presentó James a una aturdida Evie, que estrechó manos y saludó entre balbuceos.

—¿Qué quiere decir que vais a tocar para mí?

El rostro de James se iluminó con su sonrisa más bonita y sincera.

—«Exactamente eso: vamos a improvisar un poco de jazz, tú podrás tocar los instrumentos y los altavoces para sentir las vibraciones y pintar a la vez que creamos».

Cada uno de ellos se situó en su posición. James, sentado al piano, la invitó a posar las manos sobre la madera. Observó maravillada cómo los cuatro hombres se sumergían en la música. La batería retumbaba en su estómago y, a través de las manos, pudo sentir las vibraciones del resto de los instrumentos. El aire que salía del saxofón la hizo reír la primera vez que lo notó; luego, con timidez, envolvió las manos alrededor del metal mientras Martin improvisaba una melodía. Palpó el contrabajo y los altavoces y en todo momento notó los ojos de James sobre ella, como si no quisiera perder detalle de aquella loca y fabulosa experiencia. Poco a poco, Evie se dejó envolver por los ritmos y las ondas que sacudían su cuerpo y, cuando su silencio estuvo lleno de música, empezó a pintar.

En algún momento de la tarde, los tres músicos se despidieron, pero Evie, absorta en el mural, apenas paró el tiempo suficiente para agradecerles su ayuda. Siguió pintando bajo la atenta mirada de James hasta que Martha anunció que ya era hora de irse a casa. Le dolían todos los músculos, tenía los dedos agarrotados y sabía que presentaba un aspecto desastroso, pero estaba eufórica.

—No sé cómo agradeceréte, James.

—«No me des las gracias. Tú me devolviste la música hace años, así que estoy feliz de hacer lo mismo por ti. Estoy por completo disponible: puedo volver siempre que quieras y tocar el piano. Los chicos tienen trabajo, aunque seguro que pueden arañar unas horas».

James detuvo un taxi y la invitó a entrar. Estaba tan cansada que no protestó; no se veía capaz de volver a casa en metro.

—¿Entonces vendrás mañana? —preguntó.

—«Claro que sí».

—Traeré café —prometió, pero él ya había cerrado la puerta y no la oyó.

Durante los siguientes diez días, se repitió el mismo ritual: desayunaban juntos en las escaleras hasta que Martha llegaba y abría la puerta del club. Desde el momento en el que entraban en el Sanctuary, el mundo exterior desaparecía, como si nada más existiese aparte de aquel mural que se iba llenando de vida, de música y de color; y ellos dos canalizaban todas sus energías a través del piano, de la pintura, de largas conversaciones durante los descansos y la atracción que una vez más iba creciendo entre ellos y que Evie trataba de contener con desesperación cada vez que el aire se volvía pesado.

El puente invisible que los conectaba se reconstruía entre pinceladas, melodías y vibraciones; lento pero imparable.

James le hablaba de jazz y de rock, de cómo ambos géneros venían del blues e incluso llegaron a fundirse en un único subgénero a finales de los años setenta dando origen al jazz-rock, así que no resultaba tan extraño que él fluctuara entre dos estilos en apariencia tan distintos.

También le hablaba de su tiempo en Juilliard, de los inicios del grupo, de la asombrosa recuperación de The Wave tras la estancia en Portland y del miedo que lo acompañó en la primera gira, temiendo una recaída de Miles en sus adicciones. Le hablaba de la relación con sus padres y también de Aaron y su hijo, al que de vez en cuando visitaba para hablarle del gran amigo que había sido el desaparecido batería del grupo. A medida que pasaban los días, James sacaba los esqueletos del armario, uno a uno, y los iba depositando a sus pies, entregándose sin reservas. Evie quería mantener



las distancias, pero resultaba imposible quedarse al margen cuando él abría las puertas de par en par y le mostraba los fascinantes claroscuros de su interior.

A diferencia de años atrás, James no presionaba para que ella le devolviera la misma confianza y aceptaba que Evie se limitara a hablar de técnicas pictóricas, sus películas favoritas y el último libro que había leído. Que respetara sus límites (algo que no hizo años atrás) lo convertía en alguien más peligroso que el James del que se enamoró cuando llegó a Nueva York.

El momento más difícil de la jornada se encontraba en la despedida. Él la acompañaba a buscar un taxi y ninguno parecía notar el aire frío de la noche. Sus cuerpos emitían un calor inusual, llamándose el uno al otro, reclamando besos y caricias que nunca llegaban, porque ambos sabían detenerse antes de que el deseo se hiciera insoportable. Entonces Evie entraba en el coche, James cerraba la puerta con la mandíbula tensa, el mundo se volvía un poco más gris, y a ella cada vez le costaba más recordar el dolor que la había acompañado después de que él se marchara.

—«Mañana no podré venir» —anunció James con seriedad una noche tras abrir la puerta del taxi. Tenía una mancha de pintura rosa en su mejilla que, curiosamente, iba a juego con el tono de su camiseta.

Evie se negó a sentirse decepcionada por su ausencia.

—Está bien. De todas formas, ya no queda mucho. En un par de días habré terminado.

Sombras oscuras revolotearon por el rostro de James, como si a él también le decepcionara que su tiempo juntos estuviera a punto de acabar.

Ambos tenían una vida que retomar cuando terminara el mural del Sanctuary. Ella debía hacerse cargo de otros murales, recuperar en el estudio los días libres que Karen le había dado, terminar el cuadro de sus padres y volver a la galería para asistir a los compromisos con la prensa que Hugh estaba organizando. También tendría que ver a Caroline y a Drew,

escribir a Shui Mei, a la que había tenido algo abandonada, e idear un plan para compensar a Hugh del fracaso de su exposición.

No había espacio en su vida para James Hathaway, para su sonrisa encantadora y sus ojos brillantes en los que una chica incauta podría ahogarse. Aquel tiempo en el Sanctuary era tan solo un paréntesis y, cuando acabara, ella tendría que cortar de nuevo los hilos invisibles que los conectaban. ¿Sería un corte limpio o volvería a sangrar?

Tal vez sería más fácil si se despedían en aquel momento.

—En realidad, no hace falta que vuelvas. Ya solo me quedan los remates finales y...

—«Estaré aquí el martes» —la interrumpió James.

Respiró aliviada al saber que tendría un día más con él. Después cada uno seguiría su camino, pero al menos le quedaba ese último martes junto al único hombre que era capaz de derribar sus barreras, de colarse en su silencio para llenarlo de música y de hacer que su piel quemara sin ni siquiera tocarla, como sucedía en aquel momento, en una calle cualquiera del West Village, frente a un taxista malhumorado que esperaba, con el contador en marcha, a que la pareja se despidiera. James se inclinó un poco hacia su rostro. Parecía tan hipnotizado como ella, ambos incapaces de apartar la vista del otro.

—¿Te parece bien que venga el martes? —preguntó obligándola a mirar sus labios para leer las palabras que pronunciaba. Intuyó que lo había hecho a propósito: que no había usado los signos para atraer su vista hacia aquella boca perfecta que tantas veces había besado años atrás. No debería dedicar un solo pensamiento a los besos de James, así que retrocedió hasta casi caer dentro del asiento trasero del taxi.

—Sí, claro. Nos vemos pasado mañana.

Levantó la mano con torpeza para despedirse y se metió con rapidez en el vehículo. Antes de darle la dirección de su apartamento, vio el rostro serio de James a través de la ventanilla. Su imagen pensativa la acompañó todo el

camino a casa.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 35

El despacho de Rosenberg y Wood, a los que tres generaciones Hathaway habían confiado sus asuntos legales, se encontraba en un solemne edificio a la espalda de la Quinta Avenida. James respiró hondo antes de atravesar el portal; preferiría estar en el Sanctuary, contemplando con arrobó a una chica sorda y magnífica que trasladaba a la pared los sonidos que él arrancaba del piano, pero no se sentía capaz de desatender su última obligación filial.

El conserje, bien entrenado tras dos décadas en el puesto, no se inmutó cuando un hombre con el cabello alborotado, pantalones de color violeta, una camisa celeste y las uñas pintadas de gris atravesó el portal con paso elástico y un saludo amable tras el que escondía su incomodidad.

Minutos después, el venerable Joram Rosenberg estrechó la mano del músico, ignorando los dos anillos y las pulseras de cuero anudadas a su muñeca. Le ofreció el único asiento que quedaba libre frente a su escritorio de madera labrada. Su llegada con algo de retraso le valió a James un gesto de desaprobación de su madre que habría hecho temblar a cualquier oponente. Ashton se limitó a enarcar una ceja cuando sus miradas se cruzaron.

—Bien, creo que podemos empezar con la lectura —expuso el abogado mientras se ajustaba las gruesas gafas de pasta negra. Abrió una carpeta de piel y extrajo de ella unos documentos—. El senador redactó un nuevo

testamento hace dos años, modificando el anterior. Procedo a leer su última voluntad —anunció con tono adusto—. Yo, *Richard John Hathaway, residente en la ciudad de Nueva York, declaro estar en mi sano juicio, que no actúo bajo coacción o influencia indebida y que comprendo plenamente la naturaleza y el alcance de todas mis propiedades...*

La voz monótona de Rosenberg resonaba en el despacho. Un antiguo reloj de péndulo servía de contrapunto a las palabras del abogado, marcando un ritmo severo y anticuado, que en la cabeza de James quedó ahogado por el piano de *This Is the Last Time*, de Keane.

Apenas atendió a la primera parte de la lectura, que se ocupó de los gastos e impuestos derivados del fallecimiento y de algunas donaciones a diversas instituciones.

—*Lego el resto de mis bienes y propiedades a mi esposa, Christine Marie Hathaway, residente en la ciudad de Nueva York, y también la nombro albacea de dos fideicomisos de cinco millones de dólares cada uno.*—Rosenberg echó un vistazo a su audiencia. Un imperceptible gesto de la viuda lo animó a continuar—. *El beneficiario del primer fideicomiso es mi hijo James Emerson Hathaway, con la condición de que haya finalizado su relación con el mundo del rock y reconducido su carrera. Será la albacea designada quien determine el cumplimiento satisfactorio de las condiciones en el plazo máximo de un año desde la apertura pública de este testamento.*

Un pesado silencio cayó sobre los presentes, solo quebrado por el sonido del reloj. A James no le sorprendió la exigencia impuesta por su padre para el cobro de la herencia, porque el senador Hathaway había luchado con uñas y dientes para que su primogénito abandonara su carrera como rockero y ni siquiera la muerte iba a impedir que siguiera intentándolo.

—Continúe —ordenó la viuda. Ella tampoco parecía sorprendida, así que James supuso que conocía y aprobaba el contenido del testamento. Incrédulo, se preguntó cómo era posible que su padre hubiera pensado que lograría doblegarlo con dinero. ¿Acaso no sabía que disponía de su propia

fortuna y que, aunque no tuviera un centavo, jamás cumpliría su voluntad? ¿No lo había demostrado una y otra vez a lo largo de su vida?

Rosenberg carraspeó antes de retomar la lectura:

—*El beneficiario del segundo fideicomiso es mi hijo Ashton Preston Hathaway, que percibirá la cantidad asignada en su tercer aniversario de boda con una de las mujeres indicadas en el siguiente listado o, en su defecto, con la candidata aprobada por la albacea del fideicomiso.* —El abogado alzó la vista—. ¿Desea que lea la lista, concejal?

Ashton se inclinó hacia adelante.

—¿Se encuentra Rose Porter en ese listado? —preguntó con tono calmado.

Rosenberg se tomó unos segundos para leer los nombres recogidos en el documento.

—Su nombre no está incluido.

—Bien, en ese caso no hace falta que se moleste en leerlo.

James escudriñó el rostro tranquilo de su hermano, sin entender qué acababa de suceder y por qué Ashton no parecía sorprendido.

El abogado parpadeó tras los gruesos cristales de sus gafas.

—Entonces sigo, ¿no? —Esperó hasta que Ashton asintió con la cabeza—. *En caso de que los fideicomisarios no cumplan con las condiciones expuestas, la albacea donará el monto a las siguientes organizaciones...*

El reloj de péndulo acompañaba las palabras del senador con su sonido pesado y lento, pero James solo escuchaba la canción que sonaba en su cabeza. No podía creer que Richard Hathaway hubiera desheredado a su hijo predilecto. ¿Qué broma de padre les habían tocado en suerte que, incluso desde la tumba, trataba de controlar sus vidas?

La carcajada brotó espontánea de sus labios, incapaz de contenerla. ¿Creía de verdad su padre que lograría algo con aquel ridículo testamento?

Para escándalo de su madre y el señor Rosenberg, una segunda risa se unió a la suya. Las estentóreas carcajadas de los hermanos Hathaway

resonaron entre las paredes cubiertas por gruesos paneles de madera oscura, ahogando el sonido del reloj y el piano de la cabeza de James.

Cuando se calmó un poco, Ashton miró a su hermano con ojos brillantes.  
—¡Qué cabrón!

James asintió. La risa se evaporó de golpe y dejó un peso angustioso sobre su caja torácica. Se frotó el pecho, tratando de aliviar el repentino dolor que le había provocado la última herida infligida por su padre.

Ashton se puso en pie, estrechó la mano del abogado y se volvió hacia su hermano, al que dio un golpe en el hombro con algo parecido al afecto.

—Vamos, te invito a un desayuno tardío. Estoy muerto de hambre.

Aturdido, James lo siguió a la calle con pasos tambaleantes. Apenas era capaz de seguir las zancadas de su hermano pequeño, que, de repente, parecía más ligero.

El camarero del Pembroke Room dispuso con celeridad la ingente cantidad de comida que Ashton había pedido. Estaba dispuesto a tener con James esa larga conversación que llevaba dos años posponiendo, aunque no sabía cómo empezar. Se concentró en el café y los huevos revueltos hasta que su hermano rompió el silencio.

—Así que los dos estamos desheredados.

—Eso parece, aunque no creo que tú tengas falta de liquidez.

—Tampoco tú parece que vayas a tener problemas para pagar las facturas  
—señaló James echando un vistazo al refinado entorno.

Ambos intercambiaron una sonrisa burlona. El salón de té del hotel Lowell desprendía un halo de elegante calma. Ashton lo había escogido porque se trataba de un lugar discreto y tranquilo, en el que podían conversar sin ser asaltados por algún conocido ni por seguidores del rockero que reclamaran autógrafos y *selfies*.

James jugueteó con los cubiertos de plata pulida. Pese a su aspecto

extravagante, se desenvolvía en aquel ambiente espléndido con la comodidad de quien se ha criado en él. Ashton supuso que, como siempre que estaban juntos, hacían un curioso contraste: él, con su pulcro peinado y su traje formal de chaqueta y corbata, frente a las ropas llamativas de su hermano, sus cabellos alborotados y todos los adornos que completaban su imagen.

—No sabía que papá odiaba tanto tu relación con Rose —comentó James con descuido al cabo de un rato mientras examinaba la deliciosa variedad de mermeladas.

Ashton se limpió con la servilleta la comisura de la boca antes de contestar:

—No se trata de Rose. Bueno, no es que nuestra relación le encantara, y estoy seguro de que prefería para mí una pareja más... conveniente, como diría mamá, pero esto no se trata de mi novia ni de mi futuro matrimonio.

—¿De qué se trata entonces?

—Es su venganza.

—¿Venganza?

—Por mi traición... O, al menos, lo que él consideró una traición.

El camarero depositó en la mesa una fuente con pequeños sándwiches, interrumpiendo la conversación. Ashton se enfrentó a la mirada aturdida de James. Hacía años que su hermano se mantenía al margen de la vida familiar, que solo asistía a alguna celebración ocasional y se marchaba pronto, así que no había sido testigo del declive de la relación entre el senador y su hijo predilecto.

—¿Qué traición? Tú siempre has estado de su lado —señaló James cuando el camarero se retiró.

Los huevos revueltos ya no parecían tan apetecibles. Ashton apartó el plato y se concentró en el café solo y sin azúcar, que contrastaba con la extravagante bebida de su hermano, coronada con crema de leche y canela. Ambos cafés eran la perfecta representación de sus diferencias.



—Sucedió durante las primarias del partido. En realidad, no lo sabíamos, pero estuvo fuera desde el primer momento. De los casi veinte candidatos, solo dos tenían posibilidades reales. Incluso sin ellos, nadie quería a un anticuado senador millonario del Upper East Side como candidato a presidente. Los tiempos han cambiado, también entre las filas más conservadoras.

»Aun así, trabajamos mucho en la campaña. Estuve a su lado en todo momento, fui su mano derecha y cumplí con mi papel. Pero, de alguna forma, llamé la atención de alguien en las altas esferas y me ofrecieron ser candidato en las municipales. —Ashton se inclinó hacia su hermano, como si quisiera que leyera en su rostro la verdad de sus palabras—. Lo rechacé, a pesar de que siempre he ambicionado mi propia carrera política y que quería cambiar las cosas en esta ciudad. Pero no era el momento, ni siquiera me planteé dejar en la estacada a papá a mitad de campaña. Eso es lo que más me enfada de este asunto: que siempre le fui leal y, cuando llegó el momento, él no confió en mí.

Ashton hizo una pausa. Habían pasado más de tres años y aún recordaba con claridad el entusiasmo con el que había trabajado al lado de su padre, tratando de estar a la altura. Desde que era niño, había sentido una imperiosa necesidad de ganarse su afecto y su respeto, de cumplir con las expectativas que había depositado en él, porque no podría soportar que su padre lo tratara con el mismo desprecio que a su hermano mayor.

—Y, sin embargo, al final te presentaste a las elecciones —indicó James. Su rostro reflejaba una curiosidad exenta de reproches.

—Lo dejaron caer —aclaró aliviado porque su hermano estuviera dispuesto a escuchar las explicaciones que su padre jamás quiso oír—. Encontraron algo sobre él y lo obligaron a retirarse de las primarias para que yo tuviera el camino libre. No tuve nada que ver, ni siquiera conocí todas las maquinaciones hasta mucho tiempo después. Él renunció sin darme ninguna justificación y solo entonces acepté formar mi propio

equipo. Pero a papá le llegaron rumores de que había participado en la conspiración para quitarlo de en medio y que sus asuntos turbios no fueran un lastre en mis propias aspiraciones. No me creyó cuando lo negué.

»Lo cierto es que no tuve nada que ver en su caída ni en mi ascenso. Todo se reduce a un hecho muy simple: el partido está tratando de poner el foco en candidatos jóvenes. Se han dado cuenta de la necesidad de renovar la primera fila; los viejos dinosaurios se niegan a soltar el sillón y el votante joven se escapa, así que quieren sangre nueva que modernice la imagen del partido y también sus consignas ideológicas.

—Voy a seguir sin votaros por mucho que os renovéis —se burló James, aligerando la tensión. Ashton se rio un poco y movió la cabeza de un lado a otro. Le gustó que no preguntara qué trapos sucios habían encontrado sobre su padre. Quizá, algún día, pudieran sostener esa conversación, pero de momento prefería no tener que contárselo.

—Él no fue capaz de soportar que lo dejaran de lado por su propio hijo —añadió—. Creyó que lo había traicionado, pero también tenía celos, aunque jamás lo habría reconocido.

Solo Rose conocía esa parte de la historia y todo el daño que le había causado el odio de su padre, la distancia helada que se había instalado entre ambos desde entonces. De nada sirvió que él negara sus acusaciones; al final, Richard Hathaway había muerto convencido de que su hijo lo había apuñalado por la espalda y él había tenido que enfrentarse a su mayor miedo: el desprecio de su padre.

—Era un hombre acostumbrado a conseguir todo lo que quería —intervino James con gravedad—. Supongo que fuimos una decepción para él, pero, si lo piensas, fue una burla como padre. Deja de sentirte culpable. Yo aprendí esa lección el día que me echó de casa porque rechacé Harvard y me matriculé en Juilliard.

Ambos apuraron sus respectivas tazas de café. Ashton sentía una curiosa sensación de alivio tras abrirse a su hermano.

—Hice cosas por él de las que no estoy orgulloso —admitió. Había abierto las compuertas y todo lo que había guardado en su interior quería a salir a borbotones, aunque no fue capaz de confesar a James que lo había investigado durante años. Se lo contaría en otra ocasión, porque esperaba que, a partir de aquel desayuno, pudieran construir una relación poco a poco.

—¿Qué hay de Rose? ¿Por qué utilizarla como venganza? —preguntó su hermano.

—Él sabía que es mi único punto débil, aunque sospecho que fue idea de mamá —explicó—. Nunca le gustó y supongo que le sugirió a papá esa cláusula del testamento. Tiene su manipuladora firma escrita por todas partes.

—Sí, es su estilo. —James se quedó pensativo durante unos segundos—. Creí que ibas a cortar con Rose hace cuatro años, después de aquella cena horrible en casa de nuestros padres. Al menos, eso fue lo que me dijiste.

El vergonzoso y fugaz recuerdo asomó en la memoria de Ashton. Se había enamorado de Rose Porter de forma fulminante cuando ambos estudiaban en Harvard. Era inteligente, generosa y apacible, pero no toleraba las tonterías del chico dorado de Harvard ni las burlas de sus amigos, que no podían entender que el frío Hathaway, proveniente de una de las elitistas familias del Upper East Side, hubiera enloquecido por una tímida chica afroamericana de clase media, entrada en kilos, que estudiaba gracias a una beca y que soñaba con cambiar el mundo. Durante meses, el propio Ashton asistió incrédulo al nacimiento de su relación. Rose era todo lo opuesto a lo que siempre creyó que buscaría en una pareja. Él estaba destinado a tener un matrimonio similar al de sus padres, pero Rose Porter, con su ternura y su risa, había desbaratado sus planes.

Ashton parecía incapaz de dejar de buscarla, aunque no tenían futuro; fuera de Harvard no podrían tener una relación real porque él jamás lo permitiría. Porque su familia jamás lo permitiría. Y, aun así, quería pasar

tiempo con ella, que le contara sus sueños ingenuos para hacer mejor la vida de otras personas, reírse con su avisado sentido del humor, que solo aparecía cuando superaba las primeras barreras de su timidez natural.

Quería mostrarle un atisbo del hombre que habría podido ser si hubiera llevado otro apellido.

Quería besarla a todas horas, porque ella lograba con sus caricias borrar el frío que tenía adherido a la piel.

Quería hacer el amor en la pequeña habitación de su residencia, rodeados de las cosas de Rose: sus libros, sus apuntes, la colorida colcha que le tejó su orgullosa abuela cuando fue admitida en una de las universidades más prestigiosas del país, las numerosas fotografías de su familia y sus amigos, el sinfín de objetos de papelería que le gustaba coleccionar y las estrellas plateadas que había pegado en una de las paredes. Porque en aquel pequeño espacio, tan distinto del lujoso dormitorio que él ocupaba, nadie podía arrebatarse la ternura que Rose le regalaba con tanta generosidad y que después, fuera de aquellas paredes, él se esforzaba por olvidar.

Por ese motivo, a menudo se sentía indigno de su calidez.

Y esa fue la razón por la que asistió con Rose a aquella incómoda cena: para recordarse que venían de mundos distintos, que no tenían un futuro posible, que ella sería infeliz si seguían juntos, que él nunca sería el hombre que ella merecía. Necesitaba alguien menos frío, menos estirado, que no viviera para deslumbrar a su padre. Un hombre que no la arrojara a los leones y se sentara a contemplar cómo la devoraban, tal como sucedió en esa cena.

Tuvo que convivir durante mucho tiempo con la vergüenza de su comportamiento.

Pese a lo que le dijo a James aquella noche, a la hora de la verdad no tuvo valor para romper con Rose. Fue incapaz de renunciar a la única fuente de calor que tenía en su vida. Sin embargo, ella, que era más sensata y lista, lo dejó poco después. Y Ashton se sintió aliviado, porque por fin el mundo

lo había puesto en su sitio: fuera del alcance de aquella chica increíble a la que no podía querer como se merecía.

La ruptura fue dolorosa, aunque también un revulsivo. La separación le permitió descubrir que ya no quería una vida como la de sus padres, que no podría conformarse con una relación de conveniencia.

Si iba a cumplir con su papel en el frío y despiadado mundo que le había tocado habitar, necesitaba un refugio cálido que le impidiera convertirse en un bloque de hielo.

Así que, un tiempo después, consiguió que Rose le diera una segunda oportunidad y se esforzó por aprender a amarla de la forma correcta.

Tal vez, algún día le revelaría a James la intensidad de su amor por Rose y él quizá le hablaría de aquella fotografía sorda que parecía volverlo loco. O tal vez le contaría que The Wave estaba de nuevo en la cuerda floja, según le había informado su investigador justo antes de que prescindiera de sus servicios. Había decidido que no volvería a espiar a su hermano y esperaría a ganarse su confianza para que él mismo le hablara de su vida.

Desde luego, no sería aquella mañana: ambos habían llegado al límite y no se podían recuperar de golpe años de distanciamiento fraternal. Así que terminaron el desayuno y, al despedirse, Ashton logró arrancarle a James la promesa de cenar con él y con su prometida la siguiente semana.

Cuando llegó a su despacho, las manos le temblaban. Demasiadas emociones para un hombre acostumbrado a contenerlas. En el pasado, habría tratado de ignorarlas y se habría sumergido en el trabajo, pero estaba aprendiendo a librarse de las cadenas que lo ataron desde niño. Así que el concejal más joven de Nueva York se tomó el día libre y se fue a buscar a su novia, que recibió con entusiasmo la noticia de que había sido desheredado.

## Capítulo 36

El día sin James había sido largo. La mirada de Evie viajó demasiadas veces hasta el asiento vacío del piano, que parecía fuera de lugar sin el músico. Se concentró en la pintura hasta que Martha le tocó el hombro para llamar su atención. Almorzaron juntas, en la barra, una ensalada de pollo y maíz con queso feta.

—Es maravilloso —reconoció la gerente del Sanctuary señalando el mural.

—No habría podido hacerlo sin James.

Martha negó despacio y puso mucho cuidado en la vocalización.

—No es cierto. Tu primera versión ya era estupenda, pero ha sido hermoso veros trabajar juntos. Tenéis una conexión especial.

Evie no quería hablar de la absurda maraña de hilos que la conectaba con James, así que fingió que no había conseguido leer sus labios.

—Es un gran músico —respondió evasiva para alejarse del terreno más personal.

Con expresión taimada, Martha recogió los platos y ambas volvieron al trabajo. Al caer la tarde, el móvil de Evie vibró con un mensaje.

**Hugh**

Tu rockero lleva aquí un buen rato.

Creo que deberías pasarte por la galería.

**Evie**

¿James está allí?

**Hugh**

Llegó hace media hora y no tiene buen aspecto.

Evie no dudó. Recogió sus útiles con rapidez y, sin despedirse de Martha, que se encontraba en el almacén, salió del Sanctuary. Un autobús la dejó en menos de quince minutos en las inmediaciones de la galería. Cuando llegó, encontró a Hugh en la puerta, hablando con una mujer. Le indicó por gestos que James se encontraba en la otra sala.

Estaba sentado en el suelo, absorto en una pintura, y no se movió cuando Evie se sentó a su lado.

Se fijó en sus uñas pintadas de gris, en su boca apretada en una línea tensa y en la pequeña arruga de su entrecejo.

—¿Un mal día? —preguntó.

Los ojos azules parpadearon varias veces, como si saliera del trance.

—«Un día extraño» —signó.

—Hugh estaba preocupado.

—«Estoy bien. Solo necesitaba un sitio para pensar en paz».

—¿Y has venido aquí?

James se encogió de hombros.

—«Vengo a menudo. ¿No te lo ha dicho Hugh? He descubierto que estaba equivocado. Son unos cuadros increíbles, no supe verlo al principio, pero ahora encuentro en ellos paz, reflexión, calidez... Es todo lo que necesito para sacudirme el caos».

Evie se mordisqueó el pulgar para ocultar una leve sonrisa, porque a lo mejor jamás vendía su obra ni salía del anonimato, pero todo lo que importaba era que había hecho sentir bien a otra persona con su trabajo. Su alegría se multiplicaba porque esa persona era James, que hallaba en sus cuadros algo de calma para su espíritu atormentado.

—¿Qué ha pasado?

—«Nada malo. Mi padre me ha desheredado después de intentar manipularme por última vez, pero el resto del día ha sido bueno».

Evie deslizó su mano en la de James y la apretó. Él esbozó una sonrisa melancólica y la soltó para poder signar. Le habló de su padre, de la conversación con Ashton y del primer atisbo de una relación real con su hermano.

—«Creo que ha cambiado. Sigue siendo estirado y frío como un témpano, pero puede que haya algo bueno en él. Me gustaría descubrirlo».

—Entonces, ¿le vas a dar una oportunidad?

—«Sí, creo que sí. Me parece que ambos nos lo merecemos».

—Eso es bueno.

—«Luego he asistido al ensayo de Miles y Kaylee. Les había prometido que iría, porque querían que escuchara algunas de las canciones que han elegido para el disco. —James se pasó la mano por la barbilla un par de veces antes de continuar—. Va a ser increíble. Las canciones son muy buenas, y cuando cantan juntos, hacen magia. Me alegra haber dejado de ser tan cabezota».

Parecía sincero, e incluso algo orgulloso del talento de sus amigos.

—Entonces... ¿por qué estás triste?

James vaciló. Jugueteeó con el pendiente que colgaba de su oreja y su rostro adquirió una dolorosa expresión.

—«¿Qué voy a hacer ahora? The Wave ha sido toda mi vida durante la última década. Cuando murió Aaron, estuve perdido, incapaz de encontrar mi lugar en el mundo hasta que el grupo regresó. Y ahora vuelvo a estar en la misma posición».

—Pero no estás hundido. Entonces estabas desesperado. Necesitabas aferrarte a algo, lo recuerdo bien; yo estaba allí...

James la interrumpió, atónito.

—«¿Eso es lo que crees? ¿Que me aferré a ti porque estaba perdido?».

—Bueno, sí. He tenido algún tiempo para analizar nuestra relación...



Se puso en pie de un salto.

—«¿Crees que solo me enamoré de ti porque no tenía nada mejor que hacer?».

—No quise decir eso. Mira, no creo que debamos tener esta conversación... —Evie se puso en pie, con las manos extendidas, como si intentara apaciguarlo y, al mismo tiempo, recolocar los muros que caían cada vez con mayor facilidad—. Ha pasado mucho tiempo y tú y yo somos ahora dos personas distintas, más maduras; no importan las razones por las que saliste conmigo entonces.

James avanzó un par de pasos en su dirección. Sus ojos brillaban con fiereza.

—«Dime, si te beso ahora mismo, ¿también creerás que me estoy aferrando a ti porque estoy pasando un mal momento?».

—No digas tonterías. No quieres besarme...

Él recortó de nuevo la distancia que los separaba y Evie retrocedió, tratando de mantenerse alejada. No le gustó la media sonrisa, llena de sarcasmo, que se dibujó en el rostro masculino.

—«¿Que no quiero besarte? Llevo días conteniéndome para no besarte cada vez que salimos del Sanctuary, cuando me miras con los ojos nublados, como si tú también lo desearas. No me digas que no quiero besarte; si me dejas, sería capaz de devorarte».

Un cosquilleo recorrió la espalda de Evie hasta alcanzar su nuca. Tenía la piel erizada y todo parecía sobredimensionado: el olor de James, la pasión que brillaba en sus ojos, el calor que, de repente, emanaba de sus cuerpos.

Retrocedió unos pasos más hasta que su espalda tocó la pared. Él la siguió en aquel absurdo baile, como si no fuera capaz de mantenerse alejado.

—«¿Vas a besarme?» —preguntó Evie volviendo a los signos, demasiado insegura como para usar su voz. Una parte de ella anhelaba los besos de James, la otra estaba aterrorizada.

Él acarició uno de sus rizos con deliberada lentitud y luego movió la cabeza de izquierda a derecha, muy despacio.

—«Hoy no. Estoy un poco enfadado y no es buena forma de empezar nada. Cuando te bese, no quiero que pienses que fue por las razones equivocadas. Esta vez, tendrás la seguridad de que no me aferro a ti porque no tengo nada mejor ni porque estoy atravesando un mal momento».

Se separó de ella como si hiciera un gran esfuerzo. Evie permaneció cabizbaja, tratando de asimilar el torrente de emociones que James siempre derramaba sobre ella.

Cuando alzó la vista, lo encontró en el otro extremo de la sala, observando uno de sus cuadros. Su hermoso y extravagante perfil destacaba en la sala blanca, bien iluminada, llena de cuadros de colores suaves.

De alguna manera inexplicable, el caos de James encajaba en el tranquilo mundo de sus cuadros.

Al día siguiente, el último que dedicaría al mural, Evie llevó café y *croissants*. El trabajo estaba terminado, tan solo necesitaba dar los últimos retoques, pero ella alargó cada minuto porque, una vez que recogiera los pinceles, volvería a su vida, lejos de James y de aquel mural en el que había vuelto a reencontrar una parte de sí misma.

Él ensayó los temas del concierto y, de vez en cuando, ella se acercaba al piano para posar las manos en la madera y notar las vibraciones que palpitaban en su interior, llenas de anhelos indescifrables.

Compartieron el almuerzo sentados en una de las mesas nuevas mientras unos hombres devolvían el piano y los altavoces a su lugar sobre el escenario. Martha, su padre y otros empleados se acercaron a admirar el mural.

—Es exactamente lo que quería —afirmó Dwayne. Evie necesitó que James le tradujera en lengua de signos sus alabanzas porque el propietario

del Sanctuary estaba tan emocionado que no vocalizaba bien.

—Iré a la galería a ver tu exposición en cuanto pase la reapertura — prometió Martha después de abrazarla.

Cuando todos volvieron a sus ocupaciones, Evie, ayudada por James, recogió sus utensilios. Echó un último vistazo a su trabajo. Era vibrante, sofisticado, complejo. Su mejor mural hasta la fecha.

—«Es increíble, Evie. Has llenado de vida el Sanctuary. Ahora tiene música incluso cuando no hay nadie tocando en el escenario» —aseguró James.

Quiso preguntarle si le gustaban más sus cuadros silenciosos o su mural de sonidos, pero no se atrevió a tomar ese camino. Él podría adivinar que su opinión le importaba demasiado y que se estaba colando de nuevo bajo su piel. De modo que plegó la escalera de tijera, con todos los peldaños salpicados de pintura, y se dirigió a la calle, donde había aparcado la pequeña furgoneta de alquiler.

—«Así que sabes conducir» —comentó él con curiosidad cuando terminaron de guardar todos los utensilios en el vehículo. No había ni un atisbo de censura o extrañeza en su expresión, lo que agradó a Evie. Demasiada gente ponía en duda la capacidad de las personas sordas al volante, a pesar de que, en Estados Unidos, al igual que en otros muchos países, no había ningún impedimento para que obtuvieran el permiso con las mismas condiciones que los oyentes.

—Me saqué el carné cuando cumplí los diecinueve años porque mi padre insistió en que lo necesitaba para ser autónoma —explicó—. En realidad, al principio me negué. En Bridgewater me movía siempre en bicicleta y cogía el autobús cuando tenía alguna clase presencial en la universidad. No me hacía falta el coche y supongo que entonces me daba miedo no ser capaz de... —Se mordisqueó el pulgar, pensativa—. Cuando salí de Haverhill estaba demasiado asustada de encontrarme en el mundo real. Volví a instalarme en casa de mis padres y escogí una universidad cercana donde

podía tomar la mayor parte de las clases en línea.

»Mi madre estaba encantada de tenerme de vuelta y no le importaba llevarme en coche a cualquier lugar si me hacía falta, aunque, en realidad, no salía mucho. Me gustaba estar en casa con mis pinturas y mis libros, echaba una mano a mi padre con la contabilidad de la tienda, veía de vez en cuando a Shui Mei e iba a esquiar los fines de semana. Las pocas veces que tenía que ir a la universidad, mis compañeros me evitaban y los profesores nunca parecían cómodos del todo con mi presencia. No veía necesario aprender a conducir, pero mi padre insistió tanto que al final accedí.

»De todas formas, no conduzco con frecuencia. Me gusta moverme en bicicleta cuando estoy en Bridgewater, y aquí, en Nueva York, no tiene mucho sentido el coche. Prefiero moverme en metro y evitar los atascos. Cuando lo necesito, como hoy, alquilo un vehículo y ya está.

Se dio cuenta demasiado tarde de que había vuelto a abrirse a James. Se había dejado llevar y había confesado retazos de un tiempo del que no estaba demasiado orgullosa: cuando era cobarde y oscura, antes de que decidiera dejar su cálida burbuja, hacer la maleta y trasladarse a la ciudad de los sueños para demostrar que podía valerse por sí misma.

James sonreía como si hubiera ganado el mejor de los premios y tal vez así había sido, porque no había necesitado presionar a Evie para que hablara de su pasado.

—«Me gusta aprender cosas nuevas de ti. ¿Vendrás a la reapertura?».

Evie parpadeó ante el brusco cambio de tema.

—Sí, Martha me ha invitado.

—«Bien. Actúo temprano, antes de los grandes nombres. ¿Te tomarás luego una cerveza conmigo?».

—Pensaba quedar con Caroline y Drew.

—«Perfecto. Será como en los viejos tiempos. —Se inclinó sobre ella y le dio un beso rápido en la mejilla, apenas un roce que, sin embargo, abrasó su piel como si hubiera dejado una marca imborrable—. Nos vemos el

sábado».

Algo aleteó dentro de Evie al descubrir que no tenía que despedirse de James, que aún podrían compartir otra noche. Creyó que el terror se apoderaría de ella, pero no lo hizo.

En su lugar, había un sentimiento demasiado parecido a la esperanza.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 37

Todo Nueva York se encontraba en el Sanctuary. La cola para entrar daba la vuelta a la esquina, no quedaba una sola mesa libre y los camareros se deslizaban con rapidez para atender todos los pedidos bajo la vigilancia de Martha, mientras su padre pasaba de mesa en mesa saludando a viejos conocidos. Evie, agarrada a la mano de Caroline, observó estupefacta la sala abarrotada. Le costaba reconocer el local tranquilo en el que había trabajado. Abrumada, apretó la mano de su prima. Demasiada gente, demasiadas bocas moviéndose, demasiados cuerpos que la zarandeaban al pasar a su lado.

No le gustaban las multitudes; era algo más que le había enseñado Nueva York.

—«Es un sitio genial... ¿Estás bien? —preguntó Carol preocupada. Evie asintió con la cabeza—. Vale. Enséñanos ese mural tuyo. Debe ser bueno si ha conseguido ponernos en la lista preferente y que nos saltemos la cola».

Evie guio a su prima y a Drew a través del local. Varias personas sacaban fotos a su trabajo. Se preguntó si serían capaces de sentir la música escondida en la pintura o esa sensación estaba reservada a gente extraña como James y ella misma. Sin duda, el resto solo vería colores y formas. Esperaba que fuera suficiente.

—«Es maravilloso, Evie. Muy distinto de lo que vimos en la galería, pero

me encanta» —aseguró Caroline.

Drew rodeó sus hombros con el brazo. Al igual que Evie, era parco en palabras, pero ambos se entendían bien sin necesidad de largas explicaciones.

—«Vamos, encontremos nuestra mesa» —indicó.

Martha les había reservado una mesa cerca del escenario, algo lateral, pero que tenía la mejor perspectiva del piano. Todo un detalle que Evie le agradeció cuando, al cabo de un rato, se acercó a ellos.

—Hay bastante gente que quiere conocerte y felicitarte por tu mural —anunció la gerente del Sanctuary después de presentarse a la pareja.

Evie se retorció las manos. No se veía con fuerzas para hablar con desconocidos, explicar su sordera y esforzarse en leer sus labios. Martha pareció comprenderla.

—Está bien. Agradeceré las felicitaciones en tu nombre. Disfruta de la noche y vuelve otro día que haya menos barullo.

La camarera trajo las bebidas: vino blanco para Drew y Evie y un extravagante cóctel de color verde que iba a juego con el pelo y la ropa de Caroline.

—Tiene un aspecto repugnante —apuntó Evie.

—«Se llama *Ojos irlandeses*, es delicioso y conjunta conmigo» —bromeó su prima. Satisfecha, mordisqueó una de las cerezas que decoraban la copa.

Drew sonrió y besó a su novia. Evie desvió la mirada hacia el escenario para respetar su privacidad. La tarde anterior había acompañado a Drew a elegir un anillo de compromiso: un precioso solitario con una esmeralda que encantaría a Carol.

Las luces del escenario se encendieron y, al cabo de un rato, Dwayne se situó detrás del micrófono. Carol tradujo para Evie el discurso del propietario del Sanctuary. Los primeros músicos ocuparon sus puestos, pero Evie apenas les hizo caso. Sus pensamientos estaban con James. En su

mente se arremolinaban los recuerdos de las últimas semanas. De alguna forma, aquel loco rockero había vuelto a colarse en su vida.

Cuando, por fin, subió al escenario, el corazón de Evie empezó a palpar a toda velocidad. James apareció como la arrebatadora estrella que era: con vaqueros desgastados, chaqueta y camisa blanca por fuera, la corbata floja, el botón del cuello abierto, los ojos marcados con gruesas líneas oscuras, las manos desnudas de anillos y un pequeño pendiente de aro. Llevaba un micrófono en la mano y, tras saludar al tipo que actuaba como maestro de ceremonias, ambos contaron dos o tres anécdotas del club. Evie no se enteró de lo que decían, porque apenas echó un par de ojeadas a los signos de Caroline. James se parecía más que nunca al dios nórdico con el que siempre lo comparó en su cabeza, y ella era incapaz de apartar la mirada.

El presentador se marchó y él se dirigió al piano. En algún momento, Martin, Cooper y Carl habían salido a escena y ocupado sus posiciones. El pianista colocó el micrófono en su soporte y volvió a hablar, aunque esta vez acompañó sus palabras con signos.

—«Es para mí un honor estar hoy aquí, en este club que tan buenos momentos me ha hecho pasar. Los que me conocéis, sabéis que pasé muchas noches subido a este mismo escenario. Era entonces un joven estudiante que no llegaba a decidirse entre el rock, el jazz o el piano clásico, porque todo lo que le importaba era hacer música. La vida me llevó por el camino del rock y ha sido un buen trayecto, pero de vez en cuando me gusta volver a casa. Así que agradezco que Dwayne contara hoy conmigo.

»El Sanctuary ocupa un lugar muy querido en mi corazón y, por ese motivo, quería preparar algo especial para su reapertura. Tocaré versiones en jazz de algunos temas clásicos de rock. Espero que este pequeño experimento os haga pasar un buen rato.

»Os estaréis preguntando por qué estoy traduciendo mis palabras a lengua de signos. La respuesta está en una chica que no puede oír, pero que, cuando se deja llevar, siente la música con más intensidad que nadie que



conozca. Su cuerpo entero vibra con los sonidos y es capaz de traducirlos a un lenguaje nuevo que solo ella y yo somos capaces de entender.

»Ella me devolvió la música en una época oscura de mi vida y me entregó su corazón. No supe cuidarlo entonces y es algo que lamentaré siempre. Pero a veces el destino ofrece una segunda oportunidad. El Sanctuary me ha permitido volver a su vida y espero que me deje quedarme y demostrarle que he aprendido de mis errores.

»Ella está hoy aquí porque es la artista que ha pintado ese magnífico mural que decora la sala. Sé que a muchos su trabajo os ha dejado boquiabiertos. Os entiendo, porque a mí me sucede igual cada vez la miro.

»Evie Turner, no lo sabes, pero eres una artista maravillosa y el mundo va a descubrirlo muy pronto. Aunque, sobre todo, eres una mujer única. Sé que no vas a oír ninguna de las notas que toque hoy, pero son todas para ti».

Emocionado, James miró en su dirección, como si hubiera sabido en todo momento dónde se encontraba, y se llevó una mano al corazón. Mantuvo la vista fija en ella durante unos segundos y después se volvió hacia el piano y se sentó en la banqueta.

Evie notó la humedad en sus mejillas. Se secó las lágrimas con dedos temblorosos.

James empezó a tocar. Caroline le indicó por signos que estaba interpretando una versión de *Come as You Are*, de Nirvana. Por primera vez, a Evie le dieron igual los sonidos y las vibraciones; no podía percibirlos aquella noche, pero no importaba. Le bastaba con ver a James inclinado sobre las teclas, mientras descifraba sin dificultad todas las emociones que desprendían sus gestos.

Con los ojos cerrados, empezó a cantar. Su expresión delataba una entrega absoluta.

El resto del mundo desapareció. Solo estaba aquel hombre sentado al piano que exponía su alma sin pudor alguno para que ella, que no podía oírlo, tomara lo que quisiera de él.

Y, en ese instante, supo que lo quería entero. Quería su generosidad, su extravagancia, su dolor, su sensibilidad, su inteligencia. Quería su lealtad, su paciencia, sus modales impecables y sus actos impulsivos. Quería al dios nórdico, al chico roto y al hombre que aceptaba sus errores y estaba dispuesto a enmendarlos. Quería al músico, con sus inoportunas melodías en la cabeza y su interminable colección de vinilos, el único hombre que era capaz de escuchar sus cuadros con sonidos y de encontrar la paz en sus pinturas silenciosas.

Antes de que terminara la actuación, Evie dejó la mesa y se dirigió hacia la puerta que daba acceso al escenario. El guardia de seguridad la reconoció y la dejó pasar sin preguntas. Los siguientes minutos transcurrieron demasiado despacio.

Martin, Cooper y Carl fueron los primeros en aparecer. No se sorprendieron al verla. Ella respondió con un ademán tenso a sus gestos de saludo. Si James no salía de inmediato, sería capaz de ir a buscarlo al escenario y no le importaría que el público del Sanctuary fuera testigo de su encuentro.

Por fin, las cortinas se abrieron, dando paso al hombre más hermoso y exasperante. Se detuvo con brusquedad en cuanto la descubrió y entornó los ojos, como si de esa forma pudiera adivinar su estado de ánimo.

Pero Evie no lo dejó pensar.

En dos zancadas acortó la distancia. Enroscó en su mano la corbata negra y tiró para que James se inclinara. Él obedeció sin protestar.

Entonces Evie soltó la corbata, se abalanzó sobre él y lo besó con tanto ímpetu que sus dentaduras chocaron, aunque ninguno se quejó. James rodeó su cintura con los brazos y la izó hasta ponerla a su altura mientras la besaba con el hambre acumulada durante cuatro largos años.

No se dieron cuenta de que una banda de Nueva Orleans pasó a su lado en su camino hacia el escenario.

Porque solo estaban ellos dos en el mundo y todo lo que importaba era

aquel beso interminable y voraz, las manos de Evie desordenando el alborotado cabello rubio, el sólido cuerpo de James sosteniendo a la chica que lo perseguía en sueños desde que la había conocido en una discoteca. Todo lo que importaba era aquel amor demasiado tiempo contenido que despertaba de su letargo y amenazaba con desbordarse hasta ocupar cada rincón del Sanctuary.

Cuando se separaron, ambos estaban sin aliento. El pelo de James era un desastre y tenía los labios hinchados y enrojecidos. Evie quería llevarlo a cualquier lugar donde estuvieran solos, desnudarlo y recuperar de golpe cuatro años de besos y caricias. Y luego quería pintarlo tal como lo había visto esa noche. Tal como lo había visto cada día durante las últimas dos semanas: tocando el piano, entregándose a la música con la misma pasión que había entregado en su beso.

James agitó la cabeza, respiró hondo y la cogió de la mano. La llevó de vuelta a la sala. Aturdida, sortearon una decena de personas hasta llegar a su mesa. Caroline no parecía demasiado contenta.

—«Has destrozado las canciones de Nirvana» —protestó en cuanto James se sentó. El músico asintió distraído mientras hacía tamborilear los dedos sobre la mesa, como si estuviera tocando una melodía que sonaba en su cabeza.

Ella también se revolvió inquieta en su asiento. Todo su cuerpo se había encendido. Estaba segura de que, si alguien la miraba con detenimiento, descubriría que se había convertido en un árbol de Navidad repleto de luces brillantes.

—Vámonos —le pidió a James.

No esperó su respuesta. Se puso en pie, hizo una seña de despedida y se dirigió hacia la salida.

James la siguió y esperó a su lado mientras ella paraba un taxi y le daba la dirección de Gramercy Park, que estaba más cerca que su piso en Bushwick. Cuando el taxi arrancó, él movió los labios, musitando palabras

que no pudo leer, y tomó su mano. Con el pulgar dibujó círculos concéntricos que enviaban oleadas de calor por su piel. Evie escudriñó su rostro. Estaba nervioso y evitaba mirarla a los ojos; su vista se perdía en otras zonas de su cuerpo: su boca, su cuello, sus manos enlazadas, sus rodillas... A Evie se le erizó la piel de la nuca. Lejos de aplacarse durante el trayecto, el deseo pareció crecer hasta invadir toda la cabina.

No se tocaron al bajar del taxi. Tampoco en el ascensor, donde el aire parecía más pesado. Solo se miraban, atentos a cada gesto imperceptible del otro. Tal vez esperando que uno de los dos recobrara la sensatez y detuviera aquella locura.

James abrió la puerta de su piso y se echó a un lado para que ella pasara primero.

—«¿Estás segura?» —signó, y no cerró la puerta hasta que ella asintió dos veces.

Mañana quizá se arrepentiría. Recordaría cómo había roto su corazón, lo destrozada que estuvo cuando se marchó, todo el dolor que arrastró hasta superar su ausencia.

Pero en ese momento no importaba. Nada importaba. Solo la boca de James acercándose despacio a la suya mientras sus manos le aprisionaban las caderas para pegarla a su cuerpo. La recorrieron por encima de las ropas hasta aferrarse a sus hombros y apretarla aún más contra él; tan fuerte que le dolió un poco, pero no se quejó. De hecho, Evie rodeó su cintura con los brazos y tiró de él para deshacer cualquier resquicio de aire que quedara entre ellos. Se puso de puntillas, rompió el beso y sumergió la nariz en su cuello para inhalar su olor.

Y luego lo mordió. Clavó sus dientes en la carne tierna, y el sabor salado de la piel masculina explotó en su boca. James inspiró, la levantó y con rápidas zancadas la llevó al dormitorio mientras ella lamía la marca que habían dejado sus dientes.

James la volvía salvaje, intrépida. Voraz.

Se descalzaron entre caricias furiosas. Él le arrancó el vestido y el sujetador sin ninguna ceremonia, besando con la boca abierta cada trozo de piel que descubría mientras ella luchaba por deshacerse de su chaqueta y su corbata. James no parecía dispuesto a ayudarla, demasiado ocupado en desenvolver un regalo anhelado durante largo tiempo. Al final, Evie lo obligó a separarse para desabrochar los botones de su camisa. Pero, cuando el torso masculino quedó expuesto, se paralizó.

Parpadeó varias veces.

Una docena de pájaros oscuros sobrevolaba el corazón de James.

Salvo la agitación de sus cuerpos, que subían y bajaban con respiraciones rápidas, ninguno se movió durante unos segundos que parecieron horas.

—Son mis pájaros —susurró al fin Evie.

Eran los pájaros que ella había pintado en las paredes de su dormitorio y los que durante años llenaron las páginas de sus cuadernos como un símbolo de los sonidos que no lograba atrapar.

De alguna forma habían acabado tatuados en el pecho de James. Exactamente los mismos pájaros.

—«Tuve al tatuador haciendo bocetos durante semanas hasta que logró plasmar mis explicaciones con exactitud» —signó con lentitud.

No le preguntó por qué. No hacía falta. De alguna forma, conocía la respuesta.

Se inclinó y besó con ternura al pájaro más pequeño. Y después, con dolorosa lentitud, besó todos los demás. Una y otra vez hasta que James no lo soportó más y la tumbó sobre la cama para devolverle con delicadeza cada beso. Arrastró la boca sobre su cuerpo, musitando palabras que ella podía sentir sobre su piel como soplos de aire ligeros y ardientes. Por un instante, deseó saber si sus palabras eran tiernas o sucias, si hacía promesas dulces o pronunciaba su nombre con veneración, si tarareaba la música que sonaba en su cabeza o recitaba perversiones. Tal vez todas las respuestas eran correctas.

Y ninguna era importante.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 38

El arrepentimiento llegó a las tres de la madrugada. El aliento cálido de James acariciaba su cuello y podía sentir el peso de su mano sobre el abdomen. La pequeña luz nocturna que él había encendido antes de desplomarse sobre la almohada le permitía distinguir los contornos de su semblante. Se puso de lado para contemplarlo a sus anchas. Había olvidado desmaquillarse y la gruesa línea oscura del delineador se había difuminado bajo sus párpados cerrados.

No parecía peligroso allí tumbado con expresión serena.

Le acarició la barbilla con suavidad. No quería despertarlo, solo sentir una última vez la aspereza de su piel sin afeitarse antes de abandonar la calidez de su lecho y poner miles de millas entre ambos.

Recogió sus ropas en silencio y se vistió en el pasillo, bajo una sinfonía inacabada que con la falta de luz había adquirido un aspecto fantasmagórico. El portero nocturno no se inmutó al verla salir del ascensor. La acompañó a la calle y esperó hasta que se metió en un taxi. Mientras el conductor la llevaba de vuelta a Bushwick, echó hacia atrás la cabeza y cerró los ojos. Calculó la cantidad de dinero que se había gastado en taxis durante las últimas semanas. Era una buena forma de mantener su mente alejada de pensamientos más oscuros, aunque sabía que tarde o temprano tendría que afrontar lo que había hecho.

No tenía sueño, así que pidió al taxista que la dejara en el taller. Encendió las luces y la estufa eléctrica, se quitó la ropa y se puso la camiseta vieja que usaba para pintar, unos pantalones amplios y unos gruesos calcetines.

Desdeñó los lienzos que tenía a medias y colocó uno nuevo sobre el caballete frente al sofá. Preparó con cuidado las mezclas de colores, seleccionó cuatro pinceles de distintas formas (dos redondos, un pincel abanico que utilizaría para los degradados y otro plano de pelo corto) y empezó a pintar.

Había preparado un azul con el matiz exacto de los ojos de James.

Ya no tenía sentido evitarlo.

Las primeras pinceladas fluyeron solas y, a partir de ahí, continuó con la mente en blanco y las emociones saliendo a borbotones de sus dedos. No había silencio en su cuadro. Tampoco música. Era algo distinto: más crudo, más confuso, más hermoso. Como si hubiera arrancado cada trazo de un lugar de sí misma que no solía explorar, tal vez porque había estado demasiado obsesionada con el silencio y el sonido y había dejado de lado otros universos importantes de su interior.

El intenso parpadeo del timbre de luz, que indicaba que alguien había llamado a la puerta, la sacó del trance. Parpadeó aturdida. El sol entraba a raudales por la ventana y motas de polvo bailaban en los haces de luz. Ni siquiera se había dado cuenta de que había amanecido. Dejó el pincel, se frotó las manos llenas de pintura en la camiseta y se dirigió a la puerta. Abrió con cautela, pero solo encontró un repartidor.

—¿Evie Turner? —preguntó el chico entregándole una caja—. De parte de James.

En el interior encontró un café con leche, dos *croissants* de chocolate, un envase con trozos de melón, una botella de zumo y un *bagel* de salmón y aguacate. Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro. El sofá se hundió más de lo habitual cuando se sentó; dentro de poco tendría que cambiarlo. Se lo comió todo mientras cientos de mariposas revoloteaban en su estómago.



Estaba hambrienta.

Cuando terminó con el contenido de la caja, escribió a James un mensaje de agradecimiento y apagó el móvil porque aún no estaba lista para hablar con él. Se marchó a casa y durmió doce horas seguidas. Al día siguiente volvería a su absorbente rutina y sería más fácil ignorar a cierto músico impulsivo y encantador que había aprendido a respetar su espacio.

Tal como esperaba, la siguiente semana se convirtió en una espiral de obligaciones: sesiones fotográficas de estudio, cubrir un par de eventos, trabajar en los murales que había aparcado para centrarse en el del Sanctuary... A su correo llegaron varios encargos nuevos que hacían referencia a su trabajo en el club de jazz. El jueves cenó con Carol y Drew. Fingió sorpresa cuando su prima le enseñó su anillo de compromiso y esquivó como pudo sus preguntas sobre James.

Hubiera querido ignorar la noche que pasaron juntos, pero imágenes fugaces la asaltaban en momentos inesperados. Tampoco ayudaba que él estuviera conteniendo su naturaleza impulsiva, en vez de arrollarla, como hizo en el pasado. Estaba manteniendo la distancia justa, aunque sin llegar a desaparecer. Un mensaje el lunes para desearle una buena semana, una foto del jardín secreto una tarde soleada, un comentario sobre el libro que estaba leyendo... Sin presiones, sin reclamar nada de ella. Solo dando.

El sábado por la mañana se reunió con Hugh. Ya había cobrado el cheque del Sanctuary —su cuenta bancaria nunca había estado tan abultada— y estaba decidida a colaborar con los gastos de la exposición, aunque aún no había encontrado la fórmula adecuada para lograrlo sin ofender a su amigo.

Empujó la puerta de la galería y observó estupefacta el interior. Una veintena de personas se paseaba por la sala principal.

—Lleva viniendo gente toda la semana —explicó Hugh con expresión feliz cuando entró en su despacho—. Una tal Ann Wigmore estuvo aquí el

martes. Dijo que te conocía y que quería ver tu obra. ¿Sabes quién es? — Evie asintió. A lo largo de los años había visto unas cuantas veces a la madre de Drew, pero nunca esperó que se interesara por su trabajo. La había invitado a la inauguración debido a la insistencia de Carol, pero la futura suegra de su prima no pudo asistir porque le coincidió con un viaje a Europa—. Una mujer encantadora con muy buen gusto y, al parecer, dueña de una pequeña colección de arte bastante impresionante. Hizo algunas reflexiones muy acertadas sobre tu pintura. Compró un cuadro y ha debido de hablar de ti, porque han venido varias personas de su parte. También ha venido gente que ha visto tu mural del Sanctuary. Ayer vendí otras dos pinturas. No te he dicho nada porque quería darte una sorpresa.

Evie entendió solo la mitad del discurso, pero fue suficiente. Se tapó la boca y dio una vuelta sobre sí misma. Quería gritar, bailar, reír. Quería salir a la calle y gritarle a la ciudad que no había podido con ella. Aunque nunca vendiera otro cuadro, lo había conseguido.

Hugh se rio al verla tan contenta. Se abalanzó sobre él y le dio un apretado beso en la mejilla, que lo hizo ruborizarse como un niño. Cuando se separaron, el galerista rebuscó entre los papeles de su mesa. No levantó la cabeza hasta que hubo desaparecido el sonrojo, pero sus ojos brillantes delataban la emoción que sentía.

Le tendió un par de tarjetas a Evie y una hoja que había redactado con antelación.

Son las tarjetas de dos representantes artísticos. Me gustaría que los llamas. Sé que yo he hecho algunas tareas propias de un agente, pero necesitas a alguien que se ocupe de tu carrera y yo solo soy un viejo dinosaurio con una galería que sacar adelante. Esta siempre será tu casa y yo estaré orgulloso de considerarme tu amigo y que pasemos muchos buenos ratos juntos. Pero necesitas un profesional con contactos que entienda las nuevas formas de promoción y que sepa encauzar tu carrera y negociar en tu nombre.

Evie tomó las tarjetas y las guardó en el bolso.

—Les escribiré. Y voy a traerte el cuadro. Si aún lo quieres, claro.

Estaba derribando muchos muros. Tal vez había llegado el momento de tirarlos todos.

Hugh la estudió con atención. Ambos sabían a qué cuadro se refería.

—Por supuesto. Lo prepararé todo para que lo trasladen el lunes.

Al salir de la galería, su móvil vibró con la entrada de un mensaje.

### **James**

He convencido a Crenshaw para que me deje tocar de nuevo esta noche en el Sanctuary. ¿Te apetece pintarme?

No debería haberle confesado la noche que pasaron juntos que deseaba pintarlo mientras tocaba, porque le había dado una oportunidad para tentarla. Una chica más lista, que hubiera aprendido a no tropezar con la misma piedra, se habría negado. Pero ella nunca había demostrado ser demasiado inteligente cuando se trataba de James.

Y, por ese motivo, unas horas después estaba sentada en la misma mesa del Sanctuary que una semana atrás, con un cuaderno y un carboncillo en las manos, dibujando a un pianista enloquecedor que se inclinaba sobre las teclas con despreocupada intensidad.

No era suficiente, por supuesto.

Algún día tendría que trasladarlo a un lienzo y llenarlo de color, pero de momento bastaban aquellos bocetos de trazos enérgicos y sombreados expresivos para captar la esencia de James. No dejó de retocar los dibujos ni siquiera cuando él terminó su actuación, se sentó frente a ella y se bebió una cerveza sin quitarle los ojos de encima.

Cuando quedó satisfecha con el resultado, cerró el cuaderno y se limpió como pudo las manos con una toallita húmeda.

Saludó desde lejos a Martin, Cooper y Carl, que, después de la actuación, se habían acodado en la barra con una ronda de cervezas.

—¿Qué habéis tocado? —Quiso saber.

—«Hemos improvisado un poco. Creo que convenceré a Crenshaw para que nos deje volver la semana que viene».

—¿Ahora te vas a dedicar al jazz?

James cabeceó.

—«No lo sé, pero no tengo nada mejor que hacer y el jazz fue siempre mi primera opción antes de que Miles me arrastrara en su locura. ¿Quieres cenar conmigo mañana?».

Evie apartó el rostro y, durante unos instantes, contempló el ir y venir de los camareros. En el escenario, un grupo de jazz femenino preparaba sus instrumentos.

—¿Las conoces? —preguntó para ganar unos minutos.

James sonrió, como si entendiera que ella hubiera buscado una vía de escape.

—«Se llaman The Girls in the Band y rinden homenaje a las *big bands* de mujeres que hubo en los años 30 y 40 y que ya nadie recuerda —explicó—. Durante mucho tiempo, se ha creído que los grupos de jazz eran cosa de hombres, pero durante la Segunda Guerra Mundial las orquestas formadas solo por mujeres fueron muy populares. Tras la lucha, los hombres volvieron a casa y ellas cayeron en el olvido, igual que las mujeres que asumieron otros muchos trabajos durante la guerra y después no les permitieron seguir ejerciendo. Muchas dejaron su carrera musical y volvieron a ser amas de casa».

Un camarero retiró la copa vacía de Evie y ella rechazó tomar otra. Empezó a recoger los cuadernos.

—He vendido varios cuadros. Esta mañana he ido a la galería y había mucha gente. Hugh estaba exultante. Parece que al final la exposición no será un fracaso.

—¡Cuánto me alegro, Evie! Siempre supe que el mundo acabaría por reconocer tu talento —exclamó James con los ojos brillantes y sin utilizar

los signos. Luego pareció darse cuenta y volvió a comunicarse con las manos—. «He querido comprar alguno de tus cuadros, pero no creí que te pareciera bien después de cómo me comporté en la inauguración. ¿Te importaría que me quedara con alguno? Esos lienzos silenciosos tuyos consiguen darme paz cuando nada más lo hace».

Había cierta inusual timidez en sus gestos, que Evie contempló embelesada.

—No quiero que compres ninguno de mis cuadros, James. Escoge los que quieras de la galería o de mi taller y quédatelos. No quiero que vuelvas a pagar por ninguna de mis pinturas. —Se puso en pie y recogió su bolso—. ¿Me acompañas a casa? Podemos tomar una copa y me hablas de esos grupos de jazz de mujeres.

Aquella noche no hubo tiempo para hablar de música. James ni siquiera llegó a fijarse en el diminuto apartamento de Evie, atestado de libros, fotografías y cuadernos de dibujos. Empezaron a besarse en cuanto cruzaron la puerta y ya no dejaron de hacerlo durante mucho rato, hasta que agotados y satisfechos se quedaron dormidos envueltos en un abrazo apretado.

La noche siguiente Evie aceptó la invitación de James a cenar.

Los días se convirtieron en una espiral de momentos robados. James pasaba las mañanas practicando al piano y recorriendo tiendas de música para encontrar nuevos tesoros con los que completar su colección de vinilos. También ensayaba durante horas con Martin, Cooper y Carl, sus viejos compañeros de Juilliard con los que había recuperado el contacto y que lo habían acompañado en sus actuaciones en el club. Sacó a la luz las partituras que compuso durante años, impregnadas del recuerdo de Evie, y que habían dormido en un cajón mientras esperaban su momento. Aquellas melodías nunca encajaron con el estilo de *The Wave*, pero, tras algunos

arreglos, se ajustaron a la perfección al universo del jazz.

Algunas tardes se acercaba a la sala de ensayos para comprobar los progresos de Miles y Kaylee, salía a tomar una cerveza con Luke e incluso cenó una noche con Gerry y Andy, a los que no había visto en los últimos tiempos porque ambos estaban demasiado ocupados con la promoción de una nueva cantante. Gerry sonrió cuando James le comentó que estaba tocando en el Sanctuary para matar el rato y unos días después lo llamó para anunciar que le había conseguido un par de actuaciones en otros locales de jazz de la ciudad. También se ocupó de firmar con Martin, Cooper y Carl un contrato de colaboración que ellos, músicos nómadas que sobrevivían dando clases y con pequeñas actuaciones, contemplaron atónitos.

El resto de sus actividades dependía de los enloquecedores horarios de Evie. Nunca había conocido a nadie que trabajara tanto. Dormía aún menos que Miles y empezó a mandarle comida de forma obsesiva allá donde estuviera en cuanto comprobó que la mayoría de los días olvidaba almorzar o comía de pie cualquier cosa en algún puesto callejero. Temía irritarla; ella había sobrevivido sin ayuda de nadie durante los últimos cuatro años, pero Evie recibía su gesto con sorprendente ternura, como si entendiera la necesidad compulsiva que tenía James de cuidar de aquellos que le importaban. A fin de cuentas, había pasado la mitad de su vida adulta cuidando de su mejor amigo hasta que estuvo en condiciones de valerse por sí mismo.

Era una costumbre difícil de cambiar.

Algunas tardes Evie le permitía quedarse en el taller mientras pintaba. Le gustaba tumbarse en el desvencijado sofá con los auriculares puestos o con un libro en la mano mientras ella trabajaba en nuevos lienzos.

Y pasaban la mayoría de las noches juntos, compartiendo besos, caricias y confidencias.

Inmersos en aquel universo propio del que excluían al resto del mundo.

Sin embargo, no pudieron mantener el exterior lejos durante demasiado tiempo. Evie acabó confesándole a su prima que había vuelto a ver a James y él tuvo que afrontar una de las cenas más incómodas de su vida.

—No se te ocurra volver a hierirla —amenazó Caroline, que había pasado buena parte de la noche lanzándole miradas capaces de helar el Sáhara.

—Cariño, en realidad no es asunto nuestro —intervino Drew.

James estuvo a punto de reírse, porque su antiguo compañero de colegio le había hecho unas cuantas iracundas advertencias por teléfono. Había conseguido aplacarlo, pero Carol resultaba mucho más feroz que su prometido.

—No tendrás que advertirme de nuevo. Sé que hará falta tiempo para que confíes en mí. También Evie lo necesitará. Pero no volveré a destrozarnos de la manera en que lo hice.

Carol pareció satisfecha y, cuando Evie regresó del ropero con los abrigos de ambas, la abrazó con fuerza.

—No ha estado tan mal, ¿no crees? —preguntó Evie horas después. Estaban tumbados de lado sobre la cama, con la piel perlada de sudor, y él recorría su clavícula con caricias perezosas.

—«Hubo un momento en que creí que tu prima iba a arrancarme la cabeza, pero, superado ese momento, creo que ha ido bien».

Evie se rio por lo bajo.

—Alégrate de que Shanaya viva ahora en San Diego. Durante meses planeó un viaje a Portland con fines bastantes violentos.

James se estremeció. En el pasado coincidió alguna vez con ella y siempre le pareció una mujer a la que más valdría no tener de enemiga. Recordaba haberla visto entre los asistentes a la inauguración de Evie. Estaba seguro de que, si Drew no lo hubiera arrastrado fuera de la galería, la propia Shanaya lo habría hecho y le habría dado los merecidos puñetazos que jamás llegó a recibir.

—«Tienes mucha gente a la que le importas. Eso es bueno —dijo en

cambio—. Los amigos son importantes».

—Desde que... —Se calló indecisa y luego sacudió la cabeza—. Durante mucho tiempo no tuve amigos, solo a Caroline, pero vivía en otro estado y no nos veíamos más que en verano. Creo que no tuve amigos de verdad hasta que llegué a Haverhill. Estaba furiosa con mis padres cuando me mandaron al internado, aunque ahora sé que hicieron lo correcto.

James calló. Raras veces hablaba Evie sobre Haverhill. A la mayoría de la gente le gustaba hablar de los lugares donde habían sido felices, pero su novia guardaba con celo sus mejores recuerdos, convertidos en un lugar intocable de su interior, un refugio al que nadie más tenía acceso.

Así que permaneció en silencio mientras ella desgranaba anécdotas de su vida en el colegio, de sus compañeros y sus profesores.

Cuando terminó de hablar, James se tumbó de espaldas y se colocó las manos bajo la nuca. Pensó en lo diferentes que habían sido sus vidas y sus experiencias y que, sin embargo, se habían encontrado.

Notó la mirada cautelosa que le lanzó Evie y se incorporó.

—«No pasa nada. Solo estaba pensando en lo asombroso que es que tú y yo nos hayamos conocido».

—Supongo que, de algún modo, nuestras rarezas encajan.

—«No me gustan solo tus rarezas».

Evie acarició los pájaros que sobrevolaban su corazón.

—A mí también me gusta el resto de ti, James. Eres más que un tipo raro que escucha canciones dentro de su cabeza sin parar. Eres un hombre leal, generoso, honesto, perseverante, demasiado protector e impetuoso, aunque parece que con los años te has calmado un poco. Y me gusta todo lo que conozco de ti.

Era ridículo lo enamorado que estaba de aquella chica. Si no fuera sorda, podría escuchar el latido de su corazón disparándose cada vez que la miraba. En su cabeza empezó a sonar *Here Comes the Sun*, de Los Beatles, y se rio entre dientes.



La besó en el hombro para llamar su atención.

—«¿Qué haces en Acción de Gracias? ¿Irás a Vermont?».

—No creo. Iré a Bridgewater en navidades, así que ahora me quedaré aquí. De todas formas, mis padres pasarán la fiesta en Idaho con mi tía y su nuevo novio. Han planeado un viaje de esquí a Sun Valley y, aunque me encantaría ir, no puedo tomarme tantos días.

—«¿Cenarás entonces con Caroline?».

—¿A qué viene ese interés? No, Carol tiene guardia y Drew cenará con sus padres. Supongo que al final iré a casa de Hugh y Lincoln. Siempre invitan a varios amigos y seguro que cuentan conmigo.

James asintió pensativo.

—«O podrías cenar con mi familia. Será un infierno. Mi madre nos abrumará con comentarios hirientes, mis tíos nos mirarán por encima del hombro, el ambiente será de lo más estirado y el cocinero francés de mi madre cocinará un millón de platos que nadie tocará porque estaremos demasiado ocupados sorteando puñales».

—Vaya, James, un plan de lo más apetecible...

Él sonrió con tristeza.

—«Procuro saltarme todas las celebraciones familiares que puedo, pero mi padre ha muerto hace poco y no quiero dejar sola a mi madre ese día. Aunque sea una bruja y seguramente no quiera tenerme allí. Al menos, también estarán Ashton y su novia y, ahora que me llevo mejor con mi hermano, eso hará que la cena sea menos insoportable».

Evie alzó la mano y le acarició el rostro. Sus ojos oscuros brillaban con una luz cálida y a James se le paró el corazón durante uno o dos segundos.

—Eres un buen hombre, James Hathaway —musitó ella con voz grave antes de besarlo.

Pareció que iba a decir algo más, pero James le devolvió el beso y ambos se olvidaron de nuevo del mundo exterior.

## Capítulo 39

Los árboles desnudos de Central Park se elevaban desafiando al viento. El parte meteorológico había anunciado una posible nevada, aunque durante toda la mañana, pese al frío, el cielo se había mantenido despejado, luciendo un tono azulado casi primaveral. Solo poco después de mediodía el ambiente se había oscurecido y fuertes rachas de viento amenazaron la estabilidad de los viandantes. Evie echó un vistazo al imponente edificio de piedra en el que se había criado James y se arrebujó en su abrigo buscando algo de calor. Tragó saliva y quiso salir corriendo, pero un brazo cálido rodeó sus hombros y la empujó con suavidad hacia las escaleras de acceso. Echó a andar de forma mecánica y saludó al conserje con un movimiento de cabeza. Solo había estado en casa de los Hathaway cuando hizo el reportaje fotográfico y, en aquella ocasión, lo observó todo tras el escudo de su cámara de fotos.

Ya no estaba allí como profesional, sino como pareja de James, y hasta aquel momento no se había dado realmente cuenta de la gran diferencia económica que había entre ambos.

Sí, James era famoso y vivía en un buen barrio, en un apartamento que costaría más de lo que ella ganaría en toda su vida. Y, aun así, no resultaba intimidante.

Tampoco su forma de vida derrochaba lujo.

Pero aquella casa era diferente; se respiraba dinero viejo en cada habitación. Demasiado dinero expuesto en multitud de valiosos objetos y muebles que atestaban las estancias hasta el punto de dificultar el paso. También en los cuadros, tapices y espejos que cubrían las paredes casi por completo, de manera que apenas se podía adivinar el color del papel de la pared.

Demasiado dinero. Lo suficiente para abrumar a una chica sencilla de pueblo que vivía en Bushwick y se ganaba la vida pintando murales y fotografiando bodas.

James le acarició la barbilla para llamar su atención.

—«Yo también odio esta casa —signó—. Nunca la sentí como un hogar».

Quiso abrazarlo, pero él se tensó de repente. La señora Hathaway apareció en el marco de la puerta. Alta, elegante, imponente. Los examinó a ambos sin disimular su desagrado, a pesar de que James había optado por un aspecto discreto, sin anillos ni maquillaje. Incluso se había puesto traje y corbata. Evie se había comprado un bonito vestido, aunque, por supuesto, no tenía nada que ver con el sofisticado modelo que lucía la madre de James.

Él hizo las presentaciones combinando la lengua hablada y la de signos. Christine devolvió el saludo con educada frialdad y los hizo pasar a otro salón en el que aguardaba el resto de los invitados tomando cócteles. Durante un rato largo, James le presentó a tanta gente que Evie acabó mareada.

Demasiadas sonrisas falsas y miradas cargadas de intención cuando James les explicaba que era sorda y traducía los saludos en lengua de signos.

Nunca debió aceptar aquella invitación. Hubiera preferido cenar con Hugh y Lincoln. Al menos con sus amigos no añoraría tanto la fiesta en casa de sus padres.

Ashton y su novia llegaron unos minutos antes de que diera comienzo la

cena. A Evie le fascinaba el hermoso contraste entre el rubio y atlético concejal y la chica negra y corpulenta que él contemplaba con absoluta adoración.

—Rose me ha arrastrado como voluntario a un albergue de Harlem para ayudar a servir la cena —explicó Ashton después de los saludos. James tradujo la conversación a lengua de signos para Evie.

—Eso será bueno para tu campaña —aprobó la señora Hathaway.

Ashton esbozó una sonrisa ladeada. A Evie le pareció un hombre más relajado que la versión que había conocido en su despacho. Como si se hubiera quitado un peso de encima.

—No creo. Rose me ha encerrado en las cocinas a fregar platos para que no me reconociera nadie y apareciera en redes una foto que desvelara mi desinteresada labor. Dice que, en ese caso, hubiera dejado de ser desinteresada.

James no tradujo la respuesta de su madre, pero, por el rictus de la señora Hathaway, Evie intuyó que no entendía que Ashton hubiera desaprovechado la publicidad que habría conseguido. La gélida mirada que lanzó a Rose dejó bien claro su opinión sobre la prometida de su hijo menor.

La joven se estremeció nerviosa y se ajustó las gafas. Evie sintió una inmediata corriente de simpatía hacia ella. Hubiera querido decirle algo agradable que mitigara la fea sensación que había dejado la reacción de Christine, pero no se atrevió a mostrar tanta familiaridad con una chica que veía por segunda vez y con la que apenas había intercambiado un saludo.

Pasaron al comedor, donde los esperaba una mesa alargada cubierta con un mantel de delicados bordados, centros de flores frescas y una vajilla antigua de porcelana. James se sentó frente a ella y retiró un candelabro que se interponía entre ambos para que no entorpeciera la comunicación.

Iba a ser una cena muy larga, pensó Evie con desgana mientras se acomodaba.

Para su sorpresa, Rose y Ashton se sentaron en las dos sillas contiguas a

la suya, como dos centinelas protectores.

—«Siento haberte obligado a venir —signó James—. Podemos irnos si quieres».

Ella negó con la cabeza. Odiaría cada minuto de aquella cena, pero quería estar allí y apoyar a James. Demostrarle que su sordera no sería un impedimento para que contara con ella siempre que lo necesitara.

—No seré una compañía muy divertida durante la cena —advirtió a Rose y Ashton, y ambos asintieron, como si ya contaran con que ella se centraría en la comida y no les daría conversación.

Así lo hizo. Se limitó a picotear los refinados platos que sirvieron los camareros y a estudiar el semblante serio de James. No parecía que en la mesa se estuviera manteniendo una conversación agradable. Nadie discutía, pero flotaba en el ambiente una sensación helada que le hacía añorar la calidez de su hogar.

Algún día invitaría a James a celebrar Acción de Gracias en Bridgewater. No habría salsas de trufas ni verduras caramelizadas, solo el delicioso pavo de su madre, la salsa de arándanos de la tía Sandy, la animada conversación de Caroline, que siempre hacía reír a su padre... Le enseñaría su dormitorio, sus libros de niña y el banco junto a la ventana, que le había servido de refugio cuando lo había necesitado.

Aturdida, comprendió de repente que contemplaba un futuro con James que iba más allá de aquel reencuentro otoñal.

Trajeron el pavo más hermoso que Evie jamás había visto. Dorado y enorme, decorado con hierbas y granadas. Las relucientes semillas rojas invitaban a devorarlas una a una hasta anclarse para siempre en el Hades. ¿Servirían de reclamo para hombres llenos de música dispuestos a habitar en un mundo de silencio? Dos camareros cargaban la bandeja y la pasearon por la sala para que todos admirasen el ave. Luego lo depositaron sobre un aparador y se marcharon. Otros camareros volvieron con platos servidos de carne y Evie miró confusa el pavo intacto en un rincón del comedor.

—«Mi madre odia el pavo en Acción de Gracias —explicó James cuando logró captar su atención—. Le parece una vulgaridad, así que solo se cocina para exhibirlo porque la tradición exige que en cada casa se ase un pavo y en esta familia está prohibido romper las tradiciones, incluso aquellas que odiamos. Pero luego comemos cualquier otra carne que mi madre considere más refinada. Este año ha tocado faisán egipcio».

Evie se contuvo para no poner los ojos en blanco. A James le divertieron sus esfuerzos y estuvo tentada a arrojarle un trozo de pan.

El faisán debía de estar delicioso. La carne se deshacía en su boca, pero a ella le supo a cenizas y no podía dejar de mirar el enorme pavo, símbolo del derroche y la hipocresía de un mundo en el que jamás encajaría.

Se alegró de que James hubiera escapado de la vida que trataron de imponerle, porque de lo contrario jamás habría tenido la oportunidad de conocerlo y enamorarse de él dos veces.

De pronto, el ambiente cambió. Rose se tensó y Ashton se agitó con expresión molesta. James, que había palidecido, le dijo algo a su madre, pero un centro de flores le ocultaba a Evie el rostro de la anfitriona. Recorrió la mesa con la mirada sin entender qué estaba pasando. El resto de los comensales parecían divertidos con el espectáculo. A Evie le recordaron a una manada de hienas hambrientas.

Ashton arrojó la servilleta sobre la mesa y se puso en pie. James lo imitó. Parecía que la cena había acabado para ellos.

Ashton observó con curiosidad el piso de James. Nunca había estado en su casa y, aunque a veces había tratado de imaginar cómo sería el hogar de su excéntrico hermano mayor, nunca habría adivinado su aspecto.

Pocos y buenos muebles, cómodos y sencillos; una impresionante colección de música, muchos libros y un piano que se había quedado con la mejor habitación de la casa. Todo bastante normal, salvo aquellas pinturas

de las paredes que contempló absorto. Eran obra de Evie, aunque jamás habría imaginado que aquella chica oscura y de apariencia tranquila guardara tanta pasión en su interior. Ashton no entendía demasiado de arte, pero cada habitación de James le pareció un remolino de emociones y todas emanaban de sus muros.

Permaneció un buen rato en la sala de música. La lluvia de sus paredes, delicada y melancólica, casaba bien con su estado de ánimo.

Su padre había muerto. Aquel padre que él había adorado sin que en realidad lo mereciera.

Y, a pesar de la distancia de los últimos años y del golpe final en su testamento, él aún quería honrar su memoria, recordar lo mejor de aquel hombre que lo miraba con orgullo cuando cumplía sus expectativas.

Richard Hathaway habría esperado que sus hijos asistieran a la fiesta de Acción de Gracias para evitar murmuraciones con su ausencia. Era la única razón por la que había acudido a la cena, con la esperanza de que su reciente viudez hubiera descongelado un poco a su madre y, por una vez, permitiera a sus hijos demostrarle su apoyo.

Los brazos cálidos de Rose rodearon su cintura. Él se giró, hundiéndose el rostro en su cuello y aspiró su olor. Su padre habría odiado la vulnerabilidad que mostraba en ese momento, pero no le importó.

—Tenemos helado, galletas de chocolate y tequila —anunció James, dejándose caer en el sofá.

Ashton, aún con la nariz sumergida en el cuello de Rose, se rio. Su novia tembló un poco. Tenía un cuello muy sensible y a él le gustaba la forma en que se retorció cuando besaba su garganta. El roce de su aliento tenía el mismo efecto en ella, pero no era el momento adecuado para hacerla suspirar, así que, aunque reticente, se separó de Rose, depositó un beso suave en la comisura de su boca y, tomándola de la mano, la llevó hacia el sofá. James les indicó donde debían sentarse y comprendió que su única intención era que Evie pudiera verlos a todos desde el sillón en el que se

había acomodado.

—¿Tequila y galletas de chocolate? —preguntó cogiendo el cuenco de helado.

—Tal vez alguno quiera emborracharse para olvidar la cena de hoy —explicó James. La burla de su tono no logró ocultar la rabia.

Todos, menos Evie, sacudieron la cabeza. Ella contempló a James con ternura y Ashton reconoció en su mirada todo el amor que le profesaba.

—Supongo que ninguno querrá repetir la experiencia en Navidad —apuntó antes de meterse una cucharada en la boca.

En este caso, todas las cabezas, incluida la de Evie, a la que James traducía la conversación en lengua de signos, se movieron de izquierda a derecha.

—Aunque no deberíamos dejar sola a tu madre en Navidad. No parece correcto —musitó Rose.

Su prometida tenía un corazón grande y generoso, demasiado compasivo, incluso con aquellos que no lo merecían.

Él era una buena prueba de ello.

—Cariño, ha insinuado tres veces que tal vez preferirías cenar una ensalada.

Rose se ajustó las gafas y bajó la mirada al cuenco de helado que sostenía en sus manos. Ashton odió la sensación de culpa que flotó en su expresión. Si hubieran estado a solas, se la habría borrado a besos. Hubiera devorado cada gramo de su glorioso cuerpo para devolverle la confianza en su poderosa belleza.

—Me encantaría pintarte —intervino de pronto Evie.

Ashton estudió a la joven. No había un ápice de compasión en su rostro, sino que estudiaba a Rose con los ojos entornados, como si estuviera adentrándose en su interior, como si separara uno a uno los velos que la cubrían hasta llegar a su esencia.

—¿A mí? —La voz de Rose salió estrangulada—. ¿Por qué ibas a querer



pintarme?

—Estoy harta de pintar lo que hay dentro de mí y creo que necesito explorar el interior de otras personas. He empezado a pintar retratos. He terminado uno de mis padres y ahora estoy pintando a James. Creo que cuando termine con él, tú serías un maravilloso contraste. James es intenso e inestable y demasiado consciente de su propio talento. —James, fingiéndose ofendido, se llevó la mano al pecho de forma teatral—. Creo que me vendrá bien volcarme en colores más cálidos y serenos y en la fuerza de alguien que desconoce todo su potencial.

Solo su hermano podía haber encontrado una chica tan extraña como él, pensó Ashton, pero Rose sonreía y James parecía encantado con las rarezas de su novia.

—¿Y a mí no te gustaría pintarme? —preguntó.

Evie lo evaluó durante unos segundos.

—Tal vez dentro de unos años, cuando hayas terminado de descongelarte. Todos se rieron y James se inclinó para besar a su novia.

—No estás congelado —susurró Rose, y él agradeció sus palabras con un apretón de manos. Iba a casarse con esa chica e iba a protegerla de la maldad de Christine. No dejaría que sus crueles palabras volvieran a herirlos.

Toda la cena había sido incómoda, pero habría aguantado hasta el final porque era su deber. Los puñales volaban discretos y certeros, pues en aquella mesa se habían reunido la envidia, la soberbia, la hipocresía y la mezquindad. El testamento de su padre había abierto viejas heridas entre sus tíos, y Christine estaba dispuesta a demostrar que su poder dentro de la familia no había menguado pese a la ausencia del senador. Todos se despreciaban en aquel comedor y lamentó que Rose y Evie se hubieran visto envueltas en el fuego cruzado.

Pero el punto culminante lo alcanzó su madre cuando, tras dar un sorbo a su copa de vino, sonrió y dijo: «Hoy la oposición estaría muy orgullosa de

mi mesa. No podrían acusarnos de falta de diversidad, ¿verdad?».

No hizo falta que añadiera nada más. Sus palabras, cargadas de intención, sobrevolaron la mesa como pájaros oscuros y malignos. Solo cuando abandonaron el comedor y Ashton lanzó una última mirada a su madre, comprendió que, pese a su aspecto impecable, estaba algo ebria, y se prometió que jamás sometería a Rose a otra prueba como aquella. Pasarían las navidades en Providence, con los padres de Rose, sus ruidosos hermanos y aquella abuela suya que lo llamaba «chico blanco» mientras le pellizcaba las mejillas y le llenaba el plato de comida hasta límites inhumanos.

No había entendido de verdad qué era una familia hasta que conoció a los Porter. Ahora quería su propia familia con Rose y quería que James formara parte de su vida.

Observó con cariño a su hermano mayor. El pelo revuelto, la corbata floja, la brillante sonrisa. Un hombre valiente que nunca tuvo miedo de ser él mismo, a pesar de todo el dolor que le acarrearón sus decisiones.

Las chicas habían decidido ver una película tras descubrir que ambas compartían el gusto por el cine clásico y se trasladaron al salón. Eligieron *Arsénico por compasión*, Evie llevó cuencos con palomitas y James puso los subtítulos. Los cuatro se acomodaron en los sofás.

—Toco el jueves en el Sanctuary —anunció James— y el sábado siguiente en el Smoke. Tal vez a Rose y a ti os gustaría venir a alguna de mis actuaciones.

Ashton jamás había asistido a un concierto de su hermano.

—Nos encantaría —aseguró con voz estrangulada—. ¿Ahora tienes un grupo de jazz? —preguntó para enmascarar su repentina emoción.

—Eso parece —contestó James sin despegar los ojos de la pantalla.

## Capítulo 40

Tenía un grupo de jazz, aunque no entendía muy bien cómo había pasado. Un día estaba tocando, para pasar el rato, con Martin, Cooper y Carl, y, de repente, Gerry los había tomado en sus manos, les hizo firmar varios contratos, encontró un local de ensayo y organizó pequeñas actuaciones un par de veces a la semana sin salir del estado. Pero hasta que Ashton no lo expresó en voz alta, James no se dio cuenta de que había formado un grupo en tan solo unas semanas.

Hasta el momento lo había considerado una forma de matar el tiempo y de recuperar el contacto con sus compañeros de Juilliard.

Tenía que decírselo a Miles, porque su mejor amigo, inmerso en los ensayos con Kaylee, había estado desaparecido en los últimos tiempos. También tenía que decirle que tenía novia y que había estrechado la relación con su hermano.

Nunca le había ocultado nada a Miles y, de repente, su vida estaba llena de novedades que no había compartido con él.

Así que, cuando Miles le escribió para invitarlo a la grabación de los dos dúos que James compuso años atrás, le avisó que llevaría a alguien.

No contó con la mirada de horror de Evie cuando le dijo que quería que lo acompañara y el sinfín de excusas que rodaron por sus labios.

—«Tienes que venir. Tú formas parte de esas dos canciones» —insistió

hasta que ella accedió.

En el estudio de grabación, Evie lo observó todo con detenimiento, desde los anodinos cuadros de las paredes hasta las luces rojas sobre las puertas que indicaban que se estaba grabando y no se podía pasar. La recepcionista le indicó a qué sala debían dirigirse.

Luke charlaba con uno de los técnicos junto a la mesa de mezclas, y, al otro lado de la pecera, varios músicos afinaban sus instrumentos. No reconoció a ninguno de los músicos acompañantes. Miles y Kaylee habían apostado por un equipo nuevo que no tuviera nada que ver con The Wave ni con Purple Heart.

James palmeó la espalda de su compañero, que también estaba allí como invitado para asistir a la grabación. Le presentó a Evie y le explicó qué debía hacer para entenderse con ella, aunque él traduciría todo lo que pudiera en lengua de signos. Sin embargo, Luke era un tipo de pocas palabras y se limitó a levantar la barbilla a modo de reconocimiento.

Saludaron a la productora musical y a los técnicos de grabación, pero los tres estaban concentrados en sus tareas y, mediante signos, James le explicó a Evie qué funciones tenía cada uno.

—¿No han llegado los protagonistas? —preguntó extrañado. Miles era un desastre, pero Kaylee jamás llegaba tarde a ningún sitio y menos si se trataba de trabajo.

—Llegaron los primeros. Ahora están en una de las salas de al lado preparando la voz —contestó Maya, la productora, sin levantar la vista del papel que estaba leyendo.

Aguardaron callados, contemplando a los músicos, hasta que Miles y Kaylee irrumpieron en la sala. Maya los arrastró a sus micrófonos y empezó a dar indicaciones.

Se hizo el silencio. Los músicos se colocaron los auriculares, la productora cerró la puerta de la pecera, dejando al grupo aislado tras el cristal, y los técnicos pusieron en marcha los equipos.

—Grabaremos una toma inicial con todos juntos para que se tomen el pulso y luego ya vamos pista a pista —explicó como si los allí presentes no tuvieran ni idea de cómo se grababa un disco. Luke la miró de reojo con aire socarrón y James aguantó la risa.

El teclado arrancó con las primeras notas de *Broken Soul* y la mente de James se trasladó de inmediato a la noche que la compuso, después de una pelea con Evie. Era un recuerdo amargo que despertaba partes rotas de su alma. Había conseguido reparar algunas y había aprendido a convivir con otras. No era un mal balance.

La voz de Miles, atormentada y oscura, arañó el aire. Tuvo la sensación de que todos se adentraban en un mundo aterrador hasta que la luminosa voz de Kaylee se adueñó de la escena para contrarrestar su desolación. Cuando cantaban juntos, Miles y Kaylee resultaban arrolladores. Dos voces magnéticas, en perfecto contraste, que bailaban una danza envolvente capaz de cautivar a su audiencia más reacia. Incluso James, que estaba acostumbrado a sus voces, se sintió tan sobrecogido como la primera vez que los escuchó.

Aferró la mano de Evie y la apretó con fuerza.

La canción terminó. Todos aplaudieron eufóricos hasta que la productora puso orden. James explicó a Evie los siguientes pasos:

—«Ahora grabarán los instrumentos por separado. Empezarán por la batería y seguirán con el resto, uno a uno. Lo último que se grabarán serán las voces».

—«¿No se graba todo a la vez?».

—«No. Luego los técnicos editan las pistas y las mezclan».

—¿Qué te ha parecido? —interrumpió Miles. Le dio un golpe amistoso en la espalda y sus ojos verdes, iracundos y altaneros, se concentraron en Evie—. Así que esta es la artista torturada que no conseguías olvidar.

—No te pases.

No le había hablado a Miles de Evie hasta el día anterior, cuando le dijo

que la llevaría a la grabación. Le había dado algunas explicaciones vagas, pero Miles lo conocía demasiado bien y había sabido conectar los puntos que llevaban a los murales de su piso.

Evie no pareció darse cuenta de la hostilidad del cantante. Aguantó sin una protesta las siguientes dos horas mientras grababan algunas pistas, aunque debía ser aburrido para ella. Sentada en un sofá, sacó un cuaderno y dibujó a los músicos, los instrumentos y hasta a los técnicos. Kaylee se sentó con ella unos minutos y admiró su trabajo. También Luke le hizo compañía y ambos parecieron encontrarse cómodos juntos, en silencio.

Solo Miles se mantuvo al margen. Fingía ignorarla, pero de vez en cuando se le escapaban miradas airadas en su dirección. James tuvo que aguantar las ganas de pegarle un puñetazo a su mejor amigo.

Este siempre había sido un imbécil y él lo sabía mejor que nadie. Pero no quería estropear la grabación ni incomodar a Evie, que permanecía ajena a la animadversión que había despertado en el cantante.

Durante el descanso, Miles y algunos músicos se fueron a tomar un café. Evie le contó a Luke que volvió a sentir la música en Haverhill, cuando un profesor se empeñó en que tocara un tambor, y él la arrastró hasta la batería. Se sentó detrás de ella y le enseñó algunos movimientos rítmicos. La risa de Evie, oscura y profunda, resonó en el estudio. Desde la sala de control, James la contempló embelesado a través del cristal.

Miles, ya de vuelta, se situó a su lado y contempló la escena con el cuerpo tenso. James deseó que acabara la grabación para preguntarle a su mejor amigo por qué estaba tan disgustado con Evie.

Grabaron más pistas. Alguien trajo bocadillos y refrescos que se comieron mientras discutían sobre las posibilidades del teclado. Por fin, Miles y Kaylee grabaron varias tomas con sus voces.

Una y otra vez, porque el cantante no quedaba satisfecho con el resultado. La productora parecía a punto de asesinarlo, pero James, que había grabado con él ya cuatro discos, sabía bien de qué pie cojeaba Miles

Baker.

Odiaba la grabación multipista.

—No queda natural —gruñía cada vez que terminaban una toma.

—Lo arreglaremos después, durante la fase de edición. Quedará perfecto.

—¡No lo quiero perfecto! ¡La música no tiene que ser perfecta, tiene que estar viva! Y para que esté viva tenemos que cantar a la vez.

—Esto ya no funciona así y lo sabes, Miles. ¡Te has quedado atascado en los años cincuenta!

—Solo sé que Kaylee y yo sonamos mejor cuando cantamos juntos. Nos transmitimos emociones el uno al otro. Es ridículo que grabemos por separado.

Perdió, claro. Nadie, ni siquiera James, compraba sus argumentos, y la propia Kaylee consideraba poco profesional la pérdida de calidad que supondría la grabación en una única pista.

—Prefiero grabar con una orquesta sinfónica al completo que con tu amigo —gruñó Maya cuando horas después dieron por terminada la sesión. James ahogó una carcajada.

Los músicos se despidieron mientras los técnicos comprobaban las grabaciones. Miles, inclinado sobre la mesa, discutía con ellos en voz baja.

—Estoy muerta de hambre. ¿Alguien más se comería tres hamburguesas? —Kaylee realizó varios estiramientos de cuello para liberarse del agarrotamiento—. Vamos a cenar algo, Miles. Luego puedes volver al estudio y enloquecer a Maya y a Paul. Voy a por los abrigo.

James se rio. Miles era obsesivo en la fase de producción y se sentaría con los técnicos a escuchar la grabación tres docenas de veces para pulirla. No saldría del estudio en horas, pero, por suerte, siempre había alguien (Kaylee, Gerry, el propio James) para recordarle que debía parar y comer algo. Tradujo en lengua de signos la propuesta de Kaylee y Evie asintió encantada. Quiso abrazarla y besarla. Se había comportado de forma maravillosa. Habían dedicado todo el día a una actividad musical en la que

había sido imposible que ella participara, pero había permanecido a su lado.

La contempló fascinado hasta que una sombra cayó sobre ellos.

Miles se inclinó hacia Evie y se señaló la boca.

—¿Es cierto que puedes leerme los labios? ¿Me entiendes?

Evie asintió.

El cuerpo de Miles mostraba una falsa relajación; en realidad, de él emanaba cierta oscuridad que James no percibía desde años atrás.

—Miles... —le advirtió, pero su amigo lo ignoró.

—Me mudo a Portland y James vendrá conmigo. Otra vez.

—¡Miles! —James lo golpeó en el hombro—. ¿Qué estás diciendo, hombre?

Evie retrocedió un par de pasos, como si necesitara tomar distancia.

—Te lo dije en el despacho de Gerry. Te propuse que te mudaras a Portland con nosotros y dijiste que lo pensarías.

—Yo no dije nada —siseó James furioso y se volvió hacia Evie—. «No me voy a Portland ni a ningún lado. Estoy aquí, contigo».

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kaylee, que regresaba con su abrigo y el de Miles.

Ninguno contestó.

—«Tengo que irme» —signó Evie. Recogió con rapidez su bolso y su abrigo y se dirigió hacia la salida.

James la siguió a la calle. Se había dejado el abrigo dentro y el frío cortó su piel. Bajo la última luz de la tarde, caía una ligera aguanieve que no llegaba a cuajar. Los pequeños copos se disolvían en cuanto entraban en contacto con otro cuerpo.

Adelantó a Evie y se colocó frente a ella, obligándola a detenerse. Evie terminó de abrocharse el abrigo y se anudó con gracia la bufanda. En todo momento mantuvo la vista desviada para bloquear cualquier tipo de comunicación. Desesperado, la cogió de la barbilla, pero no forzó que girara la cabeza. Solo pretendía indicarle que quería hablar con ella.



Los copos de aguanieve se deshacían con suavidad al rozar sus mejillas sonrojadas por el frío y el viento agitaba las ondas salvajes de su cabello. James soltó su mandíbula y guardó las manos en los bolsillos. Temblaba de frío, pero no pensaba marcharse.

Al fin, Evie alzó la cabeza. Sombras oscuras aleteaban en sus ojos.

Miles había tocado la tecla adecuada. Había agitado el único fantasma que podría destruirlos.

—«No tengo intención de mudarme a Portland» —insistió, dispuesto a repetirlo una y otra vez hasta que ella lo creyera.

—«Necesito irme, James. ¿Podemos hablar después?».

Le costó hacerse a un lado. Quería abrazarla y no soltarla nunca. Decirle que la amaba, que no iba a abandonarla de nuevo, que esta vez la elegiría a ella por encima de todo lo demás, incluso por encima de la música, aunque había aprendido que no era necesario que eligiera. Que podía tenerlo todo.

Le aterró la posibilidad de que no le permitiera demostrárselo. Que, tal como hizo en el pasado, ella cerrara las puertas de su interior y arrojara las llaves al mar. ¿Si la dejaba ir, volvería a él?

Con solo dos pasos desbloqueó el camino y la vio alejarse por la acera embarrada. Sus rizos oscuros flotaban en el aire, bajo los copos grises de aguanieve.

Miles, Luke y Kaylee lo esperaban en el vestíbulo. Kaylee le tendió su abrigo y se lo puso con movimientos bruscos sin dejar de mirar a Miles con rabia. Su mejor amigo tenía las manos guardadas en los bolsillos y contemplaba con gesto obstinado el dibujo de las baldosas del suelo.

—¿Por qué has hecho algo así? ¿Cómo se te ha ocurrido decirle eso a Evie?

—Creo que es mejor que os dejemos a solas. ¿Evie está bien? —preguntó Kaylee con tono compasivo.

—No, no está bien. Pero ahora mismo necesita espacio.

—Lo siento mucho, James. Si hay algo que pueda hacer... —James se encogió de hombros y Kaylee se volvió hacia Miles. Su semblante se endureció antes de hablar—. Te espero en casa.

Miles alzó la cabeza y la observó con gesto contrito, aunque no tuvo ningún efecto en su novia. Kaylee tiró de la manga de Luke y lo arrastró a la calle.

—¿Hay alguna hamburguesería cerca? —preguntó al portero antes de abandonar el edificio.

James se puso la bufanda.

—Eres un cabrón. Hemos discutido muchas veces, nos hemos peleado y nos hemos dicho cosas imperdonables que al final hemos perdonado. Pero nunca habías sido cruel.

—No pretendía ser cruel.

—Entonces, ¿qué pretendías?

Miles no contestó; y James, cansado de esperar una respuesta, salió a la calle. Había oscurecido y la aguanieve se había convertido en una lluvia ligera, casi imperceptible. Caminó con paso decidido. Las ramas desnudas de los árboles habían sido vestidas con luces navideñas y también los escaparates de las tiendas mostraban decoraciones festivas que no casaban con su estado de ánimo, así que se alejó de las calles más comerciales. Escuchó detrás de él los pasos de Miles, que trataba de ponerse a su altura. Lo alcanzó y ambos callejearon en silencio durante un rato largo.

Sortearon charcos, bolsas de basura, andamios de edificios en obras, gente con demasiada prisa y vagabundos que empujaban, con paso lento, carritos de supermercado cubiertos con mantas y plásticos.

Una pareja discutía a gritos y sus voces se extendían por toda la calle.

—Odias esta ciudad —dijo al fin Miles—. Siempre has dicho que querías marcharte de aquí.

—No la odio por esto. —James señaló las pintadas obscenas que cubrían

la pared de un edificio mientras ignoraba a un grupo de adolescentes ruidosos que parecían reírse de ellos—. Y sabes que eso no es excusa para que te hayas portado como un imbécil con Evie. Es mi novia. Creí que respetarías eso.

El paseo había apaciguado su ánimo, pero recordó la expresión temerosa de Evie y tensó la mandíbula.

—Eres mi familia. Kaylee y tú sois todo lo que tengo. —La voz de Miles sonó quebrada. Como si le costara empujar las palabras a través de la garganta.

—¡Eres increíble! He estado a tu lado siempre, desde que éramos unos críos. Te he apoyado en los peores momentos. Pero no has dudado en intentar destruir una relación que es importante para mí. A veces olvido lo egoísta que puedes llegar a ser.

—Tienes razón, ¿vale? Lo siento. Me disculparé con tu chica. Es solo que no puedo concebir la idea de que vivamos a miles de millas.

—Tú eres el que ha decidido mudarse.

—Hace un año te habrías trasladado con nosotros sin dudarlo.

—Hace un año no tenía motivos para quedarme aquí. Y Evie es el principal motivo, pero no el único. —Tomó aire. Se habían detenido frente al escaparate de una librería de segunda mano y el cristal les devolvió su imagen: James, con su abrigo de lana rojo y el pelo rubio revuelto; Miles, vestido de negro, con barba de dos días. Ambos parecían exhaustos—. Desde la lectura del testamento de mi padre, he empezado a tener contacto con mi hermano. Es como si hubiéramos roto una barrera y, aunque vamos poco a poco, estamos reconstruyendo nuestra relación. No sé si seremos capaces de superar tantos años de distanciamiento, pero quiero intentarlo. Es mi hermano y, ahora que no está bajo el control de mi padre, parece un buen tío. Al menos, mejor de lo que creía.

»Y he vuelto a tocar jazz. Estoy actuando en clubs y no sé cómo ha pasado, pero creo que tengo un grupo. ¿Te acuerdas de Martin, Cooper y

Carl, de Juilliard? Estamos tocando juntos y, aunque de momento todo está siendo demasiado improvisado, es divertido y me gustaría saber a dónde nos lleva.

Un largo silencio siguió a sus palabras. La expresión inescrutable de Miles lo puso nervioso y se dio la vuelta. La llovizna se había detenido. Las luces de las farolas se derramaban sobre la calle, cubriéndola con una manta blanquecina.

Un perro ladró a lo lejos.

—Así que ya no nos necesitas a The Wave ni a mí —dijo al fin Miles sin girarse—. Tienes a tu hermano de sangre y un nuevo grupo. Dieciocho años de amistad y una carrera profesional tirados por la borda en cuestión de semanas.

—No digas tonterías. No os estoy sustituyendo ni estoy tirando nada por la borda. Solo me estoy abriendo a nuevas posibilidades, exactamente igual que estás haciendo tú.

Miles se movió hasta quedar frente a él. Sus turbulentos ojos verdes llameaban.

—¡Tienes un grupo nuevo! ¡Un grupo de jazz! Siempre quisiste tocar jazz. No me digas que estás probando algo nuevo. Le estás dando la espalda a The Wave.

—¿Que yo le estoy dando la espalda al grupo? ¡Fuiste tú el que decidió que nos separáramos! Me he tirado los últimos años luchando para mantenernos en pie. He peleado contra todo el mundo, sobre todo contra ti. Y ahora solo me estoy adaptando a las circunstancias, pero no me digas que he tirado la toalla. Nadie ha luchado por The Wave como lo he hecho yo. ¡Nadie!

—¡Es solo una parada temporal! No estoy abandonando al grupo. Creí que había quedado claro. Mi intención siempre fue volver.

—¿Y qué hago yo mientras tanto? ¿Me quedo sentado en casa, esperando durante uno o dos años a que termines de cumplir tu sueño de actuar con

Kaylee? ¿No tengo derecho a poner en marcha mis propios proyectos, de retomar un sueño antiguo y darle una segunda oportunidad? ¿No puedo enamorarme y construir una vida con la chica que quiero, igual que vas a hacer tú? ¿Estoy condenado a ser siempre tu sombra?

Miles dio un respingo. Parpadeó aturdido y se pasó la mano por el pelo.

—No, claro que no. Yo... —Sacudió la cabeza varias veces—. Soy un capullo, ¿verdad?

—Pues la verdad es que sí.

—No eres mi sombra.

—A veces lo parece. Todo gira siempre a tu alrededor, y la mayoría de las veces no me importa. Pero creo que ha llegado el momento de colocarme en el centro del escenario. —Se frotó la nariz. La tenía fría y la calidez de su mano lo hizo sentirse mejor—. Y no creo que a ti y a mí nos venga mal poner un poco de distancia. Siempre hemos dependido demasiado el uno del otro. Quizá ha llegado el momento de demostrar que somos capaces de movernos sin muletas.

—Suena como si estuvieras rompiendo conmigo. —Miles esbozó una sonrisa triste.

—No estamos rompiendo nada. Es solo que la vida nos lleva ahora por distintos caminos y debemos recorrerlos. Pero sigues siendo mi mejor amigo. Espero que en Portland tengas una habitación para mí para que pueda visitaros a menudo y que vengas a verme actuar alguna noche. Y tendrás que disculparte con Evie. Le debes una explicación enorme.

Las mejillas de Miles enrojecieron.

—Lo he pagado con ella. En cuanto os he visto juntos, he sabido que ibas a anteponerla a todo y he tenido un ataque de pánico. No sé si llegará a perdonarme alguna vez, pero lo intentaré. ¿Estaba muy enfadada?

—Estaba asustada.

—¿Quieres ir a verla?

—No. Le escribiré un mensaje dentro de un rato, pero es mejor que esta

noche la deje tranquila. Estará pintando en su taller. ¿Tienes hambre? Me vendrían bien esas tres hamburguesas de las que ha hablado Kaylee.

—Vamos. Yo invito.

Con las espaldas más ligeras, retomaron el camino.

*OceanofPDF.com*

## Capítulo 41

Aquella noche, el público del Sanctuary no se salvaría. James había contagiado de melancolía a sus compañeros y la música se adentraba en caminos nevados cubiertos por sombras azules. Las armonías se deslizaban con dolorosa suavidad hacia un precipicio que no lograrían sortear.

Cuando tocaba jazz, James se sentía como un explorador. El piano avanzaba por nuevos senderos que él mismo creaba y arrastraba detrás de él a un público atónito que nunca sabía qué esperar del impredecible laberinto que los obligaba a recorrer. Una música en constante cambio que se reinventaba cada noche. No importaba que los cuatro músicos partieran de un tema concreto, ensayado hasta la saciedad. Las emociones siempre tomaban el control y llevaban la melodía por sendas únicas a las que jamás podrían volver.

En cada actuación, los cuatro músicos creaban una magia distinta con un único objetivo: llegar a un lugar al que no alcanzaban las palabras, solo los sentimientos.

No había nada más hermoso ni más desgarrador.

El piano patinó sobre el grueso manto blanco que recorría aquella noche, un desierto de nieve plagado de trampas imposibles de esquivar.

Evie no había contestado a ninguno de sus mensajes y empezaba a temer que sus miedos hubieran ganado la batalla. Tal vez la herida que le infligió

en el pasado era tan profunda que no habría manera de curarla. Habrían perdido su segunda oportunidad, que quedaría reducida a un otoño en Nueva York. Serían, para siempre, dos soñadores con las manos vacías que suspirarían por tierras inalcanzables.

El contrabajo de Cooper le tendió una cuerda, apenas un puñado de notas que, si las aceptaba, cambiarían el tono de la melodía. Si las agarraba, evitaría despeñarse. Si las atrapaba, el público del Sanctuary se salvaría y saldría del concierto con los huesos intactos. Pero James no se sentía magnánimo aquella noche. Solo quería exorcizar sus demonios, que la música lo llevara a ese futuro sin Evie, un lugar solitario y gris en el que un músico excéntrico se destruiría sobre el escenario cada noche de su vida hasta romperse del todo.

Su mirada se cruzó con la de Coop que, con gesto resignado, aceptó lo inevitable y todos, los tres músicos y el público, se precipitaron con él al vacío.

Cuando la última nota vibró en el aire, el pianista se levantó de golpe, recorrió el escenario con largas zancadas y atrás quedaron, relegados, una audiencia entusiasmada y tres músicos dispuestos a ofrecer los saludos y agradecimientos que la nueva estrella del jazz había olvidado por primera y única vez en su vida.

Ni siquiera recordó coger el abrigo y, cuando por fin encontró un taxi, tiritaba de forma tan alarmante que el conductor subió la calefacción del vehículo sin que él lo pidiera.

Su instinto lo llevó al taller de Evie. Ella podía estar en cualquier parte: en su apartamento, cenando con Hugh y Lincoln o tomando una cerveza con su prima, pero, si conocía bien a su chica, se habría encerrado con sus miedos y sus pinturas a lamer sus heridas y reconstruir sus muros.

No iba a permitirlo. No iba a permitir que ambos se condenaran a ese futuro que le había dejado explorar la música.

No iba a ser de nuevo el chico parado en la acera de enfrente que no se



sentía digno de llamar a su puerta.

El vehículo se detuvo y James rebuscó en sus bolsillos vacíos. También se había dejado la cartera y el móvil en el Sanctuary.

—Espere un momento aquí —pidió al taxista, y se bajó del coche antes de que el conductor pudiera protestar.

Llamó al timbre de luz. Al cabo de unos segundos, la puerta roja se abrió y ante él apareció el rostro exhausto de Evie.

—¿Qué haces aquí? ¿No tocabas hoy en el Sanctuary?

—«Antes de nada, necesito que me prestes dinero. He salido sin la cartera y no puedo pagar el taxi».

Ella lo contempló atónita, pero asintió y se dio la vuelta. Regresó con el bolso en las manos y se dirigió al coche para pagar al conductor a través de la ventanilla. James se dio cuenta de que se había puesto unas deportivas antes de salir, aunque no se había atado los cordones.

La siguió hasta el interior del taller. Ella volvió a quitarse las zapatillas.

—Estás congelado, James. ¿Tampoco has cogido el abrigo?

Él quiso decir algo, pero sus dientes entrechocaban impidiéndole hablar, así que se acercó a la estufa eléctrica que caldeaba la sala y extendió las manos. Evie cogió una manta del sofá y se la echó sobre los hombros. James se dio cuenta de que el viejo mueble había sido sustituido por uno nuevo, más amplio y cómodo, y que sobre él estaban extendidas un juego de sábanas. También había un par de cajas de un restaurante tailandés en el suelo. Los caballetes estaban llenos de pinturas silenciosas, todas inacabadas, como si la torturada artista no lograra encontrar la paz que buscaba a través de sus cuadros. Sobre la mesa de trabajo, se encontraban diseminadas docenas de estudios a carboncillo. Aquí y allá veía destellos de sí mismo: sus manos, sus ojos, la curva de su espalda inclinada sobre el piano, su frente arrugada, el cabello alborotado...

Decidido, arrojó la manta al suelo y se acercó a Evie, cuya expresión era incapaz de leer.

—«No me voy a Portland. No me voy a ningún lado».

—Lo sé. Has repetido lo mismo en tus mensajes una y otra vez durante días.

—«Pero no me crees».

—Creo que piensas que es verdad. —Evie se retorció las manos—. Pero tienes una naturaleza impulsiva, amas la música por encima de todas las cosas y eres un amigo leal. Y es maravilloso que seas así, no te querría de ninguna otra forma, pero no quiero acabar destrozada otra vez.

—«No confías en mí, pero sí en la palabra de Miles, un imbécil al que acabas de conocer y que te ha manipulado con una mentira».

—No tiene nada que ver con Miles. Él ya se ha disculpado y me ha dado todas las explicaciones necesarias.

—«¿Miles se ha disculpado?».

—Me ha escrito una carta. La encontré en el suelo hace un par de días. La habían echado por debajo de la puerta.

—«¿Miles te ha escrito una carta? ¿Cómo ha sabido tu dirección? ¿Puedo verla?».

—Le pidió a Drew mis señas y no, no puedes leerla.

Evie echó una ojeada hacia la mesa y James siguió su mirada hasta descubrir unas páginas con la inconfundible letra nerviosa de su mejor amigo. Sin pensarlo, se dirigió hacia ella, pero Evie fue más rápida y se le adelantó. Le quitó las hojas cuando estaba a punto de cogerlas y las guardó con brusquedad en un cajón.

—¿Qué haces? No puedes leerla. Es privado. —Tenía las mejillas arreboladas y sus ojos brillaban de indignación.

—«Si ha sido sincero, ya sabes que yo decía la verdad. Que jamás tuve intención de mudarme a Portland con él. —Evie asintió—. ¿Entonces por qué me estás castigando?».

—No te estoy castigando.

Quiso bramar de desesperación. Caer de rodillas para suplicarle que no

cerrara la puerta. Abrazarla y borrarle a besos la desconfianza.

—«Píntame» —pidió en cambio.

—¿Cómo?

—«Píntame ahora. Llevas semanas dibujándome, llenando cientos de cuartillas con versiones de mí. Si esta relación se acaba aquí y ahora porque eres incapaz de confiar en mí, quiero posar para ti y que me pintes. Necesitarás un cierre y voy a dártelo. Así que píntame, sácame de tu sistema de una vez por todas de la forma en que sabes hacerlo».

—Iba a pintarte tocando el piano.

—«Pues hazlo».

—Aquí no hay ningún piano, James. No puedes tocar.

—«¿Quién dice eso?».

Se dirigió a la mesa alargada y empezó a quitar todo lo que había encima y a colocarlo de cualquier manera en las estanterías. Todos los botes, pinturas, trapos, bocetos... Cuando la hubo vaciado, arrastró la mesa hasta colocarla en una posición cómoda y puso delante un taburete.

Evie pareció entender por fin lo que él pretendía. Sin decir nada, movió un caballete, puso sobre él un lienzo en blanco y preparó los pigmentos que iba a utilizar.

James se sentó en el taburete y colocó las manos como si fuera a tocar el piano. Las yemas de sus dedos se posaron sobre la madera.

—¿Entonces vas a fingir que tocas el piano? —preguntó Evie confusa mientras trazaba con suavidad en la tela algunas líneas con un carboncillo para que le sirvieran de guía.

James se incorporó para poder signar.

—«No digas eso, Evie. Yo nunca finjo con la música. Voy a tocar para ti. Para la mujer de la que me he enamorado y que no quiero perder. Con la que quiero construir un futuro y a la que añoraré por el resto de mi vida si no me deja quedarme a su lado. Un último concierto para ti, con todas las músicas que han sonado dentro de mi cabeza durante el tiempo que hemos

estado juntos».

Evie tragó saliva, asintió y cogió los pinceles. James volvió a su posición y dejó que los dedos se deslizaran sobre la mesa mientras tocaba los primeros compases de *Waves*, de Luna Shadows, la canción que sonó años atrás en una discoteca cuando una bailarina solitaria le devolvió la música y llenó su mundo de color.

Tanto azul... Evie observó el cuadro. Sobre el lienzo destellaban todos los colores del universo reunidos en una sinfonía que abarcaba la plenitud de emociones que había vivido junto a James. Pero sobre todo dominaba el azul. Ese azul que tenía el matiz exacto de sus ojos, y ella quiso sumergirse en el lienzo, ahogarse para siempre en aquel azul refrescante e hipnótico que la atrapaba sin remedio.

Llevaba horas pintando, embebida en un frenesí creador, con la adrenalina corriendo por sus venas, ajena a todo lo demás. Durante todo el tiempo, James había tocado sobre su mesa de trabajo como si realmente lo estuviera haciendo en el piano. No había fingido en absoluto. Ella sabía que su taller se había llenado de música, que durante horas James había desgranado melodías oscuras, tiernas, melancólicas, apasionadas. Había sentido la música y, con ella, cada momento de su historia. James había llenado la estancia de canciones mudas y juntos recorrieron cada capítulo de su relación, los momentos brillantes y los más dolorosos.

Él había dicho que quería darle un cierre, pero había mentido.

Y no le importó.

Dio un último toque de color y dejó caer los pinceles al suelo.

Se acercó a James. Debía estar exhausto, pero sus dedos se movían con rapidez sobre las teclas imaginarias creando un universo radiante que la arrastraba hacia él, hacia ese futuro que podían construir juntos si ella se atrevía a poner las manos en el fuego.

Podría vivir sin él, ya lo había hecho antes.

Podría salir adelante sin James a su lado.

—¿Qué estás tocando?

Él no pareció escucharla. Sus dedos ágiles, desnudos de anillos, saltaban veloces prometiendo un futuro lleno de posibilidades, devorando sus dudas y sus temores.

James se inclinó un poco más sobre la mesa. Tenía los ojos cerrados y la expresión intensa.

Evie puso su mano sobre la de él, deteniendo la música que sonaba en sus cabezas. James alzó el rostro, aturdido. Tenía los ojos velados, enmarcados por profundas ojeras, pero el anhelo de su mirada era inconfundible.

Hundió los dedos en los rubios cabellos alborotados y los movió con delicadeza. Él tragó saliva y se puso en pie muy despacio. Acarició su rostro con tanta veneración que ella estuvo a punto de romper a llorar.

Posó la mano sobre el pecho de James y sintió su corazón palpitando enloquecido.

Se dio cuenta entonces de que sus manos estaban dejando un rastro de pintura azul allá por donde pasaban. A él no pareció importarle.

—No pretendías darme un cierre —lo acusó, pero una pequeña sonrisa restó severidad a sus palabras.

James negó con la cabeza y la besó con dulzura.

Podía sentir su contención y quiso romper las cadenas, desatar toda la impetuosidad que él llevaba dentro, permitir que la arrastrara a ese universo extravagante en el que solo había espacio para ellos dos.

Así que se colocó a su espalda, le tapó los ojos y lo guio con torpeza hasta situarlo frente al lienzo que acababa de pintar. Lo soltó y, durante un rato largo, él permaneció en silencio contemplando su cuadro. Cuando se giró, el triunfo destellaba en sus ojos azules y ella tuvo que ahogar una carcajada feliz, porque nadie podía leer sus cuadros como él lo hacía.

—«Suenan todas nuestras canciones a la vez. Es el caos más hermoso

que he escuchado nunca».

La agarró de la nuca y la atrajo hacia él para devorarla con un beso salvaje, lleno de promesas. Ella quiso decirle que lo amaba, aunque nunca se había atrevido a reconocerlo en voz alta; que quería volver a bailar con él y pintar una nueva sinfonía en el pasillo de su piso. Quiso decirle que estaba dispuesta a ser valiente, a sortear todos los obstáculos que aparecieran en el camino. Que le permitiría derribar los muros que había construido durante años.

Pero se lo diría después. Cuando ninguno tuviera los sentidos aturdidos por el cansancio y el deseo. Cuando el silencio los envolviera y ellos pudieran empezar a construir ese futuro con el que por fin Evie se permitía soñar.

## Epílogo

Al igual que el resto de sus compañeros, Evie alzó las manos y las agitó cuando el profesor dio por terminada la sesión. Todos jadeaban con una gran sonrisa en el rostro. El taller de hiphop estaba siendo la actividad de mayor éxito de la asociación.

—«¿Vamos a tomar algo, ¿no? Hoy Zoey duerme en casa de su padre y quiero divertirme» —signó Tracy, su nueva amiga en Portland. Unos meses atrás, una asociación local para personas sordas propuso a Evie que mostrara algunos de sus cuadros en la sala de exposiciones. Así había conocido a Tracy Leigh, que trabajaba como organizadora de las actividades socioculturales del centro. Conectó con ella desde el principio y se habían hecho buenas amigas. De su mano, había retomado el contacto con la comunidad sorda, que ya no era el refugio en el que se escondía del mundo exterior. Había llegado al final de un largo viaje de aceptación y había encontrado su sitio dentro de la comunidad y fuera de ella.

—«Hoy no puedo. James vuelve de su viaje a la costa este y tengo muchas ganas de verlo».

Tracy y otros compañeros hicieron gestos de comprensión, aunque lamentaron que Evie se perdiera la cita de los jueves.

Se cambió con rapidez y, con la mochila al hombro, quitó la cadena a su bicicleta y se deslizó por las calles de su nueva ciudad.

Miles había tardado tres años en convencerlos para que se mudaran a Portland y ellos se habían demorado cinco meses más en encontrar la vivienda perfecta: una casa de aspecto contemporáneo con la fachada recubierta con paneles verticales de madera oscura y ventanales con vistas al río. Fue diseñada en los años cuarenta por un afamado arquitecto austríaco. La parte favorita de Evie era el extenso jardín, que parecía un bosque de arces y que en otoño recogía la explosión de naranjas, dorados y escarlatas típicos de Oregón, que habían inspirado su última serie de pinturas.

El otoño se había convertido en su estación preferida.

Dejó la bicicleta en el garaje, subió las escaleras y contestó un mensaje de Caroline antes de meterse en la ducha. Luego comprobó que su sorpresa estuviera lista. Torció el gesto y fue en busca de las pinturas para dar unos últimos retoques. Con el paso del tiempo, se iba volviendo cada vez más perfeccionista y le costaba dar por terminado un trabajo. Solo Miles parecía comprender esa obsesión por el repaso. A Evie aún le costaba creer que, con lo mal que había empezado su relación, Miles hubiera acabado convirtiéndose en un buen amigo. Claro que la paternidad había suavizado la dureza del cantante de The Wave y no había imagen más tierna que aquel rockero huraño sin afeitar con su bebé en brazos.

A través de la ventana, advirtió movimiento en el camino de acceso y reconoció el coche de James. Recogió los botes de pintura y bajó corriendo las escaleras para lanzarse a sus brazos en cuanto atravesó la puerta.

Él se rio contra su boca y las vibraciones de su risa recorrieron el cuerpo de Evie produciendo un cosquilleo maravilloso en su interior.

—«Yo también te he echado de menos. Tengo que convencer a Gerry para que no me consiga tantas actuaciones en la costa este —signó James cuando se separaron al cabo de muchos minutos. Le había dejado una mancha rosada en la barbilla y Evie la frotó para tratar de limpiarlo, pero solo consiguió que se extendiera más. James tomó su mano, la volteó y



depositó un beso en la palma, que también tenía algunas salpicaduras de pintura—. ¿Otra vez rosa? Me tienes muerto de curiosidad».

—Ya está terminado. ¿Quieres verlo?

—«¿Ir contigo a nuestra habitación? Por supuesto».

Evie se rio ante su gesto juguetón y tiró de él. La maleta de James quedó olvidada en el porche y ambos subieron a la carrera a la segunda planta. Al llegar a la puerta del dormitorio, Evie lo obligó a detenerse y, como de costumbre, se colocó detrás de él y le tapó los ojos. Cuando estuvo situado en la posición correcta, se echó a un lado.

—Ya puedes mirar.

James abrió los ojos y contempló el mural en el que Evie había trabajado en secreto en sus ratos libres durante los últimos meses y que los había obligado a trasladarse a una de las habitaciones de invitados. Era un hermoso mural: un cerezo japonés cuya copa estaba cubierta por una nube de flores blancas con tintes rosáceos. El tronco rojizo se inclinaba ligeramente y cientos de pétalos se habían desprendido y revoloteaban con delicadeza hasta posarse en el suelo. Una persona observadora descubriría, escondido entre sus ramas, un pequeño cuervo que buscaba desesperado su nido.

James se volvió hacia ella con los ojos brillantes, que parecían aún más azules y más limpios que de costumbre.

—«Es nuestro viaje».

Evie había decidido convertir las paredes de la casa en un homenaje a su relación. La del dormitorio representaba la culminación del momento más difícil de su nueva vida en común, cuando The Wave se reunió de nuevo tras un paréntesis de dos años. Con el nuevo disco, volvieron las giras de conciertos. Las actuaciones dentro del país les permitían verse de vez en cuando, porque Evie aprovechaba sus días libres para volar adonde estuviera el grupo. Pero en cuanto cruzaron el océano, aquellos viajes relámpago fueron imposibles. Ella tenía demasiado trabajo. Se estaba

abriendo camino en una nueva ciudad (se habían instalado en Portland apenas unas semanas antes de que empezara la gira) y no podía permitirse el lujo de desaparecer para seguir a su novio, la estrella del rock.

Odiaba reconocer que prefería su faceta de pianista de jazz, que le permitía mantener un perfil más bajo, y estaba deseando que James volviera a casa y se centrara de nuevo en su otro grupo.

La separación durante la gira europea fue dura y enlazó después con otra más corta por Asia. Los diferentes horarios y el extremo agotamiento de James hacían casi imposible que hablaran apenas un puñado de minutos de vez en cuando.

A Evie le parecía que habían estado sin verse durante años.

Lo añoraba con locura, así que terminó a marchas forzadas el mural para la biblioteca municipal, reservó un vuelo y se tragó todos sus miedos para salir del país por primera vez. Se presentó en Osaka dispuesta a recorrer con el grupo el tramo final de la gira. James, que la había echado de menos con la misma fiereza, se abalanzó sobre ella y se negó a salir del hotel hasta que Miles golpeó la puerta de su habitación con tanta insistencia que estuvo a punto de echarla abajo.

En Japón, The Wave ofreció seis conciertos en cuatro ciudades diferentes, todos ellos con lleno absoluto, a los que se sumaron decenas de entrevistas y actos a los que fueron invitados. Y Evie entendió por fin todas las reservas que tuvo James años atrás sobre la dificultad de compaginar las exigencias del grupo con una relación.

Tras el último concierto, Evie y James se quedaron dos semanas más en el país. Dos semanas deliciosas repletas de besos y caricias, de largos paseos, comida exquisita y promesas de amor bajo los cerezos en flor. Buscaron en las librerías volúmenes en inglés de poesía japonesa, se leyeron haikus el uno al otro en lengua de signos y recorrieron maravillados museos, galerías y clubs de jazz, dando la oportunidad a Evie de descubrir la riqueza artística del país y a James de quedar fascinado con la rompedora

vanguardia del jazz japonés.

Ambos regresaron a casa un poco más enamorados el uno del otro, pero también de sus respectivos trabajos.

Y Evie empezó a pintar el más bello cerezo en flor para atrapar para siempre en su pared el recuerdo de aquellos días inolvidables.

James lo contempló extasiado durante unos minutos y, por el movimiento de sus labios, Evie adivinó que estaba tarareando la canción que sonaba en aquel momento en su cabeza.

—«¿Crees que el cuervo, al final, encontrará su nido?».

Evie se rio, porque él había descubierto el haiku escondido en su pintura.

—¿Entonces te gusta?

—«Es perfecto, igual que tú» —aseguró James antes de hundir los labios en su cuello.

## Nota de autora

Hace muchos años cayó en mis manos un artículo sobre la sinestesia. Es probable que, como a mí en aquel entonces, ese término no os diga nada. Para explicarlo de forma resumida y asequible, podríamos decir que es la capacidad que tienen ciertas personas (aproximadamente, el dos por ciento de la población) para percibir un mismo estímulo por diferentes sentidos. Cada persona sinestésica tiene un nivel de sensorialidad distinto, así que no hay una única tipología. Por ejemplo, hay personas que al tocar una textura suave pueden percibir al mismo tiempo un sabor dulce, o que escuchan sonidos cuando ven unos determinados colores. O, a la inversa, ven colores al escuchar determinados sonidos o al percibir un olor o al leer letras y números. Parece que el pintor ruso Vasily Kandinsky (1866-1944), precursor del expresionismo abstracto, fue sinestésico y reflexionó en sus escritos sobre la relación entre el sonido y el color. Fue, por cierto, amigo del compositor Arnold Schönberg, que estaba muy interesado en sus teorías (y nos hemos encontrado a ambos en estas páginas).

La ficción permite tomar algo del mundo real y estirarlo para darle una forma nueva. Esa sinestesia fue el punto de partida de James y Evie, la base real de la que surgieron, y he creído que a los lectores más realistas les gustaría saberlo. Por supuesto, lo he literaturizado hasta llevarlo a un grado superlativo y, por este motivo, he evitado cualquier explicación racional en

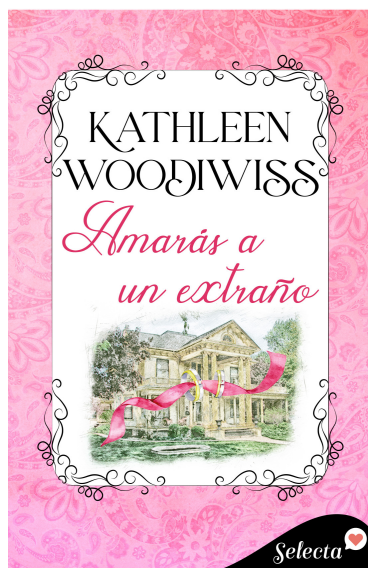
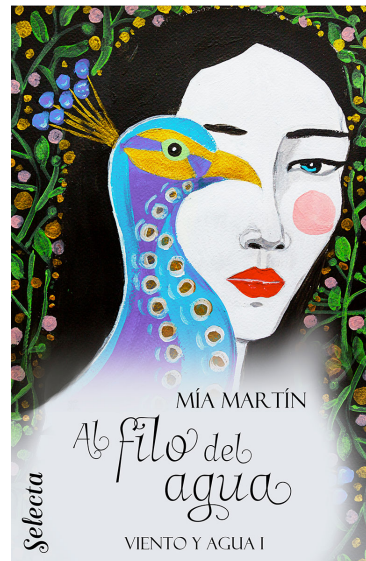
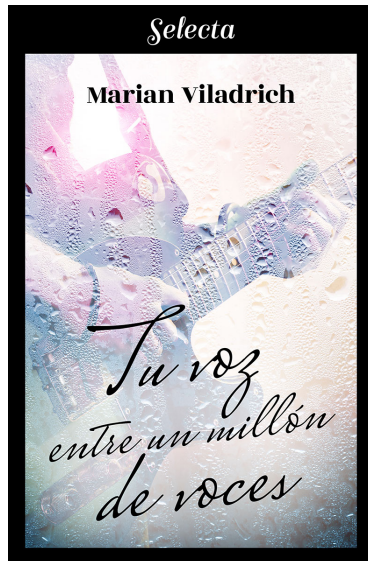
la novela. ¿Para qué? Lo interesante no es que James y Evie sean sinestésicos. Ni siquiera que la tragedia de Evie fue que, al perder la audición, perdió dos sentidos y no solo uno. Lo importante es ese universo especial que ambos comparten y que deja fuera al resto. Solo nosotros, los lectores, tenemos el privilegio de adentrarnos en su mundo mágico de sonidos, silencios y colores.

James y Evie han sido difíciles e imprevisibles. Dos personajes demasiado rotos, con demasiadas pérdidas y lastrados por la incomunicación (y no es la sordera de Evie el mayor límite para esa comunicación, como habréis descubierto). Han hecho que el viaje con ellos fuera mágico, pero también difícil. Por suerte, he encontrado muchos apoyos. Mi familia, por supuesto, sobre todo mi marido; sin él, este trayecto habría sido imposible. Esas amigas leales que me acompañan y alientan para que siga adelante. Gracias a Mía Martín y Natalia Sánchez Diana por hacer que este trabajo sea un poco menos solitario, y también a todas las compañeras (escritoras, lectoras, blogueras) con las que comparto dichas, adversidades y lecturas en las redes (Marta, Nieves, Mayte, Irene, Lena, Olivia, Maira, Belén, Norma, Claudia, Joan, Adelaida, Noemí, Beatriz, Teresa, Isa, Esther y todas las que no menciono, pero que están siempre ahí). Gracias a todo el equipo de Selecta, dirigido con sabiduría por la editora Lola Gude, que trabajan de forma incansable para que mis libros os lleguen de la mejor forma posible. Y gracias a todos los lectores, porque desde este momento James y Evie pasan a ser más vuestros que míos. Espero que hayáis disfrutado su historia.

Si te ha gustado

## *Dentro de tu silencio*

puedes disfrutar de estas







## Una discoteca neoyorkina. Un baile. Y dos desconocidos que sienten una atracción inesperada.



La cabeza de **James Hathaway, el excéntrico teclista de The Wave**, está llena de melodías. Todo parece estar hecho de música: desde la oscuridad de su mejor amigo hasta los colores de un cuadro. Aunque, desde que el grupo se hundió, la música ha perdido su brillo habitual.

Así que solo sueña con volver a los escenarios para sentirse completo otra vez.

**Evie Turner es una artista sorda empeñada en recuperar los sonidos a través de sus pinturas.** Acaba de llegar a Nueva York para alejarse del ambiente sobreprotegido en el que creció y demostrar que puede valerse por sí misma.

Allí encuentra una ciudad hostil y un chico arrollador dispuesto a derribar todas sus barreras. Incluso el muro de silencio que los separa.

**Al menos, hasta que la música reclame su precio.**



**Marian Viladrich** (Madrid, 1978). Estudió Periodismo y tiene un Máster en Literatura Española por la Universidad Complutense de Madrid. Inició su carrera profesional en Radio Nacional de España, conduciendo programas de música clásica. Después ha trabajado en prensa escrita e internet y edita un blog sobre maternidad y literatura infantil. Su primera novela, *La chica de su hermano*, quedó finalista en el VIII Premio de Novela Romántica Vergara-RNR. Lectora voraz de distintos géneros, le apasionan las novelas románticas, la música rock y la fotografía.

*OceanofPDF.com*



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

Edición en formato digital: enero de 2023

© 2023, Marian Viladrich

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Marcelo Pasarón

Imágenes: Depositphotos\_7663280\_xl-2015, Depositphotos\_8099618\_XL

Depositphotos\_69794185\_XL, shutterstock\_2105457920

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18646-38-6

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

*OceanofPDF.com*

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores  
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



**Penguinlibros.club**



Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



Penguinlibros



# Índice

## Dentro de tu silencio

### Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

### Segunda parte

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Epílogo

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Marian Viladrich

Créditos

*OceanofPDF.com*